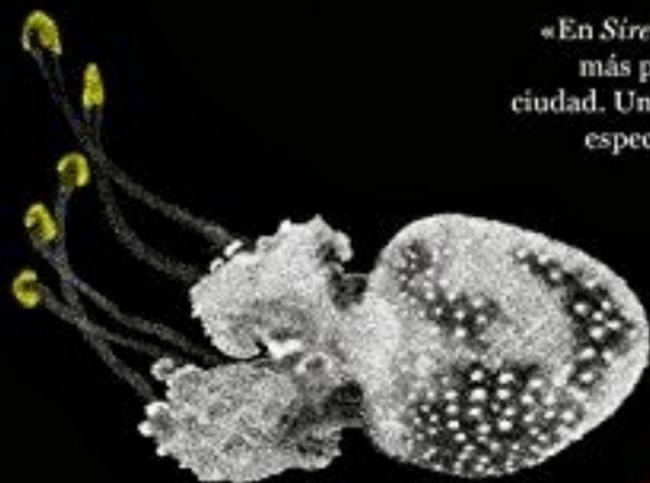


# SIRENAS

## JOSEPH KNOX

«En *Sirenas*, el objeto más punzante es la ciudad. Una novela muy especial, de veras»

LEE CHILO



D.J.57

Roja Es Negra

**SIRENAS**

**JOSEPH KNOX**

Traducción de  
Luis Murillo Fort

**R**

---

**ROJA Y NEGRA**

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Johanna*

El pasado forma parte ya de mi futuro,  
el presente está más que descontrolado.

JOY DIVISION, «Heart and Soul»

Después de aquello volví al turno de noche. Ya no se fiaban de darme un trabajo de día. Me pasaba el rato atendiendo llamadas de emergencia a las cuatro de la madrugada, subiendo y bajando escaleras mecánicas inmóviles e intentando no pensar. En otro tiempo se me daba bastante bien. Casi no pude creérmelo cuando, unos meses después, vi que mi aliento humeaba en el aire: noviembre otra vez.

—Está cayendo mierda —dijo Sully, negándose a salir del coche.

A veces era granizo, a veces nieve fangosa. Esa noche de la que hablo llovía a mares, una cortina de agua visible a la luz de las farolas, limpiando las calles. Falta les hacía. Mi socio me pasó el periódico que tenía en la mano y me apeé sosteniéndolo sobre la cabeza a modo de paraguas.

Habíamos recibido una llamada del encargado de una tienda de artículos de segunda mano. Miré cómo movía la boca. Pretendía que sacáramos del portal a unos sintecho que se habían guarecido allí. No lo entendí muy bien, claro que tampoco le prestaba demasiada atención. Los pelos que le asomaban de la nariz eran muy negros y apelmazados, un principio de bigote hitleriano. Miré a la pareja, hombre y mujer, que dormitaba en el umbral y le dije al encargado que nos estaba haciendo perder el tiempo. Luego volví a mojarme hasta llegar al coche.

Una vez dentro le pasé a Sully el periódico empapado, como castigo por no acompañarme. Él me lanzó una miradita y luego desvió la vista hacia el periódico doblado.

—¿Has leído esto? —dijo, señalando la página y mirándome para calibrar mi reacción—. Esa no es manera de morir, qué quieres que te diga.

El agua había dejado la foto medio borrosa, y el texto también, pero identifiqué a la chica enseguida. La había conocido el año anterior, junto a otras dos. En el ladillo ponía que había muerto a los veintitrés años, o sea que yo la había conocido con veintidós. Contemplé la noche de noviembre por la ventanilla. Ella fue la última de las tres. Suttty se inclinó hacia mí y carraspeó con tos de camposanto.

—Oye, en serio —dijo—, ¿qué pasó en realidad?

Le miré fijamente.

—No es a mí a quien deberías preguntar.

Yo solo sabía cómo había empezado todo, un año atrás. Que había recibido tres strikes, y los muchos motivos por los que no pude negarme. No podría haber explicado nada sobre las chicas, las mujeres, que pasaron fugazmente por mi vida; que la cambiaron fugazmente. Él no habría entendido sus risas ni su indignación ni sus secretos. Me pasé el resto de la noche observando a los transeúntes, las chicas, las mujeres, y fue como si pudiera ver todo lo que no iban a poder vivir.

Llegué a casa de amanecida, me preparé una copa y me senté. Estuve toqueteando un rato el dial de la radio hasta que me harté de moverlo. Releí el periódico y me puse a pensar seriamente por primera vez en meses.

«Me estás matando», había dicho ella.

¿Qué había pasado, realmente?

I

# PLACERES DESCONOCIDOS

Aquella pareja joven cambió de acera para evitarme, y oí un tintineo de monedas en el bolsillo de alguien.

Una calle que ves cada día puede resultar poco familiar si estás tendido boca abajo en el suelo, y yo tardé cosa de un minuto en entender dónde me encontraba. El asfalto estaba helado. Una niebla a ras de suelo empañaba la visión, nada podía atravesarla sin salir convertido en algo ligeramente diferente. La ciudad entera parecía otra y la noche del viernes había perdido todo su brillo.

Tenía el brazo izquierdo entumecido. Me volví hacia el otro lado para mirar la hora. La esfera de mi reloj estaba hecha añicos. Suponiendo que se hubiera parado al dar yo contra el suelo, y que eso hubiera ocurrido hacía solo unos minutos, me quedaba una hora todavía. Podía ir a casa a ponerme ropa seca y llegar al bar con tiempo de sobra para presenciar la entrega. Apoyándome en una pared, logré ponerme de pie. Me dolía la cara y sentía como si se me hubiera soltado algo dentro del cerebro, algo que traqueteaba de un lado al otro de mi cráneo borrando números pin y nombres de amigos de la infancia.

Vi cómo la pareja se perdía entre la niebla. A pesar de las redes sociales, las cámaras de vigilancia y el Estado, seguimos viviendo en un mundo en el que, si quieres, puedes desaparecer. Incluso aunque no quieras. Hacía cosa de un mes que se había filtrado la historia.

Un mes desde que yo estaba desaparecido.

Me palpé la nuca, allí donde alguien me había golpeado con fuerza. Aún llevaba la cartera en el bolsillo, de modo que no había sido un atraco. Había sido una advertencia. No vi a nadie en las inmediaciones, pero notaba que me estaban observando.

La calle se bamboleó y tuve que agarrarme al poste de una farola. Cuando eché a andar, recorrí trechos largos con los ojos cerrados, sin pensar siquiera en que podía tropezar con algo.

Al doblar una esquina, vi que estaba en Back Piccadilly; reconocí al instante sus viejísimos edificios de ladrillo rojo por las escaleras de incendios exteriores. Entre ellos pasa un callejón cuya travesía se hace claustrofóbica. La lluvia había captado la luz de la luna y empecé a quitarme de encima la nostalgia y todo lo demás. Al final del callejón había un bar de los que no cerraban; en otra vida yo había pasado allí unos cuantos ratos. Hacía años que no entraba, y la ciudad había cambiado tanto que supe que no encontraría ninguna cara conocida.

Solo me había adentrado unos pasos en el callejón cuando oí que un coche arrancaba a mi espalda: el gruñido del motor flexionando sus músculos antes de adoptar un ronroneo estable. El pasadizo se inundó de luz y una silueta encorvada se extendió ante mis pies.

Me sorprendió su delgadez.

Volví la cabeza hacia unos faros cegadores; el coche permanecía en la boca del callejón, el motor al ralentí. «Aquí no hay nada que ver.» Seguí caminando. Estaba a mitad de camino cuando el haz de luz se movió: habían empezado a seguirme.

Oí el aumento de las revoluciones. El coche se fue acercando. Ahora me parecía tenerlo a solo dos o tres palmos de mí, y supe entonces que en realidad yo no había llegado a desaparecer. Notaba los faros quemándome la espalda. No quería volverme y mirar al conductor entre los dos haces de luz. Tenía miedo de quién pudiera ser.

Me pegué a la pared con el fin de dejarlos pasar. El coche se quedó donde estaba unos segundos. Distinguí, pese al resplandor, que era un BMW, todo negro y cromados. Podía notar la noche en mis pulmones. La sangre, recorriendo cantarina mis venas. La luna de una ventanilla descendió, pero no pude ver nada en el interior.

—¿Inspector de policía Waits? —dijo una voz de hombre.

—¿Quién lo pregunta?

Oí reír a una mujer en el asiento del acompañante.

—Nosotros no preguntamos, guapo. Sube.

La lluvia que golpeaba el parabrisas me hacía muecas. Sentía las venas deshilachadas y frágiles, y mientras iba sentado en el asiento de atrás intenté cerrar un puño por mera diversión. Pensé en la anfetamina que llevaba en el bolsillo del abrigo.

—Entonces ¿es verdad lo que cuentan? —dijo el que conducía, leyéndome el pensamiento.

Parecía tener algo menos de cincuenta años. Cada vez que giraba el volante movía sus anchas espaldas como un campeón de los pesos medios. Llevaba una americana entallada de un tono gris marengo que casi hacía juego con su cabello. Cuando miraba por el retrovisor lo hacía con indiferencia, como si yo no estuviera allí detrás. La mujer era una rubia teñida con una expeditiva cola de caballo.

Guardé silencio.

La ropa empapada me daba frío y apreté las mandíbulas para no tiritar. Del coche, lo único que no venía de serie era un escáner policial. Apagado. Me llegó un aroma de perfume caro como a vainilla, pero no reconocí la marca. Eso sí, no pegaba con ninguna de las dos personas que iban delante; olía a dinero, a juventud.

Nos estábamos alejando claramente. De la vida nocturna y de los neones. De las tiendas vacías y de negocios que habían cerrado tras una larga agonía. Aquellos enormes edificios deshabitados. Aquella calle comercial en declive.

—¿Qué es lo que quiere? —dije.

El hombre me miró por el retrovisor.

—No se lo he preguntado.

El coche enfiló Deansgate.

A lo largo de casi dos kilómetros, Deansgate recorre la ciudad de una punta a otra. En esa travesía hay un poco de todo, desde restaurantes exclusivos hasta comedores de beneficencia, pasando por todo cuanto uno pueda imaginar.

—Ya, ¿y dónde está?

—En Beetham Tower.

Creo que solté un taco, porque la mujer dijo:

—Tú ya has estado allí, ¿verdad?

Beetham Tower, el edificio más alto de las afueras, había formado parte de un plan de rascacielos urbanos. La idea era ampliar y ampliar, en vertical, cada nuevo rascacielos unos metros más alto que el anterior, como una imponente gráfica de metal opaco que registrara un crecimiento imparable. Las inmobiliarias pensaban sacar millones hipotecando carísimas y pequeñas viviendas a solteros de ambos sexos, nuestro mayor activo. Pero aquello no fue más que un sueño. Cuando la economía empezó a irse a pique, propietarios, inversores y constructoras lo perdieron todo. El índice de suicidios masculinos subió ligeramente y el resto de la gente siguió tirando.

Ahora, muchos de estos solares abandonados son objeto de canibalismo en busca de chatarra. El resto se va pudriendo lentamente, sus cimientos al descubierto otras tantas cubetas para el agua de lluvia. Oxidándose como llagas abiertas en el suelo. En Beetham Tower nunca ondearía la bandera señalando el final de la obra, pero allí estaba, erguida pese a todo, haciéndole una peineta a la ciudad.

Nos desviamos de Deansgate y seguimos hasta la zona de estacionamiento del rascacielos. Un risueño aparcacoche vestido como Frank Sinatra se inclinó hacia la ventanilla del BMW, reconoció al conductor a la primera, dejó de sonreír y señaló el aparcamiento subterráneo.

Beetham Tower lo comparten un hotel Hilton, pisos de particulares y, en lo más alto, suites diseñadas a medida.

Aunque la estructura en sí es aerodinámica, el anexo de cuatro plantas que hay en la base del rascacielos es mucho más ancho. Por fuerza tiene que serlo, pues hay un salón de baile, una piscina y los sonrientes hijos e hijas del dos por ciento más pudiente. Las paredes del vestíbulo y del bar son de cristal de espejo casi en su totalidad, de tal manera que si a alguien le diera por mirar hacia el exterior solo vería su propio reflejo.

Yo ya había estado allí.

El año anterior, a raíz de que una chica se matara lanzándose contra un cristal de la planta decimonovena y precipitándose al vacío. Dasa Ruzicka era una trabajadora sexual de la República Checa, menor de edad. Su padre la había vendido a un tratante de blancas local cuando ella tenía catorce años, y así había recorrido media Europa. Era fácil hacerse con chicas de esos países porque había numerosas desapariciones. El tráfico quedaba disimulado por la frecuencia de las mismas. Pero en el caso de Dasa hubo otro motivo, uno muy elemental.

Dasa era bella, no la versión demacrada que quieren hacernos tragar ahora como belleza, sino hermosa con todas las letras. Su cutis claro había propiciado de manera natural el sexo porque, a pesar de todas las cosas tristes que había vivido, ella seguía conservando un aspecto de pureza. Una frustración recurrente de mi oficio era que las chicas, las mujeres, eran objetos a los que follarse y dar palizas. Arrojar por la ventana. Que ser hermosa fuera lo peor que podía pasarte, pensé, decía muy poco a nuestro favor.

En su momento no me cupo duda de que Dasa no pudo haberse lanzado sola

con tanta fuerza contra la ventana. En el cuarto de hotel desde el que cayó, sin embargo, no había nadie más. Me pasé horas interrogando a huéspedes y personal, a todos aquellos con tarjeta electrónica para acceder a la planta. Hubo quejas, gente de dinero, y la central envió a un inspector para que me relevara. Cuando llegó, lo hice entrar en una habitación vacía de la planta diecinueve para explicarle la situación.

En vista de que no quería escucharme, retrocedí hacia la puerta, mirando hacia la ventana. Allá abajo, la ciudad. El tipo entendió lo que yo me proponía y me gritó que parara. Corrí hacia el cristal, sobre todo para ver la cara que ponía, pero consiguió interponerse antes de que yo me estrellara.

Aquel fue el segundo de los tres strikes contra mí que finalmente conducirían a titulares de primera plana. A mi absoluta deshonra. A que aceptara el único trabajo que quedó disponible para mí.

La muerte de Dasa pasó como un suicidio y no se habló más del asunto.

Yo no había vuelto a Beetham Tower desde entonces.

—Subinspectora Conway —dijo la agente, tendiéndome la mano.

Su colega estaba hablando con la recepcionista mientras esperábamos en el vestíbulo. Para lo que yo consideraba un agente de la Sección Especial, habría dicho que el tipo se tomaba muchas confianzas. Se oyeron carcajadas procedentes de la enorme puerta giratoria: era un grupo de hombres con frac. Se pusieron a bailar bajo una lámpara de araña del tamaño de un coche familiar. Yo deseé que les cayera encima cuando volví a mirar a la subinspectora Conway.

—¿Qué ocurre entre usted y él? —dijo haciendo un gesto hacia su socio.

El hombre se apartó del mostrador y caminó hacia nosotros, y Conway recompuso la postura como si yo no le importara en lo más mínimo.

La subida en ascensor hasta las suites de la planta superior duró una eternidad. Yo nunca había estado en esa parte del edificio. El hombre utilizó una tarjeta electrónica para acceder a esa zona. Una versión hilo musical de «My Heart Will Go On» terminó en un fundido, y acto seguido volvió a sonar desde el principio. Como todo lo demás en aquel edificio, el interior del ascensor era de cristal de espejo y acero reflectante.

Me miré los zapatos.

Llegamos a la planta cuarenta y cinco y las puertas se abrieron con un afectado sonido hidráulico. Antes de que la mecanizada voz de maestra de escuela dejara de hablar, el hombre ya tiraba de mí agarrándome del brazo.

Recorrimos un largo pasillo de estilo agradablemente minimalista, dejando atrás a la subinspectora Conway. Pasamos junto a los otros dos apartamentos que

había en aquel nivel hasta llegar a una escueta puerta negra. Con la tarjeta electrónica, el hombre la abrió y me indicó la zona de estar de un espacioso y anónimo apartamento.

La prensa había hablado mucho sobre esos áticos de lujo; solo los megarricos podían permitírselos. Por sí sola, la suite no merecía tantos aspavientos, pero no era ese el motivo de su precio. Pagabas el hecho de estar a ciento cincuenta metros de altura. Una oportunidad única de mirar por encima del hombro a millones de personas o, si uno tenía la cabeza muy grande, que esos millones lo miraran a uno desde abajo.

La sala estaba a oscuras, iluminada apenas por los neones de la ciudad. Tres de las paredes del gran salón consistían en enormes lunas de cristal, lo que proporcionaba una vista casi panorámica.

—Síntese —dijo el del traje marengo. Yo me quedé de pie—. Bien. Llegaré enseguida.

Y, dicho esto, se dirigió a la puerta. La abrió lo justo para que pasara una persona y se aseguró de cerrarla sin ruido al salir.

Discreción.

No bien se hubo marchado, yo mismo me acerqué a la puerta y atisé por la mirilla. El pasillo estaba desierto. Me pregunté cómo podía haber desaparecido tan deprisa. Por un momento pensé si no se habría agachado para que yo no le viera, pero era una idea demasiado absurda.

—Estamos a solas, Waits, si es eso lo que se está preguntando.

Me volví al oír la voz y pude distinguir la silueta de un hombre al contraluz del resplandor urbano.

—¿Cómo se hizo ese ojo a la funerala? —preguntó con un inconfundible acento de Oxbridge.

Me llevé una mano al ojo.

—Estando en el lugar adecuado en el momento justo.

—Pensé que quizá el inspector Kernick le habría tomado antipatía...

—Diría que no le hace gracia que alguien le pase por delante.

—Yo también tengo esa impresión. —El hombre se movió hacia una zona más iluminada y sonrió—. Debería presentarme: David Rossiter, parlamentario.

Di unos pasos hacia él. Era alto y de porte imponente. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, llevaba un traje hecho a medida y despedía la calidez de un buen político. Me estrechó la mano con la firmeza del hombre cuyo oficio consiste en conocer gente, ahuecando la otra sobre la mía. Tenía la piel tibia, pero su anillo de boda estaba frío al tacto.

—Tome asiento, por favor —dijo. Así lo hice y, unos instantes después, él se sentó también—. Interesante.

—¿El qué, señor Rossiter?

—Yo me he movido hacia el asiento de mi lado izquierdo y usted ha elegido el de mi derecha. Y puedes llamarme David. —Sonreí, notando que un dolor sordo atravesaba mis ojos—. Te preguntarás por qué te he hecho venir aquí, Aidan.

—Waits —dije yo—. Supongo que esto no es una visita de cortesía.

—Como quiera, Waits. Dígame, ¿está al tanto de la política?

—A veces es imposible evitarlo.

Rossiter sonrió de nuevo. Cuando sonreía me miraba a la cara, como para hacerme ver que de algún modo yo le agradaba. Había visto mirar de la misma manera a criminales de guerra, en la primera plana de algún periódico.

—No quisiera dar por sentado que sabe quién soy.

—Es David Rossiter, parlamentario.

—¿Qué sabe usted de mi carrera? —dijo, demorándose en la última palabra.

—Solo lo que dicen los periódicos.

—Usted más que nadie debería saber que no hay que hacer caso de todo lo que dicen. Inspector Aidan Waits «caído en desgracia»...

Hice caso omiso.

—Su padre también era parlamentario, y parece que le fue bien. Aunque usted era más idealista: cuando su hermano entró en política, usted todavía estafaba a la gente como abogado. Se casó joven y le ha funcionado. Claro que no debe de ser muy difícil, con una heredera del negocio del vodka.

Otra vez la sonrisa.

—Se metió en política en un momento difícil. Los tories llevaban cuatro años fuera del poder, y luego otros cuatro más desde que usted entró en el partido. A pesar de lo cual consiguió darles un poco de credibilidad. No acató la línea del partido, se declaró partidario del matrimonio gay y de los derechos de la mujer. Incluso de la inmigración. Un tipo lo bastante temerario como para entrar en la Cámara de los Comunes. A nadie le sorprendió que le nombraran secretario de Estado de Justicia, y menos teniendo en cuenta su bagaje jurídico. Por lo demás, supongo que ayuda el hecho de que sea un elegante padre de familia con dos hijas preciosas.

—Debería usted ser mi biógrafo —dijo Rossiter.

La última palabra quedó como en suspenso al darse él cuenta de que me temblaban un poco las manos. Al momento, se levantó y se acercó al mueble bar que había en un rincón de la sala para servir dos copas grandes de coñac.

Le di las gracias cuando me pasó una de ellas.

—¿Y dónde se sitúa usted, políticamente?

—Todavía estoy en el aire.

—Oh, ¿un indeciso?

—Bueno, la política no parece ser lo bastante específica para resolver los problemas que se me presentan.

Rossiter tomó un trago, paseó el licor durante un segundo por el interior de su boca y luego tragó.

—¿Salvar el mundo pero una persona cada vez? —dijo. Yo asentí—. Supongo que hay algo de cierto en eso. —Cambió de postura—. ¿Y si fuera a hablarle de alguien en concreto? ¿De una persona que necesita ser salvada urgentemente?

—Le contestaría que, para eso, mejor usted que yo.

—Y yo ya le he dicho que no creo lo que dicen los periódicos.

Tomé un trago antes de hablar de nuevo.

—Haría lo que pudiera, pero el de gris marengo que está ahí en el pasillo podría hacerlo también. Tal vez mejor que yo.

Esto pareció gustarle.

—En realidad, Waits, usted es el único que puede ayudarme. ¿Qué le dice el nombre de Zain Carver?

Me quedé callado.

—Esta mañana —prosiguió él— he hablado con su jefe, Waits. Un tipo estupendo que se llama Parrs.

—¿Y cómo es que acabo de enterarme?

—Últimamente no está muy localizable; el inspector Kernick ha tardado horas en dar con usted.

—Bueno, pues me alegro de que fuera tan discreto. Ese BMW era el colmo de la discreción.

—Le pido disculpas. Los de la Sección Especial están demasiado acostumbrados a moverse en zonas ricas de la ciudad.

—Y yo siempre estoy metido en los barrios bajos.

—Es por eso por lo que está usted aquí...

—No puedo decirle nada sobre Carver hasta que no haya hablado con el superintendente Parrs.

Rossiter se me quedó mirando unos momentos y luego sacó un móvil del bolsillo de su chaqueta y me lo tendió.

—No, prefiero que marque usted el número —dije.

Rossiter sonrió, buscó en su agenda y esperó a que contestaran. Como de costumbre, Parrs descolgó al momento.

—Tengo aquí a su Waits —dijo Rossiter por el auricular—. Parece el hombre ideal. Muy auténtico. Incluso ha aceptado un trago estando de servicio. Pero dice que no hablará conmigo hasta haberlo hecho con usted.

Volvió a tenderme el teléfono, y esta vez me puse.

—Señor.

—Waits —dijo, o más bien gruñó, el superintendente Parrs con su acento escocés—. Facilítele al parlamentario todo lo que sea necesario. Hablaremos mañana.

Colgó, y yo le devolví el teléfono a Rossiter.

—Zain Carver —dijo él.

—Traficante de drogas.

—¿Relación con usted?

—Muy indirecta, con suerte.

—¿Su trabajo consiste en acercarse a él?

—No sé por qué, tengo la impresión de que mi trabajo está a punto de cambiar. —Rossiter guardó silencio—. Si a Carver le va bien es porque es un tipo único. Un hombre de negocios entre hampones. Mi misión consiste en ver si eso se puede explotar.

—¿Explotar? ¿Cómo?

—Pues de tres maneras. Presionándolo con tacto, él podría informarnos sobre otros traficantes. Carver no es el principal ni el más listo, pero podría hacer caer a alguno que lo sea. Y, si no, podría decirnos a qué policías está untando. Además, y esto es lo mejor, Carver podría ser un simple testaferro.

—¿Testaferro?

—Puede que por encima de él haya una docena de individuos de los que no sabemos nada.

—Siento curiosidad: ¿qué saca usted de todo esto? Al fin y al cabo, su nombre está por los suelos...

—Mi nombre nunca ha estado muy bien considerado. ¿Por qué estoy aquí, señor Rossiter?

Tomó otro sorbo, y oí sus dientes chocar contra el cristal.

—¿Qué sabe de mi hija menor, Isabelle?

—Que es muy guapa y muy joven. Dieciocho o diecinueve años...

—Tiene diecisiete —dijo—. Y se ha mezclado con ese tal Carver.

—Entonces es menor de edad. Envíe un coche patrulla a buscarla y que la lleven a casa, ¿no?

—Es lo que me sugería el superintendente, pero me temo que requerirá un poco más de tacto. —Reparé en las salpicaduras de la lluvia contra las lunas de

cristal que nos rodeaban. Durante unos segundos fui capaz de distinguir las una por una, pero luego la lluvia arreció y toda la sala quedó envuelta en una mortaja borrosa—. Un hombre que lee, como usted, seguro que recordará la última vez que Isabelle fue noticia.

—Se desmayó —dije—. Agotamiento.

Rossiter permaneció inmóvil.

—¿Intento de suicidio?

Asintió con la cabeza.

—Isabelle padece depresión. Le viene de la familia de su madre. No es la primera vez que lo intenta, pero esta última fue contundente. Demasiada sangre, demasiado jaleo como para poder mantener a raya a la prensa. Por eso dijimos que era agotamiento. —Rossiter había desviado un poco la mirada hacia mi derecha, reviviendo la historia—. Yo mismo fui a hablar con los directores de periódico para rogarles que no se cebaran.

—Entiendo —dije.

—¿De veras? —replicó él, pero enseguida lo suavizó—. Solo hay una cosa peor que el que tu hija se raje el cuello. ¿Sabe cuál? —Negué con la cabeza—. Pues que se despierte, que vuelva a casa y que te odie por haberle salvado la vida. —Apuró su copa—. Isabelle habló conmigo, Waits. Dijo que entendía lo que le pasaba, y que había días malos. Y me dijo, con mucha calma, que aquel no había sido uno de los malos; que pensaba con claridad y que no me perdonaba que hubiese llamado a una ambulancia.

—Es caer muy bajo que la hija de un parlamentario acabe mezclada con Zain Carver.

—Sí, eso es exactamente lo que le ha pasado a mi hija, ha caído muy bajo. Creo que un amigo los puso en contacto. Por lo que sé, lleva un mes viviendo en Fairview.

—¿Un mes? —Él no dijo nada. Fairview era el nombre de la residencia de Carver, una mansión victoriana en la zona sur de la ciudad, habitada sobre todo por gente joven y estudiantes. Se había hecho tristemente famosa por sus fiestas

privadas, a las que acudían desde jóvenes universitarios hasta famosillos locales —. No sé qué le habrá dicho Parrs, pero mis órdenes son no entrometerme demasiado. He visto entregas de dinero, he tomado copas con traficantes de baja estofa...

—Y parece que se le da muy bien —dijo Rossiter—. Pues ahora sus órdenes han cambiado: tiene que cruzar el umbral. Ensuciarse las manos. Establecer contacto con los que cortan el bacalao.

—¿Y su hija?

—No puedo arriesgarme a que me la traiga a casa un coche patrulla.

—Con todos mis respetos, señor, si la prensa le hizo caso una vez, lo hará de nuevo. Por otra parte, ¿qué importa un escándalo si es a cambio de tenerla de vuelta en casa?

—¿Un escándalo? —dijo—. Renunciaría a mi cargo sin pensarlo dos veces con tal de que ella volviera. —Le creí, pero lo que dijo debería haberme puesto en guardia. Rossiter hablaba de Isabelle como si ya estuviera muerta. Se serenó un poco—. Quiero evitar ser el culpable de que ella lo intente otra vez, ¿comprende?

Quizá le habría comprendido si hubiera podido verle bien la cara, pero estábamos casi a oscuras.

Me encogí de hombros.

—Usted es joven —dijo—. Espere y verá. Uno haría cualquier cosa por sus hijos.

—¿Y qué quiere que haga yo por la suya?

Tardó un momento en responder, como si no se lo hubiera planteado todavía.

—¿Tiene posibilidad de acercarse? ¿Podría ver si se encuentra bien?

—Podría incluso preguntárselo directamente a ella.

—Es preferible que no establezca contacto directo, Waits.

—Me lo pone usted un poco difícil...

—No quiero que traigan otra vez a mi hija a casa en contra de su voluntad. Y menos aún si es la policía.

—Ella ni se enteraría —le dije—. Ni siquiera el tipo de la Sección Especial que está en el pasillo sabe muy bien de qué va todo esto. —Rossiter no dijo nada—. Mire, estamos hablando de gente mala de verdad.

—¿En qué clase de lío cree usted que está metida? ¿Sexo, quizá?

Noté que le costaba pronunciar esa palabra.

—Ni idea, pero no creo que vaya por ahí. Carver se considera un caballero, un auténtico hombre de negocios.

—Lo cual es bueno, supongo.

—Bien, depende de su experiencia con hombres de negocios. Yo de entrada diría que es peligroso. A una chica se la puede explotar de otras maneras, tanto más si tiene un apellido importante. En la ciudad hay otros camellos que la habrían tratado francamente mal. A estas alturas ya la tendría en casa y yendo a terapia, por mucho que ella le odiara.

Hizo un esfuerzo por ignorar mi último comentario.

—¿Y Zain Carver...?

—Él es de otra clase. Probablemente sabe quién es realmente Isabelle. Probablemente intentará cautivarla. Carver vende Ocho y...

—¿Ocho?

—Heroína —dije—. H es la octava letra del alfabeto. Un número como otro cualquiera, solo que pronunciado en una esquina o en un club llama menos la atención.

—Descartado. Isabelle ha tenido sus problemas, pero nunca...

—Uno nunca piensa que lo hará hasta que lo hace. Además, hay mucho universitario en la ciudad. Estos últimos años, a Carver le ha ido muy bien colocando drogas recreativas. ¿Él sabe que es hija de usted?

—Tal vez —dijo Rossiter, y tragó saliva—. Aunque Isabelle normalmente se avergüenza de serlo.

—Incluso si lo supiera, Carver estaría arriesgando mucho si no sabe que usted no quiere que se la traigan a rastras.

—Hum —dijo, jugueteando con su anillo de boda.

—¿Se había escapado otras veces?

—Solo a hoteles de cinco estrellas, pagando con mi American Express.

—¿Tiene a mano alguna foto de ella?

Rossiter buscó en el bolsillo interior de su americana, sacó una foto y me la pasó, abocinando encima la otra mano como para proteger una llama. Su hija era una chica pálida y bonita de cabellos rubios sin brillo e inteligentes ojos azules. En la foto miraba un poco por encima de donde habría estado el objetivo de la cámara. Supuse que miraba a quien le hacía la foto.

—Oiga —dijo inclinándose hacia delante—, perdone la bromita de antes sobre tomar copas con los traficantes. Imagino que estará usted sometido a mucha tensión.

Permanecimos unos segundos en silencio.

—¿Necesita algo más de mí? —dijo.

—Quizá el nombre del amigo que le presentó a Carver a su hija.

—Me temo que no la conozco personalmente.

—¿Es una mujer?

—O un hombre. O varios. Qué sé yo.

—Tal vez su esposa...

—Alexa no está bien —me interrumpió—. Es mejor no molestarla.

—Bien. ¿Y cómo es que de repente tiene usted tanto interés? —Rossiter arqueó una ceja—. Teniendo en cuenta que lleva fuera todo un mes, quiero decir.

—*Touché*. —Rossiter flexionó la mandíbula—. Más vale que lo sepa. Estoy librando una batalla en dos frentes, Waits. Alexa también padece depresión. Llevamos ya una temporada un poco... tensos. La huida de Isabelle nos ha pillado en medio de todo el jaleo.

—¿Cómo debo ponerme en contacto con usted?

Me tendió una tarjeta de visita con membrete en relieve y pasé la yema de los dedos por las letras.

—Puede llamarme a este número a cualquier hora del día o de la noche.

—Bien, gracias por la copa. Estamos en contacto.

Dejé a Rossiter tirado en el sofá. Parecía un hombre perdido, destrozado.

El Rubik's era uno de esos locales tipo cueva que se transforman en club nocturno conforme el día toca a su fin. En épocas más honradas había hecho sudar tinta a la Hacienda pública acogiendo a la flor y nata de las bandas post-punk. Había llovido mucho desde entonces. El Rubik's estaba muy cerca de los Locks y miraba a un canal que cruzaba la ciudad entera. La cervecería propiamente dicha tenía una iluminación indirecta de un tono rojizo y durante el horario comercial no había luz directa de ningún tipo. Era uno de los locales más grandes del país; para que hubiera codazos se necesitaban un par de miles de personas.

Había cuatro barras en tres niveles distintos.

Yo venía observando al encargado de la barra central desde hacía tres semanas. Era un tipo corpulento y lucía siempre ese no-afeitado tan en boga. Tenía un aire calculador, de persona muy observadora. Y esto era así especialmente los viernes noche, cuando pasaba grandes sumas de dinero del narcotráfico a uno de los empleados de Zain Carver. Yo había podido establecer que las drogas se entregaban allí para luego ser repartidas a otros clubs de la zona por ese mismo encargado.

Un sistema bien ideado.

El mejor lugar donde esconder a unas cuantas personas en pleno colocón es entre varios miles de borrachos. Eso, para Carver, significaba que quien corría los riesgos era el barman. Tenía un muestrario variado y contaba con un surtido de fiestas especialmente pensadas para cada artículo. A cada uno le correspondía un número. La coca era el Tres, el éxtasis era el Cinco, la ketamina era el Once. De este modo los clientes levantaban el número de dedos correspondiente para

que les sirvieran sin necesidad de mencionar la cosa en sí.

El verdadero secreto del éxito de Carver era que tenía más en común con un delincuente de guante blanco que con un hampón puro y duro. Se limitaba a suministrar un producto un día determinado y a recaudar el dinero al día siguiente. De ahí que la conexión con Isabelle Rossiter resultara una interesante anomalía.

Era el día de paga.

Debido a mi entrevista con David Rossiter, había llegado tarde para presenciar la entrega propiamente dicha, pero las cosas habían cambiado. Ahora tocaba un enfoque directo.

No fue difícil detectar a la chica que iba a hacer el cobro. Estaba de pie junto a la barra pidiendo su vodka de siempre, solo y en vaso alto. Llevaba unas mallas negras y unos botines también negros, y mostraba una sonrisa de alto voltaje enmarcada por unos labios de un rosa subido. Tenía una larga cabellera castaña y lucía una cazadora de ante que probablemente era más vieja que ella. Tendría algo más de veinte años, era todo un bombón, la definición de manual de cómo ocultarse a la vista de todos.

Cuando le volqué el vaso, ella se lo tomó bien. Por un momento sus pestañas supervoluminosas amenazaron guerra, pero tras una fracción de segundo avisó al barman y pidió otra vez lo mismo, retomando la fría indiferencia que yo supuse que formaba parte de su cometido.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada.

—Te llamas Cath, ¿no? —Ella tardó un momento en volver la cabeza hacia mí —. Creo que nos conocimos en una de las fiestas de Zain...

—Ah, sí.

Sin signos de interrogación.

—Bueno, fue solo un momento.

De hecho, yo la había visto hablar un par de veces con Carver, pero no conocía personalmente a ninguno de los dos. Las chicas feas y tristonas que

había al fondo de la sala me habían dicho su nombre. Hablaban de ella como si fuera famosa. «Sí, Cath —dijeron—. Es una de sus favoritas.» Cath había empezado igual que las otras, en un segundo o tercer plano, sin conocer a nadie de por allí, y luego había ido abriéndose camino y pasando de chica del montón a socia. Ellas suponían que lo había conseguido a base de tenacidad y que, esforzándose, podrían tarde o temprano ocupar el puesto de Cath. Las más listas quizá comprenderían, antes de que fuera tarde, que para ellas nunca llegaría el momento adecuado.

El barman le trajo otro vodka y me fulminó con la mirada. De repente, la memoria me dio un aviso: creí haberlo visto antes, y pensé si él me habría reconocido a mí. En cuanto tuvo la copa en la mano, Catherine pareció serenarse. Se volvió hacia mí con una bonita sonrisa en los labios, nada que ver con el rictus que me había mostrado antes. Tenía madera de actriz, sabía aportar a cada papel la dosis suficiente de verdad para resultar convincente. Incluso cuando cambiaba de personaje en medio de una frase, el segundo no convertía en falso al primero, y viceversa.

—Seguro que a partir de ahora me acordaré de ti... —dijo.

—Permíteme que pague la consumición.

—La próxima vez que le tires la copa a una chica para poder invitarla a otra, asegúrate de que no bebe por cuenta de la casa.

Se dispuso a marcharse.

—De lo contrario no me habrías dirigido la palabra —dije, con ella ya de espaldas a mí.

Se volvió.

—Quizá te equivocas. Ese ojo morado te sienta muy bien. Si no lo tuvieras así, a tu cara le faltaría algo.

—Bueno, cuando veo que pierde color siempre salgo a por otro.

—Claro. Dime una cosa, esto...

—Aidan.

—Aidan. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿En serio estás buscando problemas?

—Yo no dije nada—. Entonces no lo haces adrede, eso de exponerte a que te hagan daño.

Sus ojos miraron al barman y volvieron a mí. Desvié la vista hacia el tipo; estaba allí de pie observándonos, los brazos cruzados sobre el prominente tórax.

—No, claro que no —dije.

—Entonces deja que te dé un consejo. —Catherine se me acercó—. Vete a casa y ahórrate otro ojo morado.

—Como bien dices, a mi cara le faltaría algo sin él.

Volvió a mirar al barman.

—Lo único que te falta es salir de aquí pitando, cielo.

—Siento haberte molestado.

El barman, satisfecho, se apartó un poco y fue a servir a unas chicas. Catherine levantó su vaso, echó un buen trago y lo dejó de nuevo encima de la barra, momento que aprovechó para deslizar discretamente una tarjeta debajo del vaso.

—No me importará que me invites a un trago cualquier otro día...

Su sonrisa volvía a ser exagerada, pero por un momento me pareció ver un atisbo de autenticidad.

—Me temo que acabaría volcándote el vaso. Buenas noches.

Ella se alejó con amplias y elegantes zancadas hasta salir de la sala.

Me guardé la tarjeta que ella había puesto debajo del vaso y esperé un poco. Luego salí a la calle y fui andando hasta la habitación de alquiler donde me hospedaba. Tiré el reloj roto, me tomé unas anfetis y me cambié de ropa.

La culpa del tercer strike que sufrí fue solo mía y de nadie más. Incluso tuve suerte de que luego me asignaran un trabajo: seguir de bar en bar a recaudadoras de la Franquicia.

Yo llevaba unas cuantas semanas, no seguidas, trabajando de noche. Implorando, robando, intercambiándolas por alguno de mis turnos de día. Me encantaba ver la ciudad, que tan bien conocía, transformarse en otra cosa entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana. Aquellas caritas sonrientes que los críos habían dibujado en las ventanas perforadas de noche por las luces de neón.

Me gustaba la gente.

Eran jóvenes, estaban ebrios y enamorados. Las chicas eran como relámpagos y los chicos tenían mucha labia. Transexuales, góticos y gais se apoderaban de la noche diversificando la arteria comercial, gritando y bramando palabras cuyo significado yo desconocía. Y la cosa funcionaba. Me mantenía más o menos sobrio. Más o menos a salvo de líos.

El problema era mi jefe, el inspector Peter Sutcliffe. En serio, se llamaba igual que el destripador de Yorkshire. Tal vez quedó predestinado en cuanto imprimieron el nombre completo en su partida de nacimiento. Puede que se burlaran de él cuando era un chaval, asociado desde el principio a un personaje que generaba tanto odio. Sea como fuere, es nombre de hijoputa, y a él le iba que ni pintado. Muchos le llamaban Suttty, un apodo para evitar confusiones y al mismo tiempo una burla a expensas de su fotosensibilidad.

Suttty tenía tez de cadáver porque era alérgico a la luz diurna.

Aprendí mucho de él, pero no todo bueno. Empecé a trabajar en el turno de

noche con una idea romántica de la vida nocturna, pero el realismo no tardó en darle la patada al romanticismo. Yo no sabía nada de los vampiros, los traficantes que solo salen de noche, y tampoco tenía ni idea de las bandas, quién vendía qué o cómo diferenciar a unas de otras. Únicamente pude distinguir, a primera vista, a los llamados «risitas», aquellos que lucían cicatrices de un par de centímetros en cada comisura de la boca, producto de haber sido marcados a cuchillo por pagar con retraso, o por bocazas.

Sutty sabía cuáles eran Rushboys y cuáles Whalleys por la manera que tenían de silbar. Sutty podía distinguir a un *burnsider* que se había alejado demasiado hacia el sur. Podía identificar a las sirenas, las chicas que iban de club en club recaudando para la Franquicia. Y encima tenía un olfato casi sobrenatural para detectar problemas. Era ya domingo, apenas las dos o las tres de la madrugada, y estábamos recorriendo Oxford Road. En esta calle, que conectaba pensiones para estudiantes con la universidad, y la universidad con el centro urbano, encontrabas lo mejor y lo peor, prostitutas y puteros, camellos y drogas.

Oxford Road conduce, asimismo, a uno de los hitos más alabados de la ciudad, la milla del curry. Centenares de restaurantes paquistaníes, bangladesíes, cachemires pegados los unos a los otros sin solución de continuidad hasta donde alcanza la vista. Una efervescente, próspera y variopinta comunidad musulmana. Lo cual era interesante debido a una técnica que habíamos empezado a detectar.

El «rollo chal», como lo había bautizado Sutty. En esa calle veías a todas horas mujeres jóvenes ataviadas con burka, a fin de camuflar sus movimientos. Era cosa sabida que ciertos traficantes las utilizaban para vender, y algunas enganchadas a las anfetaminas especialmente nerviosas habían empezado también a llevar burka. Lo cual enfurecía a Sutty. Posiblemente de piel morena, posiblemente consumidor de droga: su enemigo al cuadrado.

Estábamos junto a un vendedor callejero que no cerraba en toda la noche, tomando café mientras él fumaba un cigarrillo. De repente me dio un codazo en las costillas y apuntó al frente con la cabeza.

—Ahí está nuestra chica.

—¿Qué? ¿Dónde?

Me señaló a una mujer de baja estatura y burka negro que caminaba por la otra acera.

—A mí me parece alguien que vuelve a casa —dije yo.

—Venga, vamos.

Sutty cruzó la calle sorteando coches. Les hizo un gesto imperioso con la mano y yo le seguí. Caminando a toda prisa, se situó a la altura de la mujer del burka negro y luego se le puso delante y le cortó el paso. Ella intentó esquivarlo, pero Sutty alzó una mano.

—*Allahu akbar* —dijo recobrando el resuello.

La mujer guardó silencio.

—Venga —dijo Sutty—. Que te vea la cara.

La mujer miró a derecha e izquierda, como si se sintiera acorralada, y finalmente se descubrió la cabeza. Tenía el pelo ralo, del color y la consistencia de la paja. Estaba muy pálida, sin duda era una toxicómana, casi tan pálida como el propio Sutty. Cuando llegué a su altura vi que la habían marcado: las señales idénticas a ambos lados de la boca.

—Borra esa sonrisa de tus labios —dijo Sutty, riéndose de su propio chiste. El semblante de la mujer no cambió—. ¿Quieres enseñarme lo que escondes en la mano, encanto? —La mujer tenía la mano derecha pegada al costado, el puño bien cerrado. Al abrirlo de mala gana dejó ver dos arrugados billetes de diez libras. Sutty se los arrebató y dijo—: Muchas gracias.

Cuando él dio media vuelta, la mujer contempló su mano vacía y luego, confusa, me miró a mí.

—Señor —le dije a Sutty, que se alejaba. Creo que no me oyó—. Señor... —En vista de que no se volvía, grité a pleno pulmón—: ¡SUTCLIFFE!

Sutty se detuvo por fin y me miró inexpresivo.

—No puede hacer eso —le dije.

Él se quedó donde estaba mientras la gente pasaba a nuestro lado por la acera.

Por fin, asintió con la cabeza, se acercó a la chica, se sacó los billetes del bolsillo y se los devolvió. Luego la agarró del brazo y tiró de ella hacia mí.

—Regístrala —me dijo. Yo le miré—. Que la registres, es una puta orden.

Me volví de mala gana hacia la mujer. Los transeúntes procuraban no acercarse demasiado a Suttty. Ella volvió a tender las manos y abrió la del dinero, solo que ahora, entre los billetes, vi que tenía una bolsita de farlopa que antes no estaba allí.

Suttty se aproximó frunciendo el entrecejo, como si le sorprendiera. Chasqueó la lengua, le dobló los brazos a la espalda para esposarla, y mientras tiraba de ella hacia el coche patrulla que esperaba en la otra acera, me miró con una sonrisa desagradable.

—Qué suerte que le haya devuelto ese dinero, ¿eh?

La mujer lloró en el coche. La fichamos y entregamos la droga como prueba. No tuve demasiados remordimientos de conciencia. Al día siguiente entré en la comisaría de Central Park y tomé el ascensor hasta el quinto piso. Marqué mi código de seguridad y pasé a la zona donde estaban las taquillas con la droga decomisada como prueba. Cogí la cocaína y la cambié por polvos de talco. La cosa habría quedado ahí. Lo malo fue que ese día el superintendente Parrs había ordenado registrar las taquillas del personal. Recuerdo que cuando iba por el pasillo me zumbaron los oídos.

Y entonces oí una voz fina, aflautada.

—Disculpe, inspector...

Lo supe de inmediato. Me pasé dos horas sentado a la puerta del despacho del superintendente, muerto de miedo. Cuando Parrs abrió la puerta para hacerme pasar, fue la primera vez que intercambiábamos palabra. Me dijo que tomara asiento y actuó conforme a lo que yo ya consideraba típicamente parsiano.

No abrió la boca.

Permanecimos en silencio hasta que yo no pude aguantar más. Le conté mi historia, reconociendo que mi carrera se iba al cuerno antes de empezar siquiera. No me lo discutió, pero cuando yo ya terminaba, y mientras él parecía

reflexionar, pensé que algo despertaba su curiosidad.

Aquel acento escocés:

—¿Cree que el reglamento no va con usted, Waits?

—Sutcliffe...

—De Sutcliffe me ocuparé más tarde. He echado una ojeada a su historial. Está todo muy bien, aunque observo cierta tendencia a actuar en solitario. Puede que sea usted lo que ando buscando.

—¿Perdón?

—Hablaré claro, muchacho. Le voy a dar dos alternativas. Yo, francamente, le aconsejo aceptar la primera. —Esperé a que continuara—. Puedo apartarle del cuerpo ya mismo. Presentar cargos contra usted. Conseguir una condena en firme y mandarlo al calabozo. Además, se lo contaría a la prensa, les diría que no es usted trigo limpio. Con eso le condenaría al paro de por vida.

—¿Cuál es la segunda alternativa?

—Hacerme un trabajito. A estas alturas, lo que usted ha hecho corre ya de boca en boca por la comisaría. Dentro de unas horas será la comidilla de toda la ciudad. Eso podría sernos útil.

—¿En qué sentido, señor?

Parrs se inclinó hacia delante.

—Necesito a alguien que no parezca trigo limpio.

Me explicó el plan a grandes rasgos.

Era un secreto a voces, dijo, que Zain Carver tenía en nómina a varios agentes de policía. Desde hacía años desaparecían pruebas, y muchas redadas efectuadas en sus propiedades resultaban infructuosas. Mi misión consistiría en descubrir quién se había vendido a Carver. Aparentar ser menos trigo limpio que ellos. Pasar falsa información privilegiada y tender una trampa.

—En cualquiera de los dos casos —continuó—, se le va a suspender con efecto inmediato en espera de juicio. Estará libre para moverse a su aire. Libre para mezclarse con los malos elementos. —Parrs enseñó su sonrisa de escualo—. Si acepta trabajar para mí, si lo hace bien, esos cargos de los que le hablaba

podrían desaparecer...

—¿Y dice que me aconseja la primera opción?

—La primera arruinará su carrera como policía. La segunda podría arruinarle la vida.

—¿Cuándo necesita saber mi decisión?

—Hagamos una cosa. Yo empiezo a redactar los cargos. —Cogió un bolígrafo y presionó para sacar la punta—. Si quiere evitar la cárcel, no dejará que yo llegue al final de esta hoja de papel.

La primera opción era mala, pero lo que me asustó fue la mención de la prisión. Yo me había criado en una casa de acogida. Hasta la coronilla de literas, cafeterías, toques de queda. Miré a Parrs; escribía rápido, y cuando leí aquellas dos palabras (conspiración, corrupción) entendí que no había tal alternativa.

—Haré el trabajo —dije.

Me pareció que no tenía nada que perder. Al principio, me gustó incluso la idea de meterme en la Franquicia y desaparecer. El temor del superintendente a que pudieran descubrirme rayaba la paranoia, y solamente tres personas sabrían que actuaba de incógnito.

Dejé mi piso y llevé mis cosas a un guardamuebles. Iba a mudarme al centro. Al meollo del asunto, donde me dedicaría a ir de bar en bar siguiendo las actividades de la Franquicia. Me esforcé en pensar qué les diría a las personas de mi antigua vida, pero cuando a la chica con la que venía acostándome le dije que me marchaba, se echó a reír.

—¿Que te marchas, dices? —A todo esto, metiendo sus cosas en una bolsa—. Como si hubieras estado aquí alguna vez...

Dejé de ir al trabajo. Oficialmente desaparecido. Contaron no sé qué historia a la prensa y todo el mundo creyó lo que publicaron los periódicos.

«El inspector Aidan Waits caído en desgracia.»

Mi cabeza empezó a pensar a toda velocidad. Tenía en las manos la tarjeta que Catherine había dejado en la barra; era una invitación para una fiesta after en Fairview, la mansión de Zain Carver. Podía presentarme aquella misma noche y

buscar a Isabelle Rossiter.

Cogí una botella de vino y me puse la chaqueta. La anfetamina me levantó rápidamente el ánimo. Estuve como un minuto junto a la ventana, respirando hondo mientras contemplaba las interminables manzanas de edificios.

Cincuenta plantas de imperturbables ventanas iluminadas.

Golpeé la puerta con los nudillos y esperé.

El edificio entero vibraba con una música sobrecargada de graves. El temblor de ventanas y paredes hacía pensar que la casa se me iba acercando, centímetro a centímetro. Los potentes altavoces atraían a desconocidos que no habían osado llamar a la puerta y se arremolinaban al final del sendero, observándome como si yo fuera su líder.

Fairview estaba en la frontera entre West Didsbury y Withington, dos de las zonas más opulentas del extrarradio. Parecía el antepasado de una familia rica de edificios, hecho con los mejores materiales posibles. Agarré la botella de tinto por el cuello y golpeé varias veces la puerta con el culo de la misma.

Abrió una chica con traje de noche negro. Tenía un cutis blanco hospital y era pelirroja auténtica. Me dijo algo, pero no lo oí bien debido a la música que venía de dentro. Llevaba los ojos enmarcados en rímel, y eso, junto con el vestido clásico y las palabras perdidas, le daba un aspecto icónico, de estrella de cine mudo. Yo me quedé allí parado con cara de idiota. Ella debía de estar acostumbrada a esa clase de reacción, porque cogió la tarjeta de Catherine que yo sostenía en la mano y me hizo pasar.

La primera sensación, al entrar, fue el aire: denso y compacto. Aquello era un manicomio de risas y piernas y brazos, gente bailando, sudando, besándose, miraras a donde miraras. Al volverme para dar las gracias a la pelirroja que me había abierto, vi que ella ya había cerrado la puerta y reanudado la conversación que por lo visto estaba manteniendo con otro hombre. Como era de esperar, yo desentonaba bastante, mucho más cerca de la treintena que de la veintena.

No vi a Catherine por ninguna parte, pero me llamó la atención otra chica.

Estaba un poco apartada hacia la derecha, como perdida en aquel sitio. Onda punki, pelo teñido de rubio eléctrico, pero bajo él la cara no había perdido su belleza. Tenía el tipo delgado y esbelto de una de diecisiete pero había intentado vestirse para parecer mayor. Miraba alrededor con aire ausente mientras mordisqueaba un mechón de su pelo, asimilando las miradas elocuentes de chicos un poco mayores y un poco colocados.

Isabelle Rossiter.

Llevaba un pañuelo al cuello, raído, con el que no dejaba de jugar, comprobando que aún estuviera allí. Según su padre, se había clavado un cuchillo en el cuello; supuse que el pañuelo sería para tapar la cicatriz.

Me aparté de la entrada, murmurando un agradecimiento por haber sido aceptado, y le lancé una mirada agonizante a la pelirroja. Ella la tomó con esa necesaria indiferencia de las mujeres bellas que matan a cientos cada día. Establecí contacto visual con Isabelle Rossiter y seguí avanzando.

El vestíbulo estaba atascado de gente. Tuve que abrirme paso a empujones entre un mar de veinteañeros colocadísimos, bebiendo a morro de la botella de vino. Algunos tenían los ojos vidriosos de chutarse o fumar Ocho, pero lo que predominaba esta vez era el éxtasis. O Cinco, como ellos lo llamaban. Me sentía demasiado fuera de lugar como para ir a la habitación contigua, donde había gente bailando, demasiado cansado para seguir bregando con aquella marea de gente pasada de rosca, y subir al piso de arriba era imposible. La escalera estaba tomada por parejas que hacían cola para el baño, la ducha, el catre y el polvo.

—¿Puedo echar un trago? —me dijo una chica al oído.

Vi un destello de piel de porcelana, dientes blancos y cabellos alocadamente rubios. Pensé en la foto que me había dado su padre. Isabelle estaba más delgada ahora, pero en medio de aquel personal no se hacía notar. Las otras chicas eran entre cinco y diez años mayores que ella pero todas tenían un tipo similar. Como si se hubieran desprendido de todo lo superfluo, quedando a un paso de quitarse de en medio.

—Claro —dije, y le pasé la botella.

En el tiempo que tardó en tomar un sorbo y secarse la boca, la chica perdió interés por mí. Miró en derredor como si confiara en que alguien nos estuviera observando. Y cuando el vaivén de la gente nos obligó a aproximarnos el uno al otro, ella me miró de arriba abajo y sus ojos se toparon con los míos. Pareció decepcionada.

—¿A qué has venido? —preguntó entre el volumen de la música.

Una pregunta inteligente. Mi edad, mi actitud, mi ropa oscura, todo llamaba la atención en medio de tanta juventud, tanta energía, tanto colorido.

—Se me ocurrió que quizá necesitaras un trago.

Me enseñó sus perfectos dientes blancos.

—¿De qué conoces a Sarah Jane?

—¿Sarah Jane?

—La pelirroja por la que babeabas hace un momento.

—Acabo de conocerla.

—Solo deja entrar a gente que ella conoce...

—Bueno, será por mi cara.

—¿Tu cara? —Me miró detenidamente por primera vez—. ¿Es por eso por lo que te han puesto un ojo a la funerala?

—No. Se equivocaron de hombre.

—Sí, ya —dijo ella, y echó otro trago de la botella. La gente hizo que nos pegáramos todavía más el uno al otro—. Seguro que te lo has pintado para parecer más peligroso.

—Eso no es necesario. Me basta con ir a una fiesta e insultar al más grandullón de los que haya por allí.

Isabelle arqueó una ceja.

—¿Conoces a Zain?

Estábamos tan juntos que nuestros labios casi se tocaban. Me incliné hacia su cuello para que pudiera oír mejor lo que le decía.

—¿Está aquí hoy?

—No le he visto.

—Pero le conoces, ¿no?

—Sí —dijo, inexpresiva.

—Pero, por lo que he oído decir, quizá me ganaría otro ojo morado.

—¿Y cómo has dicho que conociste a Sarah Jane?

—He dicho que no la conocía.

Se apartó un poco.

—Entonces ¿a qué has venido?

—A conocer chicas simpáticas...

—A Zain no le van las chicas simpáticas.

—¿Y tú?

Mi sensiblería le hizo arrugar la nariz.

—Cuando llegué no era precisamente simpática, y ahora soy peor aún.

—¿Peor en qué sentido?

Hizo ademán de alejarse y le quitó la botella.

—La quería yo —dijo.

—Sí, bueno.

—Venga... lo menos que puedes hacer es echar un trago.

Asentí y tomé un sorbo de la botella.

Ella ladeó la cabeza, intentó poner cara de aburrida.

—Te la chupo a cambio del vino —dijo.

La gente que pasaba hizo que nos arrimáramos otra vez. Me pareció ver que se sonrojaba. Le devolví el vino al tiempo que me apartaba un poquito.

—Es gratis.

Se quedó mirando la botella, ahora en su mano.

—Perdona —dijo amagando una sonrisa, avergonzada—. Esta noche no sé qué me pasa.

Retrocedió un paso y fue engullida por la hambrienta concurrencia.

Fui de habitación en habitación siguiendo el movimiento de la fiesta. Me intrigó que solo una puerta estuviera cerrada con llave. No volví a ver a Sarah Jane, la pelirroja, ni a Isabelle Rossiter. Por lo que pude saber, Carver y

Catherine ni siquiera aparecieron por allí. Tuve la sensación de que estaban juntos en alguna otra parte, y que todo aquello lo habían hecho por mí. Me pregunté en qué lío me estaba metiendo el superintendente Parrs.

El sábado me desperté temprano. Era el último día de octubre. Busqué la tarjeta de David Rossiter y, cuando llevaba marcados diez de los once números, colgué. Decidí llamar a otra persona. El superintendente Parrs contestó al primer tono.

—Waits —dijo.

Parrs siempre decía lo mismo al descolgar. Como si hubiera estado mirando el teléfono justo antes de que sonara, esperando a que apareciera tu nombre en cualquier momento. Su voz sonó ronca y con aquel ligero acento escocés.

—Superintendente.

—¿Qué tal Rossiter? —preguntó.

—¿El padre o la hija?

—Primero el padre.

—Estuvimos tomando una copa. Me sorprendió. Y también que no estuviera usted.

—Mmm —dijo él—. Eso lo decidieron altas instancias. El ministro, en conjunción con nuestra amada comisaria jefe.

—¿Qué opina ella al respecto?

—Decidió que, si estaba yo presente, las cosas podían tomar un aire oficial. Ella tiene mucho interés, tanto por las apariencias como por la legitimidad de nuestro caso, en que los dos flancos del trabajo de usted sean independientes.

—Bien pensado —dije.

—Mmm.

Siempre que Parrs hablaba de la comisaria jefe Chase lo acompañaba de una entonación de incertidumbre que yo agradecía. Por lo demás, era un hombre inescrutable. Tenía lógica que Chase hubiera metido a Parrs en el asunto de los

Rossiter, pero a él no parecía hacerle gracia. Tanto más cuanto que la orden venía de una mujer.

Parrs interrumpió mi cavilar.

—Que le quede claro para quién trabaja y cuáles son sus prioridades, Waits. De todos modos, usted tenía que establecer contacto con la Franquicia en cosa de quince días. Es la única razón por la que accedí a esto.

—Entendido.

—Anoche estuvo en esa casa.

Sin verle, no pude saber si me lo preguntaba o si es que ya lo sabía.

—Señor.

—¿Y?

—Carver no estaba.

—¿Drogas?

—A tope, pero en plan estudiantes.

—Bien, ¿y qué hay de Isabelle Rossiter?

—La vi. El señor Rossiter me pidió que mantuviera las distancias, pero ella parecía estar bien.

Recordé cuando Isabelle me cogió la botella y di gracias de no tener que mentir descaradamente a Parrs.

—¿La chica vive en la casa?

—Eso parece, sí. Pensaba telefonar al ministro, pero he querido comentarlo antes con usted.

—Le mantendrá usted al tanto de la situación, pero no sin que yo le diga qué es lo que debe comunicarle. Basta con que le haga un breve resumen. ¿Ha visto el periódico esta mañana?

—Todavía no.

—Naturalmente. Dudo que se haya duchado y afeitado aún. Yo tenía previsto recurrir al llamamiento sobre Greenlaw dentro de unos meses, una vez que usted hubiera contactado con la Franquicia. Puesto que vamos adelantados con respecto al plan, he hecho que salga en el *Evening News* de hoy. A principios de

la semana que viene volverá a salir.

A pesar del nombre, el *Evening News* sacaba una edición matutina. Tendría que darme prisa para conseguir un ejemplar.

—¿De qué va la cosa?

—Esa chica desapareció ahora hace diez años, semana más, semana menos.

Le oí respirar al otro extremo de la línea. A pesar de su interés declarado por el negocio de las drogas, tuve la sensación de que lo que más fascinaba al superintendente era la desaparición de Joanna Greenlaw, un famoso caso sin resolver que tenía vínculos con la Franquicia.

—¿La familia de ella está implicada?

—No hay parientes. Tuvo un crío a los quince años pero lo dieron en adopción. Necesito saber cómo reacciona Zain Carver al llamamiento. Si no reacciona, usted provóquele.

—Lo intentaré.

—Quiero que el tema le ponga nervioso —insistió Parrs. A él le daba lo mismo que eso me pusiera en peligro a mí. Quizá mejor aún. Él tampoco tenía nada que perder en el trato que habíamos hecho—. Aparte de eso, proceda conforme al plan.

—Señor...

—¿Alguna cosa más?

Me vino a la cabeza Isabelle ruborizándose con la botella en la mano. No me apetecía entregar su vida también a un chantajista.

—No, creo que eso es todo —dije.

El llamamiento sobre Joanna Greenlaw era el proyecto en el que el superintendente estaba más obcecado. Estudiar la Franquicia como quien analiza un delicado ecosistema no formaba parte de nuestro trato original. Esto lo alteraba todo: mi operación encubierta se convirtió en una misión suicida.

Joanna Greenlaw era algo más que un mito urbano.

En los años iniciales del nuevo milenio, había trabajado para Zain Carver recaudando dinero. Su primera recaudadora. Luego se convirtió en leyenda policial al acceder a presentar pruebas contra él. La vieja guardia seguía utilizando su nombre como sinónimo de algo prácticamente imposible.

«A ese no le cargas el mochuelo ni de coña. Te haría falta una Joanna Greenlaw.»

Me levanté, me vestí y bajé a por un ejemplar del *Evening News*. La noticia destacaba mucho.

#### LLAMAMIENTO DE LA POLICÍA PARA RECABAR INFORMACIÓN SOBRE LA DESAPARICIÓN DE GREENLAW.

Diez años.

Ponía que Greenlaw tenía entonces veintiséis, una joven muy popular relacionada con el hampa. Cuando cortó sus vínculos con el crimen organizado para iniciar una vida nueva, Greenlaw desapareció. Pero la verdad era un poquito más compleja que todo eso.

La idea de una franquicia de bares había sido de ella, no de Carver. Antes de eso, él trabajaba a pequeña escala, vendiendo cantidades recreativas de droga

blanda mientras decidía hacia dónde orientar sus pasos. La Franquicia lo cambió todo. Carver tenía unas cualidades que el caótico mercado de drogas de la ciudad no había visto jamás: profesionalidad y una estrategia. Por desgracia, eso vino acompañado de la ambición. Cuando Carver insistió en ampliar el mercado, la escena empezó a ponerse sangrienta. Y Joanna acudió a la policía cuando otra recaudadora, amiga suya, fue asesinada.

La habían asignado a Medidas Especiales, algo así como una versión barata del programa de protección de testigos, y la habían instalado en una casa de Thursfield deshabitada desde hacía tiempo. Thursfield, una calle fantasma del barrio de Salford, era una larga fila de edificios abandonados. No solo estaban vacíos sino que no merecía la pena derribarlos ni rehabilitarlos. El sitio ideal para esconder a alguien.

Por tratarse de una operación a baja escala, no había presupuesto para poner un hombre en la entrada, pero un agente pasó por allí al terminar su turno y notó algo raro. Llamó repetidas veces a la puerta y, viendo que nadie acudía, la abrió de una patada. Una vez dentro, tuvo que limpiarse las botas. Había manchas de pintura blanca y negra en el escalón de entrada.

Examiné la foto junto con el llamamiento de la policía. Joanna tenía el pelo rizado natural, casi negro, y llevaba un grueso jersey largo y unos leotardos negros. Parecía más una estudiante que un camello. La expresión de su cara era ambigua, como si estuviera a punto de sonreír o de fruncir el entrecejo. Se hallaba de pie en una sala de estar, junto a la chimenea, y tan pegada al nicho de la pared que daba la impresión de querer desaparecer por ella.

Habían pasado diez años.

El agente registró toda la casa, pero Joanna no estaba por ninguna parte, ni tampoco su maleta ni su ropa.

Por lo que sabíamos, nadie había vuelto a ver a Greenlaw. Yo, personalmente, casi prefería no saber qué había tenido que ver Zain Carver en todo ello.

La semana siguiente la dediqué a las mismas labores de vigilancia del mes anterior. Recorrí los bares de la zona tratando de acotar hasta dónde operaba la Franquicia. Normalmente este trabajo solitario me gustaba, pero la fiesta del viernes me había afectado bastante. Quería intervenir en la vida de las personas que había conocido, y también de las que no. Mantener una doble identidad tenía su punto de morbo, pero no era solo eso. Me parecía estar ante una segunda oportunidad de recuperar lo que había perdido en mi propia vida.

Hice una llamada a David Rossiter, el lunes, para ponerle al día respecto a su hija. Él insistió en que fuera a verle a su apartamento y así cambiar impresiones.

—En menos de una hora estaré allí —dije.

—Le envió un coche.

No se me ocurrió, hasta después de colgar, que yo no le había dicho dónde vivía. Diez minutos más tarde aparecía el BMW negro. Esta vez, el inspector Kernick iba solo. No cruzamos palabra durante el trayecto hasta Beetham Tower. Me acompañó en el ascensor. El hilo musical continuaba sonando impertérrito. Sentí una cierta excitación, una descarga eléctrica, al estar de nuevo en la planta cuarenta y cinco. El inspector Kernick me guio pasillo abajo hasta la misma suite de la otra vez. Abrió la puerta, me franqueó el paso y se quedó fuera.

La tenue luz invernal daba al espacio un tono sepia. David Rossiter estaba ya sentado en el salón, esperándome. Incluso en esa postura, tenía un porte que impresionaba. No dijo nada hasta que Kernick hubo cerrado la puerta.

—Waits. —Se levantó para estrecharme la mano.

—Señor Rossiter.

—Tome asiento, por favor.

Nos sentamos los dos.

—No hay mucho que contar.

—Eso lo decidiré yo, si a usted no le importa.

—Bien, después de nuestra entrevista del viernes me dirigí a un bar de los Locks. En las últimas semanas había estado observando a un hombre que, según creo, tiene que ver con la Franquicia.

—¿Nombre del bar?

—No puedo dárselo.

Rossiter levantó una ceja.

—Si no lo entiendo mal, el trabajo que estoy haciendo para usted es un favor personal. Hay una investigación en marcha. Ciertas cosas no las puedo compartir...

Rossiter frunció el entrecejo.

—Continúe —dijo.

—Los viernes me interesan porque es el día que Carver envía a gente a recaudar.

—Recaudar ¿cómo?

—Tiene toda una red de mujeres jóvenes que fingen salir de marcha. Charlan con este y aquel, coquetean con el personal del bar, recaudan el dinero y luego van en taxi a casa de Carver.

—¿Es un método seguro?

—Lo es si uno es el dueño de la empresa de taxis en cuestión. Después de hablar con usted establecí contacto con una de esas chicas y me hice invitar a casa de Carver. Casi todos los viernes monta una fiesta. Drogas, DJ, baile, etcétera.

—¿Drogas?

—Sí, más que nada éxtasis.

—¿Y qué hay de Isabelle?

—Parecía estar bien.

—¿Bien?

—Una chica joven pasando un buen rato.

No era verdad pero casi. Fuera como fuese, ella no había hecho nada que justificara que yo tuviera que espiarla. Y nada tampoco que su padre debiera conocer enseguida. Rossiter pareció asimilar la información.

—¿Su hipótesis? —dijo.

—Yo solo sé lo que veo, paso de hipótesis.

—Diría que eso es verdad. —Me miró directamente a los ojos—. Así no va a funcionar, Waits. ¿Cómo sabrá lo que es relevante para Isabelle, o para mí? Tiene que contármelo todo y yo decidiré. Estoy convencido de que cree saber lo que hace, pero usted es joven. No se fijará en todos los detalles, y cuando lo haga no siempre verá su importancia.

—Con el debido respeto...

—Respeto tengo de sobra. Lo que quiero son hechos.

Se produjo un silencio de varios segundos.

—Dígame, señor Rossiter, ¿por qué se quita la alianza de boda?

Sus ojos se movieron nerviosos.

—¿Cómo dice?

—El anillo de boda. ¿Por qué se lo quita?

Rossiter se llevó los dedos a la sien.

—No entiendo lo que...

—El primer día que nos dimos la mano tenía un tacto frío. Su piel, sin embargo, estaba tibia. Hoy igual. En adelante, debería guardarse la alianza en el bolsillo del pantalón cuando se la quite, en algún sitio donde conserve el calor de su cuerpo. Dejarla en el bolsillo de una chaqueta holgada, sobre todo si sale con este tiempo, hará que se le enfríe más que la mano. Eso puede suscitar preguntas incómodas.

—¿A qué viene esto?

—Hablando de fijarse en detalles...

El silencio duró más esta vez. Rossiter tenía la mirada perdida en algún punto por encima de mi hombro. Eso me hizo pensar que había otra persona en la

habitación, detrás de mí, pero no hice ningún movimiento. Sus ojos volvieron a posarse en los míos. Con una sonrisa fría, dijo:

—Eso es todo.

Decidí racionar las partes más interesantes del trabajo según intervalos distribuidos a lo largo de la semana. A medida que se acercaba el viernes, el tiempo se ralentizaba y yo me sentía inquieto pensando en la siguiente fiesta. Solo el bar de los Locks, el Rubik's, despertaba en mí la misma excitación.

Observaba a los empleados, sus movimientos.

Era el núcleo principal del negocio de Zain Carver. El corpulento barman formaba parte integral del mismo. Un día entré con un libro de bolsillo y le estuve observando durante un par de cervezas. Todo, desde preparar un combinado hasta coger una propina, lo hacía de mala gana. Pero había algo más.

Yo le había visto antes en alguna parte.

En cuanto estuve seguro de ello, me acerqué a St. Peter's Square. La biblioteca central acababa de reabrir sus puertas tras cuatro años de reformas. Era un enorme edificio de planta circular, inspirado en la arquitectura clásica romana, y destacaba en medio de los bloques grises de oficinas de alrededor. Era la primera vez que entraba desde la renovación, y tuve que pedir que me indicasen dónde estaba la hemeroteca.

Revisé un montón de artículos del *Evening News* hasta dar con lo que estaba buscando. Una fotografía del tipo, sin la barba y risueño en los escalones del juzgado. Sudando con su terno de mala calidad. Parecía que acabara de ganar un campeonato regional de dardos.

SMITHSON ABSUELTO

A Glen Smithson, el barman, lo habían arrestado por violar a Eleanor Carroll,

una estudiante de dieciocho años que por primera vez en su vida salía de su Irlanda natal. Pese a tener antecedentes por robo, violencia doméstica y venta de Rohypnol, el caso no prosperó. El juez había arremetido contra los inspectores de policía por «contaminar, manipular y extraviar pruebas». Leyendo entre líneas, no pude evitar preguntarme si a la chica la habrían intimidado también, pues retiró los cargos, dejó la universidad y regresó a Irlanda.

La Franquicia a pleno rendimiento.

Estuve un buen rato contemplando la foto.

Todos los que había conocido hasta entonces tenían personalidad. No me costaba creer que fueran gente que realizaba una tarea en un ambiente turbio. Pero aquel barman desprendía además odio. Y eso era interesante.

Noviembre. Fairview. Noche de viernes. Misma densa pulsación musical atravesando las paredes. Misma pandilla al final del sendero particular, deseando entrar pero sin atreverse a hacerlo. Después de haber estado ya una vez, me sentía nervioso por volver. De camino me había tomado una pastilla, y otra más al llegar a la casa. Esta vez no llamé; me disponía a hacerlo cuando la puerta se abrió. Sarah Jane, pelirroja con tirabuzones, cutis blanco y vestido negro pero diferente, ladeó la cabeza. Su mirada quería decir «Me acuerdo de ti», pero poco más.

Lo cierto es que Sarah Jane era bella hasta la crueldad. Alguien de quien uno se acuerda en el lecho de muerte, preguntándose por qué no tuvo valor el día que se conocieron, y por qué ese valor solo asomó la nariz cuando no tocaba y con personas que no merecían la pena.

Me hizo pasar y cerró la puerta. Lo primero que pensé fue que esa semana había más ruido que la anterior. Había una explosión de vida en cada rincón de la casa, las paredes parecían sudar. Al volverme para darle las gracias a Sarah Jane, comprendí por qué.

Zain Carver.

Estaba junto a ella, irradiando carisma y fría y pura malevolencia. Aun siendo el más viejo de la reunión, con sus treinta y seis años o así, Carver era lo bastante rico en dinero y en drogas para sobrellevar cualquier estigma. Vestía ropa informal de marca como un magnate del hip-hop. Era de raza mestiza y tenía una sonrisa deslumbrante. Aunque la casa le pertenecía, al ser tan alto se veía obligado a agachar la cabeza en el vestíbulo. Daba la impresión de que estaba sosteniendo el techo, y me pareció que eso le gustaba. Sus padres le

habían legado la casa junto con una pequeña cartera de propiedades y una renta anual. Zain Carver no tenía ninguna necesidad de vivir en un entorno violento, pero supongo que es así como se sabe cuándo alguien viene de familia muy acomodada: nadie desea tanto intentar hacerse con dinero nuevo.

Sarah Jane estaba a punto de decirme algo.

Carver la interrumpió.

—Pero ¿tengo razón o no? —dijo con el típico acento sureño de quien no vive en el sur.

La chica se volvió hacia él y le habló rápido y en voz baja. Carver escuchaba a medias, entretenido mirando los mensajes que tenía en el teléfono móvil. Mi llegada había propiciado un cambio en la atmósfera y pensé en dar media vuelta y marcharme, pero al final me alejé prudentemente de la entrada, no sin antes hacer un gesto de cabeza en dirección a ambos.

Llevaba un rato en el vestíbulo, bebiendo, cuando vi otra vez a Sarah Jane. Al lado de las otras chicas, todas con aquellos bronceados falsos color hígado enfermo, se la veía pálida y pura. Atravesó cual fantasma la muralla humana con ambigua y distante facilidad.

La llamé, en medio del barullo musical, pero no se volvió. Decidí seguirla, pero entonces algo me empujó por detrás y choqué contra un grupo de gente. Recuperé el equilibrio, y fue entonces cuando vi a nuestro famoso anfitrión, Zain Carver, abrirse paso a manotazos en pos de ella.

Hice ademán de tocarle el hombro, pero alguien tiró de mí. Era grande como una montaña y estaba mosqueadísimo porque le había tirado la copa. Le reconocí enseguida. Era el gorila de Carver, Danny Gripe.

Gripe para los amigos.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —Me empujó al decirlo.

Tenía algo raro, visto de cerca. Los ojos parecían querer salirse del cráneo, el brazo izquierdo daba la sensación de ser más corto que el derecho, y tenía una anárquica calvicie incipiente. Con gesto de fingido asombro ante el poder de la gravedad, miraba primero al vaso caído y después a mí.

—He dicho que qué cojones te pasa.

No respondí. No lo sabía. Grip me empujó otra vez y yo me reí de él. Vi cómo su boca se reducía a un fruncido círculo de odio. Era imposible pelear con lo apretujados que estábamos, pero cuando el tipo cerró el puño bueno, algunos lo sujetaron.

Podía marcharme ya o avanzar en pos de Sarah Jane y de Carver. De mala gana, giré en redondo y me abrí paso hacia ellos. Tanto si la merecía como si no, Carver se había ganado fama de hacer desaparecer mujeres.

Cuando llegué a la cocina me encontré a diez o doce personas cerca de una puerta corredera que daba a un jardín. La música allí era mucho más suave, y pude oír que hablaban todos en voz baja. La infeliz pareja había conseguido ya salir. Me acerqué a la puerta y pude verlos a contraluz al final del sendero del jardín. Estaban discutiendo acaloradamente. Vi el aliento que les humeaba, pero no oí sus voces. Carver se veía inmensamente grande al lado de Sarah Jane. Temiéndome lo peor, levanté la voz para dirigirme a los de la cocina.

—Eh, salid todos. Zain necesita un poco de intimidad.

Al oír su nombre, la mayoría de los allí presentes escurrió el bulto hacia el pasillo. Un tipo ebrio perdido se acercó con paso de zombi e intentó mirar más allá de mi espalda.

—¿Qué hace ahí fuera? —preguntó, todo admiración.

—Proponerle matrimonio —respondí—. ¿Tú qué coño crees que está haciendo?

El tipo se alejó como si mis palabras le hubieran dolido.

Puesto que dentro la luz estaba encendida, pude ver a Carver y a la chica enmarcados en el reflejo de mi propia cara. Parecían un monstruo de dos cabezas, pero empezaron a forcejear y se separaron. Yo me pegué al cristal, y me disponía a abrir la puerta cuando una de las siluetas golpeó a la otra en la cabeza.

Se dividieron en dos y quedaron allí de pie, inmóviles en el crepúsculo. Vi nubecillas de aliento en la noche de noviembre iluminada por farolas, un puente de vapor entre ambas figuras. Al cabo de unos segundos parecieron calmarse, su

aliento menos denso ahora, hasta que desapareció entre los dos.

Enfoqué de nuevo la vista y capté mi reflejo en el cristal. No había en mi rostro la menor expresión de asombro o preocupación, tan solo curiosidad.

Al volverme, reparé de pronto en Isabelle Rossiter, que observaba desde un rincón. Estaba pegada a la pared con una botella de vino en la mano, y no me cupo duda de que había visto mi fascinación reflejada en el cristal. La iluminación daba un tono fluorescente a sus cabellos.

—Hola otra vez.

—Ah, qué tal —dijo ella, como si acabara de fijarse en mí. Se aproximó sin mirar a nada en particular. Hizo un gesto de cabeza en dirección a Carver y Sarah Jane—. Se llevan muy bien entre ellos, a veces.

—Bien ¿en qué sentido?

Ella se encogió de hombros antes de responder:

—He visto que Zain conseguía hacerla sonreír.

—¿Tan raro es eso?

—¿Tú has conseguido que ella sonría?

—De momento sigo intentándolo contigo.

—No me vendría mal una sonrisa —dijo Isabelle—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De tu fecha de nacimiento. —Ella arqueó una ceja. Me recordó a su padre—. Soy un apasionado de la astrología —dije.

—Seguro que seríamos compatibles.

—No me digas. ¿Tienes nombre?

—Un tipo anticuado. Qué aburrido. —Enseñó una sonrisita—. Lo único que necesitas es mi número. —A esas alturas hablaba medio en broma, y me gustó todavía más por ese motivo. Hice ademán de marcharme y ella me cogió la mano. Ya no hacía de mujer fatal—. Me llamo Isabelle —dijo.

—Uf, ¿tres sílabas? Seré incapaz de recordarlo.

Por fin sonrió de buena gana.

—Mis amigos me llaman Izzy.

—¿Amigos? —dije, y miré hacia el jardín. Carver y Sarah Jane estaban volviendo hacia la casa, inexpresivos ambos. El reflejo en el cristal de la puerta corredera continuaba mirándome, pero ahora ni siquiera mostraba curiosidad. Era un reflejo cruel—. ¿Eso es lo que son?

Ella me tiró de la mano.

—¿De qué conoces a Sarah Jane?

—No la conozco, ya te lo he dicho.

—Y yo te he dicho que nunca deja entrar a nadie a menos que sepa quién es.

—Me pasó la botella—. He pensado que te debía una, por la otra vez.

Le dediqué una débil sonrisa y salí de la cocina, de vuelta al mar de veinteañeros.

«Nunca deja entrar a nadie a menos que sepa quién es.»

Me pregunté si lo había dicho en tono de advertencia. La gente se movía despacio, pero yo ya casi estaba en la puerta principal cuando una mano grande y caliente me agarró del hombro. Volví la cabeza y allí estaba Zain Carver, sangrando por la nariz y mirándome de hito en hito. Con un gesto de cabeza señaló hacia la cocina. Luego se inclinó y me dijo al oído:

—Tenemos que hablar, amigo.

La gente de la fiesta privada abrió paso a Carver, no tanto por su tamaño como por su reputación. Me miraron a mí con sonrisas en declive, preocupados incluso. Se habían fijado en lo que Sarah Jane le había hecho en la nariz. La música seguía atronando en la sala contigua, pero yo apenas si la oía. Carver se dirigió hacia la cocina. Inspiré hondo y le seguí.

Isabelle no estaba, pero éramos tres en la cocina: Zain Carver, yo y Grip, el tipo con quien había discutido un rato antes. Parecía un cadáver reanimado. A la luz directa de la cocina vi que, en efecto, su brazo izquierdo era más corto que el derecho, pero aparte de eso, nada más. Todo su lado izquierdo estaba como encogido. Tenía los ojos inflamados y dolorosamente abiertos.

—Es él —dijo Grip.

—Cierra la puerta.

Carver no se dirigió a nadie en particular. Alargué el brazo para cerrar yo y noté el sudor en la palma de la mano al tocar la manija. Estaba cerrando una de mis posibles vías de escape, y algún instinto químico de supervivencia me dijo «No lo hagas». Intenté hacer caso omiso. La música dejó casi de oírse, una vez cerrada la puerta.

—Es él —insistió Grip—. Este cabrón intentó pegarme.

Carver sonrió en medio del silencio. Había varias luces encendidas en la cocina, cada una apuntando en una dirección diferente. Desde donde estaba, proyectaba dos sombras duras.

—¿Intentaste pegar a Grip? —dijo.

—No.

Grip escupió hacia el fregadero como si yo le hubiera producido mal sabor de

boca. Su brazo izquierdo no se movía de manera natural con respecto al cuerpo, sino que parecía hacerlo después del resto.

—Entonces ¿es un mentiroso? —dijo Carver.

—Solo está confundido. Será que le ocurre a menudo —dije.

Grip dio un paso al frente, pero luego lo pensó mejor. Cogió una botella de vino por el cuello y la rompió contra la pared. Blandiendo la parte afilada, me miró y dijo:

—Tú sigue diciendo chorradas.

En el suelo se formó un charco de vino erizado de cristales.

—Estoy seguro de que ha sido un accidente —dijo Carver, mirando a Grip—. Este tío...

—Aidan —dije yo.

La interrupción le hizo callar una fracción de segundo.

—Aidan ha tenido la suficiente presencia de ánimo para salir de la habitación cuando yo estaba... —enseñó una sonrisita mientras buscaba la palabra— hablando con Sarah.

Grip se quedó callado, rojo de ira. Parecía estar barajando mentalmente todas las palabras que conocía, buscando la más apropiada. No había soltado la botella rota.

—¿Dónde está Sarah Jane? —pregunté.

Carver hizo una señal de cabeza a Grip y este cruzó la cocina, me empujó con el hombro al pasar y salió. Durante el momento en que la puerta quedó abierta, la música, el mundo exterior, penetraron de nuevo. Un rapero estaba gritando algo acerca de volver a empezar desde cero sobre un ritmo inquietante y sombrío.

Luego, la puerta se cerró.

Carver sacó su móvil, se apoyó en una encimera y empezó a mirar los mensajes que tenía. De cuando en cuando paraba, tecleaba una respuesta rápida y seguía revisando. No volvió a decir nada hasta pasados un par de minutos. Cuando lo hizo no levantó la vista.

—¿Por qué preguntas por Sarah Jane?

Empecé a responder pero él me cortó.

—¿Qué haces rondando por el Rubik's? ¿Por qué le dijiste a Cath que ya habías estado aquí?

—Ya había estado aquí.

—Venga, hombre. —Sonrió burlón—. El viernes pasado, cuando le dijiste que sí, no era verdad.

Guardé silencio.

—Te han fichado, Aid. —Carver seguía mirando los mensajes—. Y no solo Cath, no solo en el Rubik's. El personal del Hex te ha visto siete veces en dos semanas. Otro tanto en el Basement, te grabamos en circuito cerrado cuando fuiste al Whistlestop. —Eran locales más pequeños, clubes satélite de la Franquicia. La red se extendía desde los Locks hacia el centro de la ciudad e incluso el barrio norte. Carver me miró un momento y siguió con su teléfono—. El blanquito misterioso. Te vas a convertir en mi mejor cliente...

—Parecía una manera de entrar.

—¿Si cuela, cuela? No, hermano, aquí no. Yo le dije a Cath que te pasara una invitación de tapadillo si era lo que buscabas.

—¿Por qué?

—Te dejabas ver. Eres insistente. —Se encogió de hombros—. Pensé que tendrías alguna explicación que dar. Pero que sea rapidito. Tengo aquí cien mensajes todavía sin leer.

—No, si yo no soy nadie...

—Para mí, los donnadies están solo un escalón por encima de los mierdas. Inspector Waits, ¿verdad? —Levantó la cabeza y miró más allá de mí. Al volverme, vi que Grip estaba junto a la puerta que daba al patio, fumando un cigarrillo y todavía con la botella rota agarrada por el cuello. Me guiñó un ojo. Resultó doloroso. Noté cómo se acumulaba el sudor en mis riñones. Era el instinto animal de supervivencia, que me decía «Corre, lárgate». Carver soltó una carcajada—. No pongas esa cara, hermano. Leo los periódicos. Aquí no

entra nadie que yo no conozca.

—Tú no me conoces.

—¿Robando drogas del almacén de pruebas? ¿Aceptando sobornos? Sé lo suficiente. Diría que eres de mi cuerda. Con una diferencia: a ti te echaron. «Apartado de su cargo hasta que concluya la investigación.» —Estaba leyendo de un recorte de prensa sobre mí que tenía guardado en el móvil. Siguió mirando y torció el gesto—. Esta foto no te favorece nada, Aid. —Forzó la vista—. Pero ahí no tienes un ojo a la funerala.

—Todavía no me han echado.

—Poco te falta, y has de saber que tengo amigos a montones. Algunos de ellos, por cierto, han conseguido conservar sus puestos de trabajo. O sea que si eso es todo lo...

—¿Tienes algún amigo en la brigada fantasma que te está investigando? —Levantó la vista del teléfono durante más tiempo que ninguna de las veces anteriores—. ¿O algún amigo que sepa siquiera qué es una brigada fantasma?

—Continúa.

—Una operación totalmente extraoficial pensada para pillar a policías corruptos.

—¿Extraoficial en qué sentido?

—Con poderes especiales para centrarse exclusivamente en agentes que neutralizan pruebas y delatan operaciones policiales. —Carver no dijo nada—. Lo cual podría describir a algunos de tus amigos.

—¿Qué te hace pensar que mis amigos no están al corriente del asunto?

—Todo confidencial. La forman miembros de la vieja guardia del cuerpo.

Se rio y dijo:

—¿Por qué habrían de interesarse por mí unos miembros de la vieja guardia en busca de polis corruptos?

—Porque es tu día de suerte, Zain. Porque siempre es tu día de suerte. No ha dejado de ser tu día de suerte desde hace diez años.

Carver hizo una seña a Grip. Vi que este daba media vuelta y se alejaba un

poco más por el sendero. Carver cogió una copa, se apartó de la encimera y fue hasta la puerta que daba al jardín.

Dejando aparte su tamaño, había en él algo físicamente inquietante. Parecía un actor en escena, siempre consciente de cuanto le rodeaba y de cómo podía afectarle. Techos bajos, iluminación, teléfonos se convertían en piezas de atrezzo cuando él estaba presente, y utilizaba ese atrezzo a placer para darse mayor o menor importancia. Su acento variaba incluso según a quién dirigiese la palabra, pero no era solamente eso. Tenía la desconcertante capacidad de proyectar sobre las otras personas partes de sí mismas: la lacónica pasividad de Sarah Jane, la agresividad controlada de Grip. Conmigo se volvía opaco y difícil de interpretar. Era como estar hablando frente a un espejo de feria de atracciones.

—Será que soy un tío con suerte. Qué te voy a contar.

—Eso es lo que probablemente se estén preguntando ellos también. Qué podría contarnos Zain Carver si dejara de ser un tío con suerte...

—¿Qué pintas tú haciendo de mensajero?

Ambos habíamos bajado la voz.

—No he venido porque esté en una encrucijada, que quede claro. Pero como tú has dicho —señalé el móvil con la cabeza—, ahí hay una foto que no me favorece. Lo mío acabó generando más comentarios de los que esperaba y mi autoestima se ha resentido. Este asunto es serio, salpica a gente con dinero. ¿Qué mejor oportunidad para mí?

—Si tan confidencial es esa brigada fantasma, ¿cómo es que tú sabes de qué va?

—Estoy aquí precisamente por eso.

—¿Estabas metido? —Guardé silencio y Carver trató de adivinar otra vez—. ¡Ah, claro! —empezó a reír—. ¿Te han echado?

—Casi, casi. Podían echarme, pero no lo hicieron. En circunstancias normales, que yo me apropiara o no de algo del almacén de pruebas no debería haber dejado ningún rastro. No dejaba ningún rastro. Hasta que un día restringieron mi acceso a la quinta planta.

—O sea que alguien se enteró.

—No. Alguien había puesto una trampa. Me metieron en una sala para interrogarme. El poli en cuestión no era de la ciudad, seguía un guion. Esa fue la primera señal de alarma: no querían que se supiera quién dirigía la operación aquí.

»Segunda señal de alarma: las preguntas iban sobre líos de dinero, terceras partes, chantaje. Eso significaba que tenían un perfil en mente.

»Bien, con esto había de sobra para expulsar a cualquiera y que le cayese una condena de las largas. Sin embargo, cuando entendieron que yo era su hombre, me trasladaron sin mediar palabra. Tercera señal de alarma: no querían hacer el menor ruido.

»A todo eso, yo preguntándome quién tenía poder suficiente para vigilarme, restringir mi autorización y echar tierra sobre el asunto. Y luego empecé a preguntarme por qué se tomaban todas aquellas molestias. —Carver se guardó el móvil en el bolsillo, atento a lo que yo decía—. Lo único que creí entender era que me habían asignado un papel en algún montaje y que ellos tenían un objetivo (algo o alguien) más importante y más corrupto que yo. Un arresto en jefatura podía obligar al verdadero blanco a actuar de incógnito. Total, me apartan de la operación, y unas semanas después llegan unos cargos bastante endebles. Que es lo que leíste en la prensa.

—¿Tan fácil es descubrir a una brigada fantasma?

—Mejor que eso. Los encontré. Sabía que era idea de algún pez gordo y que todo había partido de Central Park, de modo que me dediqué a observar quién iba y venía. Taché un montón de nombres de mi lista provisional, tomé nota de algunos otros. Y entonces apareció Derek Wright.

—¿Le conozco?

—Inspector jefe. Se supone que se jubiló en marzo pasado, pero en octubre aún iba por el trabajo. Luego detecté a Redgrave, otro veterano supuestamente retirado, y después a un tal Tillman. Polis jubilados entrando y saliendo de tapadillo por la puerta de atrás. Por eso tus amigos no se han enterado.

—¿Y a qué se dedicaban esos veteranos?

—A revisar expedientes antiguos en busca de patrones y a tomar las medidas pertinentes. Juraría que en los casos en los que Zain Carver tuvo suerte, siempre aparecen los nombres de los mismos inspectores. —Hice una pausa, dejando que asimilara la información—. Luego, solo es cuestión de presionar adecuadamente a esos inspectores, decirles quién va a ser su novio cuando estén en el talego. Ellos se encargan de que tus «amigos» te pasen información falsa y así tu famosa buena suerte empieza a fallar.

Carver se pasó los nudillos por la quijada. Era una mala costumbre que yo tenía e intenté recordar si lo había hecho en su presencia.

—¿Por qué debería creer todo esto que me cuentas? —dijo—. Te han echado, necesitas dinero...

—Haz lo que quieras, pero si tienes algún amigo en el cuerpo de policía, no le será difícil confirmar lo básico.

Me observó con atención.

—Está bien, sigue. ¿Cómo?

—Entre las cinco y las seis de la tarde, si están al loro, verán a Wright, Redgrave y Tillman salir de jefatura por el lado este.

—¿Cualquier día?

—Por lo que he visto hasta ahora, de martes a viernes. Wright y Tillman suelen fichar entre las ocho y las nueve. Redgrave varía un poco.

Carver me dio a entender que lo estaba pensando.

—¿Tú qué sacas con esto? —dijo.

—¿Qué le ha pasado esta noche a Sarah Jane?

Quería aparentar sentimientos encontrados, llevar la conversación al terreno personal. Me miró ceñudo como diciendo «¿Quién coño te has creído que eres?». Desvié la vista. Ninguno de los dos se movió hasta que él se echó a reír.

—¿Quieres decir si está enterrada en hormigón ahí en el jardín?

—Yo también leo los periódicos.

Se puso serio de golpe y avanzó hacia mí.

—¿Te vas a poner a hablar de Joanna en mi propia casa? —Como yo no decía nada, me dio un empujón—. ¿Eh?

No creí que Carver hubiera perdido la paciencia conmigo; solo me estaba haciendo ver que eso podía ocurrir de un momento a otro.

—Ya te lo he dicho. No puedo aparecer aquí como alguien que está en una encrucijada, porque no lo estoy. Puedo trabajar para un empresario sin problemas. Para un asesino ya no lo tengo tan claro.

—Sarah Jane ha salido a tomar el fresco, pero volverá. —Hizo una pausa—. A veces pienso que Joanna volverá también. No he leído ese llamamiento pero me alegro de que hagan algo. No deberían haberse olvidado de ella durante tanto tiempo. Yo no la he olvidado.

—¿Qué le pasó?

Carver frunció otra vez el entrecejo. Su teléfono empezó a vibrar. Se palpó el bolsillo.

—¿Wright, Redgrave y Tillman? —dijo. Yo asentí con la cabeza—. Vuelve la semana que viene. Si hay algo de eso que dices, te trataré bien. —Contestó la llamada y yo me dispuse a marcharme. No había llegado a la puerta de la cocina cuando Carver alzó la voz—. Lo que te he dicho es verdad, ¿sabes?

Parecía sincero, pero no supe si se lo decía a quien le llamaba o a mí.

Aquella noche no le vi más el pelo, y cuando la música dejó de sonar poco después, la gente pareció caerse muerta allí donde se encontraba. El suelo estaba sembrado de cuerpos inconscientes. Aliviado, eché un buen trago del vino de Isabelle. Decidí subir por la escalera, ahora que estaba despejada, y me fui sintiendo más sereno a cada nuevo peldaño. El pulso incesante de la música había dejado en mis oídos un potente zumbido que se me antojaba lleno de vida.

Una vez en el rellano torcí a la derecha y me metí en un amplio y perfumado cuarto de baño. Vi el contorno de una chica sentada en el inodoro. El asiento estaba bajado y ella completamente vestida y con la cabeza entre las manos, la viva imagen del miedo al embarazo. Encendí la luz y lo que vi fue a Isabelle Rossiter en un estado lastimoso, sin conocimiento pero respirando.

La levanté y la deposité con cuidado en el suelo. Pesaba tan poco que casi ni existía. Limpié dos vasos que alguien había dejado por allí, los llené de agua y me senté a su lado mientras ella bebía, solo por momentos consciente. Yo había empezado a ver borroso antes de sentarme en el suelo, pero ahora todo estaba desenfocado y empezaba a moverse como a cámara lenta. Sentí que perdía el sentido de la perspectiva, como si empezara a flotar.

El vino.

«He pensado que te debía una, por la otra vez.»

Debía de tratarse de un sedante fuerte, tal vez Rohypnol o GHB. Confié en no haber bebido tanto como para perder el conocimiento, pero todo seguía borroso. Cuando a duras penas conseguí levantarme, creo que me estaba riendo.

Isabelle tenía otra vez la cabeza entre las manos. Cresta punki y las piernas desnudas. Y descalza, además. Con las uñas de los pies pintadas de una laca

chillona, parecía una niña. Yo me había inclinado para intentar despertarla, y entonces vi que el pañuelo se le había abierto.

Le eché la cabeza hacia atrás.

La cicatriz era más grande de lo que yo había imaginado. Y más oscura, teniendo en cuenta que el corte era de hacía un año. Tenía forma casi de Z. Dos líneas profundas y bien definidas, unidas por una más superficial en medio. Al intentar quitarse la vida, se había hecho un tajo en el cuello, retirado el cuchillo y repetido la acción, esta vez más hondo.

Cogí las deshilachadas puntas de su pañuelo y volví a anudárselo sin apretar, asegurándome de que la cicatriz quedara cubierta. Le tapé luego las piernas con una toalla seca y gruesa, apagué la luz y la dejé allí.

Medio mareado, abrí la primera puerta que encontré, dejando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Era una estancia amplia con una cama extragrande en un extremo y varias parejas dormidas sobre la alfombra. Tropecé con ellas al ir hacia la cama, y oí que un hombre roncaba acostado en ella. Lo empujé hasta el suelo y me tumbé, hecho polvo y temblando de pies a cabeza. La línea de bajo de mis latidos movía todo mi cuerpo. La habitación daba vueltas.

El tiempo iba y venía, a toda velocidad. Puede que transcurriera una hora o solo diez minutos. La puerta se abrió de golpe. Vi gente en el suelo apartándose de la luz. Me hice el dormido. La puerta se cerró.

Otra vez a oscuras.

Oí las pisadas ligeras, dubitativas, de una chica que cruzaba la habitación hacia la cama. Se acostó a mi lado y se arrimó a mí. Olía a tabaco y a aire fresco, pero a través de su falda noté que sudaba.

—Hola otra vez —susurró Catherine.

La habitación giraba y su voz me sonó como una baliza. Nuestros dedos se entrelazaron en la oscuridad, ella me tomó la mano y la dirigió lentamente hacia lo alto de sus muslos. Noté el calor que irradiaban sus piernas y me di cuenta de que no llevaba ropa interior.

—¿Sigues buscando problemas?

Se rio, un sonido maravilloso, y su respiración superficial me puso caliente. Catherine me desabrochó el pantalón y noté que su mano buscaba. Incluso entonces, la sensación fue más bien como un recuerdo. O el recuerdo de algo que otra persona me hubiera contado. Me corrí minutos después y ella me acribilló la cara y el cuello a suaves besos entrecortados.

Creí oírla decir «Zain».

Allí tumbado, exhausto, fui consciente de una respiración pesada. Intenté sacar el aire con la boca abierta para aquietarla, pero no dio resultado. El que respiraba así era alguien que estaba en el otro extremo de la habitación a oscuras. Perdí el conocimiento y me sumí en un sueño compacto y sin imágenes.

Abrí los ojos, me incorporé de golpe y pude ver que entraba un poco de luz diurna por entre las cortinas. La habitación empezó a dar vueltas. Por experiencia, sabía que no pasaría nada mientras la cosa girara en el sentido de las agujas del reloj. Cuando me volví en la cama, vi que estaba yo solo. Catherine se había marchado. La almohada seguía oliendo a ella. Me levanté tambaleante y salí de la habitación. En la casa debía de haber alguien, a juzgar por algunos sonidos, pero no vi a nadie en el rellano ni en la escalera. Bajé y, al detenerme un instante en el pasillo, oí voces tras una puerta cerrada.

«¿Sheldon White?» Era una de las chicas quien hablaba. El nombre no me sonó, pero detecté algo en el tono de voz.

Era miedo.

Podría haber abierto la puerta y ver a los que hablaban en murmullos, pero en el momento no pensé que un lígüe de una noche tuviera importancia. En el momento mi cabeza no pensó nada. Abrí la puerta principal, contento de no haberme topado con nadie, y salí.

La luz me hizo bizquear, pero en el umbral de la casa vi lo que parecía una gran cagada de pájaro. Negro sobre blanco. Estaba húmeda todavía cuando pasé por encima.

—Hay que ver la pinta que trae —dijo Parrs indicándome que tomara asiento.

Era lunes por la mañana. El acento escocés seguía allí, pero el resto de él se había fundido hasta quedar en segundo plano. Era un hombre gris en casi todos los aspectos. Tanto sus cabellos como su indumentaria habían perdido color al ser ascendido a superintendente. Esos tonos le iban bien, eran una insinuación de la reflexiva vida interior que parecía alimentar. Estábamos en un tugurio cerca de Oxford Road. No me convenía ser visto en jefatura.

Le pasé un periódico sobre la mesa.

Parrs lo abrió por la mitad y se puso a leer.

Pasaron varios minutos, los dos allí sentados, él frunciendo el ceño mientras leía mi informe.

Lo principal. Y autocensurado.

Había decidido no mencionar mi propio consumo de droga, ni tampoco el ligue de una noche, e intentado también minimizar lo de Isabelle. Si alguien lo hubiera sabido o alguien hubiera preguntado, les habría dicho que fue para protegerla. En realidad, ni siquiera estaba seguro de por qué me lo guardaba. Quizá desconfiaba del superintendente Parrs. Y de David Rossiter, el parlamentario.

Estaba aún medio colocado pese a haber tenido un fin de semana para recuperarme de la fiesta. El zumbido de las lámparas y del ventilador del horno sonaban como sintetizadores. Parrs dejó de leer y me miró por encima del periódico. Caí en la cuenta de que no había dejado de dar golpecitos a la pata de la silla desde que me había sentado. Parrs apretaba la hoja del informe con el dedo índice, allí donde se había quedado. Volvió a leer una línea.

—¿Qué opinión sacó de Carver? —dijo, como si fuera la tercera vez que me lo preguntaba.

—Todo un personaje. Tiene amigos en el cuerpo, eso seguro. Prestó mucha atención cuando le conté lo de la brigada fantasma.

—¿Morderá el anzuelo?

—Si su hombre ve salir varias veces de jefatura a Wright, Redgrave y Tillman, creo que vamos bien.

—¿Quién vive en Fairview?

Giré la cabeza hacia la puerta. Éramos los únicos clientes.

—Carver y Grip, seguro —dije—. Las chicas, Catherine, Sarah Jane e Isabelle, creo que también. El barman, no.

—¿Y la fiesta del viernes?

—Lo mismo de la otra vez. No ocurre nada especialmente malo, pero hay muchas malas vibraciones. Es el ambiente.

—Todo eso que publicó la prensa sobre la desaparición de la exnovia del jefe... —Parrs, alegrándose en su fuero interno, sonrió—. ¿Presionó a Carver sobre el asunto de Joanna Greenlaw?

—Alguna fibra debí de tocarle, porque se cerró en banda.

—No me diga.

—Pero la cosa no fue como cabía esperar. Carver me dijo que no lo había leído pero que le alegraba ver que hacían algo al respecto. Y que no estaba bien que se hubieran olvidado de Joanna Greenlaw durante tanto tiempo.

—¿Usted qué opina?

—Me pareció sincero, pero en todo lo que hace hay un poco de actuación.

—¿Algún indicio de que se guardara información?

—No —dije, preguntándome si Parrs me lo habría contado todo—. Comentó que algunos días casi esperaba verla entrar en Fairview. Por lo que a él respecta, Joanna Greenlaw no ha estado diez años desaparecida. El llamamiento le ha tocado la fibra pero... —Dejé la frase en suspenso.

—¿Cree que hay algo más?

—Es posible que Carver esté siempre bien informado, pero me llevé la impresión de que me descubrieron porque han aumentado las medidas de seguridad.

—Mmm —dijo Parrs.

—Oí mencionar a un tal Sheldon White, y...

Parrs me miró al punto.

—¿Quién dijo ese nombre?

—Una de las chicas que estaban en Fairview.

Cerró el periódico con mi informe dentro. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz más grave de lo acostumbrado.

—Muchacho, Sheldon White es el fantasma de las navidades pasadas. Antiguo miembro de la plana mayor de los *burnsiders*. Acaba de salir de una condena de siete años.

—Ya.

Los ojos le brillaron.

—También estaba siendo investigado por la desaparición de Joanna Greenlaw. —Soltó un bufido como para sí mismo—. Si están hablando de Sheldon White, es que se han puesto nerviosos.

—¿Cómo es que me entero de esto ahora?

Parrs casi había olvidado que estaba yo delante.

—Quiero que se concentre en Zain Carver.

—No puede mandarme a Fairview sin contarme toda la historia.

—Puedo hacer con usted lo que me dé la real gana —me espetó—. Si tiene ganas de echarse atrás, lo mando a chirona con los otros. —Volvió a abrir el periódico, consultó mis notas—. Isabelle Rossiter. Cuénteme.

Me sorprendí dando golpecitos otra vez con el pie y paré.

—Está hecha un lío, diría yo, pero no más que cualquier otro adolescente de diecisiete años.

—Diecisiete... —dijo Parrs, frotándose la mejilla—. ¿Alguna idea de qué está haciendo en esa casa?

—Carver siempre está rodeado de chicas. Imagino que Isabelle no tardará en formar parte del grupo que va a recaudar el dinero a los bares. Tiene la pinta para ello.

—Las apariencias engañan, muchacho. ¿Le pareció mentalmente equilibrada?

—Diría que más que yo a su edad.

—Eso no me llena de confianza...

—Vi la cicatriz que tiene en el cuello. Pasara lo que pasase, no se lo hizo pidiendo auxilio.

—Mmm. —Parrs no mostró interés—. ¿Cuándo vuelve usted?

Quería más, mucho más. Habría sido capaz de enviarme a Fairview en aquel mismo instante.

—Carver me invitó a la próxima fiesta.

—Ah. —Parrs sonrió—. Esa mierda de todos los viernes.

Cuando sonreía, las arrugas en torno a sus ojos se marcaban más, parecían branquias de tiburón.

—Podré saber qué ha sacado en limpio su contacto sobre nuestra brigada fantasma.

El superintendente asintió y luego se me quedó mirando.

—No se entusiasme demasiado con esa basura de Isabelle Rossiter. Su señoría, la superintendente en jefe Chase, puede meter las tetas donde le venga en gana, pero yo no permitiré que una putilla eche a perder mi investigación. Tiene que centrarse exclusivamente en la Franquicia, Waits.

«Esa basura de Isabelle Rossiter.»

—Sí, señor —dije.

—Y ahora quiero que conteste con toda sinceridad.

Le miré fijamente a los ojos y asentí con la cabeza.

—¿Se mete usted algo, muchacho?

Paré otra vez de dar golpecitos con el pie.

—No.

Me levanté y salí del local antes de que vinieran a tomarnos nota.

Tras asegurarme de que el cubículo estuviera bien cerrado, me hice una raya en el dorso de la mano y me la metí. Era miércoles por la noche. Había hecho la misma ronda que la semana anterior de bares vinculados a la Franquicia, tomando nota de a quién veía y dónde. Me había parado a beber en el Basement, un pequeño local subterráneo de suelo pegajoso y ni una pizca de luz natural.

Cuando salí del servicio, la garganta me ardía y todo apestaba a anfeta. Las cosas parecían moverse más deprisa, pero eso probablemente se debió a la impresión de ver a Sarah Jane. El pelo todo rojo, el irresistible corte de su vestido. Esa noche trabajaba. En el Rubik's nunca había detectado su presencia, pero por lo visto venía a recaudar a locales satélite más pequeños.

—Hola —le dije cuando se dio la vuelta tras hablar con el barman.

Sin apenas mirarme, echó a andar a paso vivo en dirección a la escalera que subía a la calle. Seguramente me habría ignorado de cualquier modo, pero me pregunté si Carver le habría dicho algo de lo mío.

La historia de la brigada fantasma.

Wright, Redgrave y Tillman habían estado entrando y saliendo de jefatura según el plan. Puesto sobre aviso, un policía corrupto no tendría más alternativa que esperar, observar y confirmar lo que yo había contado hasta entonces. No lo sabría seguro hasta el viernes. La siguiente fiesta en Fairview. Suponiendo que me hubiera ganado su confianza, o algo parecido, tendría la oportunidad de preparar el terreno para la trampa.

Era un momento excitante, y, aunque yo no tenía el entusiasmo del superintendente Parrs por la Franquicia, empezaba a verle la gracia a la operación. Joanna Greenlaw desaparecida diez años atrás. El pseudoimperio de

Zain Carver. Sus bares y sus chicas. Sus sirenas. Isabelle Rossiter, seducida por todo ello. Y ahora con el añadido del tal Sheldon White, aquel asunto pendiente, otro eco del pasado.

Si la cosa hubiera salido bien, una semana después habrían detenido al objetivo y yo habría reanudado mi vida anterior, con caída en desgracia incluida. Zain Carver habría sido arrestado, sus bares habrían cerrado y sus chicas se habrían dispersado. A saber qué habría hecho Isabelle Rossiter.

Pienso mucho en ese momento concreto. El último antes de perder yo el control. Si la cosa hubiera funcionado, tal vez me habría ahorrado muchos problemas y mucho dolor. Ya puestos, tal vez habría salvado muchas vidas.

Me bebí una cerveza para enfriar la garganta. La anfetamina me hacía sentir omnipresente e intocable. Estaba por doquier, dándole cuerda a un centenar de piezas movibles. En ese estado, las personas eran simples cosas vistas desde lejos. Ventanas iluminadas e imperturbables de un rascacielos.

Los dos días siguientes me mantuve al margen de la Franquicia. Privado de ella. Empezaba a ser como un imán que tiraba de mí hacia Fairview. Llegó el viernes, y cuando me encontré en el sendero que llevaba a la casa apreté inconscientemente el paso. Caminé sin fijarme en los curiosos atraídos por los potentes graves de la música. No sabía en qué me estaba metiendo. Podía salir bien o mal.

Sarah Jane abrió la puerta y se hizo a un lado sin mirarme a la cara. A su espalda, el vestíbulo hervía de gente y de vida. Luces estroboscópicas se encendían y apagaban al ritmo de los graves. Yo entré y ella cerró la puerta en las narices de una pareja que venía detrás de mí.

—Hola —dije a voz en cuello.

Ella no estaba para saludos.

—Zain quiere verte —dijo.

Divisé a Catherine entre el barullo de cuerpos. Melena castaña derramándose contra la pared. Pensé en nuestra noche juntos; no podía creer que hubiera ocurrido de verdad. Estaba pegada al lado izquierdo del recibidor, hablando con un hombre que en ese momento me daba la espalda. Las luces la hacían ultravisible un momento e invisible al siguiente. Al verme, abrió mucho los ojos.

—Eh, tú —dijo Sarah Jane, chasqueando los dedos delante de mi cara.

—Tú delante.

No fue fácil seguirla entre aquella multitud. Demasiados cuerpos en tan poco espacio. La gente se apartaba como si Sarah Jane fuera un miembro de la realeza y volvía a juntarse a su paso. La iluminación ralentizaba el movimiento, convertía el caminar en una serie de instantáneas. Volví la cabeza. Pese a que el

hombre seguía hablándole, Catherine estaba mirando hacia mí. Intentaba comunicarme algo...

—Mira por dónde vas —dijo Grip, chocando fuerte con mi hombro.

Le miré. Me dio un capirotazo en la frente y luego sonrió. Eso hizo que el labio inferior se le abriera y una gotita de sangre resbalara mentón abajo. Me dio otro toque en la frente. Yo había perdido de vista a Sarah Jane y aparté a Grip camino de la cocina. Llegué a tiempo de ver que ella abría la puerta y entraba sin cerciorarse de que yo la hubiera seguido. El calor generado por la muchedumbre me hacía sudar, pero a ella pareció no afectarle en lo más mínimo.

Isabelle Rossiter se hallaba junto a la puerta, sola. Llevaba el mismo pañuelo deshilachado, el mismo estilo punki de la otra vez, y tenía la vista fija en sus descoloridas y gastadas Doc Martens. Al verme siguiendo a Sarah Jane, alzó la voz sobre la música.

—Me dijiste que no la conocías.

Hice caso omiso, entré en la cocina y cerré la puerta. La iluminación era tenue, sin intermitencias, y la música sonaba un poco amortiguada. Zain Carver estaba justo donde yo le había dejado una semana atrás, apoyado en una encimera mirando mensajes en su teléfono móvil. A su lado, una botella de algo que parecía caro y dos vasos. Terminó de leer un mensaje, levantó la vista y miró a Sarah Jane.

—Danos un minuto, querida.

Zain volvió a sus mensajes. Ella puso una sonrisa de vete a la mierda, giró en redondo y salió cerrando la puerta.

—Ya ves —dijo Carver—. Vivita y coleando.

—¿Lo sabe ella?

—Yo no le he dicho nada. ¿Por qué?

-Me ha parecido que su respuesta era glacial.

-Entonces, buena señal. Su respuesta suele ser unos grados más fría aún.

Esperé mientras él escribía un mensaje.

—¿Hennessy? —dijo luego, señalando la botella de coñac.

—Desde luego.

Dejó el móvil en la encimera, rompió el sello de la botella, sirvió generosamente y me pasó una copa. Estaba hecha a medida y se acomodó perfectamente en la palma de mi mano.

Carver levantó la suya para brindar.

—Por los nuevos amigos.

Ambos sonreímos al entrecocar los vasos. Que yo supiese, nunca había bebido aquella marca de coñac, y era estupendo. Sentí ese efecto tan familiar de un buen trago, el calorcillo interior que hasta ese momento yo no sabía que se había apagado.

—Wright, Redgrave y Tillman —dijo Carver—. Se los ha visto a los tres entrando y saliendo de jefatura esta semana.

—¿Qué conclusión ha sacado tu hombre?

—Suficiente para justificar que estés aquí ahora, Aid. Hizo unas cuantas «pesquisas discretas». —Pronunció esto último como imitando a quien lo había dicho. El tono no le resultó familiar—. Tiene amistad con una chica que trabaja en la sexta planta, administración. Según parece, tus hombres tienen una sala privada para ellos solos, la 6.21A. Esa amiga no pudo ver quién lo había autorizado, pero allí se reúne una supuesta Comisión para el Monumento de Parks Road.

—Tres inspectores de la brigada criminal para elegir un monumento a los caídos...

—Ya. —Carver sonrió—. Al menos hacen falta cinco cabrones de esos. No se lo conté todo a mi hombre, pero él lo dedujo por sí solo. Ató cabos y me vino hablando también de una brigada fantasma...

—¿Estaba preocupado?

Carver cogió el teléfono, que había vibrado varias veces mientras hablábamos, y se puso a mirar los mensajes entrantes. Una manera de decirme que mi papel en esta historia había concluido.

—Dije que te trataría bien, o sea que canta un precio. Ah, el Hennessy es un

regalo para ti.

—En ese caso... —Agarré la botella, la examiné, rellené ambos vasos—.  
¿Diez?

—Ni de lejos, colega. Inténtalo de nuevo.

Eché un trago. Avivando el fuego interior...

—Siete.

—Que sean cinco. —Carver sonrió—. Habla con Grip.

—Me da que no le caigo muy bien.

—No le cae bien nadie. ¿Tan importante es eso?

—Solo si me pone las cosas difíciles.

—Descuida —dijo, terminando de mirar los mensajes—. Grip está al corriente de todo.

Esperé a que acabara de teclear otra respuesta.

—Bien, ¿y ahora qué?

Frunció el entrecejo.

—No lo quieras saber.

No me cupo duda de que, con su actitud desdeñosa, Carver solo pretendía provocarme. Conseguir que yo le diera más información a cambio de doblarme la recompensa.

Recurrí a una estrategia de ventas.

—Quizá tenga más cosas que contar.

—¿Por ejemplo?

—Sobre las peculiaridades de una brigada fantasma. Eso vale más de cinco, que conste.

—Dispara, pues.

—¿Qué motivo podrían tener para hacer algo así dentro de la misma jefatura?  
—Carver se encogió de hombros—. Fácil acceso a archivos físicos —dije.

—Últimamente ya nada es físico.

—Algo los empuja a seguir en ese edificio. En esa habitación, concretamente. Hasta el punto de que la entrada esté prohibida a todo el mundo salvo a ellos. No

pueden estar utilizando redes de datos ni archivos policiales compartidos. Demasiado evidente, demasiado visible, acceso demasiado fácil.

—¿Y bien?

—Yo apostaría a que todo lo que tienen sobre ti, sobre mí y sobre tu hombre está ahí dentro, sea lo que sea. Probablemente en un disco duro aparte. —Carver había dejado el móvil de nuevo en la encimera, atento como nunca a mis palabras—. Es cuestión de borrarlo y así no tendrán nada.

—Pero ¿cómo?

—Antes de venir a verte estuve vigilando el sitio durante quince días. Wright, Redgrave y Tillman nunca entraban los lunes. Tu hombre estuvo vigilando la semana pasada. ¿Los vio entrar?

Carver hizo memoria.

—No, el lunes no.

—Pues lo que tiene que hacer es entrar allí.

—¿Así de simple?

—Se ocultan a la vista de todos. Sabemos dónde está la sala y cuándo no hay moros en la costa. No pueden instalar medidas de seguridad tras una puerta cerrada porque eso llamaría la atención. Además, nadie en su sano juicio mostraría el menor interés por esa... ¿cómo era? Ah, sí. Comisión para el Monumento de Parks Road. Y, encima, en la sexta planta. —Vi que el interés de Carver aumentaba—. Tu hombre podría acceder a la habitación este lunes.

—Mmm.

—Quizá pueda entrar esta misma semana. O quizá dejarlo para la que viene.

Carver me miró.

—Esto podría valer más de cinco mil...

Seguimos hablando un poco más y nos terminamos las copas. Carver no se mojó, pero le vi más animado. Cuando nos despedimos, insistió en que me llevara la botella de Hennessy. De repente resultó que me había vuelto popular. Grip vino hacia mí. Estaba empapado en sudor y sus movimientos eran incómodos. Llevaba una bolsa de papel y me la pasó con un gruñido. Yo hice un

gesto de cabeza y él volvió a zambullirse entre el gentío. Dentro de la bolsa había dinero. Cinco fajos de billetes de cincuenta libras, más o menos de igual grosor. Conseguí metérmelos en el bolsillo de la chaqueta.

Me puse a buscar a Isabelle, preguntándome si habría algo entre ella y Sarah Jane. Había notado su decepción al vernos juntos. Me asustaba la falta de interés que el superintendente mostraba por ella. «Esa basura de Isabelle Rossiter.» Su propio padre ni siquiera la había echado en falta hasta un mes más tarde. No dejes que desaparezca, pensé.

—¿De celebración? —dijo Catherine mirando el Hennessy.

—Yo siempre.

Le tendí la botella y ella sonrió. Era la primera sonrisa de verdad que yo veía en mucho tiempo. Incluso se le iluminaron los ojos, no era una sonrisa apropiada para aquella casa. Tampoco tenía cabida entre ella y yo, la verdad. Catherine tomó un trago y me devolvió la botella.

—Demasiado de ricos para mí.

Pensé en el dinero que llevaba en el bolsillo.

—Si te gustan pobres, quizá yo sea el hombre que te interesa.

Sonrió otra vez.

—¿Solo «quizá»?

—Bueno, al menos podría hacerte perder algo de tiempo.

—O volcar mi copa accidentalmente...

—Lo sigo lamentando.

—Olvídalo. Gracias a eso me libré de Neil.

—¿Neil?

—El barman del Rubik's. Cree que le pertenezco. Es como una cortina de ducha.

—¿Perdón?

—Se agarra a todas las chicas que se le ponen por delante.

—¿El tío de la barba cuidada?

—El mismo. Parece que hubiera pasado toda la noche en vela intentando

resolver un asesinato, o qué sé yo. —Me hizo reír. «Neil.» O sea que Glen Smithson, el violador absuelto, utilizaba otro nombre. Era bueno saberlo—. La mayoría de los hombres no se atreven a dirigirnos la palabra.

—Me alegro de saberlo —dije.

—¿Sí? ¿Cuál fue realmente el motivo de que me volcaras el vaso, Aidan?

—Quería conocerte.

—¿No a Zain?

—A ti primero —dije, y no era mentira.

Catherine apoyó una mano en mi pecho y me miró a los ojos.

—Bien, pues hazme perder un poco el tiempo.

Lo dijo como retándome.

—Haré que no sepas ni dónde estás.

Tomamos unos tragos. Avanzamos y retrocedimos con la marea de gente, hasta que, casi sin darnos cuenta, estábamos otra vez en el piso de arriba. Cuando la besé, tuve la sensación de que todo podía cambiar. Mi personalidad, mi cuerpo. Mi vida entera. Al separarnos, yo seguía siendo yo, pero de momento podía soportarlo. Catherine estaba allí conmigo. Se rio y me atizó en el pecho al ver cómo la miraba. Nos besamos otra vez.

Me marché como una hora después. Fue al cerrar la puerta principal cuando noté algo húmedo en los dedos. Miré. Negro sobre blanco, como la cagada de pájaro que había visto en el escalón de entrada una semana antes. Por allí no se veía ningún pájaro. Me llevé los dedos a la nariz. Olía a pintura. Eché a andar por el sendero mientras con una hoja de árbol me limpiaba la mano.

Al llegar al distrito norte pasada ya la medianoche, todo estaba agradablemente borroso. Bebí un poco de agua, me tomé dos analgésicos y me senté a dormir. Vi que tenía un nuevo mensaje de texto. Era de un número que no reconocí, y decía simplemente:

Zain lo sabe.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Mientras me duchaba, vi la mancha de pintura blanca y negra que se me había secado en los dedos. Pensé en la cagada de pájaro que había estado a punto de pisar saliendo de Fairview la semana anterior. Y luego pensé en la desaparición de Joanna Greenlaw.

«Había manchas de pintura blanca y negra en el escalón de la entrada.»

Cogí el teléfono. Necesitaba hablar con un experto y solo conocía a uno. Inspiré hondo y marqué el número de Suttty. No había vuelto a verle desde que arrestamos a aquella mujer del burka. Él solo sabía que yo había robado droga del almacén de pruebas un día después y había sido apartado del cuerpo. Si Suttty todavía trabajaba de noche, seguramente estaría en la cama, durmiendo.

Cuando contestó lo hizo con un borboteo indefinible.

—Hola, Suttty.

Borboteo.

—Soy Waits.

—¿Waits? —Eso lo despertó de golpe—. ¿Y qué cojones quieres?

—Necesito ayuda...

—Y que lo digas, muchacho. Hay que tener cara dura para llamarme, después de lo que hiciste.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera deberíamos hablar, tú y yo. Si te acaban juzgando, voy a testificar en tu contra. Y sin ningún problema.

—Lo sé. No te llamaría si no fuera algo urgente.

—Mira, no tengo pasta y no tengo tiempo, o sea que...

—No quiero pedirte dinero. Es sobre bandas y sus firmas. —No dijo nada,

pero yo sabía que eso le iba a intrigar—. Tú eres la única persona que sabe realmente de este asunto.

—¿Para qué es?

—Trabajo privado. Seguridad.

—¿Por cuánto?

—Cien libras la hora. —Le oí resoplar—. Está bien, doscientas. No puedo ofrecerte más.

Le oí relamerse los labios, meditando la respuesta.

—¿Dónde?

—¿Qué tal en el centro? ¿Te va bien si quedamos en el Temple?

Unos urinarios públicos reconvertidos en bar. El dueño era el cantante de un famoso grupo local y procuraba que el ambiente fuese adecuadamente lúgubre, y los precios razonables. El Temple era el bar favorito de Suttu.

—Lleva el dinero —dijo, y colgó.

Bajé las escaleras del Temple y noté como mis ojos se acostumbraban a la oscuridad. Casi siempre estaba a tope, pero tenía el mejor jukebox de la ciudad. Cuando yo entré estaban poniendo *Exile on Main Street*. Suttty estaba sentado a la barra con una pinta de Guinness. Echó un trago al verme y dejó la jarra de mala manera.

—Dos más —le dijo a la chica que atendía la barra—. Paga él.

Me senté, pagué la ronda y tomé un trago de cerveza.

—¿Cómo te va?

—La pasta —dijo él.

No paraba de rascarse. Le pasé el dinero. Lo había cogido de las cinco mil de Carver. Cuatro billetes de cincuenta libras esterlinas.

Suttty lo contó dos veces.

—Bueno, suéltalo ya.

—Joanna Greenlaw —dije.

—¿Y eso qué clase de seguridad privada es?

—Solo para ponerte en situación. Cuando fueron a la casa, había algo en el escalón de entrada.

—Sí, pintura blanca y negra. —Sorbió por la nariz—. La rúbrica del viejo *burnsider*.

—Entonces...

—Entonces nada de nada. Cualquiera podría haberlo hecho. Se investigó en su momento, pero con un poco de pintura no vas a ninguna parte.

—¿Tú qué sabes de ellos?

—Todo. —Se encogió de hombros—. Burnside Estate era un complejo

industrial. Unos tres kilómetros al norte, área metropolitana, a orillas del Irwell. —Tomó un sorbo. Vi que empezaba a gustarle hablar del asunto—. Estaba pegado al río para que las fábricas pudieran enviar y recibir mercancía por barco. Cerraron todas en los ochenta, cuando la industria se trasladó al extranjero. Ahora es el pozo de mierda que todos conocemos.

—Yo nunca he estado.

—Te ahorraré la excursión. Naves abandonadas. Yonquis, marginados, sintechos...

—¿Y los *burnsiders*?

—Poco queda de ellos. Sobreviven a base de vender alquitrán.

—¿Alquitrán?

—Heroína negra. Se hace con fentanilo, un opiáceo cien veces más potente que la morfina. Barato de hacer y barato de conseguir. —Sutty sonrió—. Te da unos subidones que no veas, pero el riesgo de infección es alto. Amputaciones, etcétera...

—¿Y la pintura...?

—Ya no la utilizan. Aquello fue solo para marcar sus propiedades. Pero ahora ya no les queda casi nada.

—¿Y eso?

Me miró a los ojos.

—¿De qué va este asunto? —dijo.

—La persona para la que trabajo dice que a veces encuentra pintura blanca y negra en la entrada de su casa. Eso me sonó de algo. —Hice una pausa—. Entonces se me ocurrió que el tipo igual aflojaría un poco de pasta. Para ti, a modo de disculpa...

Sutty sorbió por la nariz.

—¿Pintura blanca y negra en la entrada de una casa? Me suena más a paso de cebra que a los *burnsiders*. Esos están acabados. Muertos. Y no van a resucitar.

—¿Quién acabó con ellos?

—Zain Carver. Empezó a jugar con los grandes hace unos diez años. La

sangre no llegó al río, pero hasta los yonquis se dieron cuenta. El Ocho es más puro que el alquitrán, y se vende a un precio razonable. Además, si te retrasas en el pago no te marcan a cuchillo. Por decirlo de alguna manera, Carver gentrificó el negocio. Los *burnsiders* están obsoletos. Igual que esa rúbrica.

Tomé un sorbo de Guinness, pensando en todo ello. El hecho de que la firma estuviera obsoleta no le restaba su importancia. Menos aún si alguien la estaba empleando para rememorar los días de gloria, cuando se utilizaba a menudo. Ahora, sin embargo, no parecía algo ligado a bandas. Que yo supiese, no había habido amenazas ni actos de violencia subsiguientes. Parecía algo de tipo personal. Directamente relacionado con la desaparición de Joanna Greenlaw.

—Ya que estamos compartiendo... —dijo Sully, sacándose un sobre del bolsillo—. Esto llegó a comisaría para ti. Tuve que abrirlo, lo siento...

Tomé el sobre y extraje la hoja de papel que había dentro. Se notaba que la habían desdoblado, leído y pasado de mano en mano, porque el papel no estaba crujiente. Miré quién lo firmaba. Intenté disimular mi sorpresa. Volví a doblar el papel, lo metí en el sobre y me lo guardé en el bolsillo.

—Es curioso. —Sully sorbió por la nariz. Luego sonrió—. Me dijiste que te habías criado en una casa de acogida.

Opté por cambiar de tema.

—¿Te suena de algo el nombre de Sheldon White?

Me miró de nuevo.

—Claro, pero, en fin, está entre rejas...

—No. Salió hace poco.

—No me digas. —Se quedó pensando—. Entonces olvida lo que te he dicho antes. Eso podría cambiar las cosas para los *burnsiders*.

Llegué a casa. Colgué la chaqueta. La carta estaba todavía en el bolsillo pero no volví a abrirla.

El primer strike fue mi historia personal. Quién era y dónde había nacido. Me gustaba hacerme mayor porque cada segundo me alejaba físicamente de mi infancia. O eso pensaba yo. Después, cuando Parrs me echó el anzuelo, me di cuenta de hasta qué punto era ineludible. El tinglado de un puto chiste que solo se entiende al final.

Nuestra madre no nos quería.

No se lo dije a nadie cuando eso podría haber cambiado la situación, y luego, con los años, yo mismo lo olvidé. Ya no recuerdo gran cosa de cuando era pequeño. Hay gente capaz de hablar sobre su infancia con detalles de médico forense, o cuando menos te sueltan alguna que otra anécdota. Para mí, es como si hiciera una eternidad, y hay días en los que desearía que hubiera pasado más tiempo aún. Pero cuando olvidas ciertas cosas te estás decepcionando no solo a ti mismo sino también a otros; esa sonrisa que desaparece de los labios de un amigo cuando ve que has olvidado una historia compartida.

Y yo he empezado a olvidarme de mi hermana pequeña.

Tengo de ella una imagen nítida, pero no sé si es exacta. La recuerdo como un bebé rollizo y desaliñado. El vestido muy ajado, los calcetines altos (uno siempre caído), hablan a las claras de su carácter. Aventurera y bulliciosa. Alerta y valiente. Pero algo callada para su edad. Una niña que pensaba. La frente siempre muy caliente. Ni siquiera levantaba la vista cuando yo me calentaba las manos en ella; seguía con lo que fuese que estuviera destrozando o montando. Recuerdo sus rizos, su gesto de ceñuda concentración.

Y me acuerdo del respingo que daba cuando los adultos de la casa se movían demasiado deprisa a su alrededor. Me acordaré de eso y luego recordaré cruzar una puerta. Quedarme paralizado en mitad de una calle. Estaré en la ducha, sin pensar en nada, y de repente me encontraré sentado con la cabeza entre las manos. No pude mirar aquella carta. Fue el primer strike contra mí. Mi historia personal. Quién era yo y dónde había nacido.

Hice una llamada al superintendente Parrs.

—Esto está en marcha.

—¿El lunes?

—Habitación 6.21A. Seguramente el hombre de Carver lo comprobará esta misma semana con vistas a entrar el lunes que viene, si está despejado.

—Me aseguraré de que así sea. Buen trabajo, muchacho. ¿Algo más que informar?

Pensé en Sarah Jane y su gélido desdén. En el gesto reprobatorio de Isabelle. En su desaparición de la fiesta. En la sonrisa asesina de Grip y en la sincera de Catherine. «Tuve la sensación de que todo podía cambiar.» Pensé en mi conversación con Sutti. En la pintura. Pensé en el dinero. Cinco mil libras a tocateja. Más de lo que yo había tenido nunca a mi nombre. Había llevado el dinero al lugar donde tenía almacenadas las pocas cosas de mi vida anterior. Allí se quedaría hasta que el trabajo estuviera terminado. Pensé en el mensaje anónimo que había recibido:

Zain lo sabe.

—No, nada más —dije.

II

SUSTANCIA

Sábado. El cubículo estaba inundado de luz ultravioleta. Los bares del centro de la ciudad la utilizan porque así los usuarios no pueden verse las venas de los brazos para chutarse. El Rubik's no era una excepción. A veces, los yonquis se buscaban una vena en la calle, marcaban el punto con un boli y luego se metían en un lavabo con luz ultravioleta y se pinchaban. Después, cuando salían con los ojos vidriosos, sus brazos parecían un estampado de pequeños besos rojo sangre en una tarjeta de felicitación.

Tras comprobar que la puerta estuviera bien cerrada, me subí a la taza del inodoro. Con un destornillador que había llevado conmigo retiré los tornillos alrededor del aplique de luz y lo bajé del techo. Había observado a Smithson, el barman, durante varias semanas. Pese a que el local contaba con personal de limpieza, él pasaba mucho rato en aquellos lavabos. Metí la mano por el pequeño agujero y palpé.

Bolsas.

En la primera que bajé había coca. Luego tres clases diferentes de pastillas, y una con cremallera que contenía dosis de Ocho listas para inyectar. Volví a guardarlo casi todo, atornillé el aplique y bajé del inodoro.

Me hice una raya de coca en el dorso de la mano. El brazo entero me temblaba. Cerré los ojos y aspiré profundamente, tensando todos mis músculos en un intento de recuperar el control corporal. Volví a abrir los ojos y entonces reparé en una pintada escrita justo encima de la cisterna.

«Olvida la noche que te espera», decía.

Me quedé mirando la frase un minuto entero y luego devolví la cocaína a la bolsita de plástico transparente de donde había salido.

Tiré de la cadena del inodoro, abrí la puerta y salí.

El bar empezaba a animarse. Atrás quedaba la última hora trágica y empezaba la feliz. La clientela de día estaba formada sobre todo por gente que salía del trabajo y había quedado con amigos. Vi a Catherine pidiendo en la barra su acostumbrado vodka solo en vaso alto. Llevaba la melena suelta sobre los hombros. Acelerando, como quien no quiere la cosa, el ritmo cardíaco de todos los hombres presentes en el local.

A su lado estaba Isabelle Rossiter.

Era la primera vez que las veía juntas. Me pregunté si Catherine sería la amiga que la había metido en la Franquicia. Confié en que no. De repente comprendí que yo estaba en el bando opuesto al de Catherine, y que por mi culpa ella probablemente iría a la cárcel. Me vi reflejado en mi cerveza y aparté la jarra. Isabelle se tocaba la cicatriz y coqueteaba tímidamente con el barman. Pensé en el artículo que había leído sobre él.

«Smithson absuelto.»

El barman dijo algo que hizo que Catherine levantara la vista. Empezaron a discutir. En un momento dado Catherine se puso incluso enfrente de Isabelle.

Oí que decía: «Basta».

Vi que finalmente Isabelle lograba calmarla después de llegar a algún acuerdo con el tipo. Catherine los dejó y fue a sentarse a una mesa en el rincón. Vi que el barman le decía algo a la chica que trabajaba con él, salió de la barra y se dirigió hacia la puerta. Isabelle esperó un minuto y luego le siguió. En las mesas había hombres mirándola de tal manera que casi se les salieron los ojos al verla pasar. Observé a Catherine por si ella también salía del bar, pero se quedó donde estaba.

La chica de la barra estaba atendiendo a tres personas a la vez cuando yo me acerqué. Era australiana, una rubia muy alegre. Estudiante, pensé.

—Vodka cuádruple, por favor.

—Mejor algo legal.

—Ella tiene uno —dije, señalando hacia donde estaba Catherine.

La chica miró y sonrió.

—Pero ella es especial, cielo. Tú no.

—Vale, pues Jameson con soda.

Le di propina por la ocurrencia, tomé un sorbo y me volví. Cruzando el campo visual de Catherine, fui a sentarme en la mesa contigua a la suya, de espaldas a ella. Estaba pensando qué hacer, cuando oí ruido de patas de silla detrás de mí y un taconeo en el parqué. Noté otra vez el temblor en la mano izquierda y deseé haberme metido algo antes de sentarme.

—Aidan —dijo Catherine.

Alcé los ojos. Desde los zapatos de tacón de ante negro hasta la falda tubo de piel y de allí al top de escote bajo. Y a la melena castaña que acariciaba sus hombros. La chica que había entrado en mi vida unas semanas atrás. Cuando mis ojos encontraron los suyos, fue un milagro.

—Cath.

—Veo que sigues buscando que te pongan un ojo morado —dijo ella con una sonrisa.

—Y cada vez estoy más cerca de conseguirlo, ¿a que sí? ¿Te sientas?

Cogió su vodka de la otra mesa y se sentó frente a mí.

—Bueno, ¿y cuáles son los candidatos? —dijo.

—Por un momento pensé que Carver me iba a atizar, pero no.

—Seguro que habrá más momentos así. —Detecté que seguía enfadada por lo ocurrido entre Isabelle y el barman, fuera lo que fuese, y nuestra conversación parecía resentirse por ello—. A propósito, ¿qué opinas de él?

—¿De Zain? Monta buenas fiestas.

—¿Y ya está?

—Tampoco le conozco tanto.

—Ha hablado contigo, lo cual ya es mucho, créeme...

—¿Y qué opinas tú de él?

No contestó. Quería impedir que yo cambiara de tema.

—¿Por qué estás siempre rondado, Aid?

Nos habíamos acostado dos veces y se daba cuenta de que no sabía nada de mí.

—Busco trabajo. Es de lo que estuve hablando con Zain el viernes.

—¿Quieres ser una de las chicas?

—¿Es así como te ves a ti misma?

—No suelo pensar en eso. —Hizo una pausa—. De todas formas, ya que lo preguntas, yo no le pertenezco a nadie.

—¿Ni a los que te pagan?

—Ni a los que me follan.

Un poco más allá, hacia mi derecha, a la chica de la barra se le cayó una bandeja con copas. La mitad de las mesas se puso a vitorear tan pronto se oyó ruido de cristales rotos.

—Qué odiosa es la gente cuando hace eso —dije.

—¿El qué? ¿Tirar vasos?

—Señalar un error.

—¿Un error?

—No estaba hablando de...

—No. —Me hizo callar apretándome un momento la mano—. Te he dado la oportunidad y tú te has salido por la tangente. En fin, ahora ya no tiene importancia. —Se puso de pie—. Buenas noches, Aidan.

Las chicas suelen dedicarme sonrisas de cartilla de racionamiento, como si ahorraran para otra persona, pero Catherine era diferente. Ella siempre sonreía de verdad. Y yo, en cambio, le mentía siempre.

Me levanté de la mesa, pero ella se alejaba ya con su sonoro taconeo. De repente se detuvo, volvió la cabeza.

—¿Te quedas?

—Creo que sí —dije, deseando que Cath volviera a la mesa.

—¿Puedes decirle a mi amiga que me he ido?

—¿La rubia jovencita?

Catherine asintió.

—La rubia jovencita. ¿Sabes lo que pienso? Que deberías buscar trabajo en otra parte. Igual te sale más a cuenta.

Dio media vuelta y se marchó. Fue una de las pocas veces en que Catherine intentó hablar conmigo. Debería haberle dicho otra cosa, pensé. Algo mejor.

Isabelle Rossiter volvió al cabo de una hora o así. Llevaba la falda un dedo más arriba del muslo y fue derecha al aseo de señoras. El barman había regresado cinco minutos antes y la miró con el rabillo del ojo, igual que el resto de la clientela masculina. Al salir de los servicios, Isabelle paseó una mirada incómoda por el local y se sentó en la zona de la barra en que su nuevo amigo no estaba sirviendo.

Supuse que tras lo que fuera que hubiesen hecho al ausentarse, él le había dicho que se largara.

La chica de la barra ignoró a Isabelle para atender a otros clientes, evitando tener que preguntarle la edad, e Isabelle pareció encogerse hasta desaparecer. Unos minutos después empezó a caminar lentamente junto a la barra con una expresión ausente y complacida a la vez. Se pasó el dorso de la mano por la nariz, sacó su móvil e hizo como que leía algo. En el local hacía fresco, pero vi que ella tenía una pátina de sudor en la cara. Deduje que estaba colocada.

El barman estaba riendo con un cliente cuando la vio avanzar entre toda aquella chusma. Fingió descaradamente que tenía algo que hacer en la trastienda al tiempo que gritaba algo sobre las cañerías, todo para evitarla. Isabelle parecía una niña perdida en un supermercado.

El cliente con quien el barman había estado riendo se volvió hacia ella. Tenía el rostro de un colorado preinfarto e hinchado de tanto beber. Su brazo izquierdo abandonó la barra y rozó el muslo de Isabelle. Al levantar ella la vista y mirarle, él abocinó una mano y le dijo algo al oído. Ella tenía diecisiete años y el tipo debía de rondar casi los sesenta. Isabelle dio un paso atrás, frunció el entrecejo, y negó con la cabeza. «No, gracias», acompañándolo de su propia sonrisa de racionamiento.

Viviría, pensé. Yo también fui joven. Pensaba que el sexo y el dinero eran la

mitad de todo. Caminó hacia la puerta a paso lento, como si se deslizara. El tipo rubicundo alargó el brazo para levantarle la falda por detrás. Ella volvió a bajársela y siguió su camino, pero muchos parroquianos animaron al cincuentón.

Volví a verme reflejado en mi cerveza, una caricatura de mí mismo. Cuando me levanté lo hice muy despacio, deseando que ella ya se hubiera marchado para cuando yo saliera del bar. Sin embargo, allí estaba todavía, en la calzada, observando su propio aliento en el aire.

—Isabelle —dije. Se volvió con una sonrisa de escenario. Mantuvo esa expresión aun cuando su mirada dejaba ver que no me reconocía enseguida. Se llevó las manos al bolso—. Nos conocimos en casa de Zain...

—Ah, el astrólogo —dijo ella, más contenta, y dio un paso hacia mí—. ¿Qué pasa?

—Nada, estaba tomando una copa. Mira, me alegro de haberte encontrado. — Se puso seria de golpe—. Antes me he cruzado con Cath y me ha pedido que te dijera que se marchaba.

—Ah. —Como dolida—. ¿No ha dicho adónde iba?

—No. Pero parecía enfadada por algo. —Ella apartó la cara para ocultar su sonrojo. Me sentí incómodo por forzar las cosas, pero tenía que hablar con ella—. Mi amigo acaba de marcharse también y me apetecía seguir bebiendo. Si te animas, yo invito...

Isabelle pareció pensárselo y luego volvió a entrar en el local. Daba la impresión de que intentaba hacerse pasar por otra persona.

Dejamos la pista de baile con el esqueleto temblando pero con ganas de seguir moviéndolo. Yo había invitado a copas e Isabelle se reía a carcajadas como trallazos, inclinando el cuerpo hacia delante y enseguida hacia atrás, tapándose la boca con las manos. Un flash de astillada laca de uñas naranja y lápiz de labios a juego. De vez en cuando la veía mirar por encima de mi hombro y supe que ella deseaba que otra persona nos viera juntos.

No hubo problema en sentarnos a la mesa que Catherine había abandonado. Habían avisado de que pronto iban a cerrar y casi todo el mundo estaba en pie, ya fuera bailando o haciendo cola en la barra para el último trago. El vodka de Catherine seguía encima de la mesa. Las parejas solían juntarse más o menos hacia esa hora. Isabelle se quedó mirando cómo chicos y chicas abandonaban juntos el local, unos cogidos del brazo, otros con cara de póquer.

Reflexionó en voz alta, por encima de la música:

—Me pregunto cuáles acabarán de conocerse y cuáles serán pareja de verdad.

—Los que se manosean acaban de conocerse; los que no se hablan son pareja.

Isabelle hizo girar el líquido en su copa, tratando de aparentar que improvisaba.

—¿Como Zain y Sarah Jane?

La miré a los ojos. No había parado de tiritar desde que nos sentamos y vi que intentaba disimularlo. Volví a preguntarme qué se habría metido, si sería lo mismo que yo había probado en Fairview.

—Oye, Izzy, esa botella que me pasaste la otra semana, ¿de dónde la sacaste?

Intentó recordarlo.

—No sé, quizá de Neil.

El barman le había puesto algo en la copa. Creo que adivinó lo que yo podía preguntar a continuación, de ahí que tratara de improvisar. Me miró fijamente mientras sacaba un cigarrillo como si no existiera la prohibición de fumar. Le temblaban tanto las manos que tuve que ayudarla a encenderlo. Dio una calada y me echó el humo en los ojos.

—Zain no te cae demasiado bien, ¿verdad? —dijo, cambiando de tema.

—No especialmente.

—¿Por qué?

—Es un adicto. —Ella me miró sin entender—. Utiliza a la gente —dije—, no las drogas.

—Pero no utiliza a la gente como haces tú. —Intenté sonreír, pero su juventud provocó que el comentario sonara tan prosaico como el resultado de una placa de rayos X—. Tú utilizas tus desventajas —añadió—. Yo hago igual.

—¿Y cuáles son tus desventajas?

Hizo como si no me hubiera oído, moviendo la cabeza al ritmo de la música. Extravagantes efectos láser y algo sobre vivir la noche salvaje.

—Me encanta esta canción —dijo. Esperé—. Yo no caigo muy bien en general. Tú tampoco caes bien. —Le castañeteaban los dientes; dio otra calada al cigarrillo—. En parte es mejor. Así podemos acercarnos a ellos sin que se den cuenta.

—¿A quién te acercas tú así? ¿A Zain Carver?

Observó el humo que escapaba de entre sus labios.

—Él es diferente...

—¿De qué?

—De un préstamo, una deuda, un curro.

—Ah, ¿es que te has tomado un año sabático?

—¿Y por qué no?

—Puede que acabes con una mano delante y otra detrás.

—«Sin futuro» —dijo, imitando a la perfección el acento de Johnny Rotten. Nos reímos los dos—. Tienes razón. Quizá debería irme de mochilera por algún

desierto cultural con otra gente de mi edad.

Choqué mi vaso con el suyo y dije:

—De repente, el negocio de la droga me parece mucho más atractivo.

—Eres buen tío, sabes. Los demás siempre me dicen que vuelva a casa.

—Los demás, ¿quiénes?

—Zain, Cathy, Grip. Todos ellos.

—¿Y dónde tienes tu casa, Izzy?

—No quiero hablar de eso.

—Oye, ¿y cómo es que has venido aquí? —dije. Ella me miró—. No parece que encajes mucho.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes pinta de venir de familia rica.

—Que te jodan —dijo—. Y tú pinta de venir de familia pobre.

—Claro. Por eso estoy aquí.

Vi que se enfurruñaba.

—En mi caso es por todas las chicas anoréxicas con las que crecí. Y por todos los chicos que solo querían tomarme de la mano y escribirme poemas...

—Imagino que no hay muchas palabras que rimen con Isabelle.

—Es verdad —dijo.

—Pero esos chicos se harán mayores. Mejorarán.

—¿Es lo que le pasa a la gente? —Yo no dije nada. Tiró la ceniza hacia un lado, me chamuscó un poco el brazo, y luego añadió—: Zain y tú hablasteis la otra noche. ¿Le dijiste eso de que utiliza a la gente?

—No salió el tema.

—¿Qué quería?

—Consejo.

—¿Ah, sí?

—Va a hacer pintar la casa y quería saber si el verde pálido iría bien con sus seductores ojos.

—Has dicho que utilizaba a la gente...

—Sí. Mira, hablemos de otra cosa.

—Venga, Aid. Dime a quién utiliza.

Guardé silencio hasta que ella notó algo en mi mirada.

—Que te jodan —repitió, esta vez en serio. Aplastó la colilla en la mesa. Parte de la pintura de labios había quedado pegada al cigarrillo—. Yo tomo mis propias decisiones.

Se ajustó el pañuelo y recordé la cicatriz que tenía en el cuello. Aparté la vista y advertí que el barman me estaba mirando fijamente otra vez. Pensé en la sentencia del juicio. En las pruebas que desaparecieron y en el vino «especial» que le había dado a Isabelle. Hoy tendría que pasar por encima de mí.

Le saludé agitando una mano.

Isabelle cogió el vodka que había dejado Catherine y empezó a beber. Ninguno de los dos pestañeó hasta que ella hubo vaciado una tercera parte del vaso.

—Para —dije, alargando el brazo para cogerle el vaso.

Éramos dos personas en medio de una multitud de un millar, y permanecemos en un silencio atronador durante cosa de un minuto.

—¿Te das cuenta? —dijo ella por fin—. Parecemos una de esas parejas de verdad.

El local iba a cerrar, las luces se encendieron y quedamos todos expuestos y vulnerables. Hombres y mujeres que parecían llenos de energía en la fresca oscuridad se veían ahora como pisoteados, maltrechos. La música, que antes daba la impresión de sostener el techo, había desaparecido y el local parecía abandonado y sin vida. El barman estaba recogiendo vasos y pasó entre las mesas en dirección a nosotros. Seguía mirándome con aquellos ojos cóncavos como ceniceros. Al acercarse pude ver que tenía el semblante tenso, duro.

—Hora de cerrar —dijo, descargando de mala manera sobre nuestra mesa la cesta con vasos a medio consumir. Isabelle había empezado a sangrar por la nariz y estaba mirándose en el espejo de su polvera—. Tú espérame —le dijo.

Isabelle se puso colorada y le miró haciendo un leve gesto de asentimiento.

—Había pensado acompañarla yo a casa —dije.

—¿Y eso por qué?

—A estas horas te puedes encontrar de todo.

—¿Te está molestando? —le preguntó el barman.

Ella me dedicó una mirada larga y fatigada. Le noté el bajón, pero no actuaba con naturalidad y pensé que le tenía miedo al barman.

—Sí —musitó Isabelle—. Me está molestando.

El barman se pasó la mano por la nariz y asintió varias veces. Entonces sonrió. Levantó un costado de la cesta de los vasos y la lanzó violentamente hacia arriba. Todo su contenido me impactó de golpe; quedé empapado en cristales rotos, lavazas y cerveza, y vi que entre el líquido que se escurría entre mis piernas había un poco de sangre. Isabelle volvió a encogerse. Hubo murmullos de asombro. La gente se quedó muda. Luego, un grupo de hombres empezó a vitorear. Los derrotados que estaban saliendo en silencio se volvieron para mirarnos.

—Lo siento —dijo el barman sin dejar de sonreír.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa y se puso a secarme algo mojado que yo tenía en la cara. Al inclinarse para hacerlo, me golpeó el hombro, fuerte, con el suyo, y la placa con el nombre se me incrustó en la clavícula.

Recuperé el resuello y me puse de pie. La silla cayó hacia atrás. Noté que tenía trozos de cristal clavados en la cara.

—Neil —dijo la compañera del barman.

Estaba detrás de él y había apoyado una mano en su brazo, tratando de calmarlo. Yo avancé haciendo eses, pero él me empujó con fuerza. Más clientes se habían detenido camino de la salida para vernos pelear; algunos reían y lanzaban vítores. Gente suficiente mirando para que la cosa tomara un mal cariz. Para que yo pareciera un borracho.

—Lo siento —le dije a Isabelle, tropezando con la silla al ir hacia los aseos bajo la ardiente mirada de diez o más pares de ojos.

—Tú espera fuera —oí que el barman le decía a ella.

Cuando entré en el aseo de caballeros, sangrando, empapado de cintura para abajo y apestando a alcohol, los dos hombres que se encontraban allí dejaron de hablar, se miraron y salieron sin más. Pensé en Isabelle, en su voz ahogada, y luego en Smithson, sonriente en los escalones del juzgado. Me vi un momento al pasar frente al espejo: la cara colorada, todo yo temblando.

Entré en el cubículo donde había comenzado mi periplo aquella noche, me subí a la tapa del inodoro y arranqué el aplique del techo. Una parte del enlucido de alrededor se vino abajo también, y con él varias bolsas de droga. Las abrí una por una, levanté la tapa del váter y las fui vaciando. Tiré de la cadena varias veces hasta que solo quedaron unas pastillas flotando en el agua. Volví a pulsar por última vez y salí del retrete.

Cuando se abrió la puerta, supe que sería él. Me volví despacio. Las luces dejaban una estela fantasmagórica. El barman vino hacia mí con paso confiado y de un empujón me lanzó contra la pared. Mi clavícula chilló bajo la piel.

Luego me agarró la mandíbula con una de sus manazas y apretó.

—Ella es mía —dijo entre dientes, mirándome a los ojos.

Empecé a ver borroso, y lo tenía tan cerca que pude oler el vodka en su aliento. Me dio dos bofetadas seguidas y retiró la mano dispuesto a propinarme una tercera.

Asentí con la cabeza y me soltó. Luego se miró en el espejo, girando rápidamente el hombro al hacerlo. Se me escapó un respingo y él rio un poco. Satisfecho de su aspecto, se encaminó a la salida con paso lento, amenazador, insinuando que podía volverse en cualquier momento y acabar conmigo para siempre. Dejé que llegara hasta la puerta, bajara el tirador e hiciera ademán de salir.

—Glen —dije.

Giró en redondo al oír su nombre verdadero.

—¿Qué hostias acabas de decir?

La puerta se cerró sola.

—Glen.

—¿Quién me llama así? —dijo mirándome fijamente—. ¿Quién cojones me llama así?

—¿No es tu nombre? Te llamas Glen Smithson, ¿no?

De dos zancadas se plantó ante mí y me mandó otra vez contra la pared. Me quedé sin aire en los pulmones.

—Me llamo Neil —dijo tirándose de la etiqueta con su nombre—, a ver si te enteras.

—Me habré equivocado —dije—. Pensaba que eras aquel tipo que salía en los periódicos...

Glen Smithson me golpeó con tal fuerza en el pecho que casi me desmayé. Mientras me deslizaba por la pared abajo, vi que el impacto de mi cuerpo había hecho que las luces empezaran a parpadear. Me encontraba en el suelo, boqueando en busca de aire. Smithson se plantó frente a mí, respirando fuerte por la nariz. Entonces se agachó y dijo que me mataría si no me perdía de vista inmediatamente.

Le creí.

—Mueve el culo —dijo soltándome un puntapié.

Llegué a la puerta y me sujeté a ella para mantenerme en pie. Al volver la cabeza, la luz palpitante me dio una imagen de él como de un ser sobrenatural. Salí con el rabo entre las piernas y empapado en sudor, además de en alcohol.

La enorme cervecería, extrañamente iluminada ahora, estaba desierta. Temblando, agarré la silla más cercana y la arrastré hasta la puerta de los aseos. Al abrirla vi que Smithson estaba peinándose frente al espejo.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Me parece que esa luz ultravioleta se te ha estropeado.

Me fulminó con la mirada hasta que por fin asimiló el significado de mis palabras. Entonces, lentamente, se volvió hacia el cubículo donde yo había encontrado la droga escondida y abrió la puerta. Al ver el aplique del techo arrancado, comprendiendo por fin, se quedó estupefacto.

Ojalá hubiera podido verle la cara cuando descubrió las bolsas vacías. El

polvo alrededor del inodoro. Unas pastillas flotando entre restos de orines y mierda. Smithson sabía lo que Zain Carver les hacía a los brazos y las piernas de quienes perdían su mercancía.

Dejé que se cerrara la puerta y la atranqué desde fuera remetiéndola bajo el tirador. Atravesé la quietud de la enorme sala ahora vacía mientras oía a Smithson arremeter contra la puerta de los servicios. Los golpes resonaban en el edificio, tan regulares y hondos como los latidos de algo que se nos hubiera tragado vivos. Empujé la puerta de una salida de emergencia y el aire de noviembre heló la cerveza y el sudor que empapaban mi piel.

Entonces vi a Isabelle, recostada en una farola. Parecía muy abatida. Sonreí ante su gesto de sorpresa al ver que me acercaba a ella. Trastabilló, dio un paso atrás y acabó tropezando con una tapa de alcantarilla.

—¿Qué ha pasado? —farfulló. Apenas se la entendía. Tiré de ella hacia una parada de taxis—. ¿Qué has hecho?

Caminaba arrastrando los pies, y cuando ya estábamos cerca de un taxi, hizo un intento de zafarse de mí y yo le solté el brazo. Cayó al suelo hecha un guiñapo. Me alegré de que no volviera a casa con el barman. Cuando la levanté de nuevo, me pareció que no pesaba nada. Una vez en el asiento de atrás del taxi se desmayó sobre mi hombro, y el taxista me guiñó un ojo por el retrovisor.

—Buen chico —dijo.

Había decidido llevarla a casa de sus padres después de lo visto en el bar, y al cuerno lo que pensara Rossiter. Busqué en el bolso de Isabelle algún carnet o algo donde constara el domicilio de su padre. Íbamos en la dirección de su distrito electoral. Me entretuve observándola. Se agitaba de vez en cuando, algo que parecía imposible en su estado. Era otra vez como la chica de la fotografía.

No tenía el móvil protegido con contraseña, de modo que miré sus mensajes. Allí estaba, el único dirigido a mi número:

Zain lo sabe.

Entonces recordé que ella me había dicho dos veces que no me habrían dejado entrar en Fairview de no haber sabido quién era yo. Me pregunté qué consecuencias podía tener eso y si el mensaje sería una broma, o una advertencia, o incluso una complicada artimaña del propio Carver. ¿Acaso había conseguido mi número de móvil? ¿Se lo había dado a Isabelle? ¿Había utilizado Carver el móvil de ella? Me puse a mirar las fotos que tenía guardadas: ambiente nocturno, gente de la Franquicia. Me pareció que había algo en el buzón de voz, pero al ver que Isabelle se movía otra vez, devolví el teléfono al bolso.

El alma se me cayó a los pies al ver el dinero.

No pude confirmar mis sospechas porque el taxista iba mirando a Isabelle por el retrovisor. Tuve que esperar unos diez minutos, hasta que nos metimos entre más coches y el tipo tuvo que colocar bien el retrovisor. Cuando aceleró otra vez, examiné los billetes: varios cientos de libras en billetes de diez y de veinte, pequeños fajos asegurados con goma elástica roja. Isabelle había hecho la recaudación al salir del bar con el encargado.

Miré hacia el exterior. Luces de neón pasando de largo, prometiendo el oro y el moro, y luego la vi a ella, dormida, reflejada en el cristal.

—¿Puede parar aquí? —dije. El taxista puso el intermitente y luego se giró hacia mí—. Me temo que habrá que volver.

Llegamos a Fairview pasadas las doce de la noche. La calle estaba tranquila. Me incliné para pagar la carrera y advertí que el taxista tenía una erección abultando en sus vaqueros grasientos. Se pasó la mano por ella mientras hurgaba en un monedero.

—No tengo cambio —dijo.

Hice un gesto de asentimiento y saqué a Isabelle del coche.

—¿Puede esperar un momento? —le dije al taxista.

Él miró a la chica desmayada sobre mi brazo y me guiñó un ojo.

—Desde luego, colega.

Me quité la chaqueta y se la puse a ella sobre los hombros. Estaba sosteniéndola todavía cuando me volví hacia la casa. Era una noche negrísima. La farola más cercana se había fundido, pero incluso en la oscuridad pude ver que nos observaban.

Dos cigarrillos brillaron en la oscuridad al final del sendero particular. Mi intención era mandar a Isabelle sola hasta la casa a fin de no enemistarme con Carver, pero cuando estuvimos más cerca me entraron dudas. Uno de los cigarrillos voló hasta el suelo y fue aplastado con un zapato, quedando su propietario invisible.

Oí que un coche arrancaba detrás de nosotros y al volver la cabeza vi que el taxi se alejaba despacio hasta detenerse un poco más allá. Las luces de posición encendidas me permitieron ver la silueta de una chica sentada en el suelo contra una pared. La chica levantó la vista y rio por algo que el taxista le decía asomado a la ventanilla. Luego se puso de pie y se inclinó hacia él. Tras un breve intercambio de palabras, rodeó el coche y montó en el asiento del acompañante.

El coche arrancó de nuevo, dobló la esquina y la oscuridad se impuso otra vez.

El muy cabrón.

Al mirar de nuevo hacia la casa advertí que también habían apagado el otro cigarrillo. No pude ver al fumador. Yo seguía sujetando a Isabelle. Recorrí el sendero lo más deprisa que pude y llamé con fuerza a la puerta.

En contraste con las primeras veces que había estado allí, la casa estaba silenciosa. Solo se oía el viento que mecía los árboles a ambos lados del sendero. La adrenalina parecía enfriarse en mi torrente sanguíneo, y eso me humanizaba. Noté el golpe que me había dado el barman en la clavícula, el peso ligero de Isabelle en mi brazo. Me recosté en la puerta y perdí la noción del tiempo. El ruido de una cerradura me hizo reaccionar al punto.

La puerta se abrió y allí estaba Sarah Jane, mirándonos a los dos. Tenía los cabellos húmedos, la melena derramada sobre los hombros, y se la veía más pálida que de costumbre. Debía de haberse duchado antes de ir a acostarse. Me di cuenta de que yo esperaba ver a Catherine. Miró primero a Isabelle, todavía grogui, y luego me miró a mí, como si yo fuera la quintaesencia del hijo de la gran puta.

—¿Qué ha pasado?

—Con un poco de suerte, no recordará nada —dije.

—Ella nunca ha tenido suerte. Mejor que la hagas entrar.

Sarah Jane se hizo a un lado. Entré con Isabelle a cuestras y cerré la puerta empujando con el hombro. El eco que resonó por toda la casa fue como una reminiscencia de aquellas fiestas. Despojada de juerguistas, parecía un lugar bastante civilizado. Había pinturas al óleo, adornos, sillas de anticuario teñidas de blanco.

—Por aquí —dijo Sarah Jane con cierta desgana.

Giró el picaporte de una puerta y entramos a un estudio ordenado y en penumbra. Era una habitación a la que yo no había tenido acceso en anteriores visitas. Deposité a Isabelle en un sofá de piel. Se movió, pero sin llegar a despertarse.

—¿Tienes un poco de agua? —pregunté.

Sarah Jane se quedó quieta un instante, dio media vuelta y salió. La veía diferente, pero no sabía por qué. Volvió con un vaso de agua y analgésicos.

—Olvídate de las pastillas. No sé qué otra cosa puede haber tomado.

Sarah Jane miró mi ropa empapada en cerveza y demás.

—Estaba así cuando la encontré.

Ahora sabía qué era lo diferente. No iba maquillada, y eso la hacía más encantadora. Sin la sombra de ojos oscura, sus pestañas parecían largas y delicadas. Enmarcaban mejor sus ojos verdes, dándole una expresión más íntima y conmovedora, y ella lo sabía muy bien.

Sostuve la cabeza de Isabelle y la ayudé a beber agua por segunda vez en unas semanas. Luego saqué el dinero de su bolso y le hice un gesto a Sarah Jane. Salimos del estudio y cerramos la puerta sin hacer ruido.

—¿Dónde estaba? —preguntó ella—. Quiero decir, ¿dónde la encontraste?

—En ese bar, el Rubik's. Cerca de los Locks.

—Has hecho bien cogiendo sus cosas...

—Sobre todo cuando pesan tanto —dije, pasándole los billetes.

Me miró mientras palpaba el dinero y luego tomó aire.

—¿Por qué lo has traído?

—Porque no es mío.

—¿Y ella?

—Bueno, ella tampoco es mía.

—Pues qué pena.

—¿Isabelle no es bienvenida en esta casa?

—Yo no he dicho eso.

—Casi, casi.

—Parece que atraemos a gente descarriada, ¿no?

Intuí que estaba hablando de mí más que de Isabelle.

—Ya, bueno. Me perderé de vista lo antes posible.

Sarah Jane miró los billetes que yo había puesto en su mano y luego a mí.

—No hemos sido debidamente presentados...

—Aidan —dije, tendiéndole la mano.

Ella la estrechó con gran languidez. Tenía la piel fría. Me pregunté si era una de las personas que estaban fumando fuera hacía un rato y, en ese caso, quién podía ser la otra.

—Yo me llamo Sarah Jane. —Lo dijo como si su nombre fuera un trabajo que odiase.

—¿Es necesario que Zain se entere de esto?

—¿Tú qué crees?

—Que eso podría causarle problemas a Isabelle.

—A estas alturas ya está acostumbrada —dijo ella. Esperé—. Una adolescente que se pasa el día de marcha con extraños...

—¿Extraños?

—Tú no eres el primero, Aidan. En fin, llevas varias semanas intentando entrar en esta casa. Si le cuento a Zain que has recuperado su dinero, eso tal vez ayudaría, ¿no?

—Por mí no te metas en líos.

—Por usted yo no haría nada de nada, inspector —dijo. La miré—. Tranquilo, soy la única que lo sabe.

Aparte de Zain y de Grip. Zain me había dicho que Sarah Jane no sabía nada de nuestro trato. Una de dos, o él se lo había contado después o ella sola había atado cabos.

—¿Me has mandado un mensaje desde el móvil de Isabelle? —Sarah Jane sonrió, pero fue más para mantenerme a distancia que para acortarla—. ¿Cómo conseguiste mi número?

—Me parece que deberías irte.

—Me parece que tienes razón. —Oímos moverse a Isabelle en el cuarto de al lado—. ¿No debería estar en su casa? Quiero decir en su casa de verdad.

—Allí también hay problemas. Ciertas chicas los llevan consigo adondequiera que van.

—Cuánta comprensión por tu parte.

—Ella no estaría aquí si yo no fuera comprensiva. Bueno —dijo, yendo hacia la puerta—, ¿no habíamos quedado en que te ibas?

—Sí. De todos modos, fuera debe de hacer menos frío que aquí. Me ha parecido ver una cara familiar cuando venía por el sendero.

—¿De veras?

—Sí, un *burnsider*.

—¿Qué?

Se apartó de la puerta.

—¿Quién crees que puede haber ahí fuera, Sarah? ¿Sheldon White?

Quería saber cómo reaccionaba al oír ese nombre.

—¿Quién? —dijo.

No me pareció convincente. Abrí la puerta y salí a la oscuridad. Cuando me volví, ella había retrocedido ya hacia el interior de la casa.

—Es el hombre que hizo desaparecer a la última novia de Zain. Yo de ti me andaría con ojo.

El rumor del viento en las ramas de los árboles volvía a ser audible, y a lo lejos sonó una ambulancia.

—Llévatela, Aidan —gritó Sarah Jane a mi espalda.

—Pero si acabas de decir...

—Tiene un apartamento cerca de aquí. —Se inclinó sobre una mesa pequeña para anotar una dirección en un papel—. Ah, y es demasiado jovencita para ti, inspector. Ándate con ojo tú también.

—Gracias —dije, y cogí el papel.

Incluso escribiendo con prisa, la letra de Sarah Jane era angulosa y pulcra. Muy propia de ella. Entré en el estudio a por Isabelle. Se había movido, y aunque tenía los ojos cerrados me pregunté si habría escuchado algo de nuestra conversación.

Al llegar al final del sendero del jardín, me detuve y miré hacia la casa. Una luz tenue en una ventana de arriba, probablemente la pantalla de un móvil. A

pesar de lo que yo había dicho, confiaba en que Carver me hubiera visto llevar el dinero a su casa.

Isabelle se hospedaba en un edificio singular de estilo brutalista, una especie de caja de hormigón. Antes de la crisis estaba pensado como bloque de oficinas, pero visto el panorama decidieron hacer pisos. Sobre la puerta, mal pintado en espray rojo, se leía:

FERMEZ LA PUTA BOUCHE.

Dentro había una escalera enorme, los peldaños suavizados por una moqueta de color hierba mustia. Isabelle iba colgada de mi brazo y erguida, pero caminaba arrastrando los pies. Al subir oí voces detrás de algunas puertas. El único sonido constante era un zumbido grave que venía de las halógenas del techo.

El piso de Isabelle era un cuchitril miserable. Al abrir, pulsé el interruptor de la luz y una bombilla pelada se encendió en medio del techo. Era demasiado potente para aquel espacio y me provocó violentas manchas en los ojos incluso después de parpadear o apartar la vista. Aquello era un estudio, una sala de estar ni grande ni pequeña con un sofá cama y un cuarto de baño.

Dejé a Isabelle en el sofá y eché un vistazo por el lugar, tratando de justificar mi presencia allí. Había perchas con ropa en todo el perímetro de la salita, alegres vestidos de verano que parecían nuevos. Una triste mesa de escritorio y una ventana con cortina. En el baño, algunos artículos de tocador y una toalla con la leyenda SONRÍE en letras amarillas. Me pareció un sarcasmo.

Eso era todo.

Encontré un poco de vodka, lo mezclé con agua del grifo y me senté en un rincón, desde donde podía ver a Isabelle y vigilar la puerta. El piso estaba más limpio de lo que correspondía. Nada parecía indicar que allí viviera alguien,

menos todavía una chica de diecisiete años que llevaba un mes huida de casa. Me vino algo a la cabeza y entonces comprendí a qué me recordaba el estudio.

Al ático de su padre.

Eran diferentes en todo salvo en su aire impostadamente anónimo, pero la falta de definición, de personalidad, los hacía únicos a mis ojos y a mi experiencia. Había estado en muchos hogares de víctimas, personas inocentes sin nada que ocultar. Por regla general se encontraban llenos de objetos que definían una manera de vivir. El estudio de Isabelle, por el contrario, me hacía pensar en la vivienda de alguien que había hecho alguna fechoría.

Igual que el ático de David Rossiter, pensé.

El vodka me había despejado, y me levanté para echar un vistazo más a fondo. El único objeto de interés era la mesa de Ikea arrimada a la pared más alejada de la puerta. No solo la habían montado mal, sino que nadie parecía utilizarla.

Isabelle continuaba durmiendo.

No encontré ni diario ni agenda, pero sí fotografías. Un buen montón de fotos en blanco y negro, hechas con una impresora de las buenas. Mostraban a una Isabelle Rossiter de otra dimensión, como si en algún momento se hubiera encontrado ante una decisiva encrucijada: un camino conducía a la felicidad, el otro a la condenación.

Me volví y la miré.

La adolescente que salía en las fotos, aparentemente feliz con sus amigos, riendo a carcajadas, del brazo de diferentes chicos, parecía estar a años luz de la anoréxica que dormía en el sofá. Me alegró comprobar que en algún momento había sido una chica alegre.

¿Qué pasó para que cambiara?

El cajón de abajo hizo un ruido raro cuando lo abrí. Estaba lleno de cristales rotos, parecían restos de un espejo. Cuando empecé a buscar entre los fragmentos, esperando encontrar rastros de polvo, quizá una pajita, me sorprendió que hubiera sangre coagulada. Seguí mirando y llegué a la conclusión de que allí había más de un espejo roto. Los fragmentos pertenecían a tres o

cuatro objetos de cristal de diferentes formas.

Isabelle había echado una última ojeada a sus fotos, a la persona que era, antes de elegir el mal camino. No había abandonado su vida por casualidad. Fue en ese momento cuando entendí que podía no estar huyendo de los problemas de una niña rica.

Pensé otra vez en el teléfono y me acerqué a donde estaba Isabelle conteniendo la respiración. Sin quitarle el ojo de encima, saqué el móvil de su bolso y caminé despacio hacia el cuarto de baño. Con la puerta cerrada, marqué su buzón de voz.

«Tiene un mensaje nuevo. Recibido hoy.»

Pausa, murmullo de respiración, una voz.

Aquel inconfundible acento de Oxbridge.

«Isabelle, me gustaría que contestaras. Sé que soy la última persona a quien deseas oír, pero tenemos que hablar. Ha estado aquí la policía preguntando por ti, por tu paradero. Han mencionado a un tal Zain Carver. Dicen que está metido en asuntos de drogas. Isabelle, yo puedo protegerte, pero, por favor, llámame. — Una pausa—. Tú sabes que te quiero.»

David Rossiter. Mintiendo a su hija sobre su situación, intentando manipularla para que vuelva a casa. Me sorprendió oír su voz, ya que él había dado a entender que no tenía forma de contactar con su hija. Colgué y abrí la puerta del baño.

Estaba de pie, descalza, junto al sofá. Cresta punki alborotada y sombra de ojos corrida. No usaba unos tacones muy altos, pero sin ellos se veía mucho más menuda. Tan flaca, y descalza, su aspecto era terriblemente joven.

Vio que yo tenía su teléfono en la mano.

—¿Qué haces? —dijo.

—Pues estaba...

—¿Hurgando entre mis cosas?

Dejé el móvil en el suelo.

—Te he traído a casa, Izzy. Solo buscaba algo con que entretenerme.

Reparé en que ella tenía las llaves del piso en la mano cerrada, sujetando la más larga a modo de cuchillo.

—Pues entretente fuera de aquí.

—De acuerdo. —Fui hacia la puerta sin acercarme a Isabelle—. Lo siento —dije después de abrir.

—Sé que trabajas para él.

Me volví pero no dije nada. Se le había aflojado el pañuelo y pude verle la cicatriz. Había intentado matarse una vez, después de lo cual había intentado fugarse de casa. Había probado las drogas y mantenido una relación con un hombre mayor. Y todo ello estaba presente en su pañuelo, que ahora colgaba dejando a la vista parte del cuello. Estaba en su voz ahogada, en aquella espantosa habitación, en sus pies morados de frío y en la laca de uñas desportillada. Tenía diecisiete años y estaba intentando contener las lágrimas.

—Izzy...

—Vete.

—¿No podemos hablarlo? —dije—. ¿Mañana?

Cambió el peso de un pie a otro y se me quedó mirando largamente, hasta que me di cuenta de que a través de las cortinas de nailon empezaba a entrar la luz del día.

—Si no hablas primero con él...

—Él nunca sabrá que he estado aquí.

—Nunca he podido esconderle nada. —Vi que expulsaba todo el aire, como ocurre justo antes de un ataque de pánico. Siguió hablando apenas sin voz—. Paga a mis novios para que le cuenten lo que han hecho conmigo. Primero los emborracha y luego los graba. A veces me pone las cintas. —Tomó aire—. Lo sabe todo.

—Él no sabrá que he estado aquí —dije por segunda vez.

Quería que se sintiera segura, de modo que salí del piso y cerré la puerta.

—Puedes volver —la oí decir en voz queda.

No supe si se refería a ese mismo momento o al día siguiente, de modo que

me quedé allí fuera con la mano en la puerta, esperando. Oí que volvía a tumbarse en el sofá, su respiración profunda. Al principio me pareció que conseguía dominarse, pero luego empezó a respirar más deprisa. Se echó a reír, y al momento lloraba. Cuando me marché, parecía estar riendo y llorando al mismo tiempo. Pensé que podían ser las drogas, lo que fuera que tuviese en el cuerpo, o el hecho de haberse despertado en su propia casa con un desconocido. No quise creer lo que había dicho sobre que controlaban todos sus movimientos. Parecía fruto de la paranoia, del delirio.

Tomé un autobús nocturno para ir a mi piso y me tumbé exhausto en la cama. Incapaz de dormir, necesité un par de horas para decidirme a marcar el número de la tarjeta de visita. Contestó al segundo tono.

—Qué hay, Waits.

Tenemos que hablar.

—Le mando un coche —dijo Rossiter.

Mientras aguardaba sentado a que llamaran a la puerta, no pude evitar pensar en la pintada que había visto horas antes en el bar.

«Olvida la noche que te espera.»

Había llegado a casa pensando en asuntos de familia. Padres ausentes, secretos y mentiras. Busqué en mi bolsillo la carta que me había dado Suttty. La dejé sobre la mesa pero sin atreverme a abrirla todavía. Isabelle Rossiter y yo teníamos más en común de lo que me imaginaba. Cuando dejé a mi familia, yo tampoco había confiado en nadie.

The Oaks era un amplio recinto victoriano, ahora cerrado, tapiado y arruinado. Los adultos eran gente sin nombre y sin rostro para mí, y me costaba mucho diferenciar a unos de otros. Yo tenía ocho años cuando llegamos, y mi hermana cinco. Recuerdo que estaba muerto de miedo, y que se me encendían las mejillas cada vez que Annie me miraba buscando una respuesta a lo que estaba pasando y yo no podía decírselo porque no lo sabía.

El dormitorio masculino estaba repleto de niños como yo. Más o menos de mi edad y todos recién llegados. Ahora entiendo que los diferentes tipos de personalidad —el callado, el hosco, el violento— solo respondían a diferentes expresiones del miedo. Supongo que la mía estaba en algún punto intermedio.

Yo observaba, procurando dar la mínima información posible sobre mi persona.

No nos habían permitido llevar nada de casa y pensaba en los hechos de mi vida como en una especie de moneda. Sin valor, pero era lo último que podía llevar encima, escondido. Solo para un caso urgente. Es una mala costumbre que nunca he llegado a abandonar del todo.

Annie y yo dormíamos en habitaciones separadas pero pasábamos la mayor parte del día juntos. Normalmente me limitaba a no perderla de vista. Tenía miedo de que me preguntara cuándo volveríamos a casa, o dónde estaba nuestra

madre. Tenía miedo de que Annie me contara más cosas sobre sus sueños.

No llevábamos allí mucho tiempo cuando por primera vez intentaron colocarnos en una familia. Nunca nos lo explicaron así ni lo expresaron de esa manera. La idea de que un niño sepa que lo están examinando para entregarlo a unos nuevos padres es demasiado odiosa para que los tutores puedan aceptarla. Nos dijeron simplemente que conoceríamos a unas personas muy simpáticas y que teníamos que ser buenos.

En realidad, la mayoría de los chavales sabe lo que está pasando, e incluso a esa edad uno se daba cuenta de a quién elegirían primero. Intentan que los hermanos sigan juntos, pero, seamos realistas, ¿quién tiene una casa o un corazón lo bastante grande para eso?

Recuerdo ir por el pasillo camino del despacho del director. Estaba nervioso y cortante con mi hermana. Ella no sabía vestirse bien e ignoraba cuán importante era eso. Cuando llegamos al despacho, nos recibió una de las mujeres sin nombre y sin rostro. La habitación olía a abrillantador de muebles, todas las superficies tenían aquella pátina de barniz marrón. En una pared había una imponente estantería con libros, en la otra una mesa de escritorio. Entre las dos, una ventana daba a los jardines, y junto a ella había un sofá en el que estaba sentada una pareja joven. Parecían vestidos para ir a la iglesia.

Se pusieron de pie al entrar nosotros.

La señora le sonrió de tal manera a mi hermana que pensé que la conocía de algo. La sonrisa se le heló al verme a mí. Nos hicieron algunas preguntas sencillas: cómo nos llamábamos y qué edad teníamos; qué nos gustaba comer y qué juegos eran los que preferíamos.

La mujer sin rostro nos dijo que fuéramos a jugar. Annie se acercó a la caja de los juguetes y la volcó. Se puso a mirar las diversas cosas esparcidas en el suelo, examinándolas como si le pagaran por ello. A juzgar por su gesto de concentración, estaba claro que le importaba poco que la estuvieran observando.

Yo la miré a ella, y luego a la pareja.

Estaban encantados.

Annie parecía estar haciendo lo correcto.

Entonces me acerqué yo, quizá con exceso de entusiasmo. Me puse a jugar con ella muy decidido, para dar la impresión de que éramos inseparables. Cuando llegó el momento de la despedida, casi me abracé a mi hermana. Pasé los días siguientes en un estado de nerviosismo y excitación, pero la pareja no volvió más.

Padres ausentes, me dije. Secretos y mentiras.

Estaba despierto cuando llamaron a la puerta. Había estado lloviendo como si pasara gente taconeando por una calle de adoquines. Fui a abrir. Era el inspector Kernick. Miró por encima de mi hombro, hacia el interior del piso. Lo asimiló todo con una sola ojeada y dio media vuelta sin siquiera mirarme.

Le seguí hasta su coche y volvimos a hacer el mismo recorrido por Deansgate. Era por la mañana, pero Beetham Tower estaba semioculto por una densa bruma húmeda que transformaba temporalmente el horizonte de la ciudad. Subimos en ascensor hasta la planta cuarenta y cinco, pero noté algo diferente. Kernick me acompañó por el pasillo hasta la suite de Rossiter. Abrió la puerta con su tarjeta electrónica y me indicó que pasara. Él se quedó fuera.

Rossiter estaba sentado en un sillón. Me dejó allí de pie durante un minuto mientras leía un papel que tenía sobre el regazo. De cuando en cuando se frotaba la sien derecha. Cuando llegó al final del documento, lo levantó con el índice y el pulgar para mirar la otra cara.

Las nubes que había visto desde abajo envolvían el edificio, y la sala estaba apenas iluminada por una lamparita sobre la mesa baja. Desde donde me encontraba pude ver que la otra cara del papel estaba en blanco. Rossiter volvió a posarlo sobre su regazo y empezó a leerlo por segunda vez.

—Volveré más tarde.

—Siéntese —dijo sin levantar la vista.

Crucé la estancia y tomé asiento. Rossiter se enderezó los gemelos como si tuviera que estar en otra parte.

—Veo que ha trabajado mucho —dijo.

Hice caso omiso.

—Me temo que las cosas se han complicado.

—¿Se refiere a la investigación?

—A su hija.

—Oh.

—¿Le expliqué cómo funciona el negocio de Carver?

—Muy brevemente —dijo, como si el tema le aburriera—. Drogas en pubs y demás, chicas recaudando el dinero...

—Creo que Isabelle podría estar trabajando para él.

—Lo cree.

—Lo sé.

—El otro día dijo que solo sabe lo que ve. ¿Lo vio usted o no?

—De lejos.

—Ah —dijo, dignándose mirarme por primera vez—. Continúe.

—No hay mucho que contar. El resto pertenece a una investigación en marcha que no tiene que ver con su hija.

—A ver si lo adivino. La situación en la que se encuentra Isabelle la convierte en vulnerable. Tan vulnerable que no deberíamos sacarla de allí con prisas.

—Todo lo contrario. Habría que sacarla a rastras por más que grite y patalee. Ahora, hoy mismo. —Rossiter guardó silencio—. Sean cuales sean los problemas entre ustedes, tiene que haber algún otro sitio adonde ella pueda ir. A casa de un amigo o un pariente.

—¿Es todo?

—¿Qué más puede haber?

—He supuesto que se guardaba lo mejor para el final.

—Mire, he visto a su hija, señor Rossiter. Pensé que le gustaría saberlo.

—Vamos, Waits. Usted ha hecho bastante más que ver a mi hija.

Me quedé callado.

Encima de la mesa había un sobre marrón. Rossiter se inclinó para deslizarlo hacia mí sobre la superficie de cristal. En el sobre estaba escrito: «I. R. 30 de octubre».

—Ábralo —me dijo.

Deslicé el sobre hacia él.

—Hágalo usted.

Rossiter expulsó el aire por la nariz. Una frustración teatral, como ese tic ensayado que a menudo practican los tertulianos. Lo acompañó de una sonrisa encantadora y rasgó el sobre.

Dentro había fotos.

Me las lanzó sobre la mesa y las fotos cayeron sobre mis rodillas. A todo color pero borrosas. Hechas probablemente con la cámara de un móvil. Distinguí la pátina de sudor en la piel de Isabelle Rossiter.

Se nos veía a los dos, juntos, en la primera fiesta privada a la que yo había ido. En una estaba pegado a ella en medio de un montón de gente. Nos mirábamos a los ojos, unidos nuestros cuerpos por la cadera. En la segunda se me veía pasándole una botella a Isabelle. En otra, ella bebiendo. Cada nueva foto nos mostraba más cercanos, más pegados, hasta extremos condenatorios.

Nuestros labios casi se tocaron.

Rossiter me observaba, los párpados entornados, calibrando mi reacción. Cuando volvimos a hablar, él se recostó en el sillón como si quisiera alejarse de mí todo lo posible.

—¿Algo que declarar?

—Que...

—¿No es lo que parece? No me venga con chorradas, Waits. —Buscó el tabaco en sus bolsillos y encendió un cigarrillo—. Será mejor que empiece desde el principio. Y, esta vez, no omita los detalles jugosos.

Me levanté de la silla, fui hasta la puerta y la abrí. El inspector Kernick seguía montando guardia. Le cerré la puerta en las narices. Me quedé pensando un momento y finalmente volví a donde estaba Rossiter y me senté.

Empezaba a hacerse de noche cuando salí del ático de Rossiter. No parecía haber lucido ni un poco de sol entre la niebla de la mañana y el prematuro anochecer. Kernick ya se había marchado cuando salí, de modo que bajé solo en el ascensor y luego fui a la parada de taxis de Deansgate. Di la dirección de Isabelle al taxista. Una parte de mí pensaba que la Franquicia era mejor para ella que su propia casa, pero allí no estaba a salvo. Tenía que haber otra salida.

Cuando llegué, la luna iluminaba la ciudad. Yo ni siquiera sabía si iba a encontrarla en casa. El vestíbulo del edificio estaba abierto y no había nadie que lo vigilara. Subí los tres tramos de escalera hasta su piso sin cruzarme con nadie. Otra vez voces incorpóreas detrás de puertas cerradas, otra vez el zumbido de bombillas halógenas.

Pasé la mano por la puerta de Isabelle, palpando el grano de la madera mientras recordaba la amarga noche anterior. Entonces vi que no estaba cerrada del todo y la empujé.

Me impactó el rancio olor a sexo.

Isabelle estaba desnuda sobre la moqueta, mirando hacia el umbral. Tenía los ojos abiertos de par en par y una jeringa en el brazo. Sus cabellos de un rubio casi blanco se veían sin apenas brillo.

Estaba muy quieta, inmóvil, muerta.

Todo el lado izquierdo de su cuerpo tenía un tono azulado. En algunos puntos se le veían las venas, entrecruzándose como una red. El brazo con la jeringa clavada estaba más oscuro, casi negro en torno al punto en cuestión. Di la vuelta, aticé un tremendo puntapié a la puerta y luego me acerqué a ella.

—Izzy...

Dejé la mano suspendida sobre su frente un segundo antes de tocarla. Su sudor estaba frío. Sin pensar salí al pasillo caminando marcha atrás y cerré la puerta. Las piernas me temblaban, tuve que apoyar la espalda en la pared, intentando pensar.

Me sequé el sudor de Isabelle en los pantalones.

La gente no se muere de una sobredosis. Jeringas en mal estado, camellos chapuceros, toda una vida en la calle, eso sí, pero de una sobredosis es muy raro. Tenía que volver adentro e intentar revivirla. Llamar a una ambulancia, meter a Isabelle en la ducha. Pero me quedé parado. Pasó el tiempo y de repente oí pasos en la escalera.

Me entró pánico. Rápidamente me aparté de la pared fingiendo que me disponía a llamar a la puerta, con la esperanza de que quienquiera que fuese pasara de largo. Cuando las pisadas sonaron más cerca, llegué incluso a tocar la madera con los nudillos, unos golpes suaves. Percibí una sombra en mi visión periférica, la persona que venía por el pasillo en dirección a mí. Fijé la vista en la puerta. La persona llegó a mi altura, se detuvo, y entonces me volví.

—Hola —dijo Catherine, sorprendida de verme—. ¿Está Isabelle?

—No contesta —dije.

Ella fingió un gesto de desesperación.

—Venga, Izzy, espabila.

Aporreé dos veces la puerta y, al ver que se abría ligeramente, me dirigió una escueta sonrisa. Yo no la detuve cuando franqueó el umbral y entró en el piso. Su exclamación ahogada me pareció auténtica. Entré detrás de ella y cerré la puerta.

Catherine se llevó ambas manos a la boca. Estaba tan ajena a mí que me hizo sentir como un mirón, un voyeur que asistiera a un duelo privado.

Me agaché junto a Isabelle y le tomé inútilmente el pulso. Yo tenía las puntas de los dedos húmedas, un recital de hormigueos, y apenas si pude notar nada. Volví a dejar la muñeca en el suelo con sumo cuidado, como si todavía pudiera despertarla. Isabelle me estaba mirando con su última expresión en vida. Y no era el gesto de gozoso aturdimiento que asociamos a la heroína.

Era de terror.

La mandíbula estaba tensa, fuertemente cerrada, la musculatura facial en espasmo. Cuando pasé la mano para cerrarle los párpados, me pareció notar un asomo de resistencia, como si le quedara todavía algo de vida. Estuvimos allí quietos un rato, hasta que Catherine carraspeó como si fuese a decir algo. Sin embargo, lo que hizo fue alisarse la ropa e ir tranquilamente hacia el baño, procurando no mirar el cadáver. Con la puerta cerrada, empezó a vomitar.

Me incorporé y paseé la mirada por el cuerpo desnudo de Isabelle. No sentí nada al mirar su piel, el lado izquierdo azulado de su cuerpo, pero la cicatriz en el cuello atrajo mi atención. ¡Con lo que se había esforzado por ocultarla! Las costillas sobresalían como barrotes de una jaula. Su desnudez, su belleza, su juventud, todo ello parecía transmitirme algo que yo no acertaba a captar. Una especie de amarga crítica final de la vida.

«Sin futuro.»

El brazo izquierdo lo tenía tan morado que no pude distinguir si había más marcas de pinchazos. En el derecho no había ninguna. Las rodillas estaban juntas, inclinadas hacia un costado. Me pareció ver como un sarpullido en las

piernas.

Oí tirar de la cadena. Catherine abrió la puerta del baño. Lágrimas de rímel le habían corrido mejilla abajo y salía limpiándose la boca con una toalla. Se tambaleó un poco y tuvo que apoyarse en la pared. Pensé que estaría conmocionada. Se detuvo al verme junto a Isabelle.

—¿Tú qué hacías aquí? —dijo.

Tenía la mirada fija en el umbral que daba al pasillo. Me la imaginé pensando a toda velocidad. Preguntándose si habría matado yo a su amiga, si conseguiría llegar a la puerta antes de que yo pudiera alcanzarla.

—Anoche la traje aquí —dije—. Me pidió que volviera hoy.

Catherine asintió, pero sin creerme.

—Tengo que irme —dijo, echando a andar.

Le corté el paso.

—¿Y tú? ¿Qué hacías aquí?

—Esta noche trabajábamos —dijo—. Recaudando.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—Anoche, en el Rubik's. —Intentó que su tono de voz no fuera acusatorio—. Cuando te pedí que le dijeras que me iba.

—¿De qué discutíais tú y el barman? —Me miró sorprendida—. Te estaba observando, le dijiste «Basta». ¿Basta de qué?

—¿Quién eres, Aidan?

—¿Basta de qué?

—De beber, supongo. Habíamos tomado muchas copas.

—Catherine...

Se encogió de hombros.

—Él le estaba tirando los tejos.

—¿Era la primera vez que pasaba?

—No lo sé. A Neil le gustan jóvenes, pero esa es una línea muy fina. Zain le mataría si se enterara.

Pensé en el barman. En la droga que yo había tirado al inodoro, obligándolo

probablemente a huir y esconderse.

—Dime de dónde sacó ella el caballo.

—No lo sé. Zain no nos deja consumir...

—Ese tío es un santo. ¿Dónde la consiguió Isabelle?

—Ni idea...

Saqué el móvil.

—A la policía no, por favor —dijo Catherine—. Podemos arreglarlo entre tú y yo.

—Las chicas como Isabelle Rossiter no desaparecen así como así.

—¿Cómo que no? Si se ha fugado de casa...

Empecé a marcar. Catherine me puso una mano en el brazo.

—¿Y si hacemos una llamada anónima cuando estemos lejos de aquí?

—Nos encontrarían, te lo aseguro.

La sujeté con un brazo mientras en comisaría contestaban la llamada. Dije que habíamos encontrado a una adolescente muerta por sobredosis y di la dirección. Fog Lane. Cuando el operador empezó a hacer preguntas, colgué. Sabía que lo que yo había intentado ocultar, tanto a Parrs como a Rossiter, saldría ahora a la luz.

Catherine parecía a punto de vomitar otra vez. Fui a la nevera en busca de la botella de vodka que había visto la noche anterior. En efecto, estaba todavía allí. Me metí tres tragos a palo seco y le pasé la botella.

—Bebe.

—No puedo —dijo Catherine.

—Te hará bien.

—Que no puedo.

Bajé la cabeza y la miré a los ojos.

—Ahora no...

—¿Qué?

Catherine me miró como desde muy lejos, y entonces dijo en voz baja:

—Estoy embarazada.

Noté el latir de una vena en mi cabeza. Un dolor atroz me atravesó la clavícula, y otro, este un dolor sordo, me atravesó el ojo medio amoratado todavía. Permanecí inmóvil, apretando los puños y esperando a que se me pasara.

—¿Qué?

—Digo que...

—¿Estás segura?

Me miró, hurgó en su bolso y sacó un test de embarazo. Se lo cogí y lo puse a la luz. Era positivo.

Se lo devolví sin decir palabra.

—La primera noche en Fairview...

Nos quedamos un momento callados los dos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? ¿No «nosotros»? —dijo—. Tenerlo en la cárcel, supongo.

Oí sirenas abajo. Pensé en las preguntas que podían hacerle a ella y en las respuestas que podía darles. Sentí odio hacia mí mismo, hacia Catherine. Deseé no haber conocido a ninguna de aquellas personas. Ella se apartó de mí, rodeó el cadáver de Isabelle y se sentó en el sofá.

—No —dije, y la levanté tomándola del brazo—. Tienes que irte.

—¿Qué?

—Te dejaré al margen, pero debes irte.

—Si ya están aquí...

La saqué a la fuerza del piso y fuimos por el pasillo hasta las escaleras. Miré hacia abajo y vi que dos agentes estaban ya subiendo. Retrocedimos hacia la salida de incendios que había al fondo.

Empujé la barra.

La puerta daba a una escalera posterior pintada de negro. La alarma se disparó. Un pitido penetrante y agudo. Catherine pasó afuera y me miró. En la oscuridad no pude ver sus facciones, solo el contorno de una persona.

—El cuarto de baño —dijo, indecisa—. En el baño hay algo...

—Busca a Carver —le dije—. Avísale para que se asegure de que no encuentren nada en Fairview. La policía hará un registro.

Me apretó la mano y se fue escalera abajo. Yo cerré la puerta y regresé rápidamente. Varias personas se habían asomado ya a sus puertas, asustadas por la alarma. Yo seguí andando hacia el piso de Isabelle.

Estaba justo enfrente de la puerta, sin aliento, cuando los agentes llegaron al rellano. Volví a entrar en el piso, confiando en que tardarían un minuto en encontrarme.

Solo miré a Isabelle para no pisarla. Temblando, empecé a revisar todo el piso. Limpié las huellas que había dejado en la botella de vodka.

Entonces pensé en el teléfono.

El mensaje que ella me había enviado:

Zain lo sabe.

Busqué en su bolso, pero el móvil no estaba. No lo encontré en ninguna parte. Entré con cautela en el cuarto de baño. Allí la alarma sonaba tan fuerte que fue como si estuviera chillando dentro de mi cabeza.

Me sobresalté al ver el espejo. Estaba roto por el centro, allí donde habían golpeado el cristal. Antes de eso, alguien había dejado escrito un mensaje con pintalabios rojo.

NADIE TIENE QUE SABERLO.

Me quedé paralizado. La noche antes no lo había visto, y ahora Isabelle estaba muerta. Alguien había dejado una amenaza escrita en su espejo. No oí entrar a la policía. Cuando me encontraron, yo seguía absorto en el mensaje. Me veía reflejado en un caleidoscopio de cristal astillado, con aquellas palabras escritas en mi cara.

NADIE TIENE QUE SABERLO.

Solté un grito. Quise que sonara más fuerte que la alarma. Luego me lancé con todo mi peso contra el cristal, confiando en que el espejo se desprendiera totalmente de la pared. Montar una escena y así dar tiempo a Catherine para

escapar. El agente vino hacia mí y yo intenté propinarle un puñetazo. Él me agarró por las muñecas. La alarma me estaba perforando los tímpanos. Forcejeé hasta que entró su compañera.

La agente me miró a los ojos y habló en un tono sereno. Al principio pensé que la conocía, pero solo había reconocido la expresión de su cara.

Algo parecido a la compasión.

Dejé de forcejear y me abandoné en los brazos del agente. Su compañera sacó tranquilamente la porra reglamentaria. Continuaba hablándome despacio, como si estuviera explicando un procedimiento inofensivo. Pero luego me atizó en la frente, con gran precisión. El golpe resonó dentro de mi cráneo. Noté que se me aflojaba todo el cuerpo, y a continuación una oleada de alivio.

El segundo golpe hizo que todo se volviera negro.

Ruido blanco. Crepitar y chisporroteo de una radio de policía.

—Aidan...

Alguien pronunciaba mi nombre, pero yo no quería darme por aludido. Noté que me movían y pensé si Isabelle habría pasado por eso mismo; si habría estado consciente cuando la encontramos en el suelo y luego, poco a poco, habría sintonizado una frecuencia diferente.

Interferencias.

Atravesaron mi cerebro hasta convertirse finalmente en el agradable borboteo de un aparato de radio buscando una emisora. Me desperté en la histeria blancuzca del Royal Infirmary.

La cabeza me estaba matando.

De pie junto a mi cama, mirando hacia la pared, el superintendente Parrs, ojos enrojecidos, cara gris. Sus ojos se desviaron hacia los míos al percatarse de que estaba despierto. Entonces volvió ligeramente la cabeza para decir algo. El agente que me había sujetado estaba en el otro extremo de la habitación, de brazos cruzados. Le salían algodones de la nariz, y deduje que en el forcejeo debía de haberle dado fuerte. Tenía un gesto de frustración en la cara, como si le estuviera costando horrores dominarse para no acabar conmigo a distancia utilizando una fuerza interior sobrehumana.

Me miraba fijamente.

Cuando Parrs habló, el policía se apartó de la pared y salió por una puerta batiente sin dejar de sujetarse los brazos. No volvió a entrar.

Al cabo de bastante rato apareció un médico asiático, joven. Su entrada con paso decidido me dio a entender que estaba haciendo lo que más le gustaba y

que tenía una vida entera por delante. Su temperamento era casi tan radiante como su dentadura. Parecía que se hubiera hecho blanquear los dientes.

—Oiga, ¿no podría apagar esas cosas? —dije.

El médico iluminó agresivamente mi cara con una linterna. Luego levantó el dedo corazón y me preguntó cuántos dedos veía.

—El que me está enseñando.

—Ya se encuentra bien —dijo.

Dio media vuelta y salió tal como había entrado.

Parrs me miró entonces con el ceño fruncido.

—¿Algo que quiera contarme, muchacho?

Negué con la cabeza e hice una mueca de dolor.

—Isabelle estaba así cuando llegué. ¿Ha averiguado algo?

—En mi despacho. Mañana a primera hora.

Asentí. Otra vez el dolor.

Parrs me dedicó una mirada de conmiseración y se marchó.

Permanecí un rato tumbado en la cama, escuchando los extraños ritmos del edificio, imaginándome los seres vivos a quienes pertenecían las voces que pasaban de largo. Me sentía muy raro. Catherine estaba embarazada. Eso me ponía en un compromiso a todos los niveles; ahora sí había caído en desgracia. Estaba demasiado colocado como para pensar con claridad o tomar decisiones. Se me ocurrió pensar en lo asustada que debía de estar ella. La había obligado a huir escaleras abajo nada más conocer la noticia. Volví a sentir una oleada de odio hacia mí mismo. Luego me giré para salir de la cama, puse los pies en el suelo y recogí mis cosas.

El inspector Kernick y su compañera de pelo rubio oscuro, la subinspectora Conway, estaban esperándome cuando salí. Kernick me lanzó una mirada homicida y casi dijo algo. Al final se limitó a menear la cabeza y guiarme hacia su coche.

La cabeza me daba vueltas. Estaba todo yo entumecido. Alelado, confuso. Había dejado a Isabelle, con vida, en aquel piso un sábado por la noche. Entre ese momento y las cinco de la tarde del domingo siguiente, ella tuvo una relación sexual; escribieron un mensaje en el espejo de su cuarto de baño y luego rompieron el cristal; su móvil desapareció del piso; Isabelle consumió Ocho; y murió.

Fuimos en el coche hasta un feísimo parque empresarial y tomamos habitación en un hotel barato. No estuve ni un solo minuto a solas. Kernick lo expresó amablemente: «No estaría bien que te quisieras marchar por tu cuenta, ¿verdad?».

Dormimos con la luz encendida. Podría decir que estaba tan maltrecho y triste por todo lo ocurrido que me pasé la noche en vela. Lo cierto es que estaba muerto de hambre, y hecho polvo a causa de los horribles pinchazos en la cabeza. Soñé con coches en movimiento. Cuando me incorporé, ya despierto, me dolía la mandíbula. Había estado rechinando los dientes de tal manera que incluso desperté a Kernick. El hombre estaba sentado al borde de su cama, mirándome ligeramente ceñudo. Apartó la vista cuando yo me incorporé.

—¿Café? —dijo.

Mientras desayunábamos, leí el periódico de la mañana. Lunes, 16 de noviembre. Isabelle ocupaba toda la primera plana del tabloide que Kernick

había subido a la habitación.

ISABELLE ROSSITER MUERTA A LOS 17 AÑOS

Vivía en casa de un famoso narco del norte  
«Una peligrosa y destructiva vida sexual»  
Antecedentes de patología mental

En un recuadro había una foto de David Rossiter, sin duda de archivo, pero con cara de preocupación. El pie de foto rezaba así: «El parlamentario y su hija llevaban un tiempo “tristemente separados”».

La crónica continuaba en la página cuatro, donde se mencionaba hasta seis veces que David Rossiter era secretario de Estado de Justicia. El resto era solo paja sobre la vida de la familia Rossiter: que la madre venía de estirpe de millonarios; que el padre era un hombre de mundo; que Isabelle fue una niña alegre y preciosa.

Las citas textuales, atribuidas a una fuente cercana a los Rossiter, parecían contradecir lo anterior. Según dicha fuente, en la familia reinaba la infelicidad y las relaciones estaban desquiciadas. Por lo visto, no bastaba con nadar en la millonaria abundancia para ser feliz. Alcé la vista del periódico y allí estaba Kernick, mirándome fijamente. Me levanté de la mesa y fui a darme una ducha. Estuve un buen rato bajo el chorro de agua casi hirviendo hasta que uno de ellos aporreó la puerta.

Aparcamos a unas cuantas calles de jefatura e hicimos el resto del camino a pie. Cuando llegamos entendí por qué. Docenas de periodistas y fotógrafos, unos haciendo preguntas a grito pelado, otros tomando fotos a cualquiera que pasase por allí. Desde lejos oí repetir las mismas palabras:

¿Sexo?

¿Drogas?

¿Suicidio?

Nos abrimos paso hacia la entrada del lado sur. Nunca hasta entonces me había dado miedo entrar en jefatura. Una vez dentro, todas las personas con las que nos cruzamos estaban pegadas a un teléfono. Con todo, pude oír otros teléfonos sonando de fondo sin parar. Agentes de uniforme salían precipitadamente de todas las puertas, y había un enjambre de personas yendo y viniendo de acá para allá. Me escoltaron hasta el ascensor y subimos a la cuarta planta. El despacho del superintendente Parrs. A nadie le importaba ya revelar mi identidad. La exhausta secretaria despachó tres llamadas en el tiempo que tardamos en pasar junto a su mesa. Kernick llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz desde el otro lado.

Kernick abrió la puerta y dijo:

—Waits.

Parrs estaba sentado a su mesa, de espaldas a la ventana. Me pareció más demacrado que de costumbre, su mandíbula como una flecha que apuntara al suelo. Tenía delante de él dos teléfonos, y en ambos parpadeaban lucecitas. Dos llamadas en espera.

—Gracias —dijo al entrar yo.

Kernick cerró la puerta y se quedó fuera.

Sentado enfrente de Parrs estaba David Rossiter. Tenía la cara hinchada de no dormir y el traje hecho una pena. El botón superior de su camisa no estaba abrochado. Verle sin corbata me resultó extraño.

Cuando me acerqué, Rossiter se levantó de la silla, fue hasta el otro extremo de la habitación y se recostó contra la pared de espaldas a nosotros. Incluso en pleno duelo, el hombre desprendía una cierta altivez. Con los hombros encorvados, parecía querer esconderse de su propia envergadura. Empequeñecerse. A esas alturas yo sabía que esa teatralidad era algo innato en él, que no es que estuviera necesariamente actuando.

Sentado en la tercera silla había un hombre que me resultó desconocido. Tenía ese aire relajado y formal de un buen abogado. Le calculé poco más de treinta años, algo mayor que yo, pero aparentaba ser más joven. No le vi ojeras ni la menor arruga en el rostro, y su corte de pelo era perfecto. Cualquiera hubiera dicho que se había acostado a las nueve todas las noches de su vida. En comparación con él, me sentí decrepito y vulgar.

Parrs me miró con sus ojos enrojecidos y me dijo que me sentara. Ni Rossiter ni el otro hombre se dignaron mirarme cuando lo hice.

—Cuénteme lo que pasó —dijo Parrs.

—Ella estaba muerta cuando llegué.

—¿Entró usted por su cuenta?

—Al llamar, vi que la puerta no estaba cerrada.

El tercer hombre presente expulsó ruidosamente el aire.

—Inspector Waits, le presento a Christopher Tully —intervino Parrs—. Es el abogado de Rossiter.

—Amigo de Rossiter —le corrigió Tully—, además de abogado.

Le saludé con un gesto de cabeza pero él siguió mirando al frente. Hablábamos todos en voz baja por deferencia a Rossiter, que seguía encogido de pena contra la pared.

—Empecemos por el principio —dijo el superintendente—. ¿Qué hacía usted

en el piso de Isabelle Rossiter?

—Como sabe, el señor Rossiter me pidió que vigilara a su hija. —El aludido se volvió, pero no dijo nada—. Había visto a Isabelle la noche anterior. Estaba borracha y la acompañé a su casa. —Yo sabía a qué sonaba eso. De repente se hizo el silencio. Es lo que ocurre cuando algo feo que no se ha dicho se palpa en el ambiente. Me apresuré a llenar el vacío—. Cuando ya me iba, ella me pidió que volviera a la noche siguiente. Que fue cuando la encontré muerta.

—¿Por qué quería ella que volviese? —dijo Parrs.

—Porque quería hablarme de algo.

—¿De qué?

Noté la mirada de Rossiter clavada en mi persona. El silencio volvía a imponerse y amenazaba con ahogarnos a los cuatro.

—Lo ignoro.

—A mí no me mienta, muchacho —dijo Parrs.

Le miré sin más.

—Está bien —dijo—. Hablemos de lo que sabemos con certeza. —Tenía notas a mano, pero habló sin recurrir a ellas—. Ayer Isabelle Rossiter fue hallada muerta en el piso que tenía alquilado en Fog Lane. Su llamada —me señaló con la cabeza— se recibió a las diecisiete horas veinte minutos. En el escenario de los hechos se encontró una jeringa que contenía supuestamente un opiáceo. Se están haciendo pruebas de laboratorio, pero todo parece indicar que esa fue la causa de la muerte. Había también evidencias de actividad sexual reciente. —Hizo una pausa—. Dígame, ¿de qué quería hablar ella con usted?

No respondí.

—Inspector —intervino Tully, dirigiéndome la mirada y la palabra por primera vez—. Si lo que trata es de no herir los sentimientos del señor Rossiter, puede ahorrarse esa molestia. Creo que puedo hablar por él si digo que aceptará cualquier perjuicio contra su orgullo, su reputación e incluso su dolor si puede usted arrojar alguna luz sobre lo que le ocurrió a Isabelle.

—No, no puedo.

Tully torció el gesto.

—El superintendente Parrs dice que la autopsia y los análisis llevarán tiempo, y le estamos agradecidos por ello. Tenemos la causa probable de la muerte en esa jeringa, pero lo que no tenemos es el proveedor. Tampoco sabemos cuál era el estado de ánimo de Isabelle. Ignoramos también el motivo. Dice que ella había estado bebiendo. ¿Sabía usted que consumía drogas?

—Ocho seguro que no.

—¿Ocho? —Tully miró a su alrededor, buscando explicación.

—Heroína —dijo Rossiter con voz de ultratumba.

Era lo primero que decía desde mi llegada.

Tully fingió desconcierto.

—Entonces usted no cree que ella consumiera heroína, pero ¿sí otras cosas?

Miré a Parrs. Sus inescrutables ojos enrojecidos.

—Isabelle bebía alcohol, tomaba alguna pastilla que otra. Estaba representando el papel.

—Explíquese —dijo Tully.

—Era una adolescente.

—Una adolescente —dijo el abogado—. ¿Y no se le ocurrió tratar de apartarla de la influencia de un traficante que le doblaba la edad?

—Yo la llevé a su casa —dije, volviendo la cabeza hacia Rossiter—. Eso fue la víspera de su muerte.

Él me miró, desprevenido, y por un momento toda la política y toda la actuación desaparecieron. Rossiter fue un padre y nada más.

—¿Y qué pasó?

—Encontré dinero en su bolso.

Se produjo un breve silencio. Luego empezaron a hablar todos a la vez.

—Caballeros —dijo Parrs, poniendo orden—. ¿De qué dinero habla, Waits?

—Dinero de la Franquicia. Isabelle recaudaba para ellos.

Rossiter emitió una especie de grito ahogado. Se volvió de nuevo hacia la pared.

—Disculpe —dijo Tully—. ¿Estamos hablando de tráfico de drogas?

Asentí con la cabeza, esta vez sin mirar a nadie.

—Vamos a ver, el secretario de Estado para Justicia contactó con usted para que intentara sacar a su hija de una situación difícil. Usted la vio ingerir alcohol, tomar drogas, recaudar dinero sucio... «representar un papel», según ha dicho hace un momento, y no hizo absolutamente nada. —Se permitió una pausa efectista—. Lo suyo ha sido una auténtica farsa, Waits.

—Mi tarea no consistía en sacarla de allí.

—En eso lleva usted razón —dijo Tully, fingiendo entusiasmo—. Según el señor Rossiter, él le pidió que no se acercara en lo más mínimo a su hija. ¿Me equivoco? Porque, a juzgar por lo que estamos oyendo aquí, se diría que ustedes dos intimaron bastante. En su caso, de manera muy poco profesional.

Desvié la mirada hacia Rossiter.

Pensé en las fotografías.

—Ella me abordó...

—Oh, claro. Y usted le siguió la corriente.

—Si hubiera hecho caso omiso, habría resultado peor.

—Nadie le pidió que hiciera caso omiso.

—A ver si nos aclaramos. No puede decirme que hice mal por hablar con ella y también que hice mal por no convencerla para que se marchara de allí.

—Según lo veo yo, Waits, una vez establecido el contacto, una vez comprobado que consumía drogas, una vez comprobado que recaudaba dinero de narcotráfico, ¿no era lógico llevársela de allí sin más? —Su voz había ido subiendo de volumen, pero luego dejó de mirarme y serenó el tono—. Según lo veo yo, está claro que ella necesitaba ayuda.

—Así no vamos a ninguna parte —intervino Parrs.

El abogado miró hacia donde estaba Rossiter, que continuaba de espaldas a nosotros. Me pareció que todo él temblaba un poco.

—Tal vez tenga razón —dijo Tully poniéndose en pie.

Y cuando posó la mano en el hombro de su amigo y cliente, Rossiter se

estremeció, sofocando un sollozo. Fue como oír un estertor de muerte, el sonido que produce algo poderoso y natural cuando se extingue para siempre.

Movió la espalda para zafarse de la mano del abogado, sacó un pañuelo del bolsillo de su americana y se enjugó los ojos. Permaneció inmóvil unos segundos y luego intentó recobrar la compostura. Lo primero que hizo fue tirarse de las mangas, lo siguiente ajustarse el cuello de la camisa. Erguido cuan alto era, medio palmo más que el resto de los presentes, me miró con el rostro desencajado por el odio.

—Antes ha puesto el dedo en la llaga, Waits. Le ha dicho a Tully que se aclarara. —Se interrumpió, rota la voz—. Pues, mire, yo era su padre y lo tengo bien claro. Usted hizo mal en hablar con ella. Y también hizo mal no convenciéndola para que se marchara de allí. —Caminó hacia la puerta, y al abrirla con violencia, el ruido de la comisaría se coló de nuevo en el despacho—. ¿Salvar el mundo pero a una persona cada vez? —me espetó—. No me joda.

Salió del despacho cerrando la puerta tras él.

Tully me miró con severidad, pero se dirigió al superintendente:

—La próxima vez que nos veamos, espero que el inspector Waits sea capaz de expresar un mínimo de compasión ante el dolor. —Recogió sus cosas—. Cuando David acudió a mí pidiéndome consejo sobre este asunto, investigué un poco sobre usted, Waits. Le dije que no me parecía la persona adecuada. Su historial empieza a parecer la sección de necrológicas. —Al ver que yo no decía nada, me miró con verdadero asombro—. Pero eso a usted le importa muy poco, ¿verdad? —dijo.

Fui a decir algo.

—No se moleste, Waits. —Para ir hacia la puerta, Tully dio un largo rodeo a fin de evitarme, como si yo fuera un leproso—. Estaremos en contacto —dijo volviendo la cabeza, y salió detrás de Rossiter.

El ambiente estaba cargado: calor, sudor, discrepancia.

Ni Parrs ni yo abrimos la boca hasta pasado un rato.

—Bueno —dijo él al fin—. La falta de noticias solo era una puta mala noticia

que venía con retraso. —Expulsó el aire, se aflojó el cuello de la camisa para ponerse cómodo. Fue un alivio verle abrir un cajón de su mesa y sacar dos vasos y una botella de whisky. Parrs se sirvió uno mientras yo miraba el otro vaso—. Despídase de la bebida, muchacho —dijo—. Hoy. Esta noche, mañana, la semana que viene. Todo el mundo se lo va a notar. En el lío en que está metido, más vale que se olvide del alcohol. —Engulló el whisky de un trago—. Me lo aplico a mí también.

—Señor...

—¿Qué hacía usted allí realmente?

—La chica me había pedido que volviera.

—Sí, joder, eso lo ha dicho antes. ¿Por qué?

No respondí enseguida. Me pregunté si podía confiarme a Parrs. Tal como lo vi entonces, no quedaba otra opción.

—Me dio a entender que su padre abusaba sexualmente de ella.

La cabeza del superintendente giró muy despacio hacia un lado. Cuando me miró de nuevo, habló en voz tan baja que tuve que leerle los labios.

—¿La chica dijo o hizo algo que pudiera confirmar esa insinuación?

—No.

Me clavó sus ojos enrojecidos.

—Entonces le sugiero que no vuelva a decir eso en voz alta nunca más.

—Pero...

—Ni tararearlo siquiera en la puta ducha.

—Isabelle estaba huyendo de algo.

—De sí misma —dijo Parrs con firmeza. Me miró un momento y acto seguido abrió un cajón y sacó una carpeta. Me la pasó por encima de la mesa y la abrí. Fotografías de su habitación en Fog Lane hechas por la policía. Sobre todo del cuerpo de ella—. Empiece por la número siete —dijo Parrs.

La busqué. Enfocaba la cara interior de uno de los muslos de Isabelle. Lo que yo había pensado al encontrar su cadáver que era un sarpullido resultó ser una serie de líneas muy finas.

Finos cortes que ella misma se había hecho, para ser exactos.

Examiné las otras fotografías. Los cortes eran bastante profundos, se veían perfectamente las incisiones en la carne blanda del muslo. Por la precisión de las señales, deduje que habían sido hechas en diferentes momentos y con un instrumento muy afilado. Recordé el espejo roto y ensangrentado que había visto en un cajón.

—Son marcas de llevar una cuenta —dijo Parrs.

Me fijé mejor y vi que estaba en lo cierto. Las marcas estaban grabadas en la piel en grupos de cinco. Así contaría un preso los años que lleva entre rejas. La mayoría de ellas había cicatrizado dejando un pequeño caballón en la epidermis.

—¿Y qué significan?

—Que estaba enferma. No sabemos qué más pueden significar.

Conté las líneas. Tres grupos de cinco y uno inacabado de tres. En total, dieciocho. La última foto era un primer plano del último corte. Este parecía muy reciente e incluso había sangrado un poco. Yo había conocido a Isabelle, me caía muy bien incluso, y no me cupo duda de que aquello tenía un significado.

Resulta que al final sí había llevado un diario.

Le devolví la carpeta a Parrs empujándola sobre la mesa y él la cerró. A su modo de ver, las fotos demostraban su punto de vista.

—Esa chica tenía un historial de patología mental. Autolesiones y depresión nerviosa. Yo no apostaría gran cosa a nada de lo que ella pueda haberle dicho.

—¿Y ya está?

—Fue una víctima más de la cultura de la droga de nuestra ciudad. De «Y ya está», nada. Pero, para lo que nos interesa, no podemos perder la oportunidad que eso nos brinda.

Yo no me lo podía creer.

—¿Qué oportunidad?

—Hija de parlamentario muere a manos de un narcotraficante —dijo Parrs con una sonrisa.

—Zain Carver no le proporcionó el Ocho.

—¿No? ¿Y cómo lo sabe?

—Porque Carver no quiere morir en la cárcel.

—El sitio ideal para él.

—No es el culpable de esto.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Carver no permite que sus recaudadoras consuman. ¿Había cámaras de vigilancia en el edificio?

—Por lo que hemos podido ver, nunca las conectaron. —Sentí alivio, por más egoísta que fuese. Era demasiado tarde para explicar lo de Catherine—. ¿Y sus amistades? ¿Con quién salía esa chica?

—«Amistades» es mucho decir, en su caso. Ella era una simple agregada, que estaba viendo durante un tiempo cómo vivía la otra mitad. Eso lo sabían todos.

—Bueno. ¿Y...?

—Y por lo que pude ver, la protegían mucho.

—¿Qué es lo que vio?

—No gran cosa.

—Mire, muchacho, empiezan a cansarme esas medias verdades. Me tocan mucho los cojones. Tully lo tiene pillado por incumplimiento de sus deberes y relación inapropiada. Más vale que no haya nada en el armario que huelga mal.

Pensé en las fotografías, en Isabelle y yo pegados el uno al otro en aquel vestíbulo repleto de cuerpos sudorosos. «Nuestros labios casi se tocaron.»

—No era más que una adolescente.

—Hace bien en recordármelo.

—¿Encontraron el teléfono?

Parrs levantó la vista al oírlo.

—¿Qué teléfono?

—Isabelle tenía un móvil. La noche antes, cuando la acompañé a su casa, lo llevaba dentro del bolso.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Joder —dijo frotándose la cara—. Pues no lo tenemos. ¿Sabe usted el número?

Pensé en el mensaje que ella me había enviado.

Zain lo sabe.

—No —dije—. No me lo dio.

Procuré que sonara lo más natural posible, pero fue como si Parrs me leyera el pensamiento.

—Haré que lo investiguen.

—Yo podría...

—No, muchacho.

—Necesito unos días más para resolver todo esto.

—¿Y cómo pensaba resolverlo?

—Tengo ya cierta relación con esa gente...

—Demasiada —dijo Parrs—. En cuestión de unos días habrá un informe completo. Hasta entonces, piérdase de vista.

Tuve un mal presentimiento. La obsesión de Parrs con la Franquicia convertía a Isabelle Rossiter en mera estadística, algo que él podría utilizar en su guerra personal contra Zain Carver, tanto si este era culpable como si no.

—Usted sabe que no conseguirá nada de ellos.

—Me parece que no entiende lo que pasa, muchacho. ¿Es que no ha visto cómo está la cosa ahí fuera? —Señaló hacia la puerta—. En estos momentos, esto es el locutorio más caro de todo el país. Si tiene usted mucha suerte y yo puedo crucificar a Zain Carver, puede que conserve su puesto de trabajo. Pero no me fío ni un pelo de usted. Cuando no está borracho, está colocado. Si no le echamos mano a Carver, la comisaria jefe Chase me va a buscar un sustituto. —Le miré al oír esto—. Cuando alguien se mea en la cama, Waits, hay que sacar el colchón para que se seque.

—Así tal cual.

—¿Así tal cual? —dijo—. ¿Así tal cual? Sus órdenes eran filtrar información a unos cerdos, y usted va y se me pone en plan... —Parrs buscó la expresión

adecuada— actor del método.

Guardé silencio.

—La Sección Especial lo recogió, literalmente, de la puta calle, luego habló usted con un parlamentario estando en pleno delírium trémens y se presentó aquí con un ojo a la funerala.

—Yo no estaba en pleno delírium trémens. Alguien me golpeó cuando salía de aquel club.

—Venga, hombre.

—Es verdad. Fue antes de que el ayudante de Rossiter me recogiera la primera vez. Me desperté tirado en la calle, boca abajo.

—Comiendo mierda, eso seguro. Antes era mejor policía, muchacho.

Permanecimos en silencio durante un minuto entero.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —pregunté al fin.

—¿«Hacemos»?

—¿Cómo?

—«Hacemos», ¿quiénes?

—Nosotros —respondí, sin acabar de entender.

Parrs se rascó la oreja y abrió un cajón de su mesa. Cuando sacó una pequeña grabadora digital, supe de inmediato que había cometido un error. Quise impedir que la pusiera en marcha, pero me quedé sentado. Parrs buscó un corte en concreto y pulsó el play. Cuando oí lo que estaba grabado, vi pasar lucecitas por delante de mis ojos. De repente, noté el latir de la sangre en mis oídos. Incluso me oí el corazón. Lo que estaba sonando era mi voz.

«Policía. El diecinueve de Fog Lane. Tercera planta de Grove Place. Puerta 36.» No quería seguir escuchando. «Hemos encontrado un cadáver. Es una chica con sobredosis.»

Parrs detuvo la grabación y me miró con sus ojos enrojecidos.

—¿«Hemos» encontrado? —dijo.

Pensé en Catherine. En las preguntas que podían hacerle y las respuestas que podía darles ella.

«Me miró como desde muy lejos. “Estoy embarazada.”»

El superintendente no había dejado de observarme en todo ese rato.

—Esto va más allá de la mera supervivencia, muchacho. Más allá del bien y del mal. Una chica ha muerto y el mundo entero está pendiente de nosotros. ¿Quién estaba con usted en ese piso?

No dije nada.

—¿Era Carver? —dijo Parrs.

—No. Estaba solo.

—Si no lo estaba entonces, ahora desde luego lo está. Queda usted oficialmente apartado del cuerpo. Quiero informes detallados encima de mi mesa mañana por la mañana a más tardar. Quiero verle aquí en mi despacho el lunes de la semana que viene. Ni un segundo antes. Y si averiguo que me ha mentado en algo, muchacho, aunque sea en el color de los calcetines que llevaba puestos ese día, no solo se quedará sin trabajo. Descubrirá lo cojonudo que es estar en la cárcel. No tendrá otra oportunidad de decirme lo que está pasando.

«Me miró como desde muy lejos.»

—No está pasando nada —le dije mientras él me clavaba sus centelleantes ojos enrojecidos.

Caminé sin rumbo por la ciudad. Siempre había padecido insomnio y eso solía ayudarme. Sin embargo, cada vez que levantaba la vista, descubría que mis pies me habían llevado a algún sitio conocido.

Memoria muscular.

Vi los neones de bares a los que solía ir y pensé en las personas que había conocido en ellos hacía apenas cinco años, cuando parecía que aún era capaz de todo.

Mi cerebro se estaba recomponiendo. Intentaba asimilar la muerte de Isabelle. Me pregunté de qué habría querido hablarme. Pensé en las dieciocho marcas que tenía en los muslos. Demasiadas para que fueran los años que había vivido en este mundo. Pensé en el espejo roto, en el mensaje, en el móvil desaparecido. Y pensé en Parrs, sacando ya tajada de la muerte de Isabelle.

Pero cuando me venía ella a la mente, cambiaba de dirección. Cruzaba la calle sin atender a los coches que se me echaban encima. Arrinconar a Isabelle en lo más recóndito de mi mente hizo que Catherine pasara a primer plano. El bebé. Yo le había mentido y había mentido acerca de ella, había destruido pruebas, poniéndonos así a ambos en una situación imposible. Me pregunté dónde podría estar y si se sentiría peor aún de lo que yo me sentía.

Una lluvia intermitente había salpicado las calles, y los charcos brillaban bajo las farolas como puertas a otras dimensiones. Mis pies me habían llevado a casa, al piso de alquiler que era solo una parte de mi tapadera.

La luz del portal, que había estado titubeando durante días, en las últimas, había muerto por fin. No fue fácil subir a oscuras por la escalera, pero la ilusión de dormir me dio energías. En el rellano del primer piso me detuve. Mi puerta

estaba entornada. Pasé la mano por la madera y noté por las astillas que alguien había forzado la cerradura.

La abrí del todo, sin hacer ruido.

La única luz entraba de la calle, pero me bastó para ver que lo habían removido todo. El sofá de la salita estaba destripado, la mesa baja hundida por la mitad. Los pocos libros que había llevado al piso, ediciones de bolsillo, estaban todos por el suelo y hechos trizas.

Fui a mirar en la pequeña cocina.

Habían volcado los cajones y vaciado los armarios. Todo lo que había dentro—envases, platos, vasos— estaba hecho añicos o reventado en el suelo. Menos mal que no estaba yo en casa, pensé.

Fui al dormitorio casi esperando encontrarme a alguien allí. El colchón estaba acuchillado de arriba abajo y de lado a lado, tirado en el suelo. Dejé el baño para el final. Incluso a oscuras me di cuenta de que habían roto el espejo. Pero antes alguien había escrito una frase con pintalabios rojo intenso:

NADIE TIENE QUE SABERLO.

Me quedé con la espalda pegada a la pared, preguntándome quién había dejado el mensaje en el baño del piso de Isabelle. Preguntándome por qué habían hecho lo mismo en el mío. ¿Qué enemigo tenía yo en común con una muerta de diecisiete años? No podía ser Zain Carver. Sus gorilas y sus chicas, menos todavía. Entonces pensé en David Rossiter y cerré los ojos, notándolo todo a la vez.

Primero la corriente de aire. Intenté recordar si había cerrado la puerta de abajo, la de la calle, antes de subir. Me parecía que sí.

No, seguro que sí.

Cuando volví a abrir los ojos, se habían acostumbrado ya a la oscuridad y di un paso hacia delante. La brisa fresca, más fuerte esta vez, y ahora acompañada de ruidos de la calle. Salí del cuarto de baño lo más rápido que pude, crucé el dormitorio y luego la salita. Estaba sin resuello cuando llegué a la puerta. Salí al

rellano y me asomé para mirar abajo.

La puerta de la calle estaba otra vez abierta.

Vi una silueta al pie de la escalera, mirando hacia donde yo estaba. La luz de fuera se reflejó en el cuchillo de cocina que empuñaba en su mano izquierda. No nos movimos, ninguno de los dos, durante un segundo. Y luego lo hicimos ambos a la vez.

Quienquiera que fuese se escabulló rápidamente por el portal y yo me lancé escaleras abajo. Aterricé hecho un guiñapo, me puse en pie de un salto y salí a la calle.

Vi una sombra que doblaba la esquina más alejada y corrí tras ella. Un taxi intentó esquivarme y alguien me tiró del hombro. El golpe contra el asfalto fue duro. Me quedé sin respiración, boca arriba, contemplando el cielo nocturno.

Algo voluminoso tapó la luz de la farola más próxima. Era Grip. Miró hacia la esquina por donde yo había visto desaparecer a la persona del cuchillo y sorbió por la nariz. Luego bajó la vista, y me tendió su mano buena.

—Arriba —dijo.

Me ayudó a levantarme y fuimos hacia mi piso. Yo no dije nada, pero le observé atentamente. Me pregunté si era la primera vez que Grip estaba allí.

—Te ofrecería una copa, pero... —dije pasando junto a él para entrar en aquel campo de batalla.

Encendí la luz y pisé cristales rotos hasta llegar al brazo del sofá, que era lo único que estaba intacto. Grip no se movió del umbral, y comprendí que si él no quería que yo saliera de allí, no habría forma de hacerlo.

—¿Sabes algún truco para quitar huellas de bota del suelo?

—Un poco de aguarrás. —Miró a su alrededor—. Aunque quizá te convendría rociarlo todo y prenderle fuego...

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué haces tú aquí, Grip?

—¿Has podido ver a ese cabronazo?

—No —dije.

Soltó un suspiro, se apartó por fin de la puerta, asomó la cabeza a la cocina y lanzó un silbido. Luego se apoyó en una pared y se me quedó mirando. Parecía más contrahecho que la primera vez que le vi, lo cual ya era decir mucho. Aquella vez parecía un cadáver resucitado; ahora parecía que lo hubiesen armado a oscuras con partes de tres o cuatro cuerpos. La ropa le caía mal. Los brazos eran de longitudes diferentes. Las piernas se veían desnutridas, por no decir directamente ridículas, en comparación con el supercorpulento torso de más arriba. Por no casar, ni siquiera le casaba un lado de la cara con el otro. Parecía enfermo y exhausto, pero a la vez era único, supongo.

—¿Y tú? —dije.

—¿Eh?

—Digo que si has podido verle.

—No.

—¿Qué estás haciendo aquí, Grip? —volví a preguntar.

—¿Te han dicho algo?

—¿Qué estás haciendo aquí, Grip?

Me fulminó con la mirada y me di cuenta de que le había gritado.

—Quiere verte —dijo.

—No es buen momento.

—Y qué. No es buen momento para nadie.

—¿A ti también te han destrozado los armarios?

La cara se le ensombreció. Recordé quién y qué era Grip y aparté la vista confiando en que lo tomara como una disculpa.

—Isabelle —dijo. El nombre sonó raro, pronunciado por Grip—. ¿Qué pasó exactamente?

—Eso ya te lo habrá explicado Cath.

—Quiero que me lo expliques tú.

—Lo único que sé es cómo la encontramos. La policía cree que fue una sobredosis, tal vez una mala remesa o algo así.

—¿La policía?

—Me han tenido varias horas en comisaría.

Grip sonrió.

—Es lógico.

—¿Por qué lo dices?

—Llevo aquí un buen rato —respondió—. Los he visto venir y tomarse su tiempo dentro del pisito. Es lógico, digo yo, si sabían que tú no ibas a poder venir enseguida...

Señalé hacia el interior.

—La policía no hace estas cosas.

—Sí, si tú estás de nuestro lado. —Desvió la vista—. No olvides de qué lado estás ahora.

—¿Es eso lo que has venido a recordarme?

—He venido porque él quiere verte. Sin juegucitos.

—Gracias por lo de antes —dijo. Él sorbió otra vez por la nariz—. En serio, si no habría acabado arrollado por ese taxi. ¿Quién ha montado todo esto, Grip?

—La cosa empezó más o menos cuando apareciste tú.

No era una respuesta seria. Decidí esperar.

—Tú sabes quién está detrás —dijo.

—Pero ¿por qué ahora?

—Es su aniversario, ¿no?

—Explícate. No sé de qué hablas.

—Joanna Greenlaw. Desapareció un mes de noviembre, hace justo diez años.

Permanecimos en silencio todo el trayecto. Grip conducía un cochazo inesperadamente pulcro y de aspecto clásico, un Mustang de tres puertas pintado de un color oscuro. Fuerte, robusto y compacto como su dueño. Hasta los matones quieren ser James Dean. Vi que necesitaba concentrarse mucho para poder conducir con el brazo malo. Me pareció nervioso, a punto de saltar.

—¿Tú viste al que entró en mi piso, Grip?

No contestó.

Llegamos a Fairview, aparcamos el coche y enfilamos el sendero. Se oían voces en la casa. Grip llamó con un determinado ritmo y las voces se apagaron. Entonces abrió la puerta.

Carver estaba sentado en la butaca del gran vestíbulo. Tenía su móvil en la mano pero, por una vez, no estaba absorto en él.

Sarah Jane se detuvo un momento mientras subía la escalera y volvió la cabeza para ver quién había entrado. Me fijé en que tenía ojeras. Al verme, soltó una risita triste y luego siguió escaleras arriba.

Carver levantó la cabeza.

—¿Qué coño ha pasado? —dijo.

Oí que en el piso de arriba Sarah Jane cerraba de un portazo alguna habitación. Fue como poner punto final a su relación con todos los presentes.

—Yo debería preguntarte lo mismo —dije.

Carver cerró los ojos.

—Cath dice que la encontraste tú.

—Sí.

—¿Y...?

—Y estaba desnuda. Olía a sexo. Tenía una jeringa en el brazo.

—La noche antes la acompañaste a su casa. —Me miró—. Os vi marchar, coño.

—Isabelle estaba bien cuando la dejé.

Hasta cierto punto era verdad.

—Sarah Jane dice que ella te pidió que acompañaras a Izzy al piso.

—Que no se culpe por eso.

—No, es ella quien te culpa a ti. ¿Qué hacías en el piso al día siguiente?

¿Cuándo apareció Cath?

Mientras Carver me interrogaba, vi que Grip no dejaba de mirarme la sien. Empecé a pensar que no había sido una buena idea ir allí.

—Izzy me pidió que fuera. Dijo que quería hablarme de una cosa.

—¿De qué?

—No tengo ni idea.

—¿Y por qué iba a pedirte que fueras y luego pincharse una sobredosis?

—No estoy seguro de que fuera así. Se metiera lo que se metiera, no era bueno. Tenía el brazo casi morado. Y eso suponiendo que se lo pinchara por su propia voluntad.

Carver tragó saliva, bajó la vista al suelo.

—¿Morado? —dijo Grip—. Entonces ha sido cosa tuya.

Apuntó con un dedo a Zain Carver.

—Ahora no, tío.

—¿Cuándo, entonces?

—No sé, pero no ahora, ¿vale?

—Era una cría, joder. Ni siquiera debería haber estado aquí.

—Ya, claro, tú la habrías mandado de vuelta a la primera...

Grip caminó hacia Carver.

—No, yo me habría deshecho de la mierda que ella se afaná.

Fulminó a su jefe con la mirada. Luego se fue a la cocina y cerró de un portazo. Toda la casa tembló.

—¿Una copa? —dijo Carver.

Se puso de pie y fue hacia su estudio. Yo le seguí. Era la segunda vez que estaba en aquella habitación, pero la primera que tenía oportunidad de echar un vistazo. El centro de atención era su mesa. Un escritorio de caoba oscura, demasiado contundente para ser de fabricación moderna. Pensé que quizá habría pertenecido a sus padres, o incluso a parientes más antiguos.

Carver sirvió dos generosas copas de coñac, me pasó la primera y apuró la suya de una tacada. Se sirvió otra y se sentó en la silla más próxima, retomando la postura encorvada que había adoptado antes. Yo me senté frente a él, a la expectativa. Ni siquiera recuerdo que me bebiera el coñac, pero cuando bajé la vista la copa estaba vacía.

—Hiciste bien.

—¿Cómo? —dije.

—Lo de Cath. Cuando llegó estaba hecha una mierda.

—¿Se encuentra mejor?

Carver levantó la vista.

—No sé —dijo, como si no se le hubiera ocurrido preguntarlo—. Pero me transmitió tu aviso. Lo de limpiar Fairview. La poli se presentó al poco rato, y gracias a ti me ahorré un buen quebradero de cabeza.

Yo ni siquiera estaba seguro del motivo de mi advertencia. En aquel momento todavía actuaba de incógnito, pero hubo algo más. La muerte de Isabelle habría puesto punto final a mi segunda vida, y me di cuenta de que yo no deseaba eso.

—¿Qué dijo la policía?

—Traían una orden de registro, eso para empezar. Se llevaron algunas cosas. Me tomaron declaración en plan informal. Podría haber sido peor —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Alguna complicación?

—Preguntaron cuándo apareció Izzy por aquí la primera vez. A qué se dedicaba. Qué relación tenía yo con ella...

Guardé silencio. Carver me miró.

—No hay gran cosa que contar. Se presentó aquí un día con Sarah Jane. Una historia lacrimógena.

¿Con Sarah Jane? Me pregunté si sería una amiga de una amiga o si tenía algo que ver en la vida de Isabelle Rossiter.

—¿De qué iba esa historia lacrimógena?

—Algún rollo personal —dijo Carver.

—Ya. Bueno, la policía siempre está ansiosa por dar a la prensa alguna detención. Si tuvieran algo, ya habrían presentado cargos. ¿Pueden relacionar ese piso contigo?

—No les sería fácil —dijo—. No hay papeles.

—¿Y hablaron con alguien más?

Carver negó con la cabeza.

—Sarah Jane tiene la cabeza bien amueblada, pero no para estas cosas. Ella creía que los buenos éramos nosotros.

—¿Y tú no?

—Para mí no existen buenos. Mira, en vista de lo que está pasando, creo que tú podrías ahorrarme varios quebraderos de cabeza más.

—Podría...

—Cinco por sacar a Cath del apuro. Diez como anticipo por lo que pueda venir. Diez más por lo que hablamos tú y yo la otra vez.

Tuve que hacer memoria para recordar cuál había sido la operación original. Justo hoy era el día previsto para tender la trampa. Con todo el lío, no había pensado en consultar al superintendente Parrs.

—Me parece bien, pero no puedo decirte que sí mientras no sepa en qué estás metido. ¿Qué ha querido decir Grip con eso de la mierda que se afanó Izzy?

Carver tomó otro sorbo de coñac.

—¿Sabes lo que es pinchar y probar?

—Sí, más o menos.

Él asintió.

—Verás, este verano pasado tuvimos un problema. El primer corte del ladrillo

de heroína prensada siempre es para alguien de la casa. Lo hacemos por rotación para que nadie salga perjudicado ni se enganche.

—¿Cuánto?

—Una bolsita —dijo—. Una millonada o cero, eso no importa. Solo significa que sabemos lo que tenemos entre manos. A partir de ahí, aumentar el contenido de una partida floja o cortar una demasiado fuerte.

—Ya. Pinchar y probar.

—Grip no siempre ha sido como el monstruo de Frankenstein. Se pinchó una bolsita y... —Esperé a que continuara. Carver bajó la voz como si Grip pudiera tener la oreja pegada a la puerta—. Se puso enfermo. Aquello lo tumbó. El brazo a tomar por culo. Los médicos pensaron que probablemente lo perdería, pero al final solo le afectó a ciertas terminaciones nerviosas.

—Tuvo suerte el tío.

Carver me lanzó una miradita.

—Estuvo varios días en coma. Cuando despertó no era el mismo.

—¿En qué sentido?

—Beligerante. Emotivo.

—¿Me estás diciendo que...?

Carver negó con la cabeza.

—No, al contrario. Grip ya no tiene estómago para esto. Creo que sería incapaz de hacerle daño a nadie.

—Pero el Ocho lo tiraste al váter...

Carver guardó silencio.

—Zain... —insistí.

—Quería saber qué había salido mal. Saber si la había cagado el que lo preparó o si alguien le había echado algo.

—¿Quién es el que lo prepara?

—¿Qué más te da?

—Una chica de diecisiete años tenía una jeringa en el brazo con eso.

Carver cambió de tema.

—Lo guardé hasta que averiguásemos qué había pasado.

—¿Y bien?

Apuró de nuevo su copa y se sirvió otra vez.

—Pues que, cuando hoy he ido a buscarlo —dijo—, había desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Dónde estaba?

Carver se quedó inmóvil un segundo y luego señaló hacia su mesa. Sentí que iba a vomitar. Noté como el suelo se hundía bajo mis pies. Intenté decir algo.

—Yo...

—¿Tú qué?

—Yo dejé a Isabelle aquí en el estudio la noche antes de que muriera —dije—. Fueron unos cinco minutos, mientras iba a hablar con Sarah Jane. Pensé en llevarla a casa de sus padres. No sabía que tenía un piso cerca de aquí...

—Joder. —Se quedó un momento callado. Frunció el ceño—. ¿Lo encontraron?

—¿El qué?

—El ladrillo —dijo—. ¿Encontraron el ladrillo en el piso?

—No. —En ese instante entendí lo que me estaba diciendo—. Entonces todavía está por ahí. Izzy debió de vendérselo o pasárselo a alguien. —Ambos nos habíamos puesto de pie—. Tenemos que encontrarlo cuanto antes. Esta noche. Ya.

—Vamos —dijo Carver, cogiendo sus llaves de la mesa.

Llevábamos unos quince minutos en el coche. No hablamos de lo que podía suceder si llegaba heroína adulterada al mercado. Yo le había esperado en el vestíbulo mientras él mantenía breves y vehementes conversaciones con Grip y con Sarah Jane. Cuando volvió, me lanzó una mirada.

—Ese anticipo —dijo—. ¿Estás de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Pues ya puedes empezar a ganártelo.

Salimos disparados hacia la ciudad. Tuve la impresión de que Carver buscaba viejos antros, lugares donde amigos, novias y rivales habían movido Ocho en el apogeo de la Franquicia. No frecuentaba la calle desde hacía mucho tiempo, y la gente y los locales que él recordaba habían desaparecido, barridos bajo la alfombra de la regeneración municipal.

—Se me ocurre una persona que podría saber si un ladrillo chungo está rondando por ahí.

Carver me miró de soslayo.

—¿El Bicho? —dijo—. ¿Te refieres al Bicho?

—¿Por qué no?

—Tú estás de coña.

Lo dejé correr. Esperé un poco.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —dije. No pareció haberme oído—. Zain...

—Al barrio blanco y negro —dijo.

—¿El Burnside?

Gruñó y nos quedamos callados. Yo confiaba en haberme equivocado sobre los rastros de pintura que había visto en Fairview. A medida que nos alejábamos

del centro, las calles parecían cada vez más oscuras, más feas, todo desierto. No se veía a chicas o chicos riendo e intentando ligar. Los edificios eran viejas casas de apuestas o pubs clausurados. Seguimos el curso del Irwell rumbo al norte, hacia aquella fea zona industrial.

La ciudad había dado por perdido el Burnside y la policía ni se acercaba. Más revelador aún, la Franquicia tampoco. Mientras íbamos en el coche, procuré estar muy alerta. Los faros iluminaban edificios y calles, los letreros no servían de nada; estaban destrozados, cambiados de dirección o llenos de pintadas. El coche patrulla que recibiera una llamada desde esta zona acabaría perdiéndose en el laberinto, quizá en un callejón sin salida donde podía ser blanco de un cóctel molotov o algo peor. Me pareció vislumbrar alguna que otra mancha de pintura blanca y negra, pero era un visto y no visto.

—Qué asco de sitio —dijo Carver.

—¿Conoces a alguien aquí?

—Ojalá no fuera así.

Volví la cabeza para mirarle.

—Una de las chicas —dijo, atento al volante—. Addie, se llamaba. Venía a recaudar aquí. La prensa dice que la industria se trasladó al extranjero y que sitios como este se quedaron sin alma. Pero la verdad es que nunca la tuvieron.

»La norma era que Grip siempre iba con ellas. Ninguna chica venía aquí sola. Los *burnsiders* ya no eran lo que en otros tiempos, pero rondaban por ahí. Y los yonquis se lanzaban sobre una chica casi antes de mirarla.

»En fin, yo no lo sabía, pero Ads se metía droga y estaba convencida de poder controlarlo, de hacerlo solo en los clubes. Pero al final siempre acaban drogándose en casa. Y escaqueaba una parte de lo recaudado. Lo normal habría sido hablar con ella y ya está. El problema fue que dejé pasar demasiado tiempo. Una noche en que necesitaba material, vino aquí ella sola a recaudar.

—¿Cómo era la chica?

—Segura de sí misma, graciosa. En la onda. Un risitas la sujetó mientras otro le atravesaba el oído con una jeringa. Le inyectaron Ocho en el cerebro para ver

qué pasaba.

Miré por la ventanilla.

—¿Nunca te aburres de esto? —dije.

Se quedó callado, pero el resto yo ya lo conocía. El auge de la Franquicia creó una brecha en el mercado que los traficantes de baja estofa, como los *burnsiders*, aprovecharon para vender material de la peor calidad imaginable.

Alquitrán.

Aquello reventaba a la gente. Suttty me dijo que en el Burnside había visto a drogadictos hacerse «boquetes». Consistía en pincharse una misma vena abierta y luego no dejar que cicatrizara. La piel iba formando como unos labios fruncidos, abiertos, alrededor de la herida. Cuando me lo contó, pensé que eran exageraciones suyas, pero ya no estaba tan seguro.

Recorrimos tristes calles de gris hormigón, con alguna que otra pincelada de blanco y negro. Todo estaba abandonado y arruinado, pero la agresiva fealdad del lugar solo podía haber sido intencionada. Parte del diseño en su origen, cuando era una zona industrial. Un mensaje para los empleados: allí se iba a trabajar y a nada más.

—Yo lo echaría todo abajo, hasta el último ladrillo —dijo Carver.

Nos detuvimos junto a un enorme almacén abandonado. No sé si Carver conocía el edificio o si eligió el peor sitio de todos. Cuando pude verlo bien, me fijé en que había manchones de pintura blanca y negra aquí y allá, ahora agrietada o desportillada.

De modo que Suttty tenía razón...

Era discutible si los *burnsiders* seguían operando o no, pero su firma parecía cosa de tiempos pasados. Eso planteaba más preguntas sobre quién había pintarrajeado el escalón de entrada en Fairview. Carver apagó el motor y flexionó los dedos sobre el volante. Bajamos del vehículo y empezamos a andar. Su coche se veía absurdo en aquel entorno, un animal raro sacado de un paraje exótico para vivir en aburrida y monocroma cautividad.

Mientras caminábamos creí oír a lo lejos aullidos de animales. Me detuve un

momento y comprendí que eran seres humanos. El almacén estaba construido con una fina chapa metálica. En algunos puntos de las paredes, la chapa se había desprendido, o la habían arrancado, y a través de los huecos pudimos ver fuego ardiendo en lumbres improvisadas, alrededor de las cuales varios drogadictos intentaban matar el frío. Noviembre, en esta parte de la zona metropolitana, parecía pleno invierno.

Había una pareja justo en la entrada, una mujer ebria y sin dientes y su amigo. Ella lloraba con un sonido gutural, lastimero, mientras el hombre se reía de ella. Carver pasó entre los dos y entró en el almacén; yo le seguí.

El edificio era tan sumamente grande que costaba creer que alguna vez hubiera estado lleno antes de deteriorarse. Pasada lo que debió de ser una zona de recepción, un corto pasillo nos condujo hasta la inmensa sala principal del almacén.

Estaba iluminada únicamente por las tres lumbres que ardían en otros tantos puntos. En torno a cada una de ellas había cuatro o cinco personas esqueléticas. Unas estaban tumbadas, otras con la vista fija en las llamas, pero nadie nos miró cuando entramos. Carver se dirigió hacia el fuego más cercano y yo le seguí. Se agachó junto a un hombre que estaba semiinconsciente en el suelo y le dio la vuelta. Un risitas. Cicatrices en ambas comisuras de la boca. Carver le levantó un brazo y lo puso a la luz, buscando algún indicio de que el ladrillo desaparecido hubiera ido a parar allí.

—¡Eh! —dijo el hombre, incapaz de emitir otra protesta.

Observó desapasionadamente cómo Carver le cogía de la mano un paquetito envuelto en papel de plata, lo abría, miraba y lo soltaba, asqueado.

No sabía por dónde tirar, y yo tampoco. Repitió la operación en un segundo grupo, pero no encontró más que alquitrán y pocas respuestas. Carver estaba ya mirando en la tercera lumbre cuando oímos ruido en la entrada del almacén. Alguien estaba hablándole a la desdentada que habíamos visto en la puerta.

—Por fin —dijo Carver.

Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a grandes zancadas hacia donde

sonaban las voces, ansioso por vérselas con quien fuese. Aparecieron tres tipos. El de delante era calvo y nervudo.

De raza blanca, pero incluso en la semioscuridad parecía tan sucio como si su piel se hubiera teñido de forma permanente. Lucía dientes de oro y tatuajes en la cara. Unos tres metros detrás de él había dos individuos jóvenes. Eran más corpulentos que el primero, pero más grasa que músculo. Ambos tenían una expresión cansada y hosca. Mantuvieron la distancia mientras el calvo se acercaba a nosotros.

—Zain Carver —dijo—. ¿A qué debemos el placer?

—¿Te conozco?

El calvo soltó una carcajada que sonó a acordeón con el fuelle pinchado.

—Qué va, tío. Lo dudo mucho —dijo—. Digamos que soy el vigilante nocturno.

—En cuanto cruce esa puerta, tío, no volveré a pensar en ti.

—Ah, entonces más vale que aproveche tu estancia lo mejor posible, ¿no? ¿Qué te trae por aquí?

—Hace semanas que intentáis llamar la atención —dijo Carver.

—¿De veras?

—Esa pintura blanca y negra en Fairview...

—Bueno. ¿Y...?

—¿Y...? Pues que hace diez años de lo de Joanna.

El calvo sonrió.

—Oh, entonces se trata de un asunto sentimental...

—Que es donde soy menos vulnerable, ¿te enteras? He venido a haceros una pregunta y luego cada cual a su casa.

—¿Así que tú aún tienes casa?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Parece ser que ahora eres famoso. El puto Michael Jackson en su Neverland. La pasma y la prensa acampando fuera. ¿Qué nos contaron, Billy?

—Que es famoso —dijo Billy, el más fornido de los dos chicos—. Su nombre

sale en los periódicos.

—Que tu nombre sale en los periódicos —dijo el calvo.

—No creas todo lo que oigas.

—Te entiendo. —Cada vez que el calvo terminaba una frase, la descontaba de sus dedos extendidos, como si solo le quedaran esas y no quisiera perder la cuenta—. Sheldon no se lo va a creer cuando se lo cuente.

Carver dio un paso adelante y le miró fijamente.

—¿Y eso a qué viene?

—No has llamado. No has escrito... —El hombre se relamió los labios—. Desde que le provocamos un poco de dolor de oídos a esa amiga tuya.

De un solo movimiento, Carver agarró al calvo por los hombros y le asestó un cabezazo. Oí un crujido seco y húmedo a la vez, y vi un chorrito de sangre flotar un segundo en el aire como un jirón de niebla. La cabeza del hombre se fue hacia atrás con tal brusquedad que pensé que le habría partido el cuello. Cuando reaccioné, Carver ya le estaba estrangulando.

—Zain —dije. Miré a los *burnsiders* jóvenes. No se habían movido. Billy, el mayor de los dos, ni siquiera estaba mirando. El otro observaba con cara de hastío cómo Carver le apretaba la nuez a su jefe. La presión de los pulgares era tan fuerte que se le estaban poniendo blancos—. Zain —repetí—. Para ya.

Carver le estrujó el cuello unos segundos más y luego lo arrojó al suelo. El calvo, privado de oxígeno, lanzó un grito angustioso. Tenía la nariz destrozada y todo el rostro cubierto de sangre.

—Nos largamos —dijo Carver limpiándose las manos en el pantalón. Se incorporó y de dos zancadas se plantó frente a Billy, el más corpulento de los dos *burnsiders*—. ¿Te has enterado de lo de esa chica, Isabelle Rossiter? —Billy asintió—. Pues esa partida mala anda suelta por ahí...

—Aquí solo se mueve lo nuestro —dijo Billy.

Carver soltó un gruñido y salió por donde habíamos venido.

—Saludos a Sheldon de nuestra parte —gritó volviendo un momento la cabeza.

No pude ver al que estaba en el suelo, pero sí oír cómo se esforzaba por respirar y cómo, al tragar y sacar aire, tragaba y expulsaba también pequeños fragmentos de hueso. Los dos chicos se alejaron lentamente del almacén. Llamé al 999 por segunda vez en dos días y pedí una ambulancia. Les di la dirección, dejé al hombre sentado y salí detrás de Carver.

—¿Es solo por eso por lo que hemos venido aquí? ¿Para dejarles algo claro, joder?

—¿Cómo dices?

—Pensaba que estábamos buscando el Ocho.

—Y así es. —Carver se limpió la sangre de la frente y subió al coche—. ¿Se te ocurre alguna idea brillante?

Monté en el asiento del copiloto.

—Solo una —dije—. No vuelvas a pasarte de la raya. No dejes más narices rotas por donde vayamos.

Carver puso el motor en marcha y pisó a fondo.

—Es lo que se llama ley de la oferta y la demanda. Alguien pide y otro le consigue lo que quiere.

Observé sus manos, ahora aferradas al volante. Miré la hora. Nos íbamos del Burnside con las manos vacías y hacía más de una hora que nos habíamos puesto en marcha.

Intenté centrarme un poco.

—Si esos tíos tienen algo que ver con el Ocho que desapareció, jamás lo van a vender en su propio territorio.

Carver pareció reflexionar.

—No, lo venderán en el mío.

Se inclinó hacia delante y marcó un número en su teléfono móvil.

La voz de Grip sonó por el manos libres:

—¿Ha habido suerte?

—En el Burnside, no —dijo Carver—. Comprueba todos los bares, empezando por el Rubik's. Si nos están tendiendo una trampa, lo venderán en la

ciudad, no aquí.

—Nadie sabe nada. O nadie quiere hablar de ello. Y tenemos otro problema.

—¿Cuál?

—¿Me estáis escuchando por el altavoz?

Carver cogió el teléfono y se lo llevó al oído.

—¿Que se ha largado? —dijo.

Supuse que estaban hablando del barman del Rubik's. De la droga que yo había destruido. El tipo debía de haber puesto pies en polvorosa. Necesitaba hablar con él acerca de su relación con Isabelle Rossiter, y una vez más me pregunté cómo lo haría.

—Habla con todo el mundo —dijo Carver en voz baja—. Ve a todos los sitios. Ofrece una recompensa en metálico. Encuéntralo.

Colgó el teléfono y recorrimos un buen trecho en silencio.

—El Bicho —dije al cabo, inspirando hondo. En vista de que Carver guardaba silencio, continué—: Eso de cortar la mercancía para venderla ocurre todos los días. Hay mucho mercado negro para el Ocho.

Él siguió sin abrir la boca.

—Si alguien intentara mover un ladrillo, él se habría enterado.

—Ese tío es un puto psicópata.

—Bueno, ¿qué podemos perder?

Ahora Carver me miró.

—Yo, la paciencia. —Hizo una larga pausa, y luego—: Que vaya Grip contigo.

—¿Míster Cabeza Fría? Mejor no mezclarlo en esto.

—¿Quieres hablar con el Bicho tú solo? Debes de tener algo que yo desconozco, hermano.

—Tuerce a la izquierda —dije—. Sí, es algo que viene de lejos.

Carver no volvió a abrir la boca, y no supe si estaba asqueado o impresionado.

El Bicho era una leyenda urbana hecha carne. En sus tiempos había sido un denodado consumidor de heroína, perfeccionando un estilo que se dio en llamar «canibalización». Cogía material que ni los más brutos de entre los drogadictos se atrevían a pincharse y siempre encontraba comprador; era el trapero de la escena. El Bicho consideraba que utilizar la jeringa de otro yonqui te daba un subidón extra. Para colmo, juntaba los posos de varias jeringuillas y se fabricaba con ellos un nuevo cóctel pinchable.

Pero el mote no se lo ganó hasta dejar la droga unos años más tarde. Inyectarse había tenido siempre para él un componente sexual, y cuando lo dejó definitivamente empezó a frecuentar más aún a los drogadictos. Preferiblemente jóvenes.

Le llamaban el Bicho porque solía rondar a grupos de chavales mientras ellos se chutaban y, una vez que estaban colocados, les besuqueaba suavemente los brazos hasta dar con la vena donde acababan de pincharse. Entonces les chupaba la herida entre gemidos de placer. Su principal amenaza consistía en ser literalmente contagioso. El Bicho se vanagloriaba de tener en su torrente sanguíneo todo el alfabeto de la hepatitis.

Se convirtió en figura de culto dentro del ambiente gay. Hacía un número de sadomasoquismo transexual (su alias era Daddy Longlegs) en saunas no autorizadas y clubes de intercambio. Lo suyo era pornografía existencial de arte y ensayo. Escribía literatura de cordel, poemas baratos pero de cierto éxito, y vendía su propio material gráfico a cientos de libras la pieza.

Se hizo famoso asimismo entre la subcultura de los llamados «cazabichos», gente joven que veía el VIH como un símbolo de estatus y trataba de contraerlo

con vigor suicida. Era un espectáculo triste y al mismo tiempo desgarrador. El Bicho mantenía relaciones sexuales sin protección con personas para las cuales ser contagiadas por él era una especie de trofeo. Los rumores eran muy exagerados, espantosos y —más de una vez— ciertos. Se trataba de un hombre bien educado que llevaba ropa hecha a medida y se regodeaba de sus propias contradicciones.

Vivía en una antigua iglesia junto a Alexandra Park. Carver aparcó en la acera de enfrente evitando mirar el edificio.

—Si dentro de diez minutos no estoy aquí... —dije.

—No te molestes en volver —dijo Carver.

Bajé del coche y crucé la calle. Era pasada la medianoche y aquellos diez segundos libres de tensión, respirando el aire frío de la noche, me hicieron sentir casi mareado. Llegué a la puerta y pulsé el interfono. El edificio había sido renovado y modernizado. Nada que ver con el Burnside, cosa que agradecí mucho.

—Síííí —dijo una voz aburrida, metálica.

—Soy Waits.

El silencio duró varios segundos.

—Pasa, encanto.

El lugar estaba pintado de relajantes tonos pastel que parecían contradecir la terrible fama del Bicho. La sala principal era muy espaciosa y en ella destacaban unas vigas de carga de aspecto muy sólido. Un adolescente estaba sentado a un piano, desnudo hasta la cintura, tocando una sonata. Algo de lo menos pomposo de Beethoven, pensé.

Sobre una cama en medio de la estancia, una pareja joven en paños menores se besaba y se magreaba lentamente. Al principio pensé que eran dos chicos, pero luego vi que la chica simplemente llevaba el pelo corto, era casi plana y tenía un rostro anguloso y andrógino. La cama era baja, de estilo japonés, y justo encima había un potente reflector. Ninguno de ellos levantó la vista cuando entré.

Sentado en un sofá enfrente de la cama había un sujeto demacrado con una copa de vino tinto en la mano. Su indumentaria era una estrafalaria parodia de feminidad. Llevaba una enorme peluca rosa, un corsé ceñido y una minifalda, a lo que se sumaba un kilo de maquillaje, unas mallas de lentejuelas y unos

zapatos rojos de tacón alto.

—Inspector Waits —dijo, sin apartar la vista de la pareja que se besaba—. Discúlpeme si no me levanto.

—Necesito hablar con el Bicho.

Me apoyé en la pared y noté sudor frío bajo la ropa.

—Está fuera —dijo el hombre—, el muy cerdo. ¿Usted también...?

—No, me temo que no.

—A Aidan Waits no le van los hombres —dijo, y me miró por primera vez—. Pues dicen que es una experiencia muy liberadora...

—Ya sé que lo dicen. Y estoy a favor. También sé que el Bicho está en casa, o sea que ve a por él, encanto.

Sonrió e hizo esfuerzos por mostrar candidez.

—¿Qué me dará a cambio?

Tiré un jarrón de aspecto caro que había sobre un pedestal. Se hizo pedazos al chocar contra el suelo. El pianista dejó de tocar. Los adolescentes me miraron desde la cama, abrazados todavía el uno a la otra.

—Necesito hablar con el Bicho —insistí.

—Quieres al director de orquesta —dijo el hombre—. Está bien. Iré a buscarle, pero últimamente está tan serio que no sé si querrá tocarte la flauta o no.

Dicho lo cual, se puso de pie, me lanzó un guiño y salió de la sala, acariciando al del piano al pasar por su lado. Los de la cama se me quedaron mirando sin expresión. Nadie dijo una sola palabra mientras esperábamos.

Cuando el hombre volvió minutos después, ya no llevaba la peluca, se había puesto un jersey gris muy holgado sobre el corsé y se había quitado a toda prisa parte del maquillaje. Parecía que tuviese bursitis en la cara.

Iba descalzo y me saludó con un breve gruñido al tiempo que se sentaba.

—Dick —le dijo al chico del piano—. Dom —le dijo al de la cama—. Dejados a solas un rato.

Ellos se levantaron perezosamente. El que estaba en la cama tiró del brazo de

su amiga un par de veces, pero la chica estaba grogui. Él se encogió de hombros y la dejó allí, la boca pegada a la almohada.

—No hay prisa —dije.

—Perdona que me haya tomado mi tiempo, pero siempre que vienes traes malas noticias.

—Si por mí fuera, no vendría nunca.

—Pues es curioso que nos veamos tan a menudo.

—Necesito cierta información.

—Qué raro.

—Sobre drogas.

—Y encima aburrido —dijo el Bicho, poniéndose de pie.

—Siéntate. El otro día le robaron una libra de Ocho a Zain Carver. Necesito saber adónde ha ido a parar.

Se adelantó en su asiento, fascinado.

—¿Y cómo es que no ha venido a vernos la policía? —Yo guardé silencio—. Entonces es verdad, ¿eh? Te has pasado al lado oscuro. De todas, todas.

—¿Has oído algo al respecto?

—Que robabas pruebas. Que tomas anfetaminas para desayunar y cenar y merendar. Incluso he oído el ruido que hacías al venir hacia aquí. Como una cajita de pastillitas Tic Tac en movimiento. —Permanecí callado—. También he oído decir que esa pobrecilla de Isabelle Rossiter se metió Ocho de la peor calidad —añadió con una sonrisa—. Tú no habrás tenido nada que ver, ¿eh?

—No.

—Qué pena —dijo el Bicho para sí mismo—. Me encanta solo de pensarlo... Esperé.

—Antes eras divertido. ¿Recuerdas la época en que nos conocimos?

El Bicho se había criado en The Oaks, la misma casa de acogida que yo. Entonces era un chaval sensible, tenía diez años y recién descubría su homosexualidad. A mí me había prestado libros y discos sin esperar nada a cambio. En aquella época pensé que intentaba convencerme de que fuera de

aquel lugar había vida, había esperanza. Ahora entiendo que seguramente intentaba convencerse a sí mismo.

Le vi sonreír.

—Yo decía algo escandaloso y tú replicabas con una frasecita corta. Algo divertido y cruel. Ya nunca lo haces, ¿verdad? Se te han agotado las cosas divertidas que decir. —Tomó un sorbo de vino—. Me decepcionas tanto...

—Si te decepciono a ti, será que algo estoy haciendo bien.

El Bicho tiró la copa de vino hacia atrás, se rio y batió palmas.

—Así me gusta. Donde las dan, las toman. Conozco a un chico —dijo lanzándome una mirada inocente—. Mayor de edad, agente, se lo juro. Pues este chico que conozco ha tenido muchísima suerte esta misma mañana. No solo ha pasado un rato con este su seguro servidor, sino que después, cuando iba la mar de contento hacia el Burnside, se topó con alguien que intentaba mover una libra de Ocho. Se la llevó a mitad de precio.

—¿Nombre?

—Oh, pues Slimmer o Swimmer o algo así. Estos jovencitos de ahora... Pero es de buena familia, eso sí. Vive en Sycamore Way.

—¿Por West Dids?

El Bicho asintió.

—Papá y mamá se marchan de fin de semana, o sea que Daddy Longlegs se ocupará de entretener a la tropa.

Se refería a sí mismo.

—¿Número de la casa?

El Bicho guardó silencio. Di dos pasos hacia otro jarrón.

—Treinta y uno.

—Esta noche no salgas. Te estoy haciendo un favor.

—Prefiero no deberte ninguno.

Señalé a la chica tendida en la cama.

—Métela en un taxi y estamos en paz.

Era poco más de la una de la noche cuando llegamos a Sycamore Way. Los árboles de la calle se veían enormes, antiquísimos. Cuando yo era un muchacho, los chicos y las chicas del colegio iban hasta allí en peregrinación, en parejas, para tallar sus nombres en la corteza dentro de un corazón.

Yo solo lo sabía de oídas.

Noviembre había dejado las ramas desnudas, y en la tiniebla invernal los árboles parecían enormes manos de esqueleto elevadas al cielo.

La calle era ancha, imponente. Transmitía sensación de riqueza y éxito sin necesidad de grandes esfuerzos. A cada lado, mansiones victorianas restauradas.

Carver llevaba como un minuto contemplando la calle cuando le dije adónde íbamos. Creo que en ese momento supo que su final estaba cerca. Una cosa era que un ladrillo de Ocho adulterado acabara en el Burnside, y otra muy distinta que el material llegara a esta zona de clase alta y verdor exuberante. Condujo en completo silencio hasta que nos detuvimos frente a una finca enorme.

—El treinta y uno —dijo.

No pudimos ver ningún número en la verja, pero ambos habíamos llevado la cuenta desde el comienzo de la calle. La casa propiamente dicha estaba al fondo de un camino particular. Aunque quedaba oculta por un ejército de árboles, desde la calle pudimos ver parte del tejado.

—Sí —dije—. Creo que será mejor que esperes aquí.

Carver me miró.

Nos apeamos los dos del coche y echamos a andar hacia la finca. Al final del camino había una imponente verja automática negra y dorada. Ya fuese porque no cerraba bien o por error humano, el caso es que estaba entreabierta, y eso

alteraba la perfecta simetría del conjunto.

Entramos y continuamos hacia la casa. A lo largo del césped había coches aparcados, todos ellos incongruentes en relación con el entorno victoriano; varios descapotables pequeños, probablemente primeros coches de gente joven. Del interior nos llegó un ritmo insistente, machacón.

Carver señaló con un gesto hacia la casa.

Había una chica asomada a una ventana. Parecía ser la cocina, como si la joven estuviera delante del fregadero. Al vernos, su rostro dibujó una perfecta sonrisa inexpresiva. Carver y yo nos detuvimos, conscientes de que ella no podía habernos visto. La chica sonreía a su propio reflejo en el cristal. Sobre la piel bronceada lucía un chaleco ceñido, de un blanco resplandeciente. Con sus cabellos rubio pajizo, y dentro de aquel edificio, transmitía un aire de salud y bienestar.

Carver llegó a la puerta de la casa. El monótono pulso del equipo de música era más fuerte en el interior. Denso y pesado.

La puerta se abría a un amplio vestíbulo. Había una mesa repleta de facturas y correo publicitario, y al lado un perchero lleno de cazadoras de tela vaquera envejecida. Fui detrás de Carver hacia la derecha, camino de la cocina donde habíamos visto a la chica.

Él se detuvo.

Ocupó todo el umbral, de modo que no pude ver más allá de su hombro. La música sonó más fuerte cuando lo esquivé para entrar.

La chica estaba de pie en un gran charco de sangre. Hice un esfuerzo por levantar la vista y mirarle la cara. Seguía sonriendo a su reflejo como si no se hubiera percatado de nuestra presencia. Daba la impresión de que se le hubiera caído toda una bandeja llena de vasos. Había estado un rato caminando sobre los añicos, ajena al dolor. Tenía los pies llenos de cortes y se había desangrado sobre el suelo de baldosas blancas.

La chica vino hacia nosotros aplastando más cristales con sus pies descalzos y sin borrar de su cara la perfecta sonrisa inexpresiva que le habíamos visto desde

el exterior. Nos mostró el brazo en el que se había inyectado. Lo llevaba colgando inerte, las venas azules como autopistas dibujadas en un mapa.

Me adelanté a Carver, pisando los cristales, y la sujeté para que no se cayera. Ella me miró a los ojos y asintió ligeramente, sin dejar de sonreír, como si no pudiera controlar ese rictus. La tomé en brazos, la llevé hasta un sofá que había al fondo de la cocina y la senté.

Al volverme para mirar a Carver, vi que se había acercado a una puerta siguiendo el sonido de la música. Dentro de la cocina me había parecido que sonaba menos fuerte, pero cuando abrió la puerta volvió a retumbar a todo volumen.

Carver cruzó el umbral y no regresó. Miré a la chica y sus ojos se clavaron en los míos. Continuaba sonriendo, pero la sonrisa había empezado a transformarse en otra cosa.

—Tranquila —dije sin resuello.

Al lado del sofá, una lámpara de lectura iluminaba a la chica más de lo que yo habría deseado. A esta distancia, vi que su costado izquierdo se estaba poniendo de un tono azul pálido, casi celeste. Sus pies relucían de sangre y fragmentos de cristal incrustados.

Fui hacia el lugar de donde provenía la música, la puerta que Carver acababa de cruzar. Le llamé a gritos, pero no contestó. El ritmo sonaba allí más fuerte y agresivo, y de repente me llegó un olor a vómito. La habitación era un manicomio de sufrimiento y de extremidades desnudas, relucientes de sudor. Conté cinco chicas y tres chicos. Todos adolescentes. Unos estaban boca abajo sobre su propio vómito, mientras que otros tenían el rostro contorsionado y morado. Algunos dormían plácidamente.

Todos ellos se habían inyectado.

Carver estaba allí de pie, en medio del grupo, de espaldas a mí y con la cabeza gacha. Luego se irguió cuan alto era y dio un paso al frente. Pensé que estaba mirando mejor a una de las chicas que se retorció en el suelo, pero no, siguió adelante en dirección al equipo de música. Después de inspeccionarlo

brevemente, lo apagó.

La ausencia de música puso en primer plano los gemidos de los adolescentes. Yo no sabía qué hacer. Carver se volvió, sacó el teléfono que llevaba en un bolsillo y empezó a marcar.

—¿A quién llamas?

No respondió.

—Apaga eso —le dije, yendo hacia él.

Carver estiró un brazo, me agarró del cuello de la chaqueta y me mantuvo a distancia sujetándome por el pescuezo. No me miró siquiera mientras esperaba a que contestasen la llamada.

—¿Policía? —dijo—. Manden varias ambulancias y coches patrulla.

Carver cortó la comunicación y salió de la sala. Oí gorgoteos y gemidos graves. Varios de los chavales drogados estaban encogidos en posición fetal. Uno de ellos yacía boca arriba agarrándose las rodillas. Me recordó a Isabelle. Al poco rato todos empezaron a hacerlo y las caras se les iban poniendo moradas.

La chica que tenía yo más cerca estaba vomitando sangre. La moví para que no se asfixiara y regresé a la cocina. Al entrar tiré de la puerta para cerrarla. Tuve que hacerlo varias veces hasta oír el clic.

Me di cuenta de que estaba medio mareado de tanto aguantar la respiración y me apoyé en la pared, tragando aire a bocanadas. Luego fui hasta la ventana e intenté mirar al exterior. No pude ver más que mi tenue y flaco reflejo. Comprendí que la chica que habíamos visto desde fuera debía de haber estado preguntándose si a ella también le estaba cambiando la cara de color. Oí que se agitaba en el sofá.

Entonces vi luces.

Faros de coche y destellos azules fundiéndose entre sí, iluminando la estancia. Oí cerrarse puertas de automóvil. Voces. Hombres y mujeres calzados con botas irrumpiendo en medio del silencio.

Salí de allí más ligero que el aire. Encontré una puerta trasera y crucé el jardín en la noche negra. Al principio avancé con cautela, pero luego serpenteé entre árboles, arbustos y estanques sin prestar atención a dónde ponía los pies. Trepé una cerca, y al final de otra zona de césped fui a salir a la calle de al lado. A trompicones primero, andando después, luego corriendo.

III

MÁS CERCA

De día era espantoso. La claridad iluminaba a los locos, a los enfermos terminales, sueltos otra vez hasta la noche, riendo y llorando y meándose en los pantalones mientras iban por las calles. Era como en los bares cuando encienden las luces para indicar que están a punto de cerrar, cuando las mujeres pasan de ser bonitas a vulgares, cuando los hombres se revelan en su peor imagen: feos, idénticos.

Era lunes por la mañana, casi una semana después de lo de Sycamore Way. En todo ese tiempo no había vuelto a tomar anfetis. Corrían rumores de porteros de la Franquicia tratados a patadas, de taxis de Carver embestidos, de recaudadoras a las que habían robado el dinero. Ahora bien, los comentarios se hacían por lo bajo, y no pude enterarme de a quién habían detenido o apalizado. Pensé en Catherine.

Mientras conducía advertí una nota discordante en la textura de color de la ciudad. La presencia de agentes de uniforme había aumentado, en cada esquina veías chalecos reflectantes. Sin duda apostados allí para un cacheo rápido, para tratar con el rebaño y dar la versión de la historia pactada previamente. Su papel era sobre todo cosmético: un pitbull con los labios pintados.

Al vestirme para mi entrevista con Parrs, había elegido un traje creyendo que aún me sentaría bien. Me colgaba por todas partes, una prenda heredada de un buen conocido mío. Pasando a toda prisa entre los policías que estaban en la calle, había llegado a jefatura unos minutos antes de la hora.

Me llamó la atención una desacostumbrada quietud. Se oía el rumor del aire acondicionado. Mi última visita allí había sido después de encontrar a Isabelle Rossiter, aquel día en que el edificio parecía venirse abajo de tanto ajetreo.

Ahora, sin embargo, parecía un pueblo fantasma. Todos los agentes libres de servicio estaban fuera, tranquilizando al personal.

Enseñé mi identificación antes de firmar en el registro.

Mi rúbrica fluyó de manera automática, pero parecía la letra de un desconocido. Me la quedé mirando un segundo hasta que el agente que atendía el mostrador carraspeó educadamente y me entregó un pase de visita. Yo tenía la cabeza en otra parte, estaba repasando lo que debía decirle al superintendente Parrs. Mientras subía en ascensor a la cuarta planta, solo deseaba no encontrarme a ningún conocido. Estaba a unos pocos metros del despacho del superintendente cuando me sonó el teléfono.

—Waits —dijo quien me llamaba—. Tenemos que hablar.

—No puedo, estoy a punto de entrar en el despacho de...

—Ya lo sé —dijo el otro—. Nos vemos en la escalera. —Yo no reaccioné—.

Me lo agradecerás.

Colgué, seguí caminando pero luego lo pensé mejor. Me detuve. Miré la hora. Entonces di media vuelta, regresé por donde había venido y empujé la puerta de una salida de incendios. El hueco de la escalera estaba recorrido de arriba abajo por cañerías, las encargadas de que dentro el aire siempre estuviera cargado y caliente. La iluminación también era mejorable, pues en las largas tiras de bombillas había bastantes fundidas y nadie las había cambiado.

Vi una silueta, un hombre, que bajaba desde la quinta planta. A tres peldaños de mí, se detuvo.

—Hola, Aidan —dijo el inspector Kernick.

—Querido...

Se puso a la luz. Por primera vez me fijé en que el tono carbón de sus cabellos mostraba ahora hebras de un gris más claro e incluso blanco. Kernick parecía haber envejecido cinco años.

—Me alegro de haberte pillado a tiempo —dijo.

—Se te nota.

—Don Puto Listillo otra vez. Tu reunión con Parrs. Tendrás mucho de qué

hablar...

—Exacto, así que si no te importa...

—Descuida —dijo Kernick, haciéndose a un lado. Fuera de la luz volvió a ser una masa informe—. Es lo cojonudo de ti, Waits. Siempre dispuesto a pisar mierda.

—¿Y qué es lo que voy a pisar ahora?

Adelantó la cabeza, de nuevo en zona iluminada, y me lanzó una mirada de odio.

—Tú aquí no tienes ningún amigo, ¿verdad, Waits?

—¿Qué es lo que voy a pisar?

Bajó dos peldaños y se inclinó para susurrar entre dientes:

—Ellos lo saben. —Retrocedí un paso. Ahora él estaba totalmente a la luz—. Lo de las drogas —dijo—. El alcohol. El folleteo. ¿Quién coño te pensabas que eras? —Intenté esquivarle, pero me detuvo con una mano sobre mi pecho—. Solo un momento, chaval.

Noté a través de la camisa que le sudaba la palma de la mano. Ahora estábamos los dos a la luz y él me miró de hito en hito.

—¿Te la follabas?

—¿A quién? —dije, revelando más de lo que me habría gustado.

—A Isabelle. —Sonrisita.

—No.

Hubo una pausa.

—Esas fotos... —dijo—. Las de Izzy y tú poniéndoos a gusto en casa de Carver. Se han retirado de la circulación.

—¿Qué hay de Rossiter?

—Fue él precisamente quien me pidió que las consiguiera. Y que velara por ti. Sabe muy bien lo que significa para su trabajo y para el mío que esas fotos salgan a la luz. He pensado que debías saberlo antes de ir a hablar con el súper. —Retiró la manaza de mi pecho—. Una cosa menos que tendrás que explicarle.

—¿Quién hizo las fotos?

Kernick sonrió y dijo:

—Vete a la mierda.

Me alejé de él.

—No tiene por qué saberlo —dijo alzando la voz.

Me detuve en el umbral.

—¿No tiene por qué saber que llevaste a cabo ilegalmente tu propia investigación?

—Serás cabrón...

—No hagas pasar por un acto de caridad lo que es mero instinto de supervivencia. Eso está feo, Kernick.

—Si quieres salvar el pellejo, muchacho, necesitarás un poco de ese instinto que dices.

Cuando Kernick vino hacia mí, le cerré la puerta en las narices.

Llegué al despacho de Parrs sintiendo náuseas. Inspiré hondo antes de entrar en la pequeña sala de espera. En aquel edificio tan nuevo y con aquel traje viejo, me sentí fuera de lugar. No debería haber vuelto nunca. Hubo algo en el modo en que me miró su secretaria que me hizo pensar: ¡Lárgate cagando leches!

El superintendente Parrs se puso de pie al entrar yo en el despacho.

—Waits —dijo, y me indicó una silla frente a su mesa. Tomé asiento, y él, tras ordenar unos papeles que tenía allí encima, volvió a sentarse. Parecía que no hubiera pegado ojo desde la muerte de Isabelle. No pude ni imaginar los efectos que habría tenido en él lo de Sycamore Way. El suceso había sido noticia de alcance nacional. Me traspasó con aquellos ojos enrojecidos; su acento escocés, siempre duro y grave, era como una pared de ladrillo—. Considérelo una charla informal. Es más que nada un intercambio de información para su trabajo con la Franquicia. Tengo la esperanza de que...

—¿Lo cazamos? —dije.

—Como ya sabe...

—¿Lo cazamos? —repetí.

—No. —Parrs pestañeó—. Como ya sabe, la trampa estaba programada para el lunes 16 de noviembre...

—Eso fue un día después de que encontráramos a Isabelle Rossiter.

—Borraron el disco duro. Nuestro hombre estuvo allí, desde luego. Por desgracia, y debido al volumen de trabajo que hubo ese día, la sala 6.21A fue reasignada sin mi autorización.

Me sonó a chiste.

—No entiendo. Esa sala tenía que estar vacía...

—El personal de refuerzo que trabajaba en la muerte de esa chica fue asignado a la 6.21A. Entraron y salieron de allí treinta y cinco personas. De ellas, treinta y tres con suficientes años de servicio como para ser el hombre que buscamos. O sea que no, no pudimos cazarlo.

Me quedé sin habla.

—Créame, sé cómo se siente. —Mi primer impulso fue marcharme de allí. Si no lo hice fue porque estaba demasiado confuso—. Hablemos de usted, muchacho. De su futuro.

—Creí entender que no tenía ninguno.

—Hasta cierto punto depende de usted.

Saqué un sobre cerrado del bolsillo de mi chaqueta y se lo pasé.

—En tal caso, tendré que ser claro desde el principio.

No me interesaba seguir escuchando amenazas. Quería arrebatarle el arma de las manos.

—¿Qué es? —dijo sosteniendo la carta.

—¿Recibió mis informes?

—Sí. Eran muy claros.

—Pues quisiera que sirviesen como base de mi renuncia.

Parrs miró ahora el sobre que sostenía aún en alto.

—¿Qué coño es? ¿Una nota de suicidio?

—No. Mi dimisión.

Parrs dejó el sobre en la mesa.

—¿Qué le hace pensar que está usted en situación de dimitir?

—Si han presentado cargos por llevarme droga del almacén de pruebas, los asumiré.

Parrs desplazó el sobre hasta encuadrarlo perfectamente con una esquina de la mesa.

—Una decisión audaz. Corrupción. Robo. Posesión con intención de traficar. ¿Condena de cinco años? ¿Pongamos tres, cuatro años en chirona? Claro que no va a ser fácil que lo suelten por buena conducta, con la cantidad de cristal que va a cagar.

—Muy bien —dije poniéndome de pie, confiado en que aún podía escapar.

—Siéntese —dijo Parrs—. ¿De qué va todo esto?

Me senté.

—Joanna Greenwood. Zain Carver. La Franquicia. Drogas adulteradas. Todo eso, vale. —Le miré a los ojos—. Pero no pienso encubrir la muerte de Isabelle Rossiter. Demasiado comprometido, incluso para mí.

—¿Qué tiene pensado hacer, aparte de pasarlo mal?

—De buena gana me marcharía —dije. En mi mente me pareció sensato, algo que a él quizá le gustaría oír, pero dicho en voz alta sonó a sueño infantil—. Me iría lo más lejos posible.

—¿No quiere llegar hasta el final?

—No quiero saber cómo termina.

Parrs entornó los ojos. Cuando interrogaba a alguien, solía hacer preguntas simples y directas y luego esperaba. Aunque el interrogado hubiera dado ya una respuesta. Eso ponía incómoda a la gente, la obligaba a romper el silencio y arriesgarse a hablar.

Yo me quedé callado.

—Le juro que esta historia le perseguiría allá donde fuera. Ya me encargaría yo de ello.

—¿Y qué quiere que haga? —le dije.

Parrs me fulminó con la mirada.

—Un día me preguntó sobre Joanna Greenwood. Le expliqué lo del llamamiento del *Evening News*. Usted captó los hechos, pero no la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Hay muchísimos elementos en juego, al margen de los hechos, para el que sepa mirar y escuchar. Greenwood accedió a testificar contra Carver y los *burnsiders* hace diez años. Eso es un hecho. A una amiga suya la asesinaron en el Burnside, eso es un hecho. Lo que la prensa no le dirá nunca es la verdad. Que fui yo quien preparó a esa chica. La prensa no le dirá que estuve trabajando durante meses con ella, una tarea extenuante. Cada tres días cambiábamos nuestro método de comunicarnos. Inventamos un reparto rotatorio de operativos. Ningún otro agente debía conocer el alcance ni el objetivo de la operación. Así que cuando digo que sé cómo se siente...

—¿Para qué tanto esfuerzo?

—Carver se salvó por los pelos las suficientes veces como para que fuera evidente que por aquel entonces ya había filtraciones. Eso es verdad, pero no un hecho probado.

—Tendrá usted algún candidato para esas filtraciones...

—Toda una galería de corruptos.

—¿Qué le pasó realmente a Joanna Greenwood?

—Sé lo mismo que pueda saber usted. Pintura blanca y negra en la escena. Ni rastro de la chica.

—¿Investigó lo ocurrido?

—Me avergüenza decir que no lo hice. Mi superiora me dijo que a la chica le había entrado miedo escénico. Que se había largado corriendo antes de decir o hacer nada que pudiera poner en peligro a su antiguo jefe. Me reasignaron, y se me dijo sin ambigüedades que me olvidara de todo el asunto. De todas formas, había perdido ya mucho tiempo. En cuanto se calmaron las cosas intenté retomar el caso, pero los últimos socios conocidos de Greenwood eran Zain Carver y Sheldon White, ni el uno ni el otro muy locuaces. La pista, si es que dejó alguna, ya estaba fría. —Hizo una pausa. Continuó en voz más baja—: Quise pensar que ella había escapado. Luego, conforme pasaban los años y no aparecía, comprendí que eso era cada vez menos probable...

—Grip, Danny Gripe, opina que Sheldon White está haciendo ruido de cara al aniversario. Diez años desde la desaparición...

Parrs pareció meditarlo.

—Creo que los *burnsiders* son demasiado brutos para meterse en guerras psicológicas. Coincide con la puesta en libertad de White, cierto, pero nada más. Ese tipo no es de los que usan calendario, suponiendo que tuviera uno.

—¿Quién podría ser si no? —Parrs no se inmutó—. ¿Usted no cree que Joanna Greenwood siga con vida?

Hizo oídos sordos a esto último.

—Lo que digo es que, a veces, hay que pensar a largo plazo. Todavía está a

tiempo de salir bien parado de esto, Waits. —Yo no dije nada y él continuó—: Muy bien. Le queda como un mes de permiso sin usar. Yo igualmente iba a sugerirle que se lo tomara, pero me imagino que, dadas las circunstancias, accedería a que empleara ese mes en trabajar hasta que finalice el tiempo de preaviso.

—¿Y los cargos?

—De eso ya nos ocuparemos. Pero solo a cambio de una explicación completa y satisfactoria de la situación.

—Mis informes...

—Son muy claros, lo he dicho antes. Se basan en los hechos. Sin embargo, creo que sería de utilidad que dejáramos un poco al margen esa información y me comentara sus propias impresiones. Uno no presencia cada día lo peor de la gente, muchacho. —Lo acompañó de su sonrisa de tiburón—. Es lógico que yo quiera ver los frutos, ¿no?

Me quedé a la expectativa.

Parrs cogió un papel que tenía sobre la mesa. Vi que era parte de mi informe por escrito. Aunque no bajó la vista al papel ni hizo alusión al mismo, estaba claro que había asimilado toda la información y sus implicaciones. A menudo, durante una reunión, se le veía tomar notas que luego tiraba discretamente a la papelería. Tenía una memoria excelente, y supuse que hacía anotaciones para que los demás vieran que se tomaba muy en serio la reunión. Deduje, pues, que blandía ahora mi informe sin mirarlo por la misma razón.

—Cuando llevó a Isabelle en taxi a casa de Carver, le revolvió el bolso. ¿Por qué?

—Después de lo que había visto en el Rubik's, que ella bebía y probablemente consumía drogas, decidí llevarla a casa. Quiero decir a su casa de verdad —dije—. Yo sabía la zona donde vivían los Rossiter pero no la calle, y pensé que en el bolso encontraría algo donde constara la dirección.

—Detálleme lo que encontró.

—Dinero. Mucho dinero. Entonces comprendí que Isabelle había hecho la

recaudación de la Franquicia mientras estaba fuera de mi campo visual. Pensé que correría más peligro aún si no le llevaba el dinero a Carver.

—¿Qué más había en el bolso?

—Cosméticos, un monedero, un móvil. El móvil estaba todavía en su poder cuando llegamos a su piso. Quienquiera que se lo llevara fue seguramente la última persona que la vio con vida.

—No se acalore, muchacho. Encontramos el teléfono.

Intenté suprimir toda reacción. Pensé en el mensaje que me había enviado Isabelle, el que yo había visto en su bandeja de elementos enviados:

Zain lo sabe.

Me preparé mentalmente. Yo le había dicho a Parrs que no sabía el número de Isabelle. Esto me dejaría como un embustero.

—Su padre —continuó— tenía el número del móvil y así pudimos localizarlo. Cuando vimos que la última señal procedía del interior del piso, lo pusimos todo patas arriba. El móvil estaba escondido. Lo habían pegado con cinta adhesiva a la cara inferior de un cajón de su mesa.

Eso no me cuadraba. Quise preguntar qué había en el teléfono; por qué se había molestado alguien en esconderlo. Si habían encontrado el mensaje que ella me envió, cualquiera podría interpretarlo como: «Zain sabe lo nuestro».

Parrs se permitió un insoportable silencio.

Pensé en las fotografías.

Por fin dijo:

—¿Cuál fue la reacción cuando se presentó con ella en Fairview?

—Poco entusiasta.

—¿No habló con Carver?

—Fue Sarah Jane quien abrió la puerta.

—¿Se refiere a la pelirroja?

Asentí con la cabeza.

—Mostró más interés por el dinero que por Isabelle. Me pareció ver a Carver tras una ventana cuando ya me marchaba. Si le soy sincero, me pregunté si no

habría sido todo un montaje.

—¿Y eso por qué?

—Carver juega con la gente y puede que intentara averiguar si podía fiarse de mí. Ha hecho que me sigan. Le veo muy capaz de hacer que el barman emborrachara a Isabelle para ver cómo reaccionaba yo al encontrar el dinero. Después de aquello, está claro que se mostró más abierto conmigo.

—Dice que Carver juega con la gente. ¿Motivo?

—Le gusta divertirse. Carver se considera un estratega. Cuando aparenta estar haciendo algo, probablemente está maquinando justo lo contrario.

—Es un tipo grande. A veces, los que son así solo respetan a sus iguales. ¿Qué opinión tiene de usted?

—Me respeta más de lo que me hubiera pensado.

—Continúe.

—Diría que disfruté permitiendo que yo mismo descubriera ciertas verdades, que disfrutaba viéndome hablar cuando no me tocaba hacerlo. Eso sí, siempre sabía cuándo y cómo ponerme en mi lugar. Yo creo que le gusta hablar, y que con sus matones no tiene mucha oportunidad de hacerlo. De todo lo que dijo, lo único que me sonó sincero fue que él no va por ahí pegando a la gente. No le hace falta.

—Hábleme de ese tal Grip.

—Un poco menos de charla, un poco más de acción.

—¿Peligroso?

—Se liaría a hostias con el suelo si pensara que el suelo le está mirando mal. La primera vez que nos vimos me escupió a la cara.

—Lo comprendo. Usted provoca a veces ese efecto en los demás.

Sonreí.

—No, es que Grip es así. He visto cómo Carver tenía que llamarlo a capítulo un par de veces.

—Interesante —dijo Parrs—. ¿Tan chiflado como para haber adulterado esa partida de Ocho? ¿O para vender material que él sabía que era malo?

Yo no le había contado a Parrs que, de hecho, Grip había sido la primera víctima de la mala partida.

—Carver empleó la palabra «emotivo». Dice que Grip ha ido perdiendo fuelle en vez de ganarlo, que ya no le interesa el negocio. A mí me parece que le ocurre lo que a todos. Tiene miedo de otra cosa.

—Cuénteme algo más de Fairview.

—Población flotante. Sobre todo cuando hay una fiesta montada. La segunda noche la pasé allí, sin problema. Chavales sobando en el suelo en casi todas las habitaciones.

—¿Chavales de qué clase?

—Clase media blanca. Estudiantes. Entre veinte y treinta años. Creativos, creo que se hacen llamar.

—¿Y hay dos salidas?

Le miré antes de responder. Él no movió un músculo.

—Va a hacer una redada en la próxima fiesta... Esas fiestas camuflan la Franquicia detrás de cien o doscientos chavales borrachos.

—Tomo nota.

—Habrá heridos.

—Ya sé que para usted es un concepto muy vago, Waits, pero solo cumplo las órdenes que me dan. Y, en las presentes circunstancias, diría que están bien dadas. A Carver se le ha dejado a su aire durante demasiado tiempo. Cuando alguien trafica con drogas y empiezan a morir chavales por culpa de remesas tóxicas, hay que tirar su puerta abajo. Así de sencillo.

—¿Y por qué no presentarse ahora con una orden judicial?

—Lo hicimos. Carver nos esperaba. El cabronazo había hecho limpiar toda la casa. —Gracias a mi advertencia—. Bueno, las salidas.

—Dos, que yo haya podido ver. Delante y detrás. La de atrás es una puerta acristalada que da al jardín. Como habrá estampida cuando echen abajo la puerta principal, quizá estaría bien dejar que la gente vaya saliendo por esa puerta posterior y apostar unos hombres en la verja del jardín.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Algo más?

—¿Se ha enterado de lo de los taxis?

—En el pub oí contar algo. ¿Taxis, en plural?

—Sí. Parece que estamos al borde de un cambio de régimen, tanto si arrestamos a Carver como si no. Atacaron un taxi el viernes por la noche y otro el sábado. Ninguno de los dos dio parte, pero testigos presenciales llamaron a la policía. En ambos casos una furgoneta grande los embistió antes de que llegaran a Fairview. Y luego alguien salió de la furgoneta y le arrebató el dinero a la chica que iba dentro.

—¿Quiénes iban en esos taxis? ¿Están bien?

Parrs me miró.

—Cortes y moretones, por lo que parece.

Confié en que no se tratara de Catherine. Me sentía como una mierda por no haber dado señales de vida la semana anterior.

—Recaudaciones de la Franquicia. Esto no les va a gustar...

—Que no hubieran sido tan mezquinos, para empezar. *The Guardian* publicaba un largo artículo de una de las madres de Sycamore Way. El Ocho, como marca, está acabado.

—Digamos que les han mandado un mensaje.

—Les han dado la puntilla, diría yo. Bien —dijo Parrs, cortando por lo sano al presentir que el tema me interesaba—, pues eso es todo.

Me levanté y tuve una ligera sensación de mareo. Parrs no se molestó en acompañarme hasta la puerta, se limitó a hacer un gesto de cabeza. Yo, en parte, deseaba dar media vuelta y contárselo todo, pero ya tenía la puerta abierta cuando dijo en voz alta:

—Perdone, Waits.

Me giré.

Otra vez la sonrisa de tiburón.

—Había otro asunto.

Dejé que la puerta se cerrara y volví hacia la mesa, completamente en blanco.

—El teléfono de Isabelle —dijo.

Zain lo sabe.

—Pensé que quizá podría usted echarle un vistazo...

Zain lo sabe.

Asentí con la cabeza. El pulso me latía en los oídos. Parrs abrió un cajón de su mesa. Miró dentro, lo cerró, abrió otro. Después de revolver en su interior, cerró también este.

Él lo sabe.

No me podía creer que alguien que había memorizado mis informes no recordara en qué cajón había guardado una prueba. Parrs estaba aumentando la tensión. Por fin, sacó un móvil de color fucsia y pantalla grande, envuelto en una bolsa de plástico transparente.

—¿Es este?

No lo era. Yo jamás lo había visto.

—Sí, señor.

Parrs guardó silencio.

—Al menos, creo que es ese.

—Mmm —dijo Parrs, sus ojos clavados en los míos—. Lo raro es que, según parece, no ha sido conectado desde que Isabelle se fugó de casa. Es extraño que lo llevara en el bolso.

—Pues estaba.

—Gracias —dijo Parrs sonriendo.

Me devané los sesos tratando de entender qué era lo que tramaba el superintendente con lo del teléfono. Él sabía, o al menos sospechaba, que no era el que yo había visto en el bolso de Isabelle. Recorrí la ciudad en zigzag para asegurarme de que no me hubieran seguido. Entré en una cabina de teléfono. Saqué mi móvil y miré los mensajes en busca del único que había recibido de Isabelle, desde el teléfono que la policía no había encontrado. El que había desaparecido de su piso cuando ella murió.

Volví la cabeza una vez más, metí una moneda en la ranura y marqué. Dos tonos y medio y luego se cortó. Buzón de voz.

Alguien tenía ese móvil en su poder.

Pensé en el mensaje de voz que había oído la víspera de la muerte de Isabelle.

El inconfundible acento de Oxbridge.

«Isabelle, me gustaría que contestaras. Sé que soy la última persona a quien...»

El superintendente Parrs había encontrado el móvil antiguo de Isabelle porque su padre le había facilitado el número. Si David Rossiter tenía también el segundo teléfono, el que ella se había comprado después de marcharse de casa, ¿cómo lo había conseguido? ¿Por qué no lo había entregado también? Y, lo más importante, ¿quién se lo había llevado del piso?

Tenía tiempo de sobra. Eché a andar, intentando esfumarme de nuevo, un transeúnte más en quien nadie se fija al cruzar la calle. La ciudad estaba sumida en una luz tenue, blanquecina, y el tráfico volvía a fluir como sangre por sus venas.

Sentí ganas de dejarme arrastrar y olvidarme de mí mismo. Ver cómo mi

reflejo se alabeaba y distorsionaba en las botellas detrás de una barra. Advertí que otras personas parecían sentir el mismo deseo. Invisibles lazos corredizos tiraban de ellos hacia los pubs.

Anocheceía cuando llegué al Rubik's. Me quedé fuera un buen rato, haciendo acopio de valor antes de entrar. Algo había cambiado, y supe que probablemente era yo.

Pedí algo de beber y fui a sentarme a un rincón, en el reservado que le gustaba a Catherine. Quería hablar con ella y era el único lugar que teníamos en común donde no estuviera Zain Carver. Me imaginé que él habría hecho lo mismo que yo desde el incidente de Sycamore Way: tratar de pasar desapercibido, construirse una buena historia. Yo había ido al Rubik's casi todos los días, pero aún no había aparecido nadie.

Eso sí, el tono del local había variado. Se toleraban, por no decir que se fomentaban, comportamientos nuevos. Había visto a gente consumiendo droga abiertamente, sexo simulado en la pista de baile, hombres agrediéndose a golpe de vaso. Había tensión, mal rollo. No supe si tenían el mono o si se estaban metiendo algo que no tenían costumbre de meterse.

Prefería no saberlo.

Aún no era de noche e iba ya por mi segunda copa cuando Catherine entró en el local. Pensé si habría venido con la esperanza de verme a mí, pero la ligera inclinación de su cabeza cuando miró hacia donde yo me encontraba me bastó para saber que no era así.

Sonrió apenas, hizo un leve gesto de saludo. Esperé mientras ella pedía una consumición y repasé mentalmente lo que quería decirle, visualizando de antemano el absoluto fracaso de mis palabras. Zain me había dicho que sus chicas no sabían que yo era agente de policía, pero Sarah Jane lo había descubierto no sé cómo. Confiaba en que Cath no lo supiese aún. Era yo quien debía decírselo. La vi un poco apagada, en comparación con el porte guerrero que solía lucir en el Rubik's. Cazadora de cuero, falda tubo negra y zapatos de cuero. No llevaba el pelo suelto sobre los hombros, sino recogido en lo alto y

sujeto mediante dos palillos rojos.

Hasta entonces, Cath había sido una idea que yo tenía en la cabeza. Una chispa de vida y un posible futuro. Pero a raíz de la muerte de Isabelle y de lo ocurrido en Sycamore Way, me daba miedo pensar que ella era en realidad un ser de carne y hueso. Tan vulnerable como todos los demás. Coincidencia o no, mientras ella venía hacia mi mesa, un hombre chocó con ella y casi la tiró al suelo.

—¡Eh! —le grité al tipo, yendo hacia Catherine.

No le había visto antes, pero tenía el mismo aspecto espantoso que el tipo al que Zain había tumbado de un cabezazo en el Burnside. Uno de la banda. Vestía anticuado y era mayor que gran parte de los clientes. Cincuenta y pico, pensé.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Quién era ese?

—No lo sé —dijo Cath volviendo la cabeza.

El individuo había cruzado el local y en ese momento salía dando un portazo.

—Espera aquí —dije.

—Aidan, por favor. —Me tomó la mano—. ¿Por qué no nos sentamos? —Volvimos al reservado del rincón y Catherine vio que me fijaba en su vaso, medio vacío ahora—. Es Sprite —dijo. Asentí pero no supe qué decirle, no sabía cómo darme por enterado. Ella se percató también y añadió—: Pero no quiere decir que...

—Ya lo sé.

—Es que todavía no sé lo que me hago...

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo mirándome y bajando la vista de nuevo—. Mal. Feliz. Deprimida.

—Hecha un lío, vaya.

—Ese día en el piso de Isabelle me asustaste mucho.

—Lo sé. Perdona. Tú también a mí.

—Eso me pareció. —Me dio con el puño en el pecho, bromeando—. ¿Nunca has noqueado a un desconocido?

Ahora tenía el brazo apoyado en la mesa y nuestros meñiques se rozaron.

—La verdad es que no.

—Vale la pena si luego puedes dormir bien por la noche.

—Gracias a ti, lo estoy dejando del todo.

Cath se removió en su asiento.

—¿Necesitas que te echen un cable, Aidan?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás en un aprieto?

—¿Por qué piensas que puedo estarlo?

—Toda la gente que conozco lo está. —Sonrió—. Yo incluida. Apareciste un buen día con un ojo a la funerala. No sé nada de ti...

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Yo solo soy un medio para acercarte a Zain Carver?

—No me importaría si no vuelvo a verlo más.

Eso pareció sorprenderla.

—¿Y en cuanto a mí...?

—Espero que esta no sea la última vez que hablamos. El principio no fue muy convencional, que digamos. Probablemente nuestra relación tampoco lo sería. Sin embargo, me gustaría intentarlo, si tú también quieres.

—¿Tú no quieres que te cuente nada de mí?

—Me iré enterando sobre la marcha.

Cath se mostró aún más sorprendida.

—¿Y me vas a decir lo que piensas realmente de todo esto?

Se refería al embarazo.

—Pues pienso que, decidas lo que decidas, estoy contigo. Es lo único que quiero.

Movió su dedo meñique, apretando ligeramente el mío.

—Es la primera vez que oigo decir algo semejante.

—Quise ponerme en contacto contigo, pero no tenía tu teléfono. No podía acudir a Zain después de lo de Sycamore Way, y...

—Sycamore Way —dijo. Aquellas palabras eran ahora tan poderosas que el local pareció oscurecerse con ellas. Siete de los adolescentes habían muerto—. ¿Qué pasó allí?

—No lo sé. Yo dejé a Isabelle a solas en el estudio de Zain. Creo que ella robó el ladrillo adulterado. Luego transcurrió un día entre que la dejé en su piso y la encontré muerta. Imagino que lo vendió casi todo y se guardó un poco para ella. Se inyectó. Lo mismo que esos chavales ricos de West Dids.

—Pero Zain dijo que tú estabas cuando los encontró. —Asentí a modo de respuesta—. ¿Estaban igual que Isabelle? ¿Tan mal?

—Yo diría que murieron apaciblemente —mentí. No tenía sentido contarle la verdad. Me pareció que eso la aliviaba—. ¿Zain te ha dicho algo?

Cath levantó la vista.

—Algo ¿de qué?

—De qué pasó con ese ladrillo. De por qué murió esa gente.

—No. Es material importado. Zain se limita a cortarlo. El resto de la partida estaba bien.

—¿Está totalmente seguro de ello?

—Sí, porque hizo la prueba después de Sycamore Way.

—Entonces el problema está en lo que usaron para cortar, ¿no?

Cath asintió.

—¿Y Zain te ha dicho que el proceso fue el normal?

—Sí, y me pareció que lo decía en serio.

—Luego alguien tuvo que adulterar la droga —dije. Ella frunció el entrecejo—. Ya viste los efectos en Isabelle. No pudo tratarse de un accidente.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, supongo que Zain tiene muchos enemigos. Piensa en quién podría beneficiarse si él se hundiera.

También yo lo pensé. El superintendente Parrs estaba obsesionado con Carver.

David Rossiter guardaba secretos. Sheldon White quería vengarse. Tampoco se podía descartar a Grip.

—¿Tú crees que va a pasar eso? ¿Que Zain se hundirá?

—No lo sé. Si pudieran, ya lo tendrían entre rejas.

—Pues yo no quiero estar ahí cuando pase...

Le apreté el dedo.

—¿Adónde irías?

—A Londres, quizá. A veces es triste estar cerca de todas esas cosas que... — dudó un momento—, que están llegando a su fin.

En ese momento me di cuenta de que yo era seguramente la última persona con la que ella esperaba encontrarse, y que ya había tomado una decisión sobre el bebé.

—Parece que te estés despidiendo...

—Es mejor que no intentes conocerme, en serio —dijo, y apartó la vista.

En Catherine siempre había ese punto de actuación, pero cuando pienso en ella, en la verdadera Catherine, siempre recuerdo aquella noche. El pelo recogido, la cazadora, la falda tubo, su conflicto. Noté que el segundo trago me estaba haciendo efecto. Me conectaba de nuevo con la música, devolvía el brillo a todas las superficies. No sabía qué estaba pensando ella. No sabía qué estaba intentando decirme. Lo cierto es que nunca llegué a conocerla bien.

Yo estaba sentado de espaldas a la entrada del local, pero vi que a ella se le agrandaban los ojos. Sin darme tiempo a volverme, un hombre se sentó pesadamente a su lado.

Olía a aceite de motor.

La visión de aquel sujeto al lado de una chica, más aún de Cath, era insultante, casi cómica. Me dedicó una fea parodia de sonrisa amistosa y rodeó a Catherine con el brazo como si ella no existiera, pasando un dedo por debajo de un tirante del sujetador que había quedado a la vista.

Al acercarse aquel tipo, ella estaba mirando en otra dirección, y comprendí que su cara de sorpresa era por alguien que yo tenía detrás. Me pareció saber incluso de quién se trataba. Cath me estaba mirando ahora a los ojos con la misma expresión acorralada que le había visto en el piso de Isabelle aquel día. El que estaba sentado carraspeó sin apartar el brazo y dijo:

—¿Por qué no te sientas, Neil?

Volví la cabeza y allí estaba el barman a quien yo había obligado a salir huyendo hacía un par de semanas. Y seguía huyendo, pues continuaba utilizando un nombre falso. Apreté el vaso que tenía en la mano. Me entraron ganas de estampárselo en la puta jeta.

Llevaba un buen colocón. Su poderoso tórax continuaba presidiendo su figura, pero la barbita a la moda le crecía totalmente descuidada. Tenía ojeras como bolsas negras. Cuando tomó asiento a mi lado se deslizó lateralmente, arrinconándome contra la pared. Fue una muestra de agresividad, pero me dije que habría calculado mal el espacio. Tenía muy mala pinta, demasiadas noches seguidas de cocaína.

Vi gotitas brillantes de humedad en mi vaso, percibí olor a alcohol en el ambiente, oí vagamente otras conversaciones cercanas. El local se había ido animando sin darme yo cuenta. Nadie reparó en nosotros ni nos hizo el menor caso. Era bastante tarde y mucha gente llevaba ya varias copas encima. Eso me hizo pensar en cuántas veces no habría estado yo ebrio, ajeno a todo, mientras algo feo tenía lugar a mi alrededor.

—Debería presentarme, ¿no? —dijo el que tenía un brazo sobre Catherine.

Su gesto ceñudo era como una máscara, ese rictus que se queda ahí fijo cuando tu vida es dura de verdad. Su actitud en aquel momento era moderada, y con todo no podía borrar por completo aquella expresión. Con ella su cara adquiría un gesto de concentración que le hacía parecer más simple de lo que probablemente era.

—Me llamo Sheldon White —dijo tendiendo la mano libre.

Ni Catherine ni yo se la estrechamos. Glen, Neil, el exbarman, estaba destrozando un posavasos.

—Un placer conocerte —dije yo—. ¿No podrías conseguirle un gramo de algo a este? Me está poniendo nervioso.

Sheldon trató de esbozar otra sonrisa. Deduje que alguna vez habría visto una, ni que fuera de lejos.

—Ya conoces a Neil —dijo.

La mención de su nombre falso hizo reaccionar al aludido.

—Sí —dijo respondiendo por mí.

No dejaba de hacer rápidos movimientos de cocainómano; sus ojos seguían una mosca que los demás no podíamos ver.

—Chicos, ya sé que hubo algo entre vosotros, pero vamos a dejarlo de momento. —Yo guardé silencio. Catherine también—. ¿Qué tomas, chaval?

Señalé con la cabeza al nervioso exbarman.

—Lo que tome él.

Sheldon dejó de sonreír.

—Jameson con soda —dije.

—¿Doble?

—Como mínimo.

—Me parece que me apunto. ¿Y para la señorita?

Viendo que Catherine no respondía, White le tironeó un poco del tirante.

—Red —dijo ella mirando a la pared.

Sheldon se incorporó con cierta dificultad. Era un hombre corpulento, mayor que Zain Carver y en decadencia.

—No os mováis de aquí —dijo.

El local estaba repleto de gente y yo no veía más que cuerpos apretujados a mi alrededor. Sheldon se abrió paso en dirección a la barra. En cuanto se hubo perdido de vista, me levanté y le hice una seña a Catherine.

Ella se quedó donde estaba.

El barman, que me bloqueaba el paso, tampoco se movió del sitio. Lo que sí hizo fue enseñarme la mano que había tenido bajo la mesa todo ese rato.

El cuchillo.

Entre la multitud, vi algunas caras aburridas volverse hacia donde estábamos nosotros. Me pareció reconocer a los dos matones que Carver y yo habíamos visto en el Burnside. Otros, de corpulencia y mirada similares, nos rodeaban. Tuve que sentarme otra vez. Intenté no pensar en ello.

—¿Eras tú el que estaba en la escalera de mi piso? —le dije a Glen, Neil, o como se llamara.

No contestó directamente, pero la presión del cuchillo en mi abdomen fue más que elocuente.

—Eso no es necesario —dijo Catherine.

—El suero de la verdad, ¿no? Deberías haberte apartado de él.

Antes de contestar, ella desvió un momento la vista hacia mí.

—¿Por qué?

—Explícaselo tú, Aid.

—No sé de qué estás hablando.

—El pobre no sabe en qué mentira le han pillado ahora. Empecemos por lo

que le pasó a Izzy.

—Sobredosis de Ocho en mal estado.

—¿Quién se lo inyectó?

—Ella misma o quizá otra persona.

—Tú la llevaste a su casa aquella noche. ¿Dónde estabas cuando pasó lo que pasó?

—En mi piso. ¿Y tú, dónde?

Me hincó un poco el cuchillo. Tuve la sensación de que me traspasaba la camisa.

—La cosa no funciona así —dijo.

—La encontré muerta al día siguiente. Llamé a la policía. Si yo la hubiera matado, ¿qué sentido tendría volver? —Mientras explicaba esto, intenté pensar: el estado emocional del barman era indicativo de que probablemente no había tenido nada que ver con la muerte de Isabelle. Parecía tan confuso como yo.

—Quizá te quedaste a dormir. O volviste para limpiar las huellas y demás.

—Estaba conmigo —dijo Catherine—. La encontramos juntos, te lo juro por mi vida. —Me pareció ver que se llevaba una mano al vientre—. Y creo que no está fuera de lugar preguntar dónde estuviste tú.

Noté la punta del cuchillo en la epidermis.

—Buena pregunta. —Se rio—. Estuve con Mel.

—¿Mel?

Señaló con la cabeza hacia la australiana de la barra.

—Aid tiró al váter varios miles de libras en cocaína. Y se largó para que yo pagara el pato. —Escupió las palabras—. Sabía que no podía ir a mi casa, así que Mel me hizo un hueco.

—¿Dices que Aidan...?

—Es verdad —la interrumpí.

—¿Qué...?

—Estaba intentando proteger a Isabelle.

—Y una mierda —dijo el barman—. Protegiéndote a ti mismo, cabronazo.

Que es lo que hacéis los de tu clase.

—¿A qué te refieres con eso? —quiso saber Catherine.

—Cuéntaselo, Aid.

Noté cómo el cuchillo se introducía en mi piel.

—Soy inspector de policía —dije.

Durante un segundo, los ojos de ella se posaron en los míos. Luego volvieron a la pared. Su cara perdió todo el color. Pensé que vomitaría allí mismo. El barman no perdía detalle.

—Sorpresa, sorpresa, o sea que no lo sabías. Aid me la juega y acompaña a Izzy a casa. Al día siguiente, ella aparece muerta. Luego pasa lo de Sycamore Way, y Zain con el agua al cuello por todo este asunto. Piénsalo bien —dijo—. ¿Son hechos aislados o todo forma parte de un puto plan?

Catherine volvió de nuevo sus ojos hacia mí, esta vez demorándose un poco más.

—¿Quién es él? —dijo señalando el asiento vacío.

—¿Sheldon White? —dijo el barman—. Un *burnsider* de la vieja escuela.

Catherine cerró los ojos.

—¿Qué querías que hiciese? —continuó el barman—. Además, no podía dejar que este capullo se fuera de rositas, ¿verdad? —Volvió a hincarme el cuchillo; esta vez noté que manaba sangre—. Les dije a los *siders* que podía introducirlos aquí mientras Zain intenta recuperarse. Les tomé el pelo...

Habían empezado a temblarle las manos y se las miró. No fue necesario interrumpirle para decirle que eran ellos quienes le habían tomado el pelo. Estaba bien a la vista, en su propia versión de los acontecimientos.

Me pregunté, de todos modos, si le habrían pasado algo más que cocaína. Un idiota asustado, tratando de salvar la piel, debió de pensar que los *burnsiders* eran una buena alternativa. Le darían protección mientras él pensaba qué hacer con su vida. Pero luego ellos lo habían puesto hasta el culo de drogas durante días para sacarle todos los detalles posibles sobre el funcionamiento de la Franquicia.

Pensé amargamente en la droga que había tirado al váter. Podría haberle hecho detener, pero preferí vengarme de él.

—Hay que hacer lo que hay que hacer —dijo vagamente—. Eso Zain lo tiene claro.

Nos quedamos en silencio hasta que Sheldon volvió con las bebidas. Cuatro vasos en dos gigantescas manos tatuadas.

—Por mí no paréis, chicos —dijo depositando los vasos encima de la mesa y dejándose caer al lado de Catherine. Un brazo volvió a rodearla por los hombros mientras utilizaba la otra mano para beber—. Cath, te llamas, ¿no?

Ella asintió con la cabeza. De repente parecía muy joven.

—¿Y tú? —me preguntó el hombre.

—Aidan —dije.

—Ah, sí. Aidan Waits. El que vive en Newton Street.

Fulminé al barman con la mirada antes de hablar.

—No es ningún secreto. ¿Somos vecinos?

—Qué va, tío. Ojalá. Yo vivo bastante más lejos. Por el Burnside.

—Bonito sitio.

—Es verdad. Zain y tú nos hicisteis una visita la semana pasada.

—Nos habían contado tantas cosas buenas...

En su frente se dibujó una fea falla tectónica.

—Háblale así a este —dijo señalando al barman— si te da la puta gana. Háblale así a Carver. Háblale así a esta furcia si te da por ahí... Pero a mí no me hablas así, ¿te enteras? —Yo asentí con la cabeza—. El Burnside es un bonito sitio, en efecto. Sin explotar, podríamos decir. Un poco como este antro ahora mismo.

Esperamos a que continuara.

—Tanta gente —dijo mirando alrededor—. Tanto dinero junto. Tanto coñito. —Aspiró la palabra—. Pidiendo a gritos desconectar un poco. Y que nadie les venda lo que necesitan... Es de juzgado de guardia.

—Zain se lo vende —dijo Catherine.

—Vendía, encanto —dijo Sheldon—. Creo que estamos todos de acuerdo en que su edad de oro terminó. —El barman mostró su aquiescencia con un gesto, como si estuviera pensando seriamente en todo ello. Me dio la impresión de que empezaba a comprender lo que había hecho—. Eso sí, su gusto respecto a las tías no ha cambiado, ¿verdad, monada? —Catherine guardó silencio—. Tú debes de ser su preferida del momento.

—Trabajo para él.

Sheldon se rio mirando hacia mí.

—Bueno, por ahí se empieza, ¿no, Aidan? Aquella otra también «trabajaba» para él. —Catherine seguía callada y él insistió—. Por cierto, ¿cómo era que se llamaba?

No sé si fue por miedo o por lealtad, pero a Catherine se le quebró la voz.

—Joanna —dijo.

—Claro, hombre. Joanna —repitió White—. Pero tú entonces no debías de estar en el grupo, ¿verdad?

—No llegué a conocerla —dijo Cath en voz baja.

—La fulana está no sé dónde, enterrada en cemento —dijo él, mirándome de nuevo a mí—. Bonito plan de jubilación, ¿eh?

—Que te jodan —dijo Catherine.

—¿Cómo dices, monada?

Ella se volvió y se lo repitió a la cara.

Mi mano se cerró con fuerza alrededor del vaso. Pensé que Sheldon iba a pegarle; y por la mirada de Catherine, pensé que ella también. Un montón de rostros pendientes de nuestra mesa. Como si toda la conversación, la noche entera, dependiese de ella.

—Creo que querías hablarnos de algo —dije yo—. Supongo que no es sobre el pasado...

—Mira este —dijo Sheldon con una sonrisa—. A Aid le importa un pijo la charla intrascendente. Él a lo práctico. Sí, señor.

—Solo quiero continuar con lo que estaba haciendo.

—Y continuarás, joder, continuarás. Pero antes necesito de tus servicios.

—¿Para qué?

—Llámalo negociaciones de paz.

Esperé a que siguiera.

—No puedo irrumpir aquí a lo bruto sin hacérselo saber a Carver, ¿verdad? Al fin y al cabo es su territorio. Tú le planteas una cosa en mi nombre, ¿vale? Llamémoslo una oportunidad. Según dice Neil, este local es ahora el centro de operaciones de la Franquicia. El material llega aquí, se vende aquí y luego es subcontratado, digamos, a otros locales. Voy bien, ¿no? —El barman asintió sin levantar la vista de la mesa—. Pero todo está parado desde que la reputación de Zain se ha ido al carajo y el amigo Neil está ocupado huyendo de la pasma.

—Y tú lo pondrías en marcha otra vez.

Vi que los dedos de Sheldon se clavaban en el hombro de Catherine.

—Yo se lo conservo calentito, sí. —Meneé la cabeza y Sheldon continuó—: La oferta no es esa. Quiero que le digas que estoy dispuesto a pagar. —Hizo una mueca, o tal vez sonrió. Gruesas gotas de sudor brillaban sobre su labio superior—. El uno por ciento de todas las ganancias.

—Solo hay una manera de que él acepte eso.

—No asomando la cabeza —dijo—. Desde el domingo que está bien jodido. No tiene elección.

—Pero tiene orgullo. Yo puedo plantearle que tú vendas aquí, pero eso es una humillación. Le ofreces el uno por ciento y su ego no le dejará aceptarlo. Solo conseguirás que haya guerra. —Sheldon me miraba con cara de aburrido—. No le queda mucho que perder —dije—. Tú ofrécele el diez y Zain seguro que se lo toma como una decisión empresarial. Y de pasada se tragará el orgullo.

White se sorbió los dientes, fingiendo que lo meditaba.

—Tal vez tengas razón, Aids. —Me miró detenidamente—. Le ofrezco el cinco.

—¿Toda la movida era por eso?

—¿Qué movida?

—La pintura blanca y negra en la puerta de su casa, por ejemplo.

Sheldon frunció el ceño, rio.

—No tengo nada que ver con la pintura, tío. Pero es bueno saber que a Zain le han salido enemigos nuevos... Y no hay como que te imiten para sentirte halagado.

Intenté recuperarme de la sorpresa.

—Dime, ¿qué saco yo haciendo de chico de los recados?

El barman nos interrumpió, dirigiéndose a White.

—Dijiste que me ocuparía yo de contárselo a Carver...

—Eso fue antes de que nos topáramos con Aid. Ahora estoy improvisando.

El barman le miró. Respiraba por la boca. Su plan de hacer de mensajero se había ido al garete. White continuó:

—Antes me has interrumpido, Aid. Yo estaba hablando de la mala pata de la pobre Joanna y tú has dicho que yo no había venido para hablar del pasado. Pues te equivocas. —Su mano bajó hasta un pecho de Catherine y lo manoseó por encima del top. Ella cerró los ojos—. Cath se va a quedar aquí conmigo mientras tú le cuentas todo esto a Carver. ¿Verdad que sí, Cath?

Ella no dijo nada.

White le pellizcó un pezón con el pulgar y el índice.

—¿Verdad que sí, Cath? —repitió.

—Sí —dijo ella, y abrió los ojos.

Yo intenté memorizar todos los detalles. Las gotitas de humedad que brillaban en la superficie de la mesa, el alcohol en el ambiente, las conversaciones de fondo. La expresión de Catherine. Había vuelto los ojos hacia la pared una vez más, pero estaba a punto de llorar. Yo quería que me mirara, que volviera a confiar en mí, pero intuí que le era imposible.

—Tu móvil —dijo Sheldon.

Lo busqué en mis bolsillos y se lo pasé. Él hizo una seña para que el barman me registrara por si llevaba otro teléfono. Vi un pequeño cerco de sangre allí donde su cuchillo me había pinchado. El barman hizo un gesto indicando que yo

no llevaba otro móvil encima, y Sheldon me pasó un móvil desechable.

—Solo puedes llamar a un número: el mío. Carver tiene que decir una palabra: «sí» o «no», nada más. —Eché un trago y se relamió—. Bien. Si Carver pone algún pero... Si no acepta el cinco por ciento... Si no tengo noticias tuyas antes de las diez... Cath desaparece. —Ahora todo su rostro sudaba—. Antes me has interrumpido por segunda vez. Nunca pienses que no tienes nada que perder, tío. Será como si ella nunca hubiera existido.

Catherine seguía sin mirarme, y diez segundos después yo estaba abriéndome paso entre la multitud camino de la salida. Me sentía totalmente sereno. La mente completamente despejada. Totalmente centrado en Sheldon y en el barman. A la mínima que pueda, pensé. A la mínima que pueda os mato a los dos, hijos de puta.

Al salir de la caldera del Rubik's, lo primero que noté fue el frío. Pasaba gente por la calle en ambas direcciones, bien abrigados, camino de su casa, su familia, su cama. Dos hombres me siguieron nada más salir del club. Me fui alejando. Saqué el móvil que me había dado Sheldon, marqué el 999 y pregunté por la policía.

—En la planta baja del club Rubik's, en los Locks, están reteniendo a una chica contra su voluntad. Morena, veintitantos años. En compañía de dos, o puede que más, varones raza blanca. Uno de ellos es Sheldon White, edad cincuenta años aproximadamente, antecedentes de agresión y delitos relacionados con drogas. El otro es Glen Smithson, treinta y tantos, antecedentes de violación y delitos relacionados con drogas. Armado y peligroso. Armado y peligroso.

Cuando me convencí de haber despertado del todo al de la centralita, colgué.

Mientras iba hacia el centro marqué el número de Parrs, pero el teléfono no permitía establecer comunicación.

Los taxis que pasaban iban todos ocupados y en la dirección contraria, pero yo levanté el brazo igualmente. La casa de Carver quedaba lejos del centro, a una hora a pie. En coche, a un cuarto de hora. Miré el teléfono de Sheldon.

Qué cabrón, no había configurado el reloj.

Pasaron dos chicas y les pregunté la hora. Me tomaron por un borracho.

—Llego tarde —les dije sin aliento.

Ninguna de las dos usaba reloj, pero una de ellas hizo ademán de sacar su móvil del bolso. Retrocedí un paso, para que no pensara que intentaba robárselo.

—Menos cuarto —dijo.

—¿Las diez? —pregunté.

La chica asintió.

Yo ya había empezado a andar hacia atrás, alejándome de ellas.

Oí el ajetreo navideño en St. Anne's Square antes de llegar allí. Luces de colores y decoración festiva sobre un centenar de casetas de madera, bares y tenderetes improvisados. El aire olía a una mezcla de cerveza, ponche y perritos calientes.

Había música. Gente por todas partes. Familias con críos cansados, ahítos de comida, trabajadores de las oficinas cercanas, adolescentes ligando. Me abrí paso entre el abrumador vaivén de cientos y cientos de personas, cada cual en una dirección distinta.

Sheldon White estaba orquestando un golpe de Estado. El barman no se había equivocado al encajar los acontecimientos de las últimas semanas.

La muerte de Isabelle Rossiter.

Sycamore Way.

Carver como responsable de todo.

«¿Son hechos aislados o todo forma parte de un puto plan?»

Todo lo sucedido parecía formar parte de un plan para llegar al momento presente. La ciudad, la Franquicia, eran algo más que el Rubik's, pero ese club venía a ser el buque insignia. Y drogado o no, el barman había entregado las llaves a los *burnsiders*. Ofrecerle el cinco por ciento a Carver era darle a tragar un trago muy amargo, y él se lo tomaría como pretendían que se lo tomara.

Como un insulto.

No me quedaba otra que decirle la verdad, o en todo caso algo parecido a la verdad. Manipularlo con la mención de su maldita y queridísima Joanna. Explotar esa cólera que yo le había visto en el Burnside, la misma cólera que le había empujado casi a matar a un hombre por mentarle a una de sus chicas. Yo no podía permitir que le hicieran daño a Catherine.

Antes de llegar a la parada de taxis, vi uno que venía en mi dirección. El

letrero de LIBRE encendido. Salí a la calzada —los otros coches tuvieron que frenar o esquivarme— y le hice señas. El taxista paró y le di las señas de Zain Carver.

—Cincuenta libras si llegamos en menos de diez minutos.

—Tiene suerte de haber encontrado un taxi, amigo.

—¿Por qué lo dice?

—Hay un incendio brutal en Yarville Street. Una veintena de coches están ardiendo.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace cosa de una hora.

Yarville Street era la sede de la empresa de taxis de la Franquicia. Otra jugada de Sheldon White. Confié en que Carver no se hubiera enterado todavía.

—Oiga, amigo, ¿puede prestarme el teléfono un momento? Diez libras por adelantado por hacer una llamada corta. —El tipo me miró por el retrovisor—. Es urgente —dije tendiéndole el billete.

Asintió con la cabeza e hicimos el intercambio. Telefoneé al superintendente Parrs.

Me salió el buzón de voz.

—Estoy jodido —dije—. Hay una chica en peligro. Cath. Está con Sheldon White en el Rubik's contra su voluntad. —No se me ocurría otra cosa que decir—. Ayúdela.

Colgué y le devolví el teléfono al taxista. Él evitó mirarme y pisó a fondo, ansioso por librarse de mí cuanto antes.

Paramos a unos treinta metros de Fairview. Miré la hora en el salpicadero. Las 21.56. Introduje todos los billetes que llevaba en la cartera por el hueco del metacrilato, bajé del taxi y corrí hacia la casa. Enfilé el camino del jardín y, cuando llegué a la puerta, casi choqué con ella.

No venía nadie, así que la emprendí a patadas, gritando, hundiendo el

pulsador del timbre, hasta que por fin la luz del vestíbulo se encendió.

Me retiré un poco para asegurarme de que Sarah Jane pudiera verme por la mirilla. Cuando la puerta se abrió, me abalancé hacia el interior pero un brazo me empujó con fuerza hacia atrás. Grip. Detrás de él estaba Sarah Jane, abrazándose el cuerpo. El pelo tan rojo hacía que pareciera muy pálida. Enferma y demacrada.

—Necesito ver a Zain ahora mismo.

Grip no se apartó del umbral.

—¿Qué coño pasa? —dijo.

—Los *burnsiders* tienen a Catherine. —Retrocedió un paso, volvió la cabeza hacia Sarah—. O Zain habla con ellos antes de las diez o la harán desaparecer. —Yo tenía el móvil desechable en la mano—. Aquí hay un número de teléfono. Solo hay que llamar y decir que sí.

—¿Sí a qué?

—Saben que Zain está atado de pies y manos. Quieren vender en el Rubik's hasta que toda esta mierda haya quedado atrás.

—Acaban de incendiar varios de sus coches. No aceptará.

—Aidan... —dijo Sarah Jane.

—Puede decir que sí ahora y arreglarlo más adelante.

Grip dio un paso al frente.

—No lo hará —dijo.

—Aidan. —Sarah Jane otra vez, poniéndose entre Grip y yo—. Zain no está. Durante un segundo no se oyó más que mi respiración.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Sarah Jane se miró el reloj.

—Pasan dos minutos...

—¿Dónde la tienen? —dijo Grip, pero yo ya había dado media vuelta y me alejaba de la casa.

Sentía el móvil pegajoso en mi mano. No podía pensar más que en Catherine negándose a mirarme. Desconfiando de mí al final. Desbloquéé el teclado y abrí

los contactos.

Una sola entrada.

JEFE.

Me aparté un poco más de la luz que salía de la casa, siguiendo el sendero del jardín. Me sentía invisible. Puse el dedo sobre el botón de llamada.

Todo se detuvo a la vez.

Escuché durante un segundo el murmullo del viento entre los árboles y luego pulsé «llamar». Los tonos se sucedieron a lo largo de un minuto o más. Y luego clic.

—Llegas tarde —dijo Sheldon.

—No, he llegado a tiempo, pero Carver no está en casa.

—Bien.

—Puedo localizarle antes de una hora...

La línea se cortó.

Al bajar la vista al teléfono, vi que las manos me temblaban. Noté que me ardían los pulmones. Sin saber cómo, me encontré sentado en el camino contemplando los árboles del jardín. Me pareció ver y oír a gente, escondidos entre sus ramas, observándome.

Volví a llamar, pero el teléfono sonaba y sonaba. Cuando marqué de nuevo, me salió el buzón de voz. Escuché el mensaje, la voz femenina de máquina, y esperé a que sonara la señal. No supe lo que iba a decir hasta que lo hube dicho:

—Aceptaré un uno por ciento. Llámame.

Colgué y me quedé sentado mirando el aparato, sintiendo como los segundos se perdían para siempre. Intenté no pensar cómo lo estaría viviendo Catherine.

No quería volver al Rubik's por si llamaba Sheldon, por si tenía que localizar a Carver, pero estaba ya incorporándome cuando oí cerrarse la puerta detrás de mí. Sin el tenue resplandor que irradiaba de la casa, el camino quedó sumido en tinieblas. Al volverme distinguí dos figuras que venían hacia mí. Sarah Jane y Grip.

—¿Qué les has dicho? —preguntó ella.

—Que Zain no estaba en casa. Han colgado.

—Llámales otra vez.

—Sale el buzón de voz. ¿Dónde está Zain?

—Fuera. —Sarah Jane vaciló—. ¿Y Cath?

—En el Rubik's, pero dudo mucho que sigan allí.

—A ver. —Sacó el móvil que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y marcó el número de Catherine. Esperamos—. Está sonando —dijo.

Me acerqué a ella y pude oír como el tono de llamada se interrumpía bruscamente. Alguien había activado el buzón de voz.

—Al Rubik's —dijo Grip pasando por mi lado en dirección a la calle.

—Te acompaño.

—De eso nada, tío. Tú busca a su puta señoría y explícale todo este embrollo.

Por cierto, ¿qué hacías allí con Cath?

—Hablar.

—Claro, eso se te da de puta madre.

—¿Quién la retiene? —dijo Sarah Jane.

—Sheldon White. Dijo que mencionara a Joanna Greenlaw. —Se hizo el silencio. No podía ver claramente a ninguno de los dos, pero me pareció que intercambiaban miradas—. ¿A quién viste enfrente de mi piso, Grip?

Grip no soltó prenda, pero le oí respirar.

—¿De qué está hablando? —preguntó Sarah Jane.

—La noche de Sycamore Way alguien me destrozó el piso —dije—. Grip vio quién era.

—Ya te lo dije. Tu piso se cayó de tanta mierda.

—¿Quién era el tío del cuchillo? —Grip no respondió—. Yo creo que era Glen, o Neil, o como sea que se haga llamar ahora tu exbarman. Esta noche estaba allí, con Sheldon. Parece que han hecho buenas migas. De haberlo sabido antes, podríamos haber evitado todo esto.

Grip era todavía una silueta, pero cuando suspiró vi que bajaba los hombros.

—Busca a Zain —dijo, y echó a andar sendero abajo.

Yo miré a Sarah Jane, el contorno de su cuerpo. La oscuridad no me permitía ver sus facciones, pero había luna suficiente para distinguir sus cabellos rojos. Yo tenía el móvil en la mano, y cuando se encendió ambos nos sobresaltamos. En la pantalla iluminada leí:

JEFE LLAMANDO.

Contesté, sosteniendo el aparato entre Sarah Jane y yo. Ella se me acercó un poco.

—El uno por ciento —dijo Sheldon, y soltó una carcajada.

—Muy bien.

—Tienes hasta las diez y media.

—Déjame hablar con ella.

La línea se cortó otra vez.

Miré a Sarah Jane.

—¿Qué hora es?

Encendió la pantalla de su móvil.

—Y diez. —Me tomó del brazo—. Vamos. Creo que sé dónde puede estar Zain.

Llegamos al final del sendero y al relativo alivio de la luz de las farolas. Por primera vez esa noche, pude ver a Sarah Jane con claridad. Llevaba una piel de zorro y unos vaqueros negros. Noviembre empezaba a mostrar su dureza y me pregunté si me habría tomado del brazo porque tenía frío. Tras recorrer unos pocos metros, advertí que Sarah Jane cojeaba. Hacía solo unos días que su taxi había sido atacado. Eso tal vez le había hecho perder confianza en sí misma. Caminamos lo más rápido que pudimos, las cabezas gachas contra el frío.

—Empiezo a preguntarme si volveremos a tener más crisis sin que estés tú de por medio —dijo.

—Creo que el viernes pasado tuviste una grave, y yo no estaba presente.

Ella guardó silencio durante un buen rato, pero apretó el paso e intentó disimular su cojera. Llegamos al cabo de la calle y torcimos hacia un grupo de feos edificios de reciente construcción. Creí saber adónde nos dirigíamos. Al cruzarnos con algunos hombres por la acera, vi que miraban a Sarah Jane. Ella no se fijó, o le dio igual.

—Lo del taxi fue un accidente.

—Y una mierda. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Ella no respondió.

—La segunda noche que fui a Fairview, Zain y tú estabais discutiendo. ¿Por qué? ¿Venía ya de antes?

—No estábamos discutiendo.

—Tú le pegaste. No pensaba que fueras de esa clase.

Sarah Jane se soltó de mi brazo.

—No me digas de qué clase soy o no soy, joder.

—Tranquila... ¿Qué ha cambiado? ¿Cómo es que cojeas?

Paró de golpe y me miró.

—La verdad es que hablábamos de ti. De aquella primera noche.

—Me halaga saberlo.

—Pues no debería.

—Ya entonces noté que había mal ambiente en la casa.

Echó a andar otra vez.

—Yo de eso no sé nada —dijo.

—Después de aquello, alguien adulteró el Ocho —dije mientras ella se alejaba

—. Murieron un montón de chavales en Sycamore Way. Isabelle murió también.

¿Alguna idea al respecto?

—Hemos llegado —dijo ella.

Noviembre lo había invadido todo y el feo edificio gris tenía una mortaja de niebla a su alrededor. Como si fuera un vago recuerdo. Los muros de revestimiento rugoso, revocados, parecían aquejados de acné; lámparas halógenas de tipo industrial iluminaban unas ventanas anónimas. Era el bloque de oficinas convertido en viviendas donde Isabelle Rossiter había muerto.

Sarah Jane iba delante. Cruzamos el vestíbulo desierto y subimos por la escalera. Iba aproximadamente un metro delante de mí, su melena pelirroja se balanceaba al andar y yo seguía su estela. También la fragancia de su perfume. Sentí nostalgia de algo. A veces un perfume concreto puede hacer que te detengas en plena calle, que te pongas a pensar en cosas que creías haber olvidado. Pero no conseguí precisar ese recuerdo.

Incluso entonces, caminando detrás de ella en dirección a algo, tuve la impresión de que Sarah Jane estaba muy lejos de mí. Como si no nos conociéramos de nada. Ella no era desdeñosa ni arrogante. Simplemente había algo que la distanciaba de mí. Tuve la impresión de que jamás llegaría a conocerla bien.

Yo no sabía qué podía estar haciendo Zain allí. Me pregunté si no habría tocado fondo. Quizá había tomado una habitación en aquel edificio en un intento de apartarse de todo. Cuando ya habíamos dejado atrás la primera y la segunda plantas, supe con certeza que íbamos al piso donde había vivido Isabelle.

Sarah Jane giró al llegar al rellano. Conforme avanzábamos por el pasillo, yo me sentía cada vez peor. Había una cinta policial rota en el suelo.

NO PASAR.

Sarah Jane llamó a la puerta con los nudillos. Yo estaba demasiado cerca, y al volverse quedó acorralada entre la puerta y yo. Me miró a los ojos y posó una mano en mi pecho. Di un paso atrás. Ella sacó una llave de un bolsillo. Cuando abrió la puerta, casi esperé ver a Isabelle tendida en el suelo.

Lo primero que noté fue una vaharada de aire caliente y un olor acre a sudor. En el piso no había otra luz que una lámpara encima de la mesa. El estudiado

anonimato de Isabelle había sido reemplazado por el caos. Vi varios periódicos, tanto de ámbito nacional como local. Todos ellos abiertos por páginas que hablaban de Isabelle, David Rossiter, Zain Carver y Sycamore Way. En un lugar preeminente, justo en el centro del suelo, el llamamiento de la policía para recabar información sobre Joanna Greenlaw. Algunos textos estaban rodeados con un círculo o subrayados.

Zain Carver, el cerebro criminal, estaba aparentemente dormido en una butaca giratoria frente a la mesa. Abrazado a su cuerpo y con las piernas juntas. Parecía un vampiro tras un día entero sin sangre. Quise entrar a zarandearlo y despertarlo.

—Espera aquí —dijo Sarah Jane.

—No tenemos tiempo para...

—Tranquilo —me interrumpió entrando en el piso.

Cerró la puerta y yo me quedé fuera, pero no pude estarme quieto. Era como si todos los huesos me hormigearan bajo la piel. Oí murmullos. Estaban hablando, la voz de ella un poco más alta.

Pasó un minuto.

Eché una mirada al teléfono.

Nada.

Pensé en las personas cuyas vidas se desarrollaban segundo a segundo dentro del resto de los pisos de aquella planta. Pasó otro minuto. Y otro.

Me disponía ya a entrar pegando tiros cuando Sarah Jane abrió la puerta. Luego la cerró despacio y con suavidad.

—Zain está haciendo pincha y prueba con el resto del material. —Le temblaba la voz—. Yo creo que intenta suicidarse...

Apartó la vista, abrió de nuevo la puerta y me hizo entrar. Carver, ahora despierto, me miró desde el fondo de la estancia.

No se levantó.

—El móvil —dijo farfullando.

Al dárselo, le noté la mano húmeda. Se me hizo raro verle en aquel estado.

Decepción, fue lo que sentí realmente. Carver se quedó mirando un momento el teléfono y luego, con el dedo índice, abrió la lista de contactos. Parpadeó cuando le contestaron al instante. Oí una voz al otro lado de la línea. Carver se limitó a escuchar.

La voz calló.

Transcurrieron algunos segundos. Noté que Sarah Jane me miraba. Yo la miré también; ninguno de los dos se atrevía a interrumpir.

—Sí —dijo Carver.

Carver dejó caer el móvil. Sarah Jane se acercó a él al tiempo que yo retrocedía y salía del piso. Ninguno de los dos se fijó en que me marchaba. Las brutales bombillas halógenas zumbaban en el techo mientras bajaba a trompicones por la escalera, agarrado al pasamanos. Crucé el vestíbulo a toda velocidad y salí disparado a la calle.

La noche fue un destello de imágenes.

No hubo secuencia de acontecimientos, y a posteriori no pude ordenar cronológicamente lo que sucedió. Lo recuerdo como estar en veinticinco sitios diferentes a la vez. Estaba en una avenida, haciendo señas a los taxis. Estaba dentro de uno. Estaba de nuevo en la puerta del Rubik's. Era más de medianoche. Habían cerrado y hablaba con gente que estaba en la acera. Interrumpiendo conversaciones, preguntando si habían visto a Cath. Estaba en la parte de atrás, comprobando salidas de emergencia.

Me estaba alejando de los Locks en dirección al centro de la ciudad. En los clubes había mucha gente aún. Delante de la mayoría de ellos se veían largas y ruidosas colas.

Piel, risas, perfume.

Yo había visto a chicas de la Franquicia recaudar en esos locales, y estaba hablando con la gente que esperaba para entrar. Hablando con los porteros.

«No la conozco, tío.»

«No lo conozco, tío.»

«Me parece que no, tío.»

Estaba en un taxi, camino de mi casa. Me ponía a revolver cajones, tirando cosas al suelo en busca de algo.

Encontré mi credencial de policía.

Tomé un puñado de anfetanas.

Salí.

Estaba de vuelta en el centro. Otra vez en las colas de los clubes, buscando a Cath, a Sheldon, a Grip, al barman.

Buscando a alguno de ellos.

Estaba luego en un callejón, alisándome la ropa, sin aliento. Ensayaba una sonrisa. Ya no sabía en qué bares había entrado e hice una segunda ronda. Enseñaba mi placa a los porteros. Veía cómo memorizaban mi nombre.

Me dejaban entrar. Rugido de graves, voces, risas. Yo intentaba recordar cuál era el lugar favorito de Cath. Miraba en todos los rincones. Hablaba a gritos. Molestaba a parejas intentando dar una descripción de Cath. Durante el recorrido, descubría nuevos bares en calles adyacentes. Era la una de la noche y a esa hora la gente me miraba de otro modo. Sus sonrisas eran cautelosas.

Se preguntaban quién podía ser yo.

Estaba en la calle. Estaba en un taxi. Estaba otra vez en Fairview, aporreando la puerta. Veía cómo las colas de los bares se reducían al mínimo. Estaba otra vez en un club. Un hombre con un auricular en la oreja me hablaba a gritos entre el bramido de la música.

—¿En qué puedo ayudarte, colega?

Yo le enseñaba mi placa.

—Busco a una chica.

Él señalaba con la cabeza hacia los taburetes de la barra; allí la música no sonaba tan fuerte. Nos sentábamos, hablábamos.

—¿La misma de antes?

—¿Antes?

—Hace un rato ha venido otro poli preguntando por una morena con cazadora de cuero que iba con dos tíos mayores.

—¿Qué aspecto tenía el poli?

—Yo no le he visto, colega.

—¿Y quién le ha visto?

—Pat. Ahora tiene libre.

—Ve a buscarle.

Me había puesto de pie sin darme cuenta.

—Voy a ver si lo encuentro.

El tipo se alejaba entre la muchedumbre y yo echaba un vistazo alrededor. El pinchadiscos estaba poniendo lentas y la gente bailaba y se besaba y se magreaba. El aire olía a alcohol y bebida energética. A perfume y a sexo.

—¿Estás bien? —dijo la chica que atendía la barra.

—Vodka doble con Red Bull, gracias.

Al momento no reaccionó, y comprendí que no era eso lo que me había preguntado. Luego se puso a prepararlo. Yo estaba metiéndome otra anfeta cuando el portero regresó entre el gentío con un compañero.

—Alguien ha venido antes preguntando por una chica. Dime qué aspecto tenía.

Me miró desconcertado, le dijo algo al otro.

—¿Qué aspecto tenía? —repetí.

—Eras tú, tío.

Me encontraba delante de Fairview en la más pura, perfecta oscuridad. Todo estaba tan tranquilo que me pareció estar bajo techo, no a la intemperie. En un plató de unos estudios inmensos. Estaba en la calle, estaba en un taxi, estaba en el centro, estaba dentro de un club, en la puerta de un club.

Caminando hacia el Burnside. El taxista no había querido entrar allí. Estaba en el almacén, primero fuera, después dentro. Estaba hablándoles a los yonquis, despertándolos a sacudidas, hablándoles de una chica guapa de cabello castaño oscuro.

Luz diurna inglesa, gris y débil. Había llegado a Fairview una hora antes, pero decidí esperar hasta las ocho antes de ponerme a llamar. Las anfetaminas me producen a veces ese efecto. Me siento imbuido de una extraña respetabilidad. Di la vuelta a la manzana unas cuantas veces, atento a los trinos de los pájaros.

Había estado lloviznando durante las dos últimas horas y tenía la ropa mojada. Vi a dos chicas que iban caminando al trabajo. Se reían, se tapaban la cabeza con sendos periódicos. Cuando entré en su campo visual, fue como si no me hubieran visto.

Empecé con tres golpes, ni fuertes ni flojos. Decidí que esperaría un minuto. Si no abría nadie, volvería a llamar. Pasado otro minuto, rompería una ventana de la parte de atrás y me colaría. Sarah Jane abrió la puerta casi al momento. La luz del sol se reflejó en sus cabellos rojos y volví a verla más pálida que de costumbre. En la butaca teñida de blanco del recibidor vi una manta y una almohada, y pensé que quizá había estado allí sentada toda la noche.

—Ni Catherine ni Grip —dijo—. No ha vuelto ninguno de los dos.

Le dije a Sarah Jane que telefonara a la policía. Carver estaba grogui en el piso de arriba. El teléfono de Grip estaba desconectado y nadie tenía noticias de él. Le dije que informara de la desaparición de Catherine y de Grip.

—Si quieres, espero aquí contigo.

Me miró con una suerte de hastiado desprecio.

—No, prefiero que no.

La dejé a solas, y cuando llegué al final del sendero oí que gritaba algo, pero yo seguí adelante. Estaba harto de oír lo que otros pensaban de mí. Tomé un taxi para volver al centro. Delante del Rubik's me metí en una cabina telefónica y llamé de nuevo al superintendente Parrs. Al tercer tono, me pareció que algo andaba mal. Esperé hasta que volvió a salirme el buzón de voz. Antes de llamar de nuevo esperé unos minutos. Esta vez salió directamente el contestador.

—Una de las chicas ha desaparecido —dije.

Eran cerca de las diez de la mañana cuando volví a entrar en el Rubik's. Había ya unos cuantos clientes tomando copas, pero cada cual iba a lo suyo y el local estaba en silencio.

La jovial camarera australiana me saludó.

—Hoy vienes temprano —dijo.

—No me he acostado aún.

—Un día muy largo, ¿eh? ¿Qué te pongo?

Le enseñé mi credencial.

—Contéstame a unas preguntas.

—Oh. —Se restregó las manos—. No sabía que eras policía.

—Pero no practico. ¿Anoche trabajaste?

La chica se había puesto a limpiar la barra, que estaba impecable.

Dudó un momento.

—Lo de la droga me da igual —dije—. Cath, Catherine, una amiga mía, ha desaparecido. Estuvo ayer aquí a eso de las diez. Trabaja para Zain Carver. Seguro que la conoces.

La australiana dejó el paño.

—Sí, la conozco. Anoche le serví una copa, pero no volví a verla. ¿Está bien?

—¿Qué pasó durante el resto de la noche? ¿Notaste algo raro? ¿Alguien?

—Pues...

—Es importante, y no preguntaré más. Necesito encontrar a Cath.

Ella se encogió de hombros.

—Cath me pidió una limonada. Eso es bastante raro.

—¿Algo más?

—Neil apareció cuando menos me lo esperaba.

—El antiguo barman...

—Sí. Traía una pinta espantosa.

—¿Hablaste con él?

—¿Tú le conoces?

—Sí, es un capullo.

—Exacto. Con Neil no se habla, solo se escucha.

—Te llamas Mel, ¿verdad? —Ella asintió—. ¿Te enteraste de lo de Isabelle Rossiter?

—La hija del político, ¿no? —Se llevó una mano al pecho—. Qué horror.

—Neil me dijo que esa noche estuvo contigo. Me refiero al domingo día 15.

Mel se sonrojó y luego asintió con la cabeza.

—Estaba muy cabreado por algo. Se quedó tirado en el sofá.

—¿Toda la noche?

—Desde la hora de cerrar hasta las diez o las once de la mañana. —La chica entendió qué era lo que yo intentaba averiguar—. Oye, un momento, no me digas que él tuvo algo que ver con...

—Aparentemente, no. —Yo mismo noté la decepción en mi tono de voz. Era casi seguro que el barman no se había acostado con Isabelle la noche en que ella murió. Él no le había robado el teléfono—. ¿Anoche pasó algo más que te llamara la atención?

—Vino la policía. Alguien les avisó de que había jaleo o qué sé yo. No vieron nada raro y se marcharon enseguida. Aparte de eso, fuera hubo pelea, pero es algo habitual. Mientras cerrábamos vi una ambulancia.

Una ambulancia...

—La última y te dejo en paz: ¿alguien entregó un teléfono ayer por la noche, o incluso esta mañana?

—¿Me permites un segundo?

Mostró una breve y complicada sonrisa y se metió en la trastienda. Mientras esperaba, me dediqué a mirar a unos viejos que estaban allí sentados contemplando sus respectivos vasos. Recordé lo que había hecho a esa hora el día anterior. Despertador, ducha, afeitado y café. La entrevista con el superintendente Parrs.

Parecía que hubiera pasado un mes.

La chica volvió al cabo de un rato con tres teléfonos, uno de los cuales era mío. Lo cogí y miré la pantalla. No había mensajes. Ninguna llamada.

—¿Tienes un boli? —dije.

Me pasó uno y anoté mi número en una servilleta.

—Si aparecen Neil o Catherine, si pasa algo que te dé mala espina, por favor, llámame. Te prometo que puedes hacerlo con toda confianza.

—Descuida —dijo la australiana.

Empecé a llamar a hospitales. Me presenté como agente de policía y estuve hablando directamente con el consorcio sanitario local. Primero pregunté por gente que hubiera ingresado cadáver. La noche había sido tranquila y los únicos casos eran personas de edad, sintecho, que habían muerto de frío.

Había dos casos recientes, personas vivas todavía y sin identificar, que me parecieron más probables. Una de ellas era una mujer joven. La habían llevado al Northern General antes de la medianoche.

Heridas de arma blanca en la región abdominal.

Señales de forcejeo en manos y brazos.

Me sentí morir. En otro incidente, un hombre había sido llevado al Royal Infirmary. Le habían dado una paliza brutal.

Grip y Catherine no habían estado juntos y me incliné a pensar que habrían terminado en hospitales distintos. El Royal Infirmary me quedaba más cerca, pero decidí probar primero en el Northern General. La chica estaba estable y descansando. Mientras dormía, sus manos se habían movido para taparse el torso, lleno de suturas y vendajes. Me pregunté por qué no habría dado su nombre al ingresar y por qué nadie había ido a verla.

No era Catherine. Me marché sin molestarla.

El Royal Infirmary está en pleno centro de la ciudad. A esa hora estaba repleto de gente aquejada de catarros, gripes o molestias estomacales. También había quienes estaban allí por tomar unas copas de más o por hablar más de lo que debían.

Yo conocía bien esa sensación.

Era el mismo hospital al que me habían llevado tras la muerte de Isabelle.

Podría decir que me trajo malos recuerdos, pero lo cierto era que yo no había olvidado nada todavía. En la recepción, enseñé mi placa e hice algunas preguntas.

—¿Es policía? —dijo el recepcionista—. Cualquiera diría que va usted a ingresar.

Intenté sonreír.

Me preocupaba toparme con otros agentes, especialmente alguno que pudiera reconocerme, y decliné su ofrecimiento de que me acompañaran a la sala donde estaba el herido. Cuando llegué allí y hablé con la enfermera, ella me señaló una cama desocupada. Le quedaba poco para terminar su turno y me habló del hombre con gesto cansino.

—No quiso decirnos nada, ni a nosotros ni a la policía, y se marchó esta mañana con una pierna fracturada. Hay gente que no sabe lo que hace.

Le di la descripción de Grip. Ella negó con la cabeza.

—Era un tío corpulento. Con pinta de llevar una vida desenfadada. En pleno bajón de algo. Grandes ojeras, barba descuidada.

Era Glen Smithson. Neil. El barman. Sheldon White lo había dejado ir, o eso parecía. Yo había llegado una hora tarde. Me dieron ganas de gritar.

La enfermera puso cara de preocupación.

—Oiga, si no le importa que le pregunte, ¿se encuentra usted bien?

Iba a responder, pero me limité a asentir con la cabeza. Di las gracias y me marché.

Sheldon White había cumplido su palabra. Era como si Catherine no hubiera existido nunca. Y ahora que le había sacado todo el jugo al barman, se había deshecho también de él. Cuando llegué a mi bloque vi un coche esperando abajo. Un Ford azul oscuro, que llamaba mucho la atención en la zona donde estaba prohibido aparcar. Antes de que pudiera llegar al portal, dos hombres se apearon del coche y me cortaron el paso.

—¿Aidan Waits? —dijo uno.

—Soy su hombre de la limpieza. ¿A qué viene esto?

El primero de ellos esbozó una sonrisita.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, señor. ¿Entramos?

—Identificación —dije yo.

Echaron mano a sus bolsillos. El primero era alto y delgado, nervioso. Tenía esa mirada fanática del alcohólico en abstinencia. Con un traje blanco habría podido pasar por un predicador evangélico. Sacó su identificación casi antes de que yo terminara de pedírsela y apartó ostensiblemente la vista.

Su socio era muy fornido, con ojos inyectados en sangre y cara de perro apaleado. Parecía un individuo capaz de inventarse su propio mote. Del bolsillo de la chaqueta le cayó una libreta gruesa, y una lluvia de recibos y otros papelititos voló hasta el suelo cual confeti en una boda. Rebuscó entre los papeles. Pasados unos segundos, y en el momento exacto en que el tipo iba a enseñarme su documentación, me volví bruscamente y dije:

—No hace falta que se moleste. —Sentí en la nuca su mirada de odio. Abrí la puerta que daba a la estrecha escalera—. Adelante.

—No parece que limpiar se le dé muy bien —dijo el más grueso, echando un

vistazo al piso.

Yo lo había adecentado más o menos. Cerradura nueva en la puerta, cristales barridos, había tirado a la basura las cosas rotas desperdigadas por el suelo.

Pero el sofá estaba igual, destripado.

El flaco cerró la puerta y contempló el panorama. Fue derecho hacia los cajones volcados la noche anterior en mi frenética búsqueda de mi credencial de policía. No hacer ninguna alusión a ellos ni al evidente desorden fue su manera de decirme que entendía lo que significaban.

—Soy el subinspector Laskey —dijo.

—Y yo el agente Riggs —dijo el fornido.

Comprendí el doble sentido de su presencia: cortar mis lazos personales con el superintendente Parrs y demostrar la escasa importancia de Catherine en el conjunto de los hechos. Es decir, ponerme en mi lugar.

—¿Os envía Parrs?

Se miraron confusos.

—Por lo de la chica.

—¿A qué chica te refieres? —dijo Laskey, cruzándose de brazos.

Riggs, su socio, sacó la libreta del bolsillo y empezó a consultar sus notas.

—A la que ha desaparecido —dije yo.

Riggs se pasó la lengua por el dedo índice, buscó una página y leyó en alto:

—Morena, veintipocos años, cazadora de cuero y falda tubo, en compañía de dos hombres mayores. —Me miró—. ¿Esa chica?

Laskey intervino:

—No te preocupes si te falla un poco la memoria, Waits. Parece ser que anoche enseñaste tu placa a media docena de porteros de club entre los Locks y el centro. Uno se acordaba incluso de que te habían enchironado por robar droga. Eso quería decir que ellos no estaban al corriente de la operación.

—Aún no me han condenado.

—Poco te falta.

—¿Un trago? —dije.

—Todavía es pronto para mí, gracias. A mi compañero le intrigaba que un agente apartado del cuerpo recorriera la ciudad en plena noche buscando a una chica desaparecida. La verdad es que es curioso, ¿no?

No quise satisfacer la curiosidad de Riggs. Fui a la nevera y encontré una cerveza fría. No eran todavía las once y Laskey me miró mal. Me aseguré de que hiciera un poco de espuma al abrirla y eché un trago largo, más que nada por fastidiarle.

—Decías... —le invité a continuar.

—No, te tocaba a ti. Cuéntanos por qué un agente expulsado del cuerpo, y encima a las puertas de un juicio por corrupción, utilizaría su placa para interrogar a un montón de personas acerca de una chica desaparecida...

—¿Es que habéis venido para responder vosotros mismos a vuestras preguntas?

—¿Por qué no diste parte de su desaparición?

—Di parte. Es un poco complicado.

—Pues descomplícalo. Somos todo oídos —dijo Riggs.

—Una amiga suya ha dado aviso de su desaparición esta mañana. Mi relación con ella es... circunstancial.

—Explícate.

—Circunstancial quiere decir...

Riggs hizo como que me aplaudía y luego preguntó:

—¿De qué conoces a esa chica?

—Por un caso antiguo. —Le miré a los ojos—. Un caso es una situación que intentas resolver cuando te lo asignan para que te ocupes.

Me aguantó la mirada un segundo y luego se fue al otro extremo de la habitación y se apoyó en una pared con las manos hundidas en los bolsillos.

Me dirigí a Laskey. Era tan flaco que uno podía pensar que la luz del sol lo atravesaría.

—La persona que llevaba el caso era el superintendente Parrs, y por eso le informé a él. Esta noche pasada.

—¿Y qué dijo?

—No he vuelto a saber de él. Entiendo que vuestra presencia es su manera de responder.

—No, tío, solo hemos venido por lo de tu placa.

Creo que me reí.

—Podemos hacerlo por las buenas o...

—Por favor —dije, y me agaché junto a los cajones volcados.

Hurgué entre los papeles hasta dar con lo que andaba buscando. La notificación de mi expulsión temporal del cuerpo, que Parrs había redactado como parte de mi coartada, y el recibo grapado al documento. Recibo por artículos que yo había devuelto hasta que el departamento considerara que podía confiar de nuevo en mi persona. Allí ponía que yo había devuelto mi placa, pero no era así. Pasé por delante de Laskey y se la entregué a su compañero. En ese momento no se me ocurrió nada que pudiera fastidiarle más. El tipo leyó el papel y luego se lo pasó a su colega. Cuando lo hubo leído, Laskey me miró.

—¿Cuándo es el juicio?

—Yo pensaba que ya había empezado.

—Mira, esto podría ser mucho más grave. Podríamos haberte pateado los higadillos sin más. Aún estamos a tiempo. Con o sin placa, tú has estado tramando algo. La chica esa, ¿quién es?

—No sé su apellido.

—¿Dirección?

Se la dije. Se miraron el uno al otro.

—Es la casa de Zain Carver —dijo Riggs.

—Sí, señor.

Fui a sentarme en el sofá despanzurrado.

—¿Y dices que han dado parte oficialmente de su desaparición?

—Sí, esta mañana una chica que vive en esa dirección llamó a la policía. Seguramente habrá informado también de la desaparición de un hombre. Alguien que la estuvo buscando anoche y ya no volvió.

—¿Qué sabes de él?

—Danny Gripe —dije—. Grip para los amigos. Gorila de la Franquicia. Mustang descapotable de cuarta o quinta generación. Negro con rayas finas de color rojo.

—¿Matrícula?

—Ya la habrá dado ella.

—¿Sabes algo que pueda ayudarnos a encontrar su paradero?

—A Catherine se la vio por última vez en el Rubik's con Sheldon White.

—¿Sheldon White? —Laskey sabía quién era—. Pero ¿el Rubik's no era de la Franquicia?

—Ayer cambió de propietario.

Ceños fruncidos.

—Menuda nohecita tuviste, ¿eh? —dijo Laskey—. ¿Esa chica está en apuros?

—Parrs os lo aclarará —dije.

—¿Qué haces tú liado con Zain Carver? ¿Y con Sheldon White? ¿Es por eso por lo que te pillaron con las manos en la masa?

—Lo habéis descubierto todo, tíos. Ya os lo he dicho, la conozco de un caso antiguo. No hace falta que os diga que la Franquicia está de capa caída y que todo esto va a cambiar rápido. Si tenéis un poco de sentido común, lo lógico sería contárselo a Parrs y decirle que todo está relacionado.

No dijeron nada durante un buen rato.

—De acuerdo —dijo Riggs al fin—. Eso es lo que vamos a hacer —añadió, dedicándome una gran sonrisa de embustero.

Se marcharon los dos.

Me acerqué a la ventana y los miré subir al coche. Laskey dijo algo que hizo reír a su socio. Vi como a Riggs le temblaban los mofletes. La calle quedó en silencio una vez que el coche se hubo alejado. También mi piso quedó en silencio. Intenté llamar otra vez al superintendente Parrs, pero ni siquiera daba tono.

Al día siguiente me enteré de que habían arrestado a Zain Carver. La prensa lo relacionaba con la muerte de Isabelle Rossiter. Y con Sycamore Way. Traté de no pensar en la persona a quien deberían haber arrestado en realidad. El único aspecto positivo era que había ocurrido en día laborable, no durante una de las fiestas privadas. A lo mejor, después de todo, yo había conseguido hacerle entender a Parrs.

Tenía que hablar con el barman. Había estado con Catherine antes de que esta desapareciera, y desde entonces Sheldon White pasaba de él. Fui a su última dirección conocida, un feo bloque de pisos edificado en el centro de la ciudad a bombo y platillo durante el boom inmobiliario. Las prometidas suites a precio razonable no se habían hecho realidad, pues el dinero empezó a faltar y el proyecto quedó abandonado durante años. Lo terminaron con un presupuesto muy ajustado, expectativas más humildes y pisos más pequeños y baratos en todos los sentidos.

Yo no tenía muchas esperanzas de encontrarlo allí. Vivía solo en una planta intermedia del edificio. Enseñé la placa a un segurata con cara de aburrido y me dejó pasar.

El piso tenía el típico olor a rancio del inquilino solitario y con poco dinero. Me recordó al mío. Lo habían vaciado con prisas, a juzgar por la cantidad de ropa y efectos personales que había por todas partes. En los bolsillos de unos pantalones encontré varios recibos de caja arrugados. El barman había estado tomando copas en un club llamado Wiggle Room.

El guardia de seguridad me llamó cuando ya me iba.

—¿Qué? ¿Ha encontrado algo esta vez?

—¿Esta vez?

—Un colega suyo ya estuvo aquí.

Me di cuenta de que el pobre estaba más aburrido que una ostra, ansioso por charlar un rato.

—¿Cuándo fue?

—A ver... —dijo frotándose la barbilla—. Hará cosa de una semana.

Dentro de mi cabeza se había disparado una alarma. Que yo supiese, nadie había informado de la desaparición del barman. Al menos, no a la policía. Sin embargo, recordé que la noche de Sycamore Way, mientras íbamos en coche, Carver le había dicho a Grip que diera aviso a toda la Franquicia para que localizaran a Glen Smithson. Me pregunté si eso incluiría al hombre que tenía infiltrado en la policía.

—Y ese agente, ¿iba de uniforme o de paisano?

—De paisano. Un tío vulgar y de lo más grosero, si quiere que le diga. Era tarde cuando vino, y me ordenó a gritos que le abriera la puerta. No estuvo dentro ni cinco minutos.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—No, que yo recuerde.

—¿Qué aspecto tenía?

—Ya le digo, vulgar. Blanco. Estatura media. Normal y corriente.

Genial, pensé.

—¿Tienen cámaras de vigilancia?

—Sí, pero... —Lo pensó un poco—. Esto fue el lunes pasado, no, el otro. Ya habrán grabado encima. ¿Por qué lo dice?

—Tenemos un troyano en el software de jefatura —mentí—. Ha estado asignando las mismas tareas a varios agentes a la vez. Como parece que el otro va un paso por delante de mí, quizá sería mejor que uno de los dos se ocupara de otro caso. Así no desperdiciamos personal.

Confiaba en que una crónica sensacionalista del *Daily Mail* lo pondría de mi lado.

—Bueno —dijo—, es posible que dejara un número de teléfono para contactarle...

El hombre revolvió entre los papeles que tenía encima de la mesa y encontró lo que estaba buscando: un pósito con un número de móvil escrito a mano. Lo copié en mi teléfono, le di las gracias y me marché. Ya en la calle, guardé el número en mi lista de contactos bajo el nombre «Franquiciano». Busqué una cabina y marqué.

No contestó nadie.

Después de demorarlo cuanto pude, fui en coche hasta el Burnside. Era ya de noche cuando llegué, pero no tuve dificultad en encontrar el almacén. Dentro estaba todo igual que la otra vez. Sin embargo, cuando estaba rodeando el edificio oí un sonido metálico procedente de la entrada. Desanduve el camino y vi que uno de los tipos que nos habíamos encontrado aquel día con Carver estaba golpeando el techo de mi vehículo con un ladrillo. No pareció percatarse de mi presencia; siguió abollando la carrocería con cierta desgana. Parecía que estuviera en una cadena de montaje, limitándose a hacer su cometido. Subí al coche, lo puse en marcha y arranqué mientras el tipo seguía aporreándolo. Eso dejaba una sola piedra por levantar.

La vivienda era una ruinoso casa adosada en una calle abandonada del viejo barrio de Salford. Hacía diez años, Joanna Greenlaw había salido de ella para no volver más. Desde entonces, allí no había vivido nadie.

Planchas de metal tapaban lo que en otro tiempo eran ventanas. El pequeño terreno baldío de enfrente apenas si se reconocía como jardín. La contaminación y la lluvia habían ennegrecido la maleza; herrumbrosas latas de cerveza se mezclaban con las malas hierbas como si hubieran brotado de la tierra.

No había dejado de llover en todo el día, y los ladrillos, las tablas y la maleza estaban empapados. Al principio me pareció que había pintadas en las chapas de metal, pero al acercarme vi que solo eran advertencias contra posibles intrusos.

Llevaba conmigo una palanca a fin de forzar la puerta, pero alguien se me había adelantado. La vieja y gruesa cerradura había sido desmontada y sustituida por un improvisado pestillo de alambre. Me fijé en que el resto de la hilera de casas, hasta donde alcanzaba la vista, tenía sus cerraduras intactas. Retiré el alambre y abrí la puerta. A medio abrirse, quedó extrañamente atascada. La moqueta de debajo se había hinchado con la humedad.

Encendí una linterna y pude ver un sencillo vestíbulo. Había una escalera y dos entradas a otras tantas habitaciones. El papel de las paredes se caía a trozos y el techo estaba salpicado de moho y podredumbre. Entré y cerré la puerta.

Greenlaw no había pasado mucho tiempo en aquella casa, y aun así era difícil separar su imagen ruinoso de la de Joanna. Tenía veintiséis años cuando desapareció, un poco mayor que Catherine. Supe que no estaba buscando algo tangible, sino más bien una sensación, y aunque la casa llevaba vacía toda una década, la encontré.

Miedo condensado.

Dirigí el haz de la linterna hacia lo que quedaba de una cocina. Había ventanas, pero también estaban tapiadas. Los electrodomésticos los habían retirado. Vi un hueco donde antes debía de haber un horno, y espacio para un frigorífico. A mi izquierda había una puerta cerrada; supuse que sería la despensa. Aguanté la respiración y fui a abrir. Detrás de la puerta solo había estantes vacíos.

Salí de la cocina y eché un vistazo a la otra habitación de la planta baja. Era un pequeño salón, también con las ventanas tapiadas. Solo podía ver lo que iluminaba la linterna y tuve la impresión de que a derecha e izquierda había gente observándome, y que cuando yo movía lateralmente la linterna se apartaban del haz de luz.

Tardé un momento en recordar dónde había visto yo antes aquella sala.

La crónica del *Evening News*.

LLAMAMIENTO POLICIAL PARA RECABAR INFORMACIÓN SOBRE LA DESAPARICIÓN DE  
JOANNA GREENLAW

Me oí respirar. En el periódico habían publicado una foto de Greenlaw junto a una chimenea, en la misma habitación donde yo me encontraba ahora. Me pregunté quién la habría hecho, si habría sido el superintendente Parrs. Lo que había dicho sobre su estrecha colaboración con Greenlaw no justificaba su obsesión, su tozudo empeño en forzar una reacción por parte de Zain Carver. Tal vez había habido algo entre Parrs y Greenlaw.

Volví al recibidor y empecé a subir por la escalera. Esperaba que los peldaños crujieran, pero estaban tan húmedos que simplemente se combaron bajo mi peso. Las ventanas del piso de arriba estaba tapadas con la misma chapa de metal que las de abajo; no había otra luz que la que daba mi linterna. Junto a la escalera había un cuarto de baño, asqueroso y destrozado, y más allá dos dormitorios no mucho más grandes que una celda.

En uno no había nada.

En el otro vi un saco de dormir. Había cabos de vela, algunos libros de bolsillo, restos de comida. No aparté la vista de la puerta ni un segundo.

Cuando volví a bajar y llegué a la puerta principal, di media vuelta y moví la linterna frenéticamente, para ver si cazaba a algún espía imaginario. Después salí y regresé al coche a paso rápido. Tenía la clara sensación de no estar solo.

Parrs era una tumba. Isabelle estaba muerta. Catherine y Grip habían desaparecido. Y, encima, Zain Carver estaba bajo arresto. De repente el mundo parecía más pequeño. Más vacío. Los días se me hacían eternos, insoportables. Intenté dejar las anfetis, pero fue en vano y pronto volví a meterme una pastilla diaria. Pensé que así, a largo plazo, conseguiría quitarme la adicción. Pero si una pastilla ayudaba, ¿por qué no dos? Luego fueron tres, después cuatro, y a partir de ahí los días volvieron a pasar volando. La cabeza me funcionaba a toda mecha, hacía asociaciones sin base aparente.

«Piénsalo bien», había dicho el barman. Joanna Greenlaw. La Franquicia. La hija de un parlamentario liada con ellos. La droga adulterada que la mató. La droga adulterada que le robaron a Carver y que acabó en Sycamore Way. La apuesta de Sheldon White por el Rubik's. La desaparición de Cath. La desaparición de Grip. Y salpicándolo todo de alguna manera, manchas de pintura blanca y negra. «¿Son hechos aislados o todo forma parte de un puto plan?»

Empecé a hundirme en otra vida posible. Eran las seis de la tarde, el punto de no retorno. Siempre que me quedaba en el Rubik's más allá de esa hora, acababa siendo el último en salir. Aquel bar era un secreto a voces; podías conseguir estimulantes para la mañana y tranquilizantes para la noche. A veces me equivocaba y tomaba una cosa por la otra, claro que a veces me equivocaba pensando que era de día cuando era de noche, o viceversa. Las cosas se fundían unas con otras. Mi única esperanza era ver aparecer a Catherine de nuevo y que todo volviera a su cauce.

Pero Catherine no apareció más.

Yo estaba sentado donde siempre. Buena perspectiva de la ventana y buena

perspectiva del local. Mel, la australiana, empezaba a trabajar a esa hora. Entró con un pequeño ramo de flores y yo llegué a la barra al mismo tiempo que ella. Mel llenó una jarra de cerveza por la mitad con agua del grifo y metió el ramo dentro.

—No tenías por qué molestarte, cariño —dijo un hombre sentado a la barra. Era un cliente habitual, el mismo que le había hecho proposiciones a Isabelle la víspera de su muerte. El tipo iba cada día al bar. Que yo ahora fuera también a diario era el motivo de que lo supiese. Le había oído hablar incluso de Isabelle Rossiter y de Sycamore Way. Como tantos otros, había meneado la cabeza al comentar que el país estaba cada vez más podrido—. ¿Son para mí? —dijo señalando las flores.

La camarera le sonrió.

—Ay, me temo que no. Eran para alegrar un poco mi casa.

—Una chica tan guapa como tú no tendría que comprarse ella las flores. Ni alegrar ella sola su casita.

—Bah, no me importa. —Mel se fijó en mí, abrió mucho los ojos—. ¿Qué te pongo?

—Jameson con soda, por favor —dije.

El hombre me miró desde su taburete.

—¿Tú qué opinas, muchacho?

—No sé, procuro no opinar.

—La pobre ha tenido que comprarse ella misma el ramo. Yo le estaba diciendo que lo que necesita es un hombre en su vida, ¿no? —Pagué la consumición y volví a mi sitio—. Será cabrón —masculló el hombre.

Me había bebido la mitad del whisky cuando Mel se acercó en su ronda para recoger vasos de las mesas y me dedicó una sonrisa. Nunca me había preguntado por Catherine ni había hecho el menor comentario sobre la mañana en que yo entré en el bar buscando a Cath. Probablemente ya había deducido por sí sola que no tenía otro sitio donde caerme muerto.

Vi que el tipo de la barra no le quitaba el ojo de encima, y cuando la chica se

perdió de vista un momento, él adelantó el cuerpo sobre la barra y cogió las flores. El brazo le llegaba apenas, y algunas se rompieron en el trayecto. Las enderezó, sacudió los tallos para que soltaran el agua y bajó la mano a fin de que Mel no las viera al volver.

La chica regresó con una caja llena de consumiciones vacías y lo puso todo encima de la barra. El hombre la observó meter los vasos en el lavavajillas. Entre eso y que habían entrado algunos clientes, Mel no reparó hasta un rato después en que la jarra con el ramo estaba volcada. Entonces miró a su alrededor, sin entender, y se volvió hacia los que estaban sentados cerca.

El tipo mostró las flores que escondía.

Como un enamorado que le ofreciera un ramo.

Viendo que ella hacía caso omiso, agitó el ramo delante de su cara. Ella adelantó una mano para quitárselo, pero él no lo soltó. Se la quedó mirando, sonriente. Un par de segundos después, el hombre dejó las flores sobre la barra y ella fue a llenar de agua otra jarra y metió en ella el ramo medio estropeado. Estuvo un momento de espaldas a los clientes.

Había un par que estaban esperando a que les atendiera, y cuando uno de ellos la llamó, la chica fue a servirle con una sonrisa tensa. Hasta el tipo de las flores notó el cambio, e hizo un intento de ofrecer sus disculpas mostrando mejor actitud. Cuando la australiana le sirvió la siguiente copa, apenas si intercambiaron palabra y el hombre le dio una gran propina.

—Gracias —dijo ella.

El hombre engulló la jarra de dos o tres tragos, se apartó de la barra y fue hacia los servicios. Ya solo volvió a acercarse para coger su chaqueta y marcharse.

Unos minutos más tarde estaba alejándose de los Locks, en dirección contraria a la ciudad. Caminaba haciendo esos, pero no parecía que fuera a caerse. A poca distancia de las vías del tranvía, se detuvo un momento. Yo pensé que quizá

daría media vuelta, pero seguí caminando hacia él. El hombre miró en derredor, me pareció que examinando de lejos un callejón a su derecha. Hacia allá dirigió sus pasos, bajándose la bragueta sobre la marcha.

Cuando torcí por el callejón, vi que el hombre se había adentrado unos tres metros o así. Estaba oscuro, pero pude verle apoyado en una pared, meando de espaldas a mí. No oyó mis pasos cuando me acerqué a él, ni creo que tampoco me viera. Cuando lo tumbé de un golpe, el chorro de orina salió volando y le mojó el pantalón. Después lo molí a patadas, una vez y otra y otra, así hasta que me dolieron las piernas, los pies y los tobillos.

Cuando regresé al Rubik's, pedí un gin-tonic detrás de otro hasta que no pude articular palabra. Lo último que recuerdo es la rodaja de lima flotando en el vaso como la sonrisa verde de un pirado.

Contra todo pronóstico, desperté boca abajo en una cama. En lugar de cabeza me parecía tener una muñeca rusa; seis cráneos, cada uno más pequeño que el anterior, metidos uno dentro del otro. Si me movía o intentaba pensar, vibraban de mala manera. Tardé una eternidad en poder darme la vuelta y abrir los ojos.

Cuando lo hice me sobresalté. Había dos hombres a los pies de la cama. Laskey y Riggs. La habitación estaba a oscuras, pero la poca luz que quedaba parecía atravesar la translúcida piel de Laskey. Riggs era puro producto de resaca. No quise saber qué pinta tendría yo a ojos de aquellos dos. Ambos sonrieron. Laskey me lanzó una camisa.

—Arriba, guapo —dijo.

Yo me había quedado casi sin voz.

—No podéis entrar así como así.

—La puerta estaba abierta, colega. —Era perfectamente posible. Yo no recordaba siquiera haber llegado a casa—. Te esperamos en la salita, ¿vale?

Salieron los dos. Lentamente, me puse de pie, me vestí y salí del dormitorio. Estaban husmeando por el piso, inspeccionando todo lo que había por allí, hurgando en el sofá destripado. Se volvieron para mirarme y sonrieron, pero ninguno de los dos abrió la boca.

—Cath —dije. Notaron que la voz me temblaba. Podía más el miedo que la resaca—. ¿Habéis encontrado algo que...?

—No hay nada que encontrar —dijo Laskey—. Deberíamos detenerte por hacer perder el tiempo a la policía.

—No te entiendo.

—Tú la viste por última vez en el Rubik's, ¿no es cierto?

—Sí.

—Vale, pues la chica se marchó con él, por su propia voluntad.

—¿Cómo? No puede ser.

Laskey reprimió un bostezo.

—La vieron.

—¿Quién la vio? ¿Y qué dice Parrs?

—Nosotros somos la respuesta de Parrs —terció Riggs.

—Claro que tú estabas tan alterado como para acabar en la trena —dijo el flaco—. ¿Por qué?

—Ella está relacionada con Zain Carver.

—Háblanos de Carver.

—No sé gran cosa.

—Pues no es eso lo que nos han contado.

—Catherine... —dije—. Por favor, ¿qué sabéis?

—¿Qué te hace pensar que hemos venido aquí por ella?

Yo no dije nada.

—¿Dónde estuviste el viernes por la tarde?

Los tenía uno a cada lado, de pie. Laskey se movió para que la luz que entraba por la ventana me diera en los ojos.

—¿Hoy qué día es? —pregunté.

Se echaron ambos a reír. Riggs meneó la cabeza.

—Joder, ¿que qué día es, dices?

—Deberían apartarnos del cuerpo a los tres —dijo Laskey, y me miró—. Domingo, tío. Domingo 29 de noviembre. Repito, ¿dónde estuviste el viernes por la tarde?

—En el Rubik's. Y ayer también.

—Oh —dijo Laskey. Miró a su socio—. Entonces no puede ser él.

—A veces se gana y a veces se pierde —dijo Riggs—. Perdona por hacerte perder el tiempo.

Echaron a andar los dos hacia la puerta.

—¿Sabes de alguien que pueda confirmar dónde estuviste? —dijo Laskey volviendo la cabeza.

—El personal del bar. Media docena de borrachos...

—Es que... —dijo girándose del todo—. Verás, uno de esos borrachos estaba tomándose una cerveza tranquilamente.

—¿Y...?

Intervino Riggs:

—Pues que salió del Rubik's el viernes a las seis y algún hijoputa le pateó los sesos.

—De camino al tranvía —añadió Laskey.

—Ya os lo he dicho, yo estaba en el Rubik's.

—Fue a poca distancia de allí. Te vieron salir al cabo de un rato después de él.

—Entonces no tenéis nada...

—Lo que tenemos —dijo Riggs, avanzando hacia mí— es una prueba circunstancial.

—Pero nosotros a veces creemos en lo circunstancial —dijo Laskey—. Hay cosas peores que la justicia, Waits.

Me lo quedé mirando.

—¿Por ejemplo? —dije. No contestó—. Volved cuando tengáis pruebas. De lo contrario, ya sabéis dónde está la puerta. Que, por lo visto, está abierta.

Volví al dormitorio y me senté. Tenía náuseas. Al cabo de un par de minutos oí pasos que se alejaban. Tintineo de calderilla en los bolsillos de uno de los dos.

—Dejamos esto tal como lo hemos encontrado —gritó Riggs, dando un puntapié a la puerta para mayor énfasis.

Me acerqué a la ventana y los vi subir al coche. Fui a cerrar la puerta del piso, echando el cerrojo, volví a la cama e intenté olvidarme de todo.

No hubo manera.

Joanna Greenlaw. Isabelle Rossiter. Catherine. Sarah Jane. Las había encerrado en lo más recóndito de mi mente, pero volvían a salir una y otra vez. Las veía reír, fruncir el ceño, morir. Me levanté, fui al baño y encontré una bolsa

de anfetaminas. La tiré al váter, pulsé el botón de la cisterna y luego fui a sentarme en mi destripado sofá. Me obligué a pensar.

IV

CALMA

El despertador tenía que sonar a las siete, pero cuando lo hizo yo ya estaba despierto, viendo pasar los minutos. Lunes. Último día de noviembre. Me levanté, me afeité, me duché y me vestí. Escogí un traje negro y planché una camisa blanca. Elegí una corbata negra delgada, me la puse y, por primera vez desde hacía bastantes días, me miré en el espejo.

Ojalá pudiera plancharme esa cara, pensé.

Semanas enteras de mala vida, de acostarme a las tantas, habían ensombrecido mi rostro; los ojos eran más pequeños y la mirada más penetrante. Me lustré los zapatos, inspiré hondo y salí a la calle. Estábamos casi a cero grados, y hacía ese tiempo que induce a pensar que el planeta intenta librarse de los seres humanos.

En la otra acera había un coche. Era aquel BMW reluciente, todo negro y cromados. Eché a andar en dirección contraria. El coche arrancó. Oí el ruido que hacían los neumáticos sobre la gravilla cuando el vehículo se situó a mi altura.

Me detuve.

El conductor se arrimó al bordillo, dejó el motor al ralentí. La ventanilla bajó con un suspiro neumático y el inspector Kernick apoyó un brazo en el marco. Igual que yo, vestía un elegante traje negro. No sé si era por la reverberación de la luz diurna o por la tensión a que el hombre había estado sometido últimamente, pero sus cabellos grises me parecieron de un tono más claro.

—No lo hagas, muchacho —dijo.

Su aliento produjo una nubecilla de vapor.

—¿El qué?

—No vayas.

Yo guardé silencio.

—Oye, mira, seguro que tienes buenas intenciones. Entiendo que es duro para ti, pero hoy tengo que pensar en los Rossiter. Ellos no quieren verte por allí. Bastante mal trago tienen que pasar, pobre gente... —Eché a andar de nuevo. Él volvió a arrancar y condujo a mi altura durante un minuto—. Tienes una pinta horrible. —Suspiró antes de añadir—: No dejes que te arruine la vida.

No miré, pero oí cómo subía la ventanilla. El coche llegó al final de la calle y puso el intermitente. Esperé hasta que hubo doblado la esquina y luego seguí adelante.

Días antes me había enterado del funeral de Isabelle leyendo un periódico que encontré tirado en el Rubik's. Estaba previsto que fuera una ceremonia privada en el recinto del monasterio Gorton, pero se permitiría la presencia de personas ajenas a la familia a fin de que pudieran expresar sus condolencias. Aunque sería interesante ver quién aparecía por allí, no era esa mi intención. El funeral me ofrecía una oportunidad, nada más.

Apreté el paso repasando los hechos mentalmente. Necesitaba saber quién se había llevado el móvil de Isabelle. Su padre había proporcionado a la policía el número del teléfono antiguo de su hija, el que habían encontrado pegado en el fondo de un cajón, pero yo le había oído dejar un mensaje en el móvil nuevo. Si Rossiter sabía de su existencia, ¿por qué no lo había mencionado? ¿Por qué no les había dado también el número? Además, ¿cómo lo había conseguido? Lo que más me interesaba saber era si él había cogido el teléfono del piso de su hija antes de que ella muriera. Necesitaba saber por qué había desaparecido, qué había dentro.

Llegué a Beetham Tower antes de las nueve. En ese momento estaba entrando un grupo de hombres vestidos de frac, volviendo sin duda de una noche en el centro. Como estaba previsto que el funeral empezara media hora más tarde, era seguro que tanto Rossiter como Kernick estarían ya camino del monasterio. Crucé la calle hasta una hilera de cabinas telefónicas, busqué una limpia y marqué el 999.

—Policía —dije—, quiero informar de un robo.

Entré en el vestíbulo del rascacielos y me acerqué al mostrador de recepción. Estaba la misma joven de mis anteriores visitas, que lo habían sido siempre en compañía del inspector Kernick. Me recibió con una perfecta sonrisa inexpresiva.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola —dije mostrándole mi placa—. Inspector Waits. ¿No nos habían presentado?

—Oh —dijo—, ¿puede que le viera en compañía del señor... —se corrigió con una nueva sonrisa—, del inspector Kernick?

—Puede ser. Soy uno de los escoltas policiales asignados al señor Rossiter.

Leyó mi credencial antes de devolverme la placa.

—Qué pena lo de esa pobre chica...

—Lo malo es que la prensa no ha tenido compasión. En fin, sabe que esta mañana es el funeral, ¿no?

La joven asintió.

—Sí. Creo que el señor Rossiter lleva en la residencia familiar toda la semana...

—En efecto. Yo vengo ahora de allí. Lo único que nos preocupa es que algunos periodistas puedan venir aquí y empiecen a atosigar a huéspedes, personal, vecinos... Me han dado instrucciones de estar en el vestíbulo y ahuyentar educadamente a los reporteros en cuanto asome alguno.

—No hay problema —dijo ella—. ¿Le importa que lo ponga en conocimiento de la seguridad del edificio?

—Pues eso es lo otro que quería preguntar. Me parece que no me han

presentado al señor...

—Reed.

—Sí. Me haría un favor si pudiera llamarle.

Me aparté del mostrador para que ella pudiera explicar por teléfono la situación. El hombre que apareció unos minutos después tenía aspecto de exagente de policía. Andar contundente, sin titubeos, y unos ojos inquisitivos y alerta. De entre las diez o doce personas que había en ese momento en el vestíbulo, no tardó ni un segundo en identificarme como el individuo del que acababa de hablarle la recepcionista.

—Señor Reed —dije, como si Kernick me hubiera hablado largo y tendido sobre él—. Inspector Waits. —Nos estrechamos la mano—. ¿Tiene usted un momento?

—Desde luego. —Con un gesto de cabeza, me indicó dos butacas que había más allá, en el lado derecho—. Me dicen que es usted uno de los escoltas del señor Rossiter.

Le mostré mi credencial.

—Me han trasladado provisionalmente, mientras dure la investigación sobre la muerte de su hija.

—Ya —dijo Reed—. Qué cosa tan triste.

—¿La recepcionista le ha explicado por qué estoy aquí...?

—La prensa. Unos parásitos de mierda, las más de las veces.

—Usted estuvo en el cuerpo, ¿verdad?

Reed se irguió y dijo:

—Diez años, sí.

—Entonces las habrá visto de todos los colores...

—Si quiere que le diga la verdad, aquí se ven cosas peores que en muchas escenas de crimen.

—¡El precio del éxito! —dije abarcando con un gesto el suntuoso vestíbulo del edificio—. Confiábamos en que hoy tendrían un poco de piedad, pero al ver cómo estaba la iglesia, hemos pensado que no estaría mal tener un hombre en

este edificio.

—Y han mandado al chico con más experiencia...

Sonreí.

—Así me ahorro hacer la ronda sirviendo el té. Si no tiene inconveniente, me gustaría instalarme aquí con una revista y vigilar la puerta, digamos hasta que terminen las honras fúnebres.

Reed me devolvió la placa.

—Me parece bien, muchacho. Tengo algunas cosillas que hacer, pero si surge algún problema dígame a la chica de recepción que me avise.

Nos levantamos los dos y nos estrechamos la mano.

—Gracias otra vez, señor Reed.

El hombre se acercó un momento a recepción para explicarle a la chica lo que habíamos hablado y me hizo una señal de asentimiento. Luego fue hasta el ascensor y siguió con sus cosas. Yo volvía a sentarme, abrí una revista cortesía del hotel y me puse a vigilar la puerta.

Al llamar a la policía unos minutos antes, les había informado de ruidos y actividad sospechosa procedentes del piso de un vecino en la planta cuarenta y cinco de Beetham Tower. Yo sabía que si mencionaba el apellido Rossiter la policía llegaría demasiado pronto, de modo que les dije que mi vecino estaba fuera y que me constaba que en el piso no debía de haber nadie.

Menos de una hora después de que me instalara en el vestíbulo, entraron dos agentes de uniforme. Llevaban chaleco reflectante y la gorra bajo el brazo. Vi que la recepcionista me miraba cuando se acercaron al mostrador, pero decidí esperar. Los agentes bajaron la voz, dando a entender que el asunto era delicado. Cuando la recepcionista salió de detrás del mostrador y les indicó que la acompañaran, yo me levanté y fui hacia el grupo.

—Disculpen, ¿qué problema hay?

El primero de ellos se dirigió a mí:

—¿Usted es...?

—Waits.

—El inspector Waits es uno de los escoltas policiales del señor Rossiter —dijo la recepcionista.

Les enseñé mi credencial.

—¿Hay algún problema, agentes...? —dije.

—Turner y Barnes. Hemos recibido aviso de actividad sospechosa en una suite de la planta cuarenta y cinco. Parece ser que ahí es donde vive el señor Rossiter, ¿no?

—Así es. Pero hoy no debería haber nadie en su apartamento.

—Entonces será mejor que vayamos a echar una ojeada.

—Pues... quizá no sea muy conveniente.

—Si alguien ha dado parte, señor —dijo Barnes—, tenemos que investigarlo.

—Se lo agradezco mucho, pero estoy seguro de que hoy no hay nadie en el apartamento.

—¿Ha estado usted hoy en el apartamento?

—No, no he estado.

—¿Tiene acceso a la suite?

—No —dije. Y luego, a la recepcionista—: Quizá podría usted llamar; así nos evitamos meter la pata.

—Desde luego —dijo ella. Volvió al mostrador y marcó un número. Pidió que le pasaran con la suite del señor Rossiter. Esperamos mientras el teléfono sonaba durante un minuto—. Bueno, parece que no hay nadie.

El agente la miró.

—¿Puede darnos acceso al apartamento?

—Es que el señor Rossiter usa un sistema de llave electrónica.

—Un momento —intervine—. No puedo permitir que entre nadie. —Los agentes me miraron sin dar crédito. Yo saqué mi móvil y marqué un número inexistente—. Kernick —dije—. Sí, espero. —Dejé pasar un buen rato; los tres estaban pendientes de mí—. Señor —dije al cabo—, se ha recibido aviso sobre ruidos en la suite del señor Rossiter en Beetham Tower y... —Fingí que me interrumpían al otro extremo de la línea—. Por supuesto, señor. —Bajé la voz—. Sí. Gracias, señor. —Colgué y le dije a la recepcionista—: Si pudiera darnos esa llave, por favor...

—Veré qué puedo hacer.

La chica volvió a la recepción.

—Lo siento —les dije a los agentes—. Supongo que se hacen cargo de que hoy es un día especialmente delicado.

—Claro, claro —dijeron al unísono, evitando mirarme.

Insistí en que fuera uno de ellos quien cogiera la llave electrónica. Nadie dijo palabra mientras subíamos en el ascensor. No recuerdo el hilo musical, pero seguro que seguía sonando. Cuando la puerta del ascensor se abrió, yo tomé la delantera y recorrí el pasillo hasta el ático de Rossiter, para dejarles claro que iba allí a menudo.

Al volver la cabeza, vi que venían los dos a paso lento, tomando nota de la decoración y haciendo comentarios sobre la distribución. El que llevaba la llave electrónica, Turner, se adelantó, la introdujo y se dispuso a abrir.

—Usted primero —dijo.

—Yo voy a ver qué dice la vecina mientras ustedes echan una ojeada —dije.

—Como quiera.

Abrió la puerta y entró. Me aparté un poco para dejar pasar a su compañero y esperé. En el momento en que la puerta se cerraba, oí que uno de los dos lanzaba un silbido de admiración. Fui hasta la suite contigua y me quedé frente a la puerta durante cosa de un minuto. Cuando oí que la de Rossiter se abría de nuevo, volví sobre mis pasos.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo Turner—. Es bueno saber que el honorable caballero es un hombre del pueblo, ¿eh?

—¿Todo bien? —repetí.

—Sí, señor. Todo parece estar en orden.

—La vecina está siempre encerrada en casa —dije—. Habrán sido imaginaciones tuyas. Dice que quiere dar parte de que su asistenta le ha robado unos platos. Ahora se está cambiando.

Vi que intercambiaban sonrisas.

—¿Quiere que...?

—Gracias, ya me ocuparé yo.

Se alejaron por el pasillo y llamaron al ascensor. Yo me quedé observándolos, esperé a que se abriera la puerta y entonces dije:

—Agente.

Ambos se volvieron.

—¿Y la llave? —Turner, que ya se había metido en el ascensor, salió mientras su compañero aguantaba la puerta—. Gracias —dije, cogiendo la llave, y di media vuelta.

Oí cerrarse la puerta del ascensor.

Apresuré el paso.

Llegué a la suite de Rossiter.

Abrí. Entré.

Miré la hora: las 9.57.

Cerré la puerta, cerré los ojos y apoyé la espalda en el marco, respirando profundamente. ¿Habrían enterrado ya a Isabelle?, me pregunté. A las 10.30 tenía que estar en el ascensor y bajar al vestíbulo.

Un minuto de más sería un suicidio.

Abrí los ojos: estaba en el amplio y anónimo salón donde me había reunido anteriormente con Rossiter. Los enormes paneles de cristal permitían ver la ciudad allá abajo.

Compartimenté, pensé en coordenadas.

Buscaba el segundo teléfono de Isabelle y recorrí minuciosamente la estancia. Una suite inaccesible y perdida en aquellas alturas permitía a Rossiter guardar secretos. Yo no iba a tener otra oportunidad para desvelarlos. El salón estaba tan desprovisto de vida que, actuando con rapidez, podría registrarlo entero. Examiné el coñac que Rossiter me había ofrecido casi un mes atrás. Hennessy.

La marca que bebía Zain Carver.

No encontré nada más en el salón y pasé a una de las cocinas más grandes que

había visto en mi vida. No parecía que la utilizaran. En la nevera había solo un envase de leche desnatada.

Regresé al salón y vi que al fondo había una amplia escalera. Llevaba a los dormitorios, pero antes miré en el estudio que había al lado. Curiosamente, aunque la vista desde el estudio era la mejor de la suite, el escritorio estaba bastante apartado de la ventana.

Señal de que en aquella habitación se trabajaba.

Encima del escritorio había un portátil cerrado, pero ni libros ni dietarios ni carpetas. Nada tampoco en los dos cajones inferiores. Abrí el de arriba y encontré el sobre de papel marrón que Rossiter me había enseñado dos semanas atrás. Lo saqué del cajón, esparcí sobre la mesa las fotos que contenía y me puse a mirarlas.

A todo color pero borrosas. Tomadas desde ángulos extraños, sin duda con la cámara de un teléfono móvil. Se veía la pátina de sudor en la piel de Isabelle. A ella y a mí juntos, en la primera fiesta privada a la que asistí.

Pensé en llevarme las fotos y no pude evitar preguntarme si era ese el motivo principal de haberme colado en la suite de Rossiter: salvar mi pellejo destruyendo pruebas incriminatorias. Sentí asco hacia mí mismo. Volví a guardar las fotos, metí el sobre en el cajón y salí del estudio.

A punto de subir por la escalera, me detuve.

Volví al estudio, abrí de nuevo el cajón. No cogí el sobre, solo miré lo que estaba escrito en el dorso, la letra:

«I. R. 30 de octubre».

Al final de la escalera vi un pasillo oscuro. Había dos enormes dormitorios, cada cual más grande que todo mi piso. Uno era sin duda el de Rossiter, y en el cuarto de baño contiguo había artículos sencillos, un cepillo de dientes, recado de afeitarse. Siguiendo el mismo pasillo había dos cuartos de invitados, más pequeños. El primero tenía el mismo aire anónimo e impersonal que el resto de la vivienda.

El segundo era muy diferente.

Los cinco minutos entre las 10.25 y las 10.30 me pasaron literalmente volando.

La habitación estaba decorada con un papel pintado de color fucsia. La pequeña cama individual tenía sábanas y almohadas de color rosa. Encima de ella, todo un surtido de muñecas y animales de peluche. Ositos y Barbies. Isabelle tenía diecisiete años cuando se marchó de casa. Si la memoria no me fallaba, su hermana mayor tenía unos veintitantos. Entonces ¿quién ocupaba la habitación?

Fui al vestidor y lo abrí.

Varios vestidos negros, cortos, todos idénticos.

Dos pares de pantalones vaqueros, de peto.

Cerré el armario y miré en la cómoda. Ropa interior infantil de vivos colores. Estampada con letras cursivas y personajes de Disney. La talla podía haber sido la de Isabelle, pero el estilo no. Nada que ver con ella.

10.34. Pensé en el teléfono escondido en el piso de Isabelle. ¿Acaso era un truco que ella empleaba normalmente? Saqué los cajones con cuidado. En la parte posterior del de abajo habían pegado un trocito de papel. Miré la hora.

10.36.

Con mucho cuidado, retiré la cinta adhesiva y despegué el papel de la madera. Era una nota. Cuando volví a meter los cajones en su sitio eran las 10.38. Bajé por la escalera y, mientras cruzaba el salón, pensé que aún tenía tiempo de coger el sobre con las fotos.

Me disponía a salir cuando un pitido estridente resonó en el apartamento. Me quedé tieso donde estaba. Un segundo después volvió a sonar, y entonces me di cuenta de que era el timbre de la puerta. Conteniendo la respiración, avancé lentamente y fui a abrir.

Era el señor Reed, el jefe de seguridad del edificio. Tenía la cara muy roja y jadeaba.

—Pero ¿por qué no me ha avisado, hombre? ¿Qué es lo que pasa?

—Lo siento mucho, señor Reed. Sabía que no era nada importante y he

pensado que así le ahorra faena.

—¿Cómo cojones me va a ahorrar faena habiendo dos ag... —se atrancó—, dos ag... —repitió, intentando concentrarse—, dos agentes en el edificio y yo sin enterarme?

Se había quedado casi sin aire a media frase.

—Adelante, eche usted mismo un vistazo, pero estoy seguro de que se trata de una falsa alarma.

Me miró receloso.

—¿Yo a usted no le conozco de algo?

—Lo dudo —dijo. No me esperaba esa pregunta—. Acaban de llamarme diciendo que el funeral ha terminado, así que de todos modos estaba a punto de volver a la residencia familiar.

Eché a andar por el pasillo notando que sus ojos no se apartaban de mi nuca. Llegué al ascensor y pulsé el botón siete veces.

Esperé.

En la pequeña pantalla digital que había al lado se fue reflejando el lentísimo progreso del ascensor desde la planta baja. No volví la cabeza. Cuando llegó a la cuarenta y cinco, tuve la repentina sensación de que habría alguien dentro. Kernick. Rossiter. Los dos agentes...

Esperé.

Se abrió la puerta.

No había nadie en el ascensor.

Entré y pulsé para bajar al vestíbulo.

—Disculpe, muchacho —dijo el señor Reed, casi corriendo para alcanzarme—. Perdón. —Odiándome a mí mismo, adelanté un brazo para mantener la puerta del ascensor abierta. Él entró también, sudoroso, respirando por la boca—. ¿La llave...? —dijo.

—Oh, claro.

Busqué en el bolsillo y se la entregué. Reed salió del ascensor y yo dejé que la puerta se cerrara. A la altura de la planta treinta y cinco me di cuenta de que

había estado aguantando la respiración e intenté tragar aire. Aparentar normalidad. Cuando llegué a la planta baja, estaba tocando con los dedos la nota que había encontrado. La puerta se abrió. Salí y me encaminé hacia la entrada principal del edificio, que daba a Deansgate. Noté como si el trocito de papel estuviera ardiendo y agujereándose el bolsillo.

Vi coches de policía en la calle. Vi hombres a los que creí reconocer.

No miré la nota hasta que hube recorrido unos doscientos metros. Torcí por un sucio callejón, comprobé que nadie me siguiera y apoyé la espalda en una pared.

Respiré.

Saqué el papel del bolsillo y lo abrí. Las manos me temblaban. Estaba escrito en tinta roja.

NADIE TIENE QUE SABERLO.

Yo tenía ocho años cuando hice mi apuesta personal por la libertad, cuando empecé a mentir en beneficio propio. Manipulé a todos los presentes, y fue una de las últimas veces que vi a mi hermana.

Annie había dejado de ver o de sentir por las noches una sombra sobre su cama. Ahora la sombra era un hombre que podía alargar el brazo y acariciarle el pelo. Ella pensaba que lo había creado con su imaginación. La recuerdo asustada, preguntándome en un susurro perentorio: «Si sueño algo, ¿puede convertirse en realidad?».

No es fácil expresar en palabras la impotencia que siente un niño en custodia. Todo, desde la rutina diaria hasta el edificio en que uno duerme, puede cambiar de un momento para otro. Lo único que creíamos permanente eran nuestros nombres, que nos quedaban tan mal como las mohosas prendas de segunda mano que llevábamos, y que más que identificarnos eran como cicatrices de por vida. Cruelles imágenes de despedida de familias que no nos querían. A medida que Annie y yo nos apartábamos del muelle de nuestra vida anterior, cada vez más lejos de un puerto seguro, me di cuenta de que nuestro bienestar era pura ilusión.

Una mentira tácita en la que se suponía que debíamos vivir.

La última vez que nos presentaron a una pareja, mi actitud fue obcecada y distante. Cuando me hacían preguntas, encogía los hombros, suspiraba, contestaba entre dientes. Me mantuve apartado de mi hermana, negándome a mirarla. Notaba que ella sí me miraba a mí. Su pensante cabezota, vuelta hacia donde yo estaba, debió de sacar la conclusión de que me había enfadado con ella, y para tratar de apaciguarme se colocó bien uno de los calcetines, que lo tenía caído. Cuando nos dijeron que fuéramos a jugar, yo la seguí y Annie se

asomó a la caja de los juguetes para ver qué había dentro.

Se disponía a volcar la caja cuando le di un empujón. Aterrizó de culo y me miró muy sorprendida. Luego bajó la vista y se echó a llorar flojito, tapándose la boca con la mano como nos había enseñado nuestra madre. Yo le tiré un juguete a la cabeza y grité un taco que había oído emplear a uno de los críos mayores. Luego le di la espalda y me puse a jugar yo solo con una figura de plástico. La apreté tan fuerte que se rompió. El hombre que estaba observándonos desde el sofá se acercó a Annie.

—Eh, no pasa nada —dijo tomándola en brazos.

La operación se puso en marcha ese mismo día. Los nuevos padres de Annie no tuvieron empacho en separarla de su hermano el matón. Después de aquello, mi hermana se fue borrando de mi memoria. Durante años creí verla por todas partes. En la calle, en un autobús que pasaba, en un bar. Miraba dos veces a cualquier chica que pudiera tener su misma edad, y la sigo viendo por todas partes. Annie es Joanna Greenlaw e Isabelle Rossiter. Es Catherine y es Sarah Jane. Cuando me preparaba para ser inspector de policía, siempre tenía en mente investigar su paradero, localizarla y darle una explicación. No conseguí averiguar nada aparte de que seguía viviendo en la zona.

Ella, por desgracia, me había encontrado a mí.

Palpé el bolsillo donde tenía la carta que me había dado Sully, la que había llegado a jefatura después de mi suspensión. Era de mi hermana. Al abrirla me di cuenta de que aún no me veía capaz de asimilar lo que ponía. Calientes lágrimas de vergüenza afloraron a mis ojos. Miré al pie de la página. Anne, como firmaba ella, había visto mi foto en los periódicos.

«Inspector Aidan Waits caído en desgracia.»

Había sabido enseguida que era su hermano mayor.

«Somos familia, yo puedo ayudarte», había escrito Anne, pero mientras volvía a guardar la carta supe que no le contestaría nunca.

Saliendo del callejón, tras mirar en ambas direcciones, procuré disipar negros pensamientos. Sobre chicas junto a las cuales crecí y que se automutilaban. Unas

veces se escapaban y tenían que traerlas de vuelta, a rastras y humilladas, días, semanas o meses más tarde. Otras veces no volvíamos a saber nunca más de ellas.

El día continuaba gris y deprimente. Las aceras eran como bloques de hielo bajo mis pies, y el frío se me colaba a través de la suela de los zapatos. Pensé en el pasado, en las manchas solares. En los terroríficos apagones de mi juventud. En que quizá no vería a mi hermana nunca más. Pensé en Isabelle: asustada primero, sola después, al final muerta.

Sabía que la ceremonia fúnebre probablemente habría concluido. Conduje hacia el monasterio más por accidente que por otra cosa. Estaba a solo unos cinco kilómetros de la ciudad y, teniendo a Isabelle en mi cabeza, parecía una distancia demasiado corta para no ir. No dejaba de pensar en la nota que había encontrado en la suite de Rossiter, en los mensajes que había visto escritos y resquebrajados en los espejos. Y no dejaba de preguntarme:

¿Qué es lo que nadie tiene que saber?

Las pequeñas casas baratas de alrededor debieron de parecer fuera de lugar cuando las construyeron, pero lo que se veía raro ahora era el propio monasterio. Una obsoleta demostración de poder y dinero por parte de un dios que, de repente, el mundo había decidido por unanimidad que no existía. Recientemente lo habían restaurado, una inversión de muchos millones, aunque el dinero no había salido de la Iglesia sino de fondos patrimoniales. El edificio se utilizaba ahora principalmente como centro de congresos, y el funeral había sido laico.

Cuando pasé por delante, aún había por allí algunas personas. Chicas de la edad de Isabelle hablando en grupo. Con elegantes vestidos negros, labios pintados de rojo, velos sombreados, perfectos. ¿Qué clase de amigas habían sido? ¿En qué clase de personas se habían convertido? Me pregunté si no estarían por allí para llamar la atención de unos fotógrafos que todavía estaban sacando fotos del recinto. Entonces vi que una de las chicas intentaba consolar a otra que estaba llorando y me pregunté cómo coño podía tener yo una mente tan podrida.

Dos policías de uniforme instaban a los fotógrafos a marcharse del lugar. En el momento en que yo ya me alejaba, vi a un viejo conocido, un periodista con cara

de sabueso, sentado dentro de su coche enviando una crónica por teléfono. Me fijé en que, al pasar junto a él, hacía un vago intento de identificarme.

Yo ya no era noticia.

Aunque la prensa no lo había recogido, creí adivinar dónde iba a tener lugar el entierro. El cementerio Gorton estaba a unos minutos de allí. Cuando llegué, había un coche fúnebre junto a las berlinas negras en las que habían transportado a familiares y amigos. Aparqué más abajo y fui andando en dirección contraria a la entrada principal. Algo me sacó de mis casillas. Un fotógrafo estaba intentando tomar imágenes a los dolientes con un teleobjetivo.

Se estaban celebrando dos funerales. Era un día perfecto para ello, y me acerqué al menos numeroso de los dos. Había solo media docena de personas, pero agaché la cabeza, me planté con decisión y nadie se fijó en mí.

A una treintena de metros vi que ya habían enterrado a Isabelle. Quedaban algunas personas, hablando o abrazándose. Varias estaban a solas. El grupo más numeroso descendía ya por el sendero hacia los coches negros. La persona que había oficiado el servicio iba repartiendo pésames y estrechando manos.

Pensé en Isabelle, totalmente drogada, con la cabeza entre las manos. Recordé cómo se toqueteaba el pañuelo que le cubría la cicatriz. Su risa como un estadillo. Recordé la expresión de su cara, aquellos ojos abiertos de par en par, cuando la encontré muerta. Las venas de sus brazos, aquel color oscuro, tan raro, bajo la piel blanca. La mitad casi negra de su cuerpo, inyectada de dolor. El olor a sexo, las muelas que se había hecho en la cara interior del muslo. No sin esfuerzo, me acordé de las fotos que había encontrado en el escritorio de su piso: una chica de diecisiete años riendo tan feliz con sus amigos.

De las personas que estaban por allí todavía, al primero que reconocí fue al inspector Kernick. Esperaba encontrármelo en la entrada del cementerio, con gafas de sol y un pinganillo, y me sorprendió que hubiera asistido al sepelio en calidad de amigo de la familia. Estaba en compañía de una mujer de cabello negro y de una chica. Su familia, pensé. Sabía que llevaba años trabajando con los Rossiter, pero no me había dado cuenta de que estuvieran tan unidos. Su hija

debía de tener la edad de Isabelle y estaba, lógicamente, muy afectada. Me pregunté si habrían sido amigas.

Cuando Kernick la rodeó con el brazo, sentí una punzada de culpabilidad. Me acordé de la escena en la escalera de incendios de jefatura, cuando me miró fijamente tratando de adivinar si me había aprovechado de Isabelle. Su actitud había sido la de un padre, mucho más que la del propio Rossiter. Había venido a verme a primera hora para insistir en que me mantuviera al margen, porque no quería tener que trabajar ese día. Apartó con delicadeza a la chica de la tumba e hizo un gesto a la mujer de pelo negro. ¿Su esposa? Echaron a andar hacia la verja.

Entonces me fijé en una mujer joven, sola a los pies de la tumba. Llevaba un abrigo gris oscuro y un sombrero negro, y su postura, abrazada a su cuerpo, irradiaba tristeza. Un hombre y una mujer que ya se marchaban la miraron con disimulo y se pusieron a cuchichear como si la joven fuera famosa. Ella no pareció advertir nada de cuanto ocurría a su alrededor. Tenía la misma carita de duende que Isabelle, y el color de su pelo era de un rubio muy parecido, quizá un poco más oscuro.

La hermana mayor, pensé, la hija pródiga.

Dejó escapar un largo suspiro y se apartó de la tumba. Justo cuando se disponía a tomar el camino para ir hacia la salida, apareció David Rossiter. Su padre. Me costó reconocerle. De tanto mesarse los cabellos llevaba todo el pelo alborotado, y la cara se le veía hinchada, demacrada.

Había estado llorando.

La chica y él se miraron. Estaban a unos palmos de distancia, pero como si fueran muchos más. Él empezó a decir algo, pero finalmente las palabras no quisieron salir. El semblante de ella se ensombreció. Meneó apenas la cabeza y lo dejó allí plantado. Rossiter no se volvió para ver cómo se alejaba camino abajo, y cuando las rodillas se le doblaron pensé que se desmayaba. Logró enderezarse, se frotó la cara desgarbadamente con el antebrazo y miró a su alrededor.

Solo otra persona me llamó la atención, una mujer alta y atractiva, de unos cuarenta y tantos años. Sus cuatro mechas grises no hacían sino resaltar lo rubia que era, y el velo no lograba disimular su belleza. De los informes sobre la muerte de Isabelle, deduje que era su madre, Alexa Rossiter. Llevaba su pérdida con una elegancia y un porte casi icónicos. El rictus de su semblante apenas dejaba entrever ninguna emoción, aunque sus ojos ligeramente entornados eran un indicio de lo que podía haber detrás.

Su marido y ella se miraron con odio.

Él, a juzgar por la boca y los ojos abiertos, pareció querer comunicarse, ofrecer algún tipo de disculpa. La expresión de la señora Rossiter no varió. Devolvió la mirada a su marido hasta que este no pudo aguantar más, giró sobre sus talones y enfiló el sendero. Solo cuando se hubo alejado lo suficiente, echó ella a andar.

El sepelio al que yo asistía había terminado también y la gente, tras estrecharse la mano, se fue dispersando. Empecé a bajar por el sendero procurando mantener la distancia para que nadie me reconociera.

La señora Rossiter adelantó a su marido, montó en el asiento de atrás de un coche y cerró la puerta. Le dijo algo al hombre que estaba sentado al volante, y este puso el intermitente para incorporarse a la calzada. David Rossiter miró en derredor, perdido. Entonces apareció Kernick y le ofreció un brazo. Él se dejó guiar hacia otro coche.

Me acordé de mi primer encuentro con David Rossiter. De su anillo de boda, frío al tacto porque acababa de ponérselo. De cuando me habló de la depresión de su hija. De su intento de suicidio y de que él había llamado a la ambulancia. De que había conseguido que la noticia no llegara a la prensa. De que había ido en persona a los periódicos para rogarles que no publicaran nada.

Recordé que había hablado de su esposa como de una persona enferma y algo desequilibrada. Pensé en cómo le había mirado ella. En como había pasado por su lado sin más. En como se había marchado con la cabeza bien alta, la viva imagen del aplomo, sin su marido.

David Rossiter me había mentido.

En el camino de vuelta decidí entrar en un pub para calentarme un poco. En el televisor de encima de la barra estaban dando las noticias. No tenía volumen, pero el texto en la parte inferior de la pantalla recordaba a los telespectadores que Isabelle había sido sexualmente activa desde muy joven y que había muerto de una sobredosis.

La cámara hizo zoom sobre un pequeño grupo de personas en pie alrededor de la tumba. Comí unos cacahuets, me bebí un par de cervezas sin prisa y luego me marché.

Dejé el coche a unas manzanas de mi piso e hice el resto del camino a pie. Era casi de noche y los edificios se cernían sobre mí como negros pensamientos. Caminaba mirando al suelo. Había escarcha en las aceras y pensé que la ciudad se estaba quedando por entero congelada. Todo, personas y cosas, en estasis durante unos meses hasta que la maldad se disipara, hasta que la gente pudiera volver a respirar.

Mis zapatos crujían sobre la fina capa de hielo. Casi me sorprendió torcer hacia mi calle sin haber pensado siquiera hacia dónde dirigía mis pasos.

Levanté la vista.

Me detuve.

En la otra acera, justo delante de mi edificio, había un Mustang descapotable de cuarta o quinta generación. Carrocería negra con finas líneas rojas. El motor estaba al ralentí, y a la luz de las farolas pude ver el humo que salía del tubo de escape.

El coche de Grip.

Entré en un portal y espí la calle para ver si localizaba a Grip. Vislumbré

varias figuras, gente que venía del centro o se dirigía hacia allí, pero ninguna con su peculiar y laboriosa forma de andar. Miré hacia mi edificio. La puerta de la calle estaba cerrada y el vestíbulo a oscuras. Levanté la vista y observé la ventana que daba a la calle. La luz estaba apagada, pero no pude recordar cómo la había dejado al salir.

—¿Qué desea?

Me sobresalté. La voz salía del interfono que había en el portal. Supuse que me habría apoyado sin darme cuenta. Miré a mi alrededor, levanté la cabeza. Vi a una mujer asomada a una ventana varios pisos más arriba. Debía de estar intrigada por mi presencia en el portal. Hice un gesto de disculpa con el brazo y salí a la calle.

Caminé despacio hacia el coche por la acera opuesta. Podía pasar de largo. Al acercarme más, me llegó el murmullo del motor. Cuando estuve a su altura, miré de reojo como quien no quiere la cosa. Entonces paré y volví a mirar. No había nadie en el asiento del conductor. Miré en ambas direcciones antes de cruzar la calle.

Pendiente de Grip, más que del tráfico.

Cuando atisé por la ventanilla del coche, vi que no había nadie dentro. Las llaves estaban en el contacto. Algo raro pasaba. El coche era como Grip se definía a sí mismo. Incluso para subir un momento a mi piso, él nunca habría dejado las llaves puestas.

Habría cerrado el coche.

Inspiré hondo y abrí la puerta del conductor. Esperaba recibir en la cara el calor de dentro, pero el habitáculo estaba frío, poco menos que a temperatura ambiente. La calefacción al mínimo. Allí no había habido nadie esperando.

Recorrí de nuevo la calle con la mirada.

Estiré el brazo y giré la llave de contacto. El rumor cesó. Cogí las llaves y cerré la puerta. Fui a la parte de atrás y me detuve.

Volví a echar un vistazo a mi alrededor.

Estaba oscuro y no había nadie en un radio de unos quince metros.

Introduje la llave y, lentamente, abrí el maletero. El interior se encendió automáticamente. Eché un vistazo rápido y bajé el portón otra vez.

Intenté recuperarme del hedor.

Me temblaban mucho las manos y apoyé las palmas en el coche. No pude hacer otra cosa para mantener el equilibrio.

Oí ruidos en la calle y volví la cabeza. Un grupo de gente borracha venía hacia mí, cantando. Parejas tomadas del brazo.

Siluetas en los portales.

La chica a la que había visto unos minutos atrás.

Seguía pegada a la ventana. Mirándome desde arriba. Hablando por teléfono. Rodeé el coche, me senté al volante y metí la llave en el contacto. Arranqué y me incorporé a la calzada.

El motor del Mustang estaba diseñado para producir un determinado sonido, incluso por debajo del límite de velocidad. Rugía pero suave, insistente, una voz dentro de mi cabeza. Mientras conducía me pareció oír un golpeteo procedente de atrás, del maletero.

Sabía que eso era imposible.

Cuando llegué a Fairview eran más de las cinco. Aparqué en una calle paralela, bajé del coche y me quedé un momento de pie, respirando el aire frío. Luego fui andando hasta la casa, enfilé el camino particular y llamé a la puerta.

Dentro oí pasos.

Cesaron de repente cuando alguien atisbó por la mirilla. Sarah Jane abrió la puerta. Suavizó conscientemente su expresión al hacerlo. Era la primera vez que me fijaba en que hacía eso y pensé que quizá se sentía sola. Isabelle muerta. Zain detenido. Grip desaparecido. Otro tanto Catherine. Sonrió apenas, nerviosa, y pensé que era más joven de lo que yo había creído.

—Hola —dijo.

—Hola.

Nos miramos un segundo más de la cuenta, y luego hablamos los dos a la vez.

—¿Quieres pasar?

—He encontrado a Grip -dije. Ella miró hacia fuera, buscándolo—. No está aquí.

—¿Está bien?

—Todavía de una pieza. Puedo llevarte hasta donde está, si quieres.

Sarah Jane tenía oído para la crueldad, e intuí que se estaba preguntando por qué me había expresado de aquella manera. Por qué me había presentado sin

avisar y por qué intentaba sacarla de allí.

—No —dijo, pero más que una respuesta fue una reacción a una mala noticia.

Vi que se ponía blanca.

Retrocedió un paso.

Empezó a cerrar la puerta.

Yo metí el pie en el umbral y la abrí del todo. Entré y cerré de un portazo.

—Lo sé, Sarah.

No se movió, pero su mirada perdió fijeza. Se quedó allí de pie como aturdida, como si la hubiera abofeteado. Me adelanté para coger el chaquetón de pieles que le había visto llevar y empecé a ponérselo sobre los hombros. Sus brazos se movieron automáticamente hacia el interior de las mangas. Le di un empujoncito, hacia la puerta, y Sarah Jane avanzó.

No la abrió, sino que puso las palmas de las manos sobre la madera, como si deseara comprobar que no hubiese fuego al otro lado. Cuando se volvió para mirarme, vi lágrimas en sus ojos.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo.

—Casi todo.

—Ah.

Me incliné para abrir la puerta. Tomé a Sarah Jane del brazo y una vez fuera cerré con fuerza. Antes de llegar al final del sendero, ella ya se apoyaba en mí para sostenerse. Y cuando llegamos al coche de Grip, se llevó una mano a la boca. Intentó zafarse, pero tiré de ella hasta el lado del acompañante y la hice subir. Rodeé el coche, monté y arranqué.

Sabía que debía buscar un sitio tranquilo y apartado, de modo que crucé la ciudad camino del extrarradio. Sarah Jane iba toqueteando todo el rato su cinturón de seguridad.

Vimos docenas de solares a medio construir y a medio terminar. Reduje la marcha en un par de ocasiones, y entonces la veía mirar por la ventanilla de su lado, a veces con una mano apoyada en el cristal, preguntándose sin duda si sería allí donde habría acabado Grip. Preguntándose qué sería ahora de ella.

Una vez que la ciudad quedó atrás, y con menos farolas en las calles, noté que ella me miraba. Los faros de los coches con los que nos cruzábamos, según pude apreciar con mi visión periférica, iluminaban brevemente sus ojos.

Me mantuve inexpresivo y seguí adelante. El hospital Barnes era un superviviente de principios del siglo XIX. Enorme mole de ladrillo rojo, constaba de dos alas y una torrecilla cuyo reloj no daba la hora desde finales de los años noventa, cuando el presupuesto del consorcio sanitario local sufrió un recorte de millones de libras. El hospital fue clausurado e, inmediatamente, convertido en lugar de interés histórico y arquitectónico. A pesar de ello, la empresa inmobiliaria que había comprado el edificio dejó que se fuera deteriorando hasta la ruina.

Nos desviamos de la autopista. En la entrada, siguiendo el camino particular, había un letrero rojo donde aparecía tres veces la palabra «oportunidad», instando a los interesados a llamar a un número gratuito. El perímetro del hospital estaba limitado por una valla de tela metálica, pero alguien había retirado las balizas que bloqueaban el paso de vehículos. Seguí avanzando, y cuando los faros del coche iluminaron el enorme edificio, sus escalones de

piedra y sus barandillas de hierro forjado, vi que Sarah Jane apoyaba una mano en la manija de la puerta del acompañante.

Paré el coche, apagué el motor y esperé.

No había farolas en el recinto, y sin el ruido del motor no se oía más que el tráfico a lo lejos en la autopista. Al cabo de un minuto o así, percibí también el sonido de la respiración de Sarah Jane.

—Hoy han enterrado a Isabelle —dijo, la vista al frente, procurando que pareciera que deseaba entablar conversación; intentando, demasiado tarde, establecer un terreno común entre los dos.

—Lo sé. He estado allí —dije. Ella se quedó callada pero volvió la cabeza hacia mí—. ¿Tú habrías ido, Sarah, si hubieras podido?

—Claro.

—¿Y cómo es que no has ido?

—¿Por qué me haces esto?

Yo no dije nada.

—¿Dónde está? Dime dónde está Grip.

—Aquí. Tú no te preocupes.

—Pues llévame a verle —dijo, y me puso una mano en el brazo.

Estaba tan fría que lo noté a través de la manga.

—Antes necesito preguntarte varias cosas —dije—. Lo que pase a continuación dependerá de tus respuestas.

Sarah Jane apartó la mano.

—Tú ya sabes por qué no he podido ir al entierro. Ella murió por culpa nuestra.

—¿Nuestra?

Volvió a mirar al frente y dijo:

—Por culpa mía.

—Pero ese no es el verdadero motivo de que no hayas ido, ¿verdad? —Ella guardó silencio—. No dejo de preguntarme una cosa: ¿cómo es que David Rossiter sabía tantas cosas de Isabelle incluso después de que se fuera de casa?

Sarah Jane se puso derecha. Cuando volvió a hablar, su voz había recuperado parte de su habitual sequedad:

—Tenía diecisiete años. Yo cuidaba de ella.

—Hace un momento has dicho que murió por tu culpa, y ahora que cuidabas de ella. —No dijo nada—. ¿En qué quedamos?

Murmuró una respuesta.

—¿Qué? —dije.

—Que yo cuidaba de ella, y no me estoy disculpando.

—Tampoco son disculpas lo que quiero, sino una explicación. Todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo sabía David Rossiter tantas cosas de Isabelle incluso después de que se marchara de casa?

—Porque yo se lo contaba —dijo.

Ninguno de los dos abrió la boca durante un rato. El coche estaba caldeado.

Gotas de condensación se acumulaban en las ventanillas.

—O sea que le informaste sobre Isabelle. Y sobre mí.

Ella guardó silencio.

—Nos hiciste fotos juntos. Se las diste a Rossiter.

Ella guardó silencio.

—Le pasaste el número del móvil nuevo.

—¿Y qué?

—Le dijiste dónde vivía. Y cuándo estaba en el piso.

—¿Y qué? —repitió Sarah Jane, pero esta vez casi no la oí.

—A ver, ¿tú por qué crees que se marchó de casa?

—Problemillas de niña rica.

—Prueba otra vez.

—Problemas gordos de niña rica.

—Otra vez.

—Venga, Aidan, tú lo sabes todo. ¿Por qué no me lo cuentas tú?

—Porque tu novio se la tiraba.

—¿Qué?

—Yo tampoco me lo creía al principio. —Ella no dijo nada—. Cuando la encontramos, Isabelle estaba desnuda. Se había acostado con alguien y era reciente.

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

—¿Con tu novio? Isabelle se había hecho unos cortes en el muslo. Llevaba la cuenta. Un corte por cada vez que estaban juntos. Había un corte bastante reciente; era de esa última vez.

—Zain estaba conmigo cuando Isabelle murió.

—¿Y quién ha hablado de Zain?

Se quedó inmóvil.

—Yo me refería a tu otro novio. Suponiendo que sean solo dos...

Sarah Jane abrió la puerta de su lado y sacó una pierna. La luz interior se encendió automáticamente, y eso la hizo detenerse durante una fracción de segundo. Yo no me había dado cuenta de que hubiera estado llorando; tenía el maquillaje corrido. Una ráfaga de viento le echó los cabellos sobre la cara. Rojo sobre piel blanca. Manchones de rímel.

—No sé de qué me hablas —dijo.

Se apeó del coche y cerró de un portazo. La luz cenital se apagó. Yo abrí la puerta de mi lado y la luz volvió a encenderse. Dejé entreabierto para poder ver. Sarah Jane iba andando a paso rápido, camino de la autopista. Fui a por ella, la agarré por el brazo y la llevé a la fuerza hacia el coche.

—No sé de qué me estás hablando —dijo ella de nuevo, pero esta vez con menos firmeza en la voz.

Yo no dije nada. Estaba harto de darme de cabezazos contra la pared. La guie hasta el lado del conductor y saqué la llave del contacto. Estábamos otra vez a oscuras.

La autopista a escasa distancia.

La respiración de Sarah Jane.

Sus dedos, helados, en mi brazo.

Rodeamos el coche y me puse a forcejear con el portón del maletero. A ella le entró pánico e intentó alejarse de mí, pero la agarré por la nuca. Conseguí abrir el maletero. La luz interior se encendió, iluminándonos.

Sarah Jane cerró los ojos con fuerza.

—No, por favor.

—Mira —le ordené.

Ella tomó aire, miró y luego se apoyó en mí para no caerse. Grip nos miraba con los ojos abiertos. Me parecieron más grandes de lo habitual, saltones. Lo habían metido a la fuerza en un espacio demasiado pequeño, para lo cual habían tenido que partirle las piernas, y las rodillas estaban dobladas cada una hacia el lado que no debía. El rictus de dolor en la cara indicaba que Grip aún estaba vivo cuando se lo habían hecho. Tenía las muñecas juntas, atadas con una brida, delante de él.

Había forcejeado, a juzgar por los cortes profundos en la piel.

Le habían puesto los brazos delante para poder trabajar mejor. Y para que él viera lo que le estaban haciendo.

Del brazo izquierdo le colgaba una jeringuilla. El lugar del pinchazo estaba negro.

Todo el costado izquierdo lo tenía oscuro, del mismo tono entre azul y morado que yo había visto en Isabelle. Igual que el de los adolescentes de Sycamore Way.

A Sarah Jane se le llenaron los ojos de lágrimas mientras asimilaba la tortura a que habían sometido a su amigo. Cuando le miró el rostro, perdió la entereza y rompió a llorar. Grip había vomitado copiosamente antes de morir. Le habían obligado a beber una gran cantidad de pintura. El vómito que le cubría el pecho, y que se había coagulado dentro y alrededor de su boca, era blanco y negro.

Agarrándola del brazo, llevé a Sarah Jane hasta el lado del acompañante, abrí la puerta, la senté allí y rodeé el coche otra vez. Cuando estuve sentado al volante, ella habló con voz serena.

—¿Qué le ha pasado?

—Fue en busca de Cath.

Sarah Jane se arrebujo en sus pieles.

—¿Ella también está...?

—Encontré el coche delante de mi piso. No había rastro de ella.

Pensé en lo que Sheldon White había dicho en el Rubik's. «Como si nunca hubiera existido...»

—¿Por qué lo dejaron delante de tu piso?

—A modo de advertencia, y para asegurarse de que yo lo encontraría. Mira, Sarah —dije, inclinándome hacia el salpicadero—. Tienes que responder algunas preguntas.

—No enciendas la luz. Pregúntame lo que quieras, pero no enciendas la luz.

Yo intuía que probablemente no volveríamos a hablar nunca más fuera de aquel coche, y por alguna razón sentí que me gustaría verla. Volví a recostarme en el asiento y hablamos a oscuras.

—¿Desde cuándo te acuestas con David Rossiter?

—Desde hace un año, más o menos. ¿Cómo lo has sabido?

—Él estaba al tanto de demasiadas cosas, pero podía haberse enterado por otras vías. No, creo que fue por las fotos de Isabelle y yo juntos. Demasiado sugerentes para ser obra de alguien que no entendiera el sexo. Captaban demasiado bien el momento para que las hubiera hecho un hombre.

—Vaya, ¿tan bien lo hice?

—No del todo. Cuando volví a casa de Zain con Isabelle aquella noche, me pediste que la llevara al piso que tenía cerca. Me escribiste su dirección. Era la misma letra del sobre en que Rossiter había metido las fotos. —Sarah soltó un bufido—. Además, Carver y Rossiter bebían la misma marca de coñac, y me pregunté si eso tendría que ver contigo...

Ella asintió.

—Lamento haberte metido en problemas.

—¿Con quién?

—Con David, Zain, la policía... —Se encogió de hombros—. Con todo el mundo.

—Yo ya no trabajo para la policía.

Se volvió para mirarme, pero no dijo nada.

—¿Cómo os conocisteis tú y Rossiter?

—Eso no tiene nada que ver con...

—Si me obligas a preguntarlo otra vez, te meto con Grip en el maletero y me largo a pie.

Tuve miedo de haberlo dicho en serio.

—¿Cómo iba una chica como yo a conocer a un hombre como él?

Sentí una punzada de celos. Intenté que no se me notara en la voz, pero creo que no lo logré.

—¿Dónde fue?

Sarah Jane se percató de ello. Sus respuestas fueron ahora más rápidas y alegres, sabiendo que al menos podía hacerme daño.

—En The Cloud —dijo.

Un bar que había en la planta veintitrés de Beetham Tower. Vista panorámica de la ciudad y combinados a precios de Ley Seca. Disponía de un saliente de cuatro metros de largo con suelo de cristal, para que uno pueda ver todo lo de abajo. Clientela compuesta por hombres de negocios, a veces en compañía de alguna mujer joven. Para el común de los mortales, The Cloud era sentirse en la

cima del mundo.

Para David Rossiter, era algo que estaba veintidós plantas más abajo de donde él vivía. Pensé en decirle a Sarah Jane que era algo indigno de ella, pero ambos habíamos detectado el tono de mi voz y no quería dejarme llevar por la ira.

—Estabas trabajando.

—¿De puta? No, yo no lo considero un trabajo.

—¿Él te pagaba?

—Nada que pudiera considerarse un gasto escandaloso.

—Contesta: ¿sí o no?

Tardó un momento en responder.

—A veces.

—Háblame de él —dije.

—Si quieres, puedo decirte incluso su palabra de seguridad. —Decidí esperar —. Las mías son «más fuertes»...

—Empecemos por The Cloud.

—Solo fui para tomar una copa. Una acaba harta de beber en sótanos, sobre todo en los garitos donde Zain coloca la mercancía. A veces, poder disfrutar de las vistas te despeja la cabeza de problemas.

»Supongo que llevaba puesto algo bonito. Negro por tal como me sentía entonces, o rojo por tal como quería estar. De jovencita solía ir allí. En una hora sacaba más pasta que mi madre en un mes.

—Todavía eres joven —dije—. ¿Y Rossiter intentó ligar contigo?

—Bueno, con David diría que fue algo mutuo. Joder, a mí me encanta el dinero. Pero no lo recuerdo muy bien. Estoy segura de que nos miramos y luego pasamos a la fase de invitarnos cada cual a una ronda.

—¿Adónde fuisteis?

—Arriba del todo.

—¿Quieres decir al ático? ¿Rossiter no tenía miedo de que volviera su mujer y os pillara?

—David dice que ella nunca ha puesto el pie allí.

—¿Y tú le crees?

—Me parece que es verdad. Sufre mucho de vértigo y tiene más dinero que sentido común. Se compró el piso más alto de toda Inglaterra para intentar superar el vértigo.

—No me digas.

—Su plan era alojarse en el Hilton cuarenta y cinco días seguidos, y subir una planta cada noche hasta llegar a la más alta del hotel. En la planta quince tuvo un ataque de pánico y ya no volvió.

—Así que David empezó a utilizar la suite para él...

—Me explicó que las cosas iban mal en su matrimonio. De hecho seguían casados de cara a la galería. —Pensé en Rossiter poniéndose la sortija de boda cada vez que Sarah se marchaba. Ella reflexionó sobre lo que acababa de decir y añadió en voz baja—: Sé que todos dicen eso.

—Isabelle no tenía vértigo, ¿verdad?

—No.

—¿La conociste en la suite?

—Ella iba bastante a menudo, cuando sabía que David no estaba. Nos encontrábamos a menudo por allí.

—Menudo corte.

—Al principio, sí, un poco. Un día, David se había marchado a trabajar y yo estaba esperando el ascensor. Se abrió la puerta y apareció ella en compañía de un chico. Isabelle pareció asustarse mucho.

—¿Y ella estaba al corriente?

—Más o menos. Empezó a entender nuestra rutina. A David le gusta... —Hizo una pausa, se corrigió—. A David le gustaba salir él primero de la suite. Yo lo hacía diez o veinte minutos más tarde. Muchas veces la veía salir a ella del ascensor. No es fácil cruzarse con gente en la planta cuarenta y cinco de Beetham Tower.

—¿Se lo dijiste a Rossiter?

Sarah Jane no respondió.

—Sarah...

—No. No se lo dije, pero creo que lo sabía. Algunos días no coincidían de milagro y yo suponía que se habrían cruzado en el vestíbulo.

—¿Cómo empezasteis Isabelle y tú a hablar?

—David y yo pasamos una noche juntos. Normalmente yo me sentía a gusto allí, pero por alguna razón a la mañana siguiente, cuando él se fue, yo salí un momento después.

»Llegó el ascensor, pero Isabelle no estaba dentro. Eso me extrañó. Pensé si sería por eso por lo que me había sentido un poco rara. Si estaría ocurriendo algo extraño. Esperé unos minutos pero ella no apareció.

»Tuve la espantosa sensación de que Isabelle había estado escondida en el ático toda la noche. Espiándonos. Escuchando. Volví a la suite, llamé a la puerta y, cómo no, me abrió ella.

—¿Qué pasó entonces?

—Dijo que solo había querido asegurarse. Que no tenía nada contra mí. La invité a una copa. Me dio un poco de pena. No parecía que sus padres la quisieran mucho. El uno siempre pensaba que la chica estaba con el otro, y viceversa.

—¿Por eso no se dieron cuenta hasta mucho después de que se había marchado de casa?

—¿Sus padres no lo sabían? —Se quedó pensando—. Sí, supongo.

—¿Alguna vez Isabelle te dijo algo sobre su padre?

—Creo que no...

—¿Nada en absoluto?

—Tendría que hacer memoria.

—¿Y él? ¿Te dijo algo sobre su hija?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa.

—Eso que cuentan de que hay hombres que pagan a una puta para que los escuche es verdad, ¿sabes?

—Deja de llamarte puta, ya lo he captado. ¿Cómo acabaste llevando a Isabelle a casa de Zain?

—No ocurrió así. Yo nunca lo habría hecho. Ella empezó a seguirme a todas partes.

—¿Y tú, precisamente, no fuiste capaz de sacudírtela? No me lo puedo creer.

—Su hermana se había ido. No tenía a nadie más...

—Eso te halagaba.

—Supongo. Era la primera vez en mi vida que alguien pensaba bien de mí. Entró de la misma manera que tú. La llevé a los bares, hice correr la voz durante unas semanas y luego, una noche, se presentó en casa de Zain.

—¿Y a él le cayó bien?

—Ya te lo dije, Zain suele atraer a la gente descarriada.

—La segunda noche que estuve en Fairview, ¿de qué discutíais tú y Zain?

—De ti, al principio. Eso ya te lo dije. Me parecía una estupidez dejarte entrar.

—¿Cómo supiste quién era yo?

—David me dijo que quizá vendría un policía a fisgonear. Te contó lo de Izzy para que no pareciera raro que no hubiera dado parte de su desaparición, pero... Esperé a que continuara.

—No sé, a veces daba la impresión de que no quería que Izzy volviera a casa.

Si Rossiter se había enterado de que se iba a abrir una investigación que podría llevar a localizar a su hija, una hija de cuya desaparición él no había dado parte, involucrarme a mí de manera extraoficial tenía sentido. De esa manera impediría todo contacto entre nosotros. Tener a Isabelle controlada y mantener a salvo sus propios secretos. Y si las cosas se ponían peor todavía, siempre podía recurrir a las fotos que nos habían hecho juntos y así mantenerme a raya.

—¿Y Zain? Él ya sabía quién era yo antes de que yo se lo dijera.

—Cuando ve una cara dos veces, quiere saber quién es. Varias de nosotras te habíamos visto rondar por los bares.

—Pero ¿quién me identificó?

Sarah Jane tragó saliva.

—Zain paga a alguien que está en la policía. Ellos te identificaron.

—¿Por una foto o en persona?

Se quedó callada.

—Sarah, es importante.

—En persona. Antes de que vinieras a Fairview la primera vez.

—Aquella noche alguien me golpeó. Cuando me desperté estaba tirado en la calle, delante del Rubik's. —Aunque no había luz, noté que ella cambiaba de postura y me miraba—. ¿Tú tuviste algo que ver?

Asintió con la cabeza.

—Continúa.

—Zain tan solo lo llamaba su amigo. Dijo que su amigo iba a esperarte en el Rubik's. Que te identificaría y daría aviso. Yo sabía que tenías algo que ver con Isabelle. Y con David. Le dije a Zain que lo mejor sería meterte miedo. —Calló de repente y se echó a llorar. No por mí, sino por sí misma, o por la chica que había sido en otro tiempo—. Luego, cuando te vi en la puerta con el ojo a la funerala, mirándome de aquella manera...

—¿De qué manera te miré?

Se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Como si yo valiera algo —dijo.

—Necesito saber cómo se llama el amigo que Zain tiene en el cuerpo...

Ella negó con la cabeza.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé. Es una de las pocas cosas que Zain no comenta nunca.

—Dices que primero discutisteis por mí. ¿Y después?

—Por Isabelle.

—¿Tú querías echarla?

—La eché a la fuerza. Al principio ella dormía en Fairview. Convencí a Zain para que la hiciera mudarse a aquel piso.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de que se le escapara lo de su padre y yo.

—El piso adonde fue, ¿es propiedad de Zain?

Sarah Jane asintió.

—Dime que no es verdad —dijo—. Lo de David e Isabelle...

No respondí enseguida.

—Cuando me acerqué a Isabelle, ella me caló bastante rápido. Quiso saber si yo trabajaba para su padre y le entró pánico.

—Pero ¿qué hay detrás de todo eso?

—Me dijo que su padre estaba obsesionado con ella. Interrogaba a sus ligues, los emborrachaba para averiguar cosas sobre la vida sexual de Isabelle. Ella me dijo que a veces le ponía las cintas. —Mientras decía esto, vi que Sarah Jane empezaba a respirar con fuerza—. Necesito hacerte más preguntas.

Ella asintió.

—Tu vida sexual con David Rossiter... ¿Había algo raro? —Incluso a oscuras, pude notar que me miraba—. Necesito saberlo.

La oí concentrarse en respirar. Transcurrió más de un minuto antes de que se serenara lo suficiente para hablar.

—Juego de roles —dijo.

—¿Rollo papá y su niñita?

Ella asintió.

—Uniformes. Voces. Yo no sabía que...

—En la suite hay una habitación decorada como para una niña.

—Normalmente íbamos allí. A él le gusta que le llame papá. —Apartó la vista—. ¿David mató a Isabelle?

—¿Le dijiste que esa noche yo la había acompañado a casa?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Entonces él sabía dónde estaba Isabelle y en qué estado. Yo le vi al día siguiente y me enseñó las fotos. Tenía miedo de que Izzy y yo estuviéramos intimando.

—Entonces ¿por qué no te mató a ti? Bueno, quiero decir...

—No soy más que una de las muchas personas a las que ella podía habérselo

contado. Además, Rossiter ha hecho que me aparten de la investigación. Envió a su hombre para que me recordara lo de las fotos. —Ahora Sarah Jane estaba como desplomada contra la puerta del acompañante—. Hay otra cosa. Cuando encontré a Isabelle muerta, en el espejo del cuarto de baño había un mensaje escrito: «Nadie tiene que saberlo».

Confiaba en que la frase le sonara de algo, pero Sarah Jane se limitó a decir:

—Vale...

—Después de mi última charla con la policía, con mi jefe, volví a mi piso y lo encontré todo patas arriba. Destrozado. Alguien había escrito esa misma frase en mi espejo y luego lo había roto.

—Ya.

—Y cuando estuve en la suite de Rossiter, cuando registré el cuarto donde tú y él os acostabais, encontré esto.

Saqué la nota que tenía guardada en el bolsillo. Ella la miró un momento y luego sacó su teléfono móvil. Encendió la pantalla y la utilizó como una linterna para ver lo que ponía en el papel.

«Nadie tiene que saberlo.»

—¿Reconoces la letra?

Sarah Jane guardó el móvil y negó con la cabeza.

—¿Conoces la letra de Rossiter?

—Creo que sí.

—¿Tienes algo que haya escrito? ¿Una carta, alguna firma?

—David era muy cuidadoso.

—¿Cómo soléis hacer para quedar?

—Tengo un teléfono solo para él, y él uno solo para mí. Mensajes. Nada de llamadas.

—¿Cuándo hablasteis por última vez?

—La víspera de la muerte de Isabelle. Tú...

—Sigue.

—Tú apestabas a alcohol. Izzy estaba grogui. A mí me preocupaba ella.

—¿Lo llevas encima? —Sarah Jane hurgó en el bolsillo y sacó el teléfono como si se alegrara de poder librarse de él—. Quédatelo un poco más —dije—. Necesito que me hagas un favor.

Yo la creía, pero necesitaba estar seguro. Después de dictarle el mensaje y hacérselo enviar, volvimos en el coche a Fairview en completo silencio.

«Necesito verte urgentemente. Besos.»

La situación entre Sarah Jane y yo había cambiado. De alguna manera volvíamos a ser desconocidos el uno para el otro. Sarah Jane no dejó de agitarse durante todo el trayecto. Se rascaba, se pellizcaba, se mesaba el pelo, como si estuviera desmontándose poco a poco.

Cuando llegamos a la casa era ya tarde y le di a elegir: la comisaría o desaparecer, a mí me daba lo mismo. Ella decidió largarse. Le dije que podía quedarse a dormir esa noche y hacer la maleta por la mañana. Cerré con llave desde dentro, le pedí que me entregara los teléfonos y desconecté el fijo.

—Solo esta noche —dije.

Ella se encogió de hombros y subió a acostarse. Mientras me cepillaba los dientes, pensé en Isabelle semiinconsciente en el suelo del cuarto de baño. Cuando escupí el dentífrico, había un poco de sangre.

Un crujido en el parqué me despertó por la noche. Lo único que pude ver fue su figura a contraluz. Cuando avanzó un paso, vi que con una mano sujetaba la sábana en la que se había envuelto y con la otra un objeto metálico y puntiagudo. Al avanzar un paso más, una franja de luz iluminó su cara. Sarah Jane no se movió durante cosa de un minuto, dudando de si yo estaría o no despierto, y pude ver el conflicto reflejado en su mirada. Finalmente, dio media vuelta y regresó sigilosamente a su habitación.

Al día siguiente nos levantamos los dos temprano. Sarah Jane hizo su equipaje. Rossiter había contestado durante la noche en el mismo estilo conciso del mensaje que le habíamos mandado la víspera.

Grafton St. 11.

Le pregunté a Sarah Jane qué era esa dirección y ella me dijo que un

aparcamiento de varias plantas en el centro de la ciudad. Cuando querían ir a dar una vuelta, alejarse un poco, solían quedar allí, lejos de miradas indiscretas. Leyó el mensaje y dijo, encogiéndose de hombros:

—Ni besos ni nada.

Saqué su maleta afuera y eché a andar por el sendero. Ella se quedó allí de pie, envuelta en su chaquetón de pieles, la viva imagen de la vulnerabilidad. Una brisa ligera agitaba sus cabellos y finos mechones rojos volaban en todas direcciones. La estuve observando un rato hasta que ella se dio la vuelta y me vio. Señaló con la cabeza hacia el coche de Grip. Ninguno de los dos había hecho el menor comentario sobre el cadáver en el maletero.

—¿Qué pasa con él?

—Daré parte a la policía en cuanto estés lejos. Lo enterrarán.

—Él quería que lo incineraran —dijo Sarah Jane. Y añadió en voz baja—: No le gustaba su cuerpo. —Fue hasta el coche y apoyó una mano enguantada en el maletero—. ¿Y qué pasa con esos putos animales? Los *burnsiders*. Sheldon White...

—Procura no pensar en eso.

—Detesto... —Se le quebró la voz—. Detesto la idea de no verle nunca más. —Dirigió la mirada hacia la casa—. No volveré a ver a ninguno de ellos, ¿verdad? Si te hago caso, me estás matando a mí también. —Me quedé quieto y ella me dedicó una sonrisa triste—. Bueno, ya sé que no es así.

Asentí. Cargamos las cosas y nos pusimos en marcha hacia la ciudad.

Llegamos al aparcamiento poco después de las diez, entramos y subimos hasta la tercera planta. Sarah Jane me dijo que aquel era su lugar de encuentro. Había menos de la mitad de las plazas ocupadas. Busqué un sitio desde el que se viera la rampa de entrada y me metí marcha atrás. Ella se alisó el chaquetón y preguntó en voz queda:

—¿Qué tengo que decirle?

—Da igual, solo quiero verlo con mis propios ojos. Dile que estás afectada por lo de Isabelle y que necesitabas verle.

—Es que lo estoy —dijo ella—. ¿Y si quiere ir a otro sitio?

—Pues le dices que no.

—Estoy muy asustada.

—Si te pone la mano encima, le mato.

Sarah Jane me miró, sorprendida.

Poco antes de las diez y media vi subir por la rampa un BMW negro que me sonaba. Llevaba puestas las largas y los faros acribillaron las paredes antes de que el coche girase a la derecha, hacia el lado contrario de la planta. Nos encogimos en nuestros asientos y oí que su respiración se aceleraba.

En ese momento me sonó el móvil.

Llamada entrante de un número desconocido. La corté y le dije a Sarah Jane:

—Ponte en el centro de la planta, donde él pueda verte. No vayas hacia él. Deja que se acerque a ti.

Ella asintió y bajó del coche.

Fue hacia el centro de la planta y fingió buscar a Rossiter con la mirada. Llevaba puesto su chaquetón de pieles, una falda hasta la rodilla y botas negras

de tacón. Yo no podía ver el otro coche, pero sí cuando él hizo una señal con las luces. Sarah Jane entrecerró los ojos, se llevó una mano a la cara a modo de visera y volvió la cabeza en dirección al destello. Su expresión ausente era la típica que los hombres no pueden evitar llenar de significado.

Oí cerrarse la puerta de un coche. Vi que ella daba un prudente paso atrás en el momento en que un hombre se le acercaba lentamente. El hombre llevaba un abrigo largo, oscuro. Debajo, un traje gris.

Sarah Jane frunció el ceño, confusa, y entonces oí hablar al recién llegado. El hombre le entregó una bolsa de regalo y regresó a su coche. Vi otro destello de las luces en el momento en que giraba la llave de contacto. Ella se apartó, mirando inconscientemente hacia donde yo estaba, mientras el BMW pasaba por su lado y luego junto al coche en que yo estaba, camino de la rampa de salida para volver a bajar. Pude ver que en el BMW solo iba una persona.

El inspector Kernick.

Abrí la puerta y fui hacia Sarah Jane.

—¿Qué te ha dicho?

Parecía muy aturdida.

—Que David me pide que le disculpe. Que lo nuestro se acabó.

Miré la bolsa que tenía en la mano.

—¿Puedo? —dije.

Ella me la pasó. Dentro había varios fajos de billetes nuevos. Busqué si había algo más, una carta, algo para comparar la letra con la nota que había encontrado en la suite de Rossiter. No había nada. Al levantar los ojos, vi a Sarah Jane observándome revolver entre los billetes. Le devolví la bolsa.

—Deja que te acompañe hasta la estación —dije.

Estábamos metidos en un pequeño atasco, esperando para girar hacia el barrio norte. Ella apenas había dicho nada durante el trayecto. Iba toqueteando la bolsa sobre su regazo.

—Da la impresión de que tienes algo que decir.

—Cuando Zain salga, ¿se lo contarás? ¿Lo de David y yo?

—Solo así podré asegurarme de que no vuelvas.

—Ah. —Asintió con la cabeza. Miró por su ventanilla y yo me pregunté a cuál de los dos echaría de menos—. ¿Tan horrible sería si volviera? —Me miró—. ¿O incluso si no me marchara?

—Piensa en Isabelle. En Catherine, en Grip. Incluso en Zain. Algo está pasando, y si te quedas... bueno, sí, podría ser horrible.

Ella volvió a mirar por la ventanilla de su lado.

—¿Y tú? —dijo en voz baja.

En el asiento de atrás del coche que nos precedía, un niño aburrido levantó los dedos imitando una pistola. Yo levanté las manos en señal de rendición, pero el niño me mató.

Aparqué cerca de la estación de Piccadilly, en una esquina en la que estaba seguro de que no había cámaras. No podía seguir conduciendo el coche de Grip, pero tampoco quería que nos vieran salir de él ni a Sarah Jane ni a mí. La policía tenía la descripción y no tardarían en localizarlo.

En Piccadilly hay catorce andenes, lo cual es perfecto para elegir un destino al azar y desaparecer sin dejar rastro. Una vez dentro de la estación, Sarah Jane se demoró mirando el panel de salidas. Mi móvil había empezado a vibrar otra vez, pero cuando lo saqué del bolsillo vi que era un número desconocido y no hice

caso. Al cabo de unos minutos, Sarah Jane asintió con la cabeza, más para sí misma que para mí, y echó a andar. La seguí hasta el andén número cinco y dejé la maleta en el suelo. Ella tenía en sus manos la bolsa que le había dado Kernick.

—Bueno, pues ya está —dijo, contemplando la estación.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya veremos. —Hizo una pausa. Tenía lágrimas en los ojos—. Lo siento mucho, ¿sabes?

Asentí.

—Y yo también.

Había mucha gente por allí. Fuimos hacia el tren. Ella subió y yo le dejé la maleta al lado. Un mozo hizo señas indicando que el tren estaba a punto de partir. Creo que ambos sentimos algo en aquel momento.

—Si no le contaras a Zain lo mío con David, podría quedarme. O quizá podría volver...

—Dentro de un par de semanas no quedará nada adonde puedas volver.

—No entiendo.

Las puertas empezaron a pitar y yo me aparté del vagón. El tren no arrancó de inmediato. Mientras me alejaba, tuve la clara sensación de que Sarah Jane me estaba mirando. Al volverme, esperando verla pegada a la ventanilla, ya no estaba.

Cuando me marché aún no eran las doce. Compré un café fuerte, crucé el puente y caminé entre relucientes hoteles hasta Auburn Street. Dejé atrás los jardines públicos y bordeé China Town.

El cielo estaba encapotado, lleno de electricidad estática.

Era el primer día de diciembre y acababa de dejar a mi última amiga, si podía llamarla así, en un tren. Noté que el móvil vibraba otra vez, pero ahora era un mensaje. Número desconocido.

«¡Está aquí! Mel.»

Tardé dos o tres segundos en recordar que Mel era la chica australiana que atendía la barra en el Rubik's. Crucé la calle entre el tráfico de la hora de almorzar y corrí hacia los Locks.

El Rubik's estaba en calma, aunque había una docena de clientes cerca de la barra principal. Me abrí paso en busca de Mel. No había nadie sirviendo.

—¿Dónde está la chica?

—Hace rato que se ha ido —me dijo un hombre con una jarra de cerveza vacía en la mano.

Saqué mi móvil y llamé al número desde el que había recibido el mensaje. Lo oí sonar detrás de la barra y entré a por él.

—Para mí una clara, amigo.

—Piérdete —dije—. Policía, hablo en serio.

La gente se miró y empezó a dispersarse. El teléfono de Mel estaba en el suelo. Corté la llamada. En un extremo de la barra había una puerta que comunicaba con la trastienda. No se movió cuando intenté abrir.

Llamé con los nudillos.

—Mel, ¿estás ahí? Soy Aidan.

Oí movimiento al otro lado.

—¿Hay alguien contigo?

—Estoy solo. —Oí girar la cerradura y me aparté de la puerta. Ella la entreabrió y estiró el cuello para mirar detrás de mí—. Aquí no hay nadie. Todo bien.

—Llevaba un cuchillo...

—Supongo que ahora tienes libre. Vamos, ven —dije, y la hice salir de la barra.

Fuimos a sentarnos a mi sitio habitual. Desde allí se veía bien el local y también la calle. Mientras tomábamos algo, me dijo que Neil, Glen, el exbarman

se había presentado caminando con muletas hacía cosa de una hora. Apestaba y su aspecto era horrible. Ella pensó que habría dormido mal esa noche, lo cual encajaba. Tenía una pierna rota y ahora se escondía tanto de los *burnsiders* como de la Franquicia.

—Has hecho bien en llamarme, Mel.

Ella se encogió un poco.

—Me dijo él que lo hiciera.

—¿Qué?

—La policía te anda buscando.

—¿Cuándo ha sido eso?

—¿Pegaste a un cliente del bar?

Yo no dije nada.

—Según ellos, te han expulsado del cuerpo. Robaste drogas del almacén de pruebas...

—¿Cuándo han venido a buscarme?

—Dos veces. Primero para el atestado, después de que le golpearas. Y luego hoy, esta mañana.

—¿Por lo de la agresión?

—Han dicho que estaba relacionado con un asesinato.

La voz le tembló. Yo miré por la ventana, preguntándome si habrían encontrado ya el coche de Grip.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que no te había visto. ¿Es verdad?

—¿Qué? No. Gracias, Mel.

—Siempre has sido amable conmigo, pero no quiero volver a mentir.

Miré en derredor.

—Tranquila. Hablaré con ellos. Estoy a punto de aclarar una historia. ¿Por qué te dijo Neil que me llamaras?

—Quería que te diera una cosa.

Se sacó del bolsillo un sobre sucio, doblado, y lo empujó sobre la mesa.

—¿Te ha dicho alguna otra cosa?

—Se metió detrás de la barra como si fuera el dueño del bar. Abrió la caja y la vació en una bolsa. Intenté impedirlo, pero él me empujó y me tiró al suelo. Detrás de la barra hay una trastienda, así que me encerré dentro con esto. Él empezó a dar patadas y alguien preguntó qué estaba pasando. Luego todo se calmó. —Eché un trago con mano temblorosa y señaló el sobre con la cabeza—. ¿Qué es?

Lo habían doblado por la mitad, estaba mugriento y olía a sudor. Deduje que lo habría tenido varios días metido en el bolsillo. No había nada escrito en el dorso. Tampoco habían llegado a cerrarlo utilizando la solapa autoadhesiva. Dentro había un recorte de prensa que yo ya había visto.

Era el llamamiento de la policía en relación con la desaparición de Joanna Greenlaw. Alguien se había tomado la molestia de tachar todo el texto de la noticia con rotulador negro, como si fuera información censurada de un viejo dossier del Ministerio de Defensa. La foto de Joanna estaba dentro de un círculo hecho con bolígrafo azul. Habían trazado la circunferencia tantas veces a su alrededor que se veían surcos brillantes en el papel. Le di la vuelta para ver si había algo más, pero no había nada. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué lo tenía el barman? ¿Por qué me lo daba a mí, precisamente?

—¿Qué pasa? —dijo Mel.

Me volví hacia la ventana.

—Dijiste que te había salido otro trabajo, ¿verdad?

—Empiezo este viernes en Fifth Avenue.

—Mejor —dije, contemplando el local—. Aquí más vale que no vuelvas.

Inspeccioné de nuevo el recorte intentando dilucidar cuál era el mensaje. Reconocí la foto de Joanna. Aquella expresión ausente que me resultaba vagamente familiar.

Cuando levanté la vista, Mel ya no estaba.

¿Había escapado Joanna para no tener que testificar contra Carver y White, o acaso tenía una relación más íntima con ellos? El círculo marcado en la foto

daba a entender que, fuera lo que fuese lo que yo debía ver, estaba justo ahí, pero el semblante de ella no insinuaba nada raro. Ningún asesino reflejado en sus pupilas.

Solo era una foto de una chica en una habitación.

Paseé la mirada por el local. Miré a mi espalda. Contemplé el texto tachado. Algunas letras habían sobrevivido al rotulador. Al unir las decían:

D A T E U N B A Ñ O

Recorrí el local con la mirada una vez más. Miré a mi espalda. Por la ventana. Vi a Laskey y a Riggs apeándose de su coche. Me metí el recorte en el bolsillo, bajé rápidamente unas escaleras, busqué una salida de emergencia y abandoné el lugar.

Atardecía cuando llegué a Thursfield Street. Los faros de mi coche iluminaron las planchas metálicas con que habían tapiado las ventanas de la casa. El reflejo me deslumbró. Apagué las luces y permanecí así unos segundos para acostumbrarme a la oscuridad. Aunque todas las casas de la hilera estaban igual de ruinosas y abandonadas, la de Greenlaw tenía algo especial.

Volví la cabeza. Me había parecido detectar sombras moviéndose en mi visión periférica. Armado de linterna y una palanca, enfilé el camino particular.

Encendí la linterna.

El alambre con que la otra vez estaba asegurada la puerta había desaparecido. Al iluminar el suelo lo vi junto a mis zapatos, cortado.

La puerta ya estaba entornada cuando empujé, y no se abrió mucho más. La moqueta del suelo se había hinchado demasiado con la humedad. Pasé como pude por el hueco e iluminé hacia el frente con mi linterna. Todo parecía estar igual. Quería cerciorarme de que no había nadie más, de modo que fui derecho hasta la cocina.

Las mismas ventanas cegadas.

La misma estancia vaciada.

Los mismos espacios donde antaño habría habido electrodomésticos. Comprobé que la despensa estuviera aún vacía y volví por el pasillo a la habitación de delante. Estaba tal como yo la había dejado. Una sala desangelada, vulgar, de cuatro metros por tres, envuelta en penumbra. La moqueta estaba arrancada desde hacía tiempo y dejaba a la vista un suelo de madera desparejo y con algunos tablones alabeados. No entraba luz de la calle porque las ventanas estaban tapiadas.

Fui hacia la escalera y empecé a subir. Los escalones cedieron ligeramente bajo mi peso. Dejé atrás el cuarto de baño y miré en el dormitorio. Estaba vacío, tal como lo había visto la primera vez. La otra habitación, en la que había antes un saco de dormir y restos de comida, estaba vacía también.

Hasta la habían barrido.

Volví al cuarto de baño. Hacía tanto frío allí dentro que vi humear mi aliento. Saqué el recorte de periódico y lo iluminé con la linterna.

D A T E U N B A Ñ O

Dejé la linterna apoyada de modo que la bañera quedase iluminada, cogí la palanca y me arrodillé. Intenté encajarla en la esquina del panel lateral, pero estaba bien sellado y los años de mugre acumulada impedían encontrar el borde. Al cabo de un par de minutos de darle a la palanca, tomé impulso y golpeé el panel. Dos veces. Conseguí hacer un pequeño agujero. Y luego otro más.

Finalmente puede encajar el extremo de la palanca en el boquete. Tiré hacia atrás y rompí el panel. Paré en seco. Creía haber oído algo detrás de mí. Esperé un poco y luego continué.

Golpeé hasta hacer otro agujero. Tiré hacia mí. Arranqué un poco más de zócalo. Volví a golpear, hasta que por fin conseguí abrir un hueco más o menos grande. Noté un vago olor a podrido. Me quedé escuchando mi propia respiración. Asimilando una oleada de paranoia. Dejé la palanca en el suelo, cogí la linterna e iluminé el interior.

Retorcido dentro del exiguo espacio entre el panel lateral y la bañera había un cadáver. Una mujer joven. La muerte, el tiempo y la humedad se habían ensañado con ella. Me aparté, tratando de respirar. Salí al descansillo y vomité allí mismo.

Joanna Greenlaw nunca había abandonado la casa.

Pensé en Zain Carver, en Sheldon White. Joanna había traicionado a uno de los dos. Había accedido a testificar contra ambos. La pintura blanca y negra parecía apuntar a Sheldon, pero era una prueba circunstancial. Y pensé también en el superintendente Parrs. En su ansia. En su estrecha relación con Greenlaw.

Estaba seguro de que al menos uno de ellos sabía dónde había estado Joanna los últimos diez años.

Oí la puerta de abajo. Puntapiés. Después oí pasos, vi linternas. Una en el portal y luego dos, que me cegaron.

Voces, tacos.

Alguien se abalanzó sobre mí, golpeándome en el abdomen con una linterna. Me empujaron, caí de bruces y di con los dientes contra la pared de ladrillo. Las manos esposadas a la espalda. Todo eran jadeos a mi alrededor.

—Date la vuelta —me ordenó una voz conocida.

—¡QUE TE DÉS LA VUELTA, COÑO! —gritó otra.

Lo hice. No pude ver más que el blanco cegador de la linterna con el cristal roto dándome en plena cara, y me sacaron de allí a la fuerza. Noté que tenía sangre en la boca, junto con restos de ladrillo y dientes sueltos. A empujones me llevaron hasta la escalera.

—Las manos —dije.

Estaba todavía esposado.

Entonces uno de ellos me empujó escaleras abajo. Di varias vueltas y aterricé dolorido y hecho un guiñapo.

—Como sabes, soy el subinspector Laskey —dijo el más flaco de los agentes que habían estado dos veces en mi piso.

Pensé que debíamos de estar en una sala de interrogatorios en el sótano de la jefatura de policía; una caja negra sin ventilación y sin ventanas.

Yo no sabía qué hora ni qué día era. Ahora tenía las manos esposadas al frente y me hallaba sentado a una mesa sobre la cual había una grabadora y varias carpetas.

Estaba jodido.

El subinspector Laskey estaba apoyado en la pared del fondo, las mangas de la camisa subidas y las manos en los bolsillos haciendo sonar calderilla. Pálido. Delgado. Tendones como alambres sobresaliendo de su cuello. Encajaba y desencajaba la mandíbula todo el rato, como si estuviera mascando chicle.

Un aplique de plástico en el techo daba a la estancia una luz gris, artificial. Cuando alcé la cabeza para desentumecer la nuca, vi que dentro había polvo y lo que parecían insectos muertos.

—Te acuerdas del agente Riggs, ¿no? —dijo Laskey.

Asentí mirando al aludido.

Riggs, el corpulento, había retirado su silla de la mesa y estaba sentado de espaldas a la puerta. Para el interrogado normal, esto podía significar que nadie iba a salir de la habitación. Para mí, quería decir que no iba a entrar nadie. Riggs tenía la cara tan colorada de beber que parecía que hubiera tomado demasiado el sol; los capilares de nariz y mejillas estaban al máximo de su capacidad. Cuando me guiñó un ojo, sentí un dolor sordo en la parte posterior de mi cabeza.

Sí, me acordaba de él.

Pensé que el calor y el olor corporal que invadían la habitación procedían seguramente de Riggs, pero quizá era yo quien los irradiaba. Olía a tensión acumulada. A miedo. Quise pasarme una mano por el pelo, pero lo tenía apelmazado por la sangre.

—Os habéis olvidado de leerme mis derechos —dije.

Laskey desencajó la mandíbula. Sonrió.

—Solo estamos charlando, Aid. Para conversar un poco no te hace falta saber tus derechos, ¿verdad?

Riggs carraspeó antes de hablar:

—¿Cuántos polvos le echaste a Isabelle Rossiter antes de que muriera?

El rubor de alcohólico hizo que pareciera avergonzado de sí mismo, pero sonrió al decirlo.

—No creo que se acuerde —dijo Laskey—. Retrocedamos un poco más. ¿Cómo la conociste?

Yo guardé silencio.

Riggs suspiró; su aliento olía a tabaco y alcohol.

—Venga, Waits. Sea lo que sea, el juego ha terminado. Chavales muertos. Una tía embutida debajo de la bañera. Tú no eres el hombre que buscamos, y cada minuto que perdemos contigo podríamos aprovecharlo para dar caza al hijoputa que lo hizo. O sea que desembucha de una vez.

Algo no encajaba. Yo acababa de encontrar el cadáver de una mujer desaparecida desde hacía diez años y ellos me preguntaban por Isabelle Rossiter. Estaba hecho un lío. Esposado pero no oficialmente detenido. Aquello olía muy mal.

—Conocí a Isabelle Rossiter en casa de Zain Carver.

—Curioso sitio para una heredera del negocio del vodka.

Me encogí de hombros. Me dolieron.

—¿Cómo llegó ella a esa casa?

—Tenemos entendido que solo se entra con invitación —dijo Riggs.

—Ni idea. Isabelle llevaba un tiempo en Fairview cuando yo llegué.

—¿Un tiempo?

—Meses, creo.

—Más de uno y menos de dos, según su padre —dijo Laskey.

Riggs adelantó el torso y se acodó en las rodillas.

—En cuyo caso —dijo—, la chica se fugó más o menos cuando a ti te pillaron robando drogas del almacén...

Eso era la confirmación de que no sabían que yo había actuado como agente encubierto.

—Sin comentarios.

—Me intriga saber si esas dos cosas están relacionadas. Porque sabemos que a ella le iban las drogas...

—No conocí a Isabelle hasta después de que me apartaran del cuerpo.

—Ah, entonces sí robaste la droga, ¿eh?

—Sin comentarios.

—¿Tú tienes problemas con las drogas, Waits?

—Solo cuando no puedo conseguir suficiente.

—O sea que las robaste para ti...

—Sin putos comentarios.

—Mira, su papá cree que ella se metía algo antes de escaparse de casa. Alguien la enganchó a las drogas y luego ella acudió a la fuente.

Su padre. Rossiter nunca había dicho que ella fuera una adicta. O les había mentido o eran ellos quienes mentían ahora.

—Esa sería una explicación.

—Bueno, pues danos otra —dijo Riggs.

—Que ella huía de algo.

—¿Algo como qué?

No se oyó más que el zumbido del aplique de luz.

—Vamos a ver —dijo Laskey, apartándose de la pared—. Estás enganchado y te apartan del cuerpo. O sea que te quedas sin suministro. ¿Fuiste tú o fue Isabelle quien decidió acudir a Zain Carver para conseguir droga?

—No me hagas reír —dije—. Yo no la conocí hasta que entré en Fairview, ya os lo he dicho.

Un amago de sonrisa.

—Oh, error mío, entonces.

—¿A cuál de los dos conociste primero? —dijo Riggs—. ¿A Carver o a Isabelle Rossiter?

—A Isabelle. Estaba en casa de Carver la primera vez que fui.

—¿Y qué hacías tú allí?

—Pillar.

Riggs arqueó las cejas.

—Pastillas —dije—. No chicas.

—Ya. ¿Y ella también estaba pillando?

—A mí me pareció perfectamente sobria.

—Vale, o sea que fuiste a pillar...

—Pastillas —le interrumpió Laskey—. No chicas.

—Sí. Vas a pillar pastillas, no chicas, y consigues un poco de las dos cosas. Qué suerte la tuya.

—Solo estuvimos hablando.

—No hace falta que lo jures.

—Parece ser que Isabelle Rossiter hablaba por los codos —dijo Laskey—. A lo mejor fue por eso por lo que se escapó.

—«De algo» —dijo Riggs, incorporándose—. Hablaba con todo quisque, esa chica, ¿entiendes? Ya había hablado con todos los chavales de su clase. Y con algunas de las chicas, por lo que hemos podido saber. Cogía al primer sintecho que pillaba en la calle y se ponía a hablar con él. A veces se llevaba a dos o tres a una habitación de hotel y se liaba a hablar con ellos a la vez.

Yo le miré.

Me di cuenta de que me había levantado de la silla.

Aparté la vista y volví a sentarme.

Riggs se rio.

—A todas horas, chaval. A todas horas.

—Continúa, Waits —dijo Laskey, intercambiando una sonrisa con su compañero—. Tú estabas hablando con ella...

—Me la encontré en el vestíbulo. Cruzamos una docena de palabras como mucho.

—A veces basta con eso.

—¿Basta para qué?

—Tú contesta una de mis preguntas y yo contestaré una de las tuyas —dijo con un encogimiento de hombros. Yo me quedé callado—. Te pondré una fácil. ¿Cuántos polvos le echaste a Isabelle Rossiter antes de que muriera?

—Nunca la toqué.

Laskey se me quedó mirando. Luego adelantó un brazo, abrió la primera de las carpetas y la deslizó sobre la mesa.

—Entonces ¿qué significa esto?

Yo no miré.

Sabía lo que iba a ver. Sentí un ligero mareo. Aquellas manchas en los ojos que me producía la migraña. Riggs se levantó pesadamente de su silla y se situó detrás de mí. Inclinandose sobre mi hombro, señaló la foto de arriba. A todo color. Borrosa. La pátina de sudor en la piel de Isabelle Rossiter.

—Aquí parece que la estás tocando, amigo...

—¿Qué tal si replanteas tu última frase? —dijo Laskey.

—Estábamos en un vestíbulo abarrotado de gente, hablando.

Riggs se inclinó aún más y esparció las fotografías sobre la mesa. Era tan potente su aliento a alcohol que pude adivinar cuál era su marca favorita.

—Ya digo. Hablaba con todo quisque, esa chica.

Sarah Jane había hecho un buen trabajo fotográfico. El encuadre apenas si incluía lo que había a nuestro alrededor. Eran todo primeros planos de Isabelle y de mí. Riggs se apoyó pesadamente en mi hombro.

—¿Fue la noche que os conocisteis?

Asentí con la cabeza.

—Tú no pierdes el tiempo, ¿eh, tío?

—¿De dónde las habéis sacado?

No quería preguntarlo ni parecer nervioso, pero lo estaba.

—Un envío anónimo —respondió Laskey—. Por lo visto, Waits, hay alguien que quiere hundirte hasta el fondo. ¿Quién podría ser?

Yo ya estaba pensando en ello. Tanto Rossiter como Sarah Jane podían haberles enviado las fotos. Él era el candidato más probable. Pensé en cuando había tenido la oportunidad de destruirlas y no lo había hecho.

—¿Cuántas veces estuviste con Isabelle Rossiter? —dijo Laskey.

Riggs seguía apoyado en mi hombro con todo su peso. Aquella insistencia en Isabelle Rossiter, en las fotos, empezó a darme muy mal presentimiento, peor que los pinchazos que sentía en la cabeza.

—No me acuerdo.

—Pues haz memoria.

Lo intenté.

—Dos o tres veces en Fairview. Una en el Rubik's. Luego, la noche que la acompañé desde el club hasta su piso. ¿A qué viene esto?

—Háblanos de la noche en el Rubik's —dijo Riggs, y dejó de apoyarse en mi hombro.

Al rodear la mesa, la luz sacó destellos de su pantalón de poliéster y tuve que cerrar los ojos.

—Me topé con ella a última hora, faltaba poco para que cerraran. Isabelle estaba borracha y quise asegurarme de que llegara a casa sana y salva.

—¿Sana y salva de qué?

—El barman era un asqueroso.

—¿Ah, sí? —dijo Laskey—. ¿Y cómo se llama?

—Ni idea —mentí.

Laskey me miró con suspicacia.

—¿La llevaste a su piso? —dijo.

—Sí.

—El taxista dice que primero fuisteis a Fairview.

Intenté no pestañear.

—Es verdad, sí.

—¿A buscar Ocho?

—No.

—¿A qué, entonces?

—Isabelle estaba borracha...

—Ya. Por lo visto se desmayó en el coche —dijo Laskey—. El taxista nos dijo que le entró miedo de que le pasara algo.

El muy hijo de puta...

—Ella estaba bien. Decidí llevarla a Fairview porque yo no sabía que tenía un piso cerca de allí. No habíamos hablado tanto.

Laskey me lanzó la típica mirada de «Oh, sí, y ahora una de indios».

—Vale, la llevaste a su piso. ¿Y luego...?

—Cuando me marchaba, ella me pidió que volviera al día siguiente.

—¿Para qué?

—Quería contarme algo, dijo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntaste?

—Cuando volví a verla, estaba muerta.

—¿Es verdad eso? —dijo Riggs.

Laskey se sentó frente a mí. No paraba de encajar y desencajar su afilada mandíbula.

—Pensamos que quizá te dijo algo que a ti no te gustó...

—¿Algo como qué?

—Como que quería volver a casa de sus padres, por ejemplo.

—Eso era cosa suya. Yo le habría dicho que me parecía una buena decisión.

—Qué curioso. Cuando tú y ella subisteis al taxi después de salir del club, primero diste la dirección de sus padres...

Riggs continuó donde Laskey lo había dejado:

—Pero cuando ella se quedó grogui, le dijiste al taxista que diera media vuelta.

Cuando vi el dinero que Isabelle tenía en el bolso.

—¿Mi palabra contra la de un taxista?

—El trayecto quedó guardado en su GPS —dijo Laskey—. Bueno, ¿por qué cambiaste de opinión?

Era evidente que yo les estaba dando más de lo que recibía.

—Sin comentarios —dije.

Intercambiaron una mirada.

—¿Tal vez te dijo que había estado hablando con ese barman de cuyo nombre no quieres acordarte?

Laskey volvió a mirarme en plan «¿Qué más sabes?». Me intrigó que estuviera tan interesado en el barman.

—Ya sabes lo mucho que le gustaba hablar a esa chica —dijo Riggs.

—Sin comentarios.

—Sin comentarios —repitió Laskey, mirando a Riggs—. Supongo que nadie tiene que saberlo...

Le miré.

—Vaya, parece que has reaccionado.

—Igual que reaccionó en la escena del crimen —dijo Riggs—. Un agente acabó con la nariz rota.

—¿Por qué perdiste los estribos cuando viste ese mensaje en el espejo, Waits? «Nadie tiene que saberlo.» ¿El qué?

—Sin comentarios.

—¿Cómo es que estaba escrito en el espejo del baño de tu piso?

—¿Lo destrozasteis vosotros?

—Lo registramos, que no es lo mismo. Al llegar encontramos la puerta abierta. Alguien había escrito «Nadie tiene que saberlo» en el espejo del baño y luego lo había roto. Creo que fuiste tú.

—Sin comentarios.

—¿Y cómo es que cuando te hemos trincado hoy llevabas encima una nota con esa misma frase escrita?

—Sin comentarios.

—La letra no era la tuya —dijo Riggs—. Tu escritura es muy inclinada, como la de un psicópata. Quizá la nota era de Isabelle...

—Te envía una nota diciendo que nadie tiene que saberlo. Ella acaba muerta. Tú lo ves escrito en el espejo de un baño y agredes a un agente de policía.

—Sin comentarios.

—Escribes la frase en el espejo de tu propio cuarto de baño y luego destrozas todo el piso.

—Frío, frío...

—¿Quién estaba contigo cuando encontraste a Isabelle muerta?

—Nadie.

—«Hemos encontrado un cadáver», dijiste. En plural. He escuchado la cinta.

—Un error como otro cualquiera.

—Nadie tiene que saber ¿el qué? —insistió Riggs.

Le miré a los ojos.

—Dímelo tú.

—Responde una de las mías y yo responderé una tuya.

—¿Vamos a seguir con esto mucho rato?

—¿Cuántos polvos le echaste a Isabelle Rossiter antes de que muriera?

—Nunca hubo nada de eso.

Riggs miró a su socio levantando las cejas. Laskey me dedicó otro amago de sonrisa y empujó hacia mí la segunda carpeta.

—Ábrela —dijo.

El informe de una autopsia. Lo supe inmediatamente. El nombre que figuraba arriba era Isabelle Rossiter. Conocía ese tipo de documentos y asimilé rápidamente la información. Noté cómo el pulso atronaba en mi cabeza. La sangre acelerada en mis venas. Los latidos cada vez más fuertes.

Volví a mirar el informe.

En el momento de su muerte, el torrente sanguíneo de Isabelle Rossiter mostraba presencia de heroína. Eso era de esperar. También revelaba que estaba embarazada de varias semanas. Eso me dejó anonadado. No moví ni un músculo, pero sentí como si me hundiera en un pozo sin fondo. Laskey apoyó una mano en mi hombro y apretó. Pude notar sus dedos huesudos. Con la otra mano me acercó por encima de la mesa una bolsita de pruebas.

La foto de Isabelle que me había dado su padre; yo la llevaba en el bolsillo.

Una muchacha bonita y pálida, de cabellos de un rubio apagado e inteligentes ojos azules. En la foto, ella miraba un poco más arriba de donde habría estado la cámara. A la persona que hacía la foto. La expresión era de intimidad. Laskey sonrió a dos centímetros de mi cara y volvió a estrujarme el hombro.

—Tú nunca la tocaste, ¿verdad? Pues entonces no tienes que preocuparte por nada.

La misma conversación se repitió varias veces. El ambiente se iba caldeando cada vez más, hasta que decidieron salir a comer algo. Yo había perdido por completo la noción del tiempo y tenía la cabeza hecha un caos de mentiras y omisiones.

Volvieron a entrar oliendo a aire fresco, fritanga y tabaco. A libertad. Yo no podía concentrarme ni contestar nada. Oía mis propios latidos. Oía ruido ambiental procedente de otras salas, arriba y en el mismo sótano. Dentro de la caja donde estábamos metidos, el aire era tan denso y caliente que nada se movía en él. Pensé que quizá había sufrido una conmoción cerebral.

Laskey y Riggs sudaban. Yo también. Sudaban hasta las paredes. Vi que Laskey movía los labios, dirigiéndose a mí, e intenté prestar atención.

—Hablemos de la Franquicia, Waits.

—¿Podéis darme un vaso de agua o lo que sea?

—Enseguida, pero antes hablemos un poco de la Franquicia.

—¿Qué quieres saber? —dije, empezando a hablar como si estuviera ebrio.

—Cuéntanos cómo te introdujiste allí.

Yo tenía mis sospechas sobre los dos, Laskey y Riggs, y opté por ceñirme a la historia de mi caída en desgracia. Tiré de improvisación.

—Fue después de que me expulsaran. Estaba buscando algún sitio donde pillar droga...

—Pero tú eres un expoli. ¿Cómo conseguiste que te invitaran a Fairview?

—Conocí a una chica, Catherine, en el Rubik's.

—¿Es la que desapareció de la faz de la tierra unas semanas después? —Moví afirmativamente la cabeza. La sensación fue como sufrir un aneurisma—. Dijiste

que la conocías de un caso antiguo...

—Así es. Y me topé otra vez con ella en el club.

Riggs y Laskey se miraron.

—Continúa —dijo el segundo—. Te encontraste otra vez a esa tal Cath.

—Le dije lo que andaba buscando y ella me explicó cómo conseguirlo.

—Y la primera noche que estuviste en Fairview, ¿Isabelle Rossiter fue la única persona con la que hablaste?

—Sí.

—¿Y esas fotos te las hicieron entonces?

—Sí. Oye, ¿podéis darme agua?

—Enseguida —dijo Laskey—. La noche en que acompañaste a Isabelle a su casa, ¿te metiste algo?

—No.

—¿Habías bebido?

Sí. Pero dije que no.

—Sábado, 14 de noviembre. Te vieron en pleno altercado con ese barman de cuyo nombre no quieres acordarte...

—No puedo acordarme porque nunca he sabido cómo se llama —dije.

Laskey: insistiendo en el barman. Otra vez aquella mirada. «¿Qué más sabes?» Por un momento, tuve la certeza de que yo no era el único allí que guardaba secretos.

—Mira, tenemos un montón de testigos que afirman que estabas borracho. Que te tiraste toda la cerveza por encima. Al día siguiente Isabelle Rossiter estaba muerta...

Guardé silencio.

Riggs me dio un capirotazo en la cabeza.

—Estás borracho. Te lías a hostias con él y te largas con Isabelle Rossiter. Primero vais a casa de sus padres, es posible que por petición de ella, pero entonces se desmaya y tú le dices al taxista que dé media vuelta y se dirija a Fairview.

—No.

—Donde sabes que podrás pillar —añadió Riggs.

—No.

—Y después vuelves al piso —dijo Laskey.

—Pero os ponéis a discutir.

Negué con la cabeza. Tuve que agarrarme a la mesa para mantenerme erguido.

—Ella se despierta en un sitio en el que no desea estar.

—Contigo.

—Conversación de borrachos al principio, pero ella está acostumbrada a salirse con la suya.

—Esas jodidas ricachonas, ya se sabe...

—Tú, claro, intentas hacer que se calme.

—Que no lo diga, pero ya no hay quien la pare.

—Y entonces juega su última carta.

—Te mete un as por el culo —se burló Riggs—. Está preñada. —Se quedaron los dos callados un rato y luego Riggs continuó, no sin antes acercar su cara a la mía—: No se ha cerrado de piernas en seis meses, a saber de quién es el crío.

—Nadie tiene que saberlo —dijo Laskey—. Ese es el meollo de la cuestión, ¿verdad? En una situación así, ningún tío podría controlarse.

—Aclaremos esto de una vez, Waits. ¿Desde cuándo te follabas a esa chica?

—Pensaba que estábamos hablando de la Franquicia —dije.

Tenía la vista fija en la mesa pero notaba que los dos me estaban mirando. Me oí respirar. Y vi que me caían gotas de sudor de la cara.

—Por mí, de acuerdo —dijo Laskey—. Parece que la Franquicia está de capa caída últimamente. ¿Por qué?

—Sheldon White salió de la cárcel y empezaron a pasar cosas. Pintura blanca y negra en sitios donde no debería haberla. Después el Ocho adulterado, la muerte de Isabelle, Sycamore Way, el robo de las recaudaciones de Carver...

—¿Te refieres a esos taxis que atacaron? —dijo Laskey.

—Sí.

—¿Y al incendio en Yarville Street?

—Sí.

—¿Tú estuviste en Sycamore Way? —dijo Riggs.

Sí. Dudé y dije que no.

—Había un tío que respondía a tu descripción —dijo Laskey—. No me digas que tienes un doble.

—Dios no es tan cruel como para ponerle la misma jeta a dos hijos de puta —dijo Riggs.

Yo, callado. Me dio un capirotazo en la cara.

Laskey se levantó.

Ahora estaban los dos de pie frente a mí.

—La cosa llega a su punto álgido cuando vuelves a encontrarte a tu amiga Cath en el Rubik's...

—Estaba Sheldon White. La amenazó. —Mi voz me sonó extraña. Una voz cansada, suplicante—. Dijo que si no le hacía llegar un mensaje a Carver, ella acabaría como Joanna Greenlaw.

—¿Qué mensaje?

—Que, de ahora en adelante, el Rubik's pasaba a ser de los *burnsiders*.

—¿Fue entonces cuando te dijo dónde estaba Greenlaw?

Negué con la cabeza y lo lamenté enseguida. La habitación empezó a dar vueltas.

—La mencionó como una amenaza, eso es todo.

—Y al día siguiente te encontramos nosotros —dijo Riggs—. Con pinta de haber estado metiéndote algo... —Yo no dije nada. Volvió a darme un capirotazo en la cara—. Como si hubieras estado yendo de club en club, cada vez más hecho polvo.

—No.

—Mostrando tu placa para saltarte las colas.

—No.

—Y luego, cuando fuimos a verte, inventándote ese rollo de la rivalidad entre

narcos y la chica desaparecida.

—No. —Pensé—. Fue otra persona quien dio parte de la desaparición de Catherine y Grip...

—Sarah Jane Locke. Otra mujer relacionada contigo y que desaparece de la faz de la tierra. Que se te esfume una, pase. Pero dos ya es negligencia, Waits.

—Llamé a varios hospitales al día siguiente preguntando por Catherine. Compruébalo.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Y...?

—Y es cierto, llamaste a varios hospitales.

—¿Entonces?

—Entonces nada, que te hiciste pasar por un agente de policía. Enhorabuena.

Se produjo un silencio. Riggs se inclinó sobre la mesa y me miró fijamente.

—Has dicho que nunca tocaste a Isabelle Rossiter. Mentira. Has dicho que querías que volviera a casa de sus padres. Mentira. Has dicho que estabas solo cuando encontraste su cadáver. Mentira. —Noté el creciente calor que emanaba de él—. Dijiste que conocías a esa tal Catherine de un caso antiguo. Mentira. Que la vieron por última vez en compañía de Sheldon White. Mentira. Que habías entregado tu placa de policía... —Hurgó en uno de sus bolsillos y estampó contra la mesa una bolsa de pruebas. Era mi placa. Antes estaba en mi bolsillo—. Mentira.

—Ya os lo dije. Id a hablar con Parrs.

—Ya hemos hablado. Él no se acuerda de la chica. Bueno, casi ni se acuerda de ti. Dice que eres un fantasioso de cojones.

Todo se detuvo de repente.

Me retrepé en la silla. Noté el pecho constreñido y no podía hinchar más los pulmones.

—Os lo contaré todo, ¿vale?, pero antes necesito un poco de agua.

Laskey y Riggs se miraron. Ambos respiraban por la boca, ambos tenían la camisa pegada por el sudor. Laskey le hizo una seña a su compañero.

Riggs me dedicó una sonrisa aviesa.

—No te vayas, ¿eh? —dijo.

Dio media vuelta, retiró de un puntapié la silla que había frente a la puerta y abrió. Una vez fuera, corrió el cerrojo. En ese corto tiempo entró un poco de aire del pasillo. La corriente me provocó escozor en los ojos.

Laskey retomó su postura al fondo de la habitación. Manos en los bolsillos haciendo bailar calderilla. Ahora mirándome a mí. Con dificultad, debido a las esposas, me pasé una mano por la cara y luego me miré la palma: empapada de sudor. Me la pasé por el pelo. Antes estaba apelmazado por la sangre, de cuando Riggs me había golpeado en casa de Greenlaw, pero con el sudor se había reblandecido y ahora podía notar el chichón.

Me puse a pensar en Laskey. En su manera de interrogarme. En su interés por el barman. Aquella mirada como diciendo «¿Qué más sabes?». Se me ocurrió que, si él tenía un secreto, entonces el barman debía de ser su punto flaco. Intenté pensar.

Laskey me miraba sin más.

Venga a toquetear las monedas.

Me palpé el punto del cráneo donde me habían golpeado. Pensé en la noche en que conocí a David Rossiter. La noche en que conocí a Catherine. La primera noche que estuve en Fairview y la noche en que conocí a Isabelle Rossiter. Al salir del Rubik's, alguien me había golpeado en la cabeza.

«El amigo de Zain», había dicho Sarah Jane.

Volví en mí, boca abajo en plena calle. La pareja joven cambió de acera para evitarme, y entonces oí un tintineo de calderilla.

Levanté la cabeza. Miré a Laskey.

—Tú me golpeaste en la nuca al salir del Rubik's. —Su expresión no varió lo más mínimo—. Tú ocultaste pruebas contra Glen Smithson, el barman de la Franquicia, en aquel caso de violación.

Laskey volvió a toquetear la calderilla y sonrió.

La expresión de Laskey no cambió hasta que oímos abrirse la puerta. Riggs entró con tres botellas pequeñas de agua y pude aspirar una ráfaga de aire fresco. Al cerrarse la puerta, lo que me llegó fue el sudor acre de Riggs.

Laskey quitó el tapón de su botella y se la bebió de un trago, estrujando el plástico mientras bebía. Riggs hizo lo propio, pero derramando parte del agua sobre la pechera de su camisa. El agua se mezcló con el sudor.

Yo tenía la boca seca. Notaba todavía en los dientes el golpe contra la pared de ladrillo en casa de Greenlaw. Miré la botella que me habían dado. El precinto estaba roto. Un viejo truco, un truco barato, para que me lo pensara dos veces antes de beber. La dejé donde estaba.

Tuve la clara sensación de que mi vida dependía de salir de allí cuanto antes.

—Oye, Riggs, ¿puedo preguntarte algo?

Pareció sorprendido, miró a Laskey y se sentó frente a mí. Luego se frotó la nariz con el antebrazo y asintió.

—Claro, Aid. Adelante.

—¿Dónde estuviste el 30 de octubre?

—Ni idea, tío. ¿Y tú?

—En un bar. El Rubik's. Era viernes, por cierto. Yo bebo demasiado y tú también. Por eso te lo apuntas todo. En esa libreta que llevas en el bolsillo, para luego poder comprobar lo que haga falta.

Riggs volvió la cabeza y miró a Laskey.

Su socio permanecía en pie, quieto como una estatua, apoyado en la pared. Riggs no pilló qué estaba pasando, pero a fin de no delatarse alcanzó su chaqueta sin darle más importancia. Hurgó en los bolsillos, encontró mi cartera y mi móvil

y los dejó encima de la mesa. Después sacó su libreta.

Antes de que la abriera, dije:

—Predicción: si estabas de servicio con él —señalé a Laskey— hacia las seis de la tarde, apuesto a que él se marchó con alguna excusa o bien lo perdiste de vista sin más.

Riggs pareció vacilar, lo cual confirmaba que mis palabras habían removido algún recuerdo. Buscó la página del día y se encogió de hombros.

—Sí. ¿Y qué? ¿Cuántos polvos le echaste a Isabelle Rossiter antes de que muriera?

—¿Dónde estuviste el lunes 16 de noviembre?

—Pero ¿esto qué es?

Laskey encajó y desencajó la mandíbula.

—Cuéntaselo —dijo impertérrito. No había dejado de mirarme en todo el rato, siempre con la misma expresión en la cara—. Tenemos tiempo.

Riggs pasó unas cuantas hojas de su libreta hasta dar con la fecha.

—Predicción —me adelanté yo—: Removió cielo y tierra para que lo asignaran a la investigación tras la muerte de Isabelle Rossiter.

—¿Ah, sí? —dijo Riggs—. Explícate.

—Viernes 30 de octubre. Zain Carver le dice al hombre que tiene infiltrado en el cuerpo que me dé una paliza. El subinspector Laskey te deja con algún pretexto a eso de las seis de la tarde. Yo fui agredido a las siete. —Riggs se rebulló en la silla—. Lunes 16 de noviembre. El mismo hombre se asegura de que la sala 6.21A de esta jefatura sea reasignada a fin de poder entrar y salir sin llamar la atención. Un disco duro que estaba seguro de que contenía pruebas contra él aparece borrado.

Riggs se encogió de hombros.

—No tiene ningún sentido.

Miré a Laskey.

—Yo trabajaba como agente encubierto para levantar la liebre. Decidle al superintendente Parrs que venga. Ya.

Riggs sonrió y dijo:

—Según Parrs, estás hasta el cuello de mierda...

—¿Se lo has oído tú, o eso te lo ha contado Laskey?

Riggs se quedó inmóvil. Laskey se quedó inmóvil.

—¿Y el primer día que vinisteis a mi piso?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Los porteros de la Franquicia no le darían a la poli ni la hora. Si un chiflado estuviera utilizando su placa de policía para entrar en clubes de la Franquicia, informarían a su jefe, a Zain Carver. Y este le diría a su hombre infiltrado que investigara.

—Estás delirando...

—Aún hay más. Glen Smithson.

—¿Tiene que sonarme de algo?

—El barman de la Franquicia que tanto le interesa a Laskey, porque todo el rato intenta que hablemos de él. Hace unos años fue acusado de violación, pero las pruebas desaparecieron.

—Ya, ¿y...?

—Y hace un par de semanas él también desapareció. Pero nadie dio parte.

—Vale, y todo eso ¿qué tiene que ver con Jim?

—Cuando yo fui a buscar a Smithson, el guardia de seguridad de su bloque me dijo que era el segundo poli que iba por allí. El primero se presentó la noche de Sycamore Way, asomó la cabeza en el piso del barman y se largó. Fue la misma noche en que yo oí cómo Zain Carver daba la alerta a todos sus hombres, a toda la Franquicia.

—¿Y estás diciendo que fue Jim? —Riggs pareció meditarlo—. A ver, demuéstalo.

—El primero en ir al edificio dejó su número de móvil al guardia de seguridad, por si aparecía Smithson. Yo copié el número y lo guardé en mi móvil.

Laskey dio un paso al frente, pero Riggs se adelantó y cogió mi móvil de la

mesa.

—¿Con qué nombre lo guardaste?

—Franquiciano.

Riggs rodeó la mesa y se situó a mi derecha. Así, Laskey y él quedaron frente a frente, uno a cada lado de mí. Riggs se puso a mirar la lista de contactos. Luego levantó la vista y pulsó «llamar».

El móvil de Laskey empezó a sonar, el típico tono estridente que suele venir de fábrica. Con mucha calma, lo sacó del bolsillo de su chaqueta y cortó la llamada. Su rostro se contorsionó en una sonrisa. Sin dejar de mirarme, le habló a su socio en voz baja:

—¿Por qué no vas y despiertas al súper?

Riggs puso cara de desconcierto.

—Si me dejas a solas con Laskey —le dije—, él dirá que fue un accidente. Que intenté escapar y...

—¿Es que te has vuelto loco? —dijo, mirándome.

—Vamos, ve a buscar a Parrs —insistió Laskey, siempre sin quitarme el ojo de encima.

—... y no podéis hacer entrar a un subalterno aquí, porque oficialmente no estoy detenido. Tendríais que dar explicaciones.

—Ve a buscar a Parrs —dijo Laskey.

—Sí, claro —dijo Riggs, creyendo apuntarse a la broma.

—¡QUE VAYAS A BUSCARLO, COJONES! —le gritó Laskey, con las venas del cuello a punto de reventar. Riggs le miró boquiabierto—. Es una orden.

Dejó el teléfono sobre la mesa y retrocedió hacia la puerta. Al salir, dejó que se cerrara sola. Laskey me miró. Los pasos iban alejándose por el pasillo.

Primero andando, luego corriendo.

Laskey hizo sonar la calderilla por última vez y se sacó las manos de los bolsillos. Dio un paso hacia la mesa.

Yo me levanté.

—Este sitio está protegido —dije, improvisando—. Cámara de vigilancia, registro de fecha y hora...

—No sé de qué coño hablas.

—El guardia de seguridad identificó tu fotografía —mentí.

—Calla —dijo, avanzando otro paso.

Comprendí que trataba de pensar a toda prisa, de buscar una salida. Cogió mi teléfono de la mesa y lo lanzó al suelo. Luego lo pisó, machacándolo con el tacón. Finalmente se arrancó el cordón que le colgaba del cuello y lo tiró a la mesa.

Bajé la vista.

Era su placa. Retrocedió unos pasos y pulsó el botón verde. Sonó una alarma, pero yo permanecí quieto. Laskey se encogió de hombros, agarró la grabadora y se golpeó en la cara con el canto del aparato.

Volvió a la pared del fondo y me miró. Le salía sangre de la nariz, y poco a poco le fue resbalando mentón abajo hasta mancharle la camisa. Tardé menos de un segundo en decidirme. Cogí mi cartera y mi placa. Abrí la puerta y eché a correr por el pasillo. Crucé dos puertas y giré buscando una salida de emergencia.

La de la planta baja se abría al espacio cerrado del aparcamiento. Empujé la puerta para que pareciese que había salido por allí y luego subí a la primera planta. Respirar me costaba horrores. Cuando oí un ruido a mi espalda, eché a correr. Seguí las cañerías vistas hacia el lado sur del edificio, bajé una planta y me precipité hacia Central Park por la salida de incendios, pensando:

Joder. Joder. Joder.

V

CONTROL

Estaba ya dentro del taxi y aún no sabía adónde dirigirme.

—¿Conoce el Wiggle Room? —le dije al taxista.

El hombre hizo una mueca. El Wiggle Room es un destartalado club nocturno semilegal que hay en Sackville Street. A cinco minutos andando estaba el barrio gay: colorido, efervescencia y vida. El Wiggle Room era la otra cara de la moneda. De día era difícil localizarlo, pues la entrada estaba tapada por viejos carteles superpuestos de espectáculos de sadomaso y travestismo. Confié en que el taxista relacionara mi aspecto con esas prácticas. Continuaba esposado y me daba miedo la pinta que pudiera tener.

En la cola para entrar se mezclaban las risotadas con la música de viejos clásicos procedente del interior. Pagué la carrera y me apeé del coche.

Dos enormes drag queens luciendo boas de vivos colores se ocupaban de la puerta. Se mantenían en equilibrio sobre unos zapatones de lentejuelas con unas enormes plataformas de plástico transparente. Estas estaban llenas de agua y dentro nadaban varios peces de colores. El impacto era intencionadamente cómico y absurdo. Mentalmente asimilabas de un solo vistazo el personal, el cuero, el maquillaje, pero luego algo te chocaba.

¿No era ese un presentador del informativo de la cadena ITV? ¿No había alguien cantando la versión de «Candle in the Wind» dedicada a Lady Di?

La propia cola era variopinta.

Había gente venida del barrio gay que quería comprobarlo con sus propios ojos. Luego había entusiastas del sadomaso, envueltos en apretadísimos corsés de PVC. Había también curiosos, hombres de rostro inexpresivo que miraban hacia otro lado para que nadie los reconociera. La primera noche del mes se

llenaba siempre porque actuaba la estrella principal.

Daddy Longlegs.

El nombre artístico del Bicho era algo más que un álter ego para él. Gracias al maquillaje cambiaba por completo de personalidad. Exigía, además, que los trataran como a dos entes independientes. No coincidían en nada, y por regla general el Bicho era el más razonable de los dos. Eran ya las primeras horas del 2 de diciembre, y el espectáculo estaba todavía en marcha.

Me puse a la cola detrás de un hombre de mediana edad que tiritaba en minifalda y zapatos de tacón de aguja. Avanzábamos rápido y algunos tipos de rostro inexpresivo recordaron de repente que tenían un compromiso y se esfumaron a toda velocidad.

Vi mi reflejo en la puerta. Los pelos de punta en todas direcciones debido al sudor y la sangre ya secos. Pero las esposas aportaban el toque ideal. Di un billete de cinco a una de aquellas reinonas de más de cien kilos y me dejó pasar sin mirarme dos veces. Me sentía mareado, aturdido. Eléctrico. Nada más cruzar la puerta, un viejo encogido de mirada aviesa y traje de raya diplomática me selló la mano. Un relámpago.

Yo había encontrado recibos del club en el piso de Glen Smithson. Necesitaba hablar urgentemente con él. Aparte de estar conectado con Laskey, él me había dado la carta que condujo a mi hallazgo de Joanna Greenlaw. Lo cual planteaba más preguntas de las que respondía.

Necesitaba una explicación.

Avancé por un pasillo poco iluminado sobre una moqueta húmeda que producía ruido de succión al pisarla. Un poco más allá estaba el mostrador de guardarropía, y otra cola variopinta. Pasé entre algunas miradas hostiles para dirigirme a la escalera que conducía a la sala principal. La ciudad los trataba como a marginados, y era aquí adonde acudían al final del día. Yo, en el mejor de los casos, era un turista. En el peor, un problema en potencia. Empujé la puerta de doble hoja que había al final de los escalones.

El pestazo a alcohol rancio y a lejía me abrasó los ojos. Había un mar de gente

moviéndose bajo una iluminación de locura. Doscientas o trescientas personas, apretujadas en un aforo para la mitad, avanzando y retrocediendo al compás de la música.

El calor era sólido como un muro.

Noté que del techo caían gotas de condensación. Era difícil hacer un cómputo por géneros. Hombres, mujeres y todo lo que había en medio. Parejas y tríos besuqueándose en todas las combinaciones imaginables. Aunque un tercio de los presentes lucía atuendos tipo *Rocky Horror Show*, la mayoría iban vestidos de calle. Lo suyo era auténtico, no para la galería.

La gente chillaba, sudaba, se bamboleaba camino del escenario. Había un telón de fondo en el que se leía:

«Daddy Longlegs y sus Pequeñas Delicias».

Me metí entre la gente y fui derecho hacia la barra. Atendía una joven y guapa transexual. Pedí tres bourbons largos. Dos a palo seco y uno con hielo. Los primeros me los tomé allí mismo, en la barra, mientras la chica me dirigía una mirada de suave reproche. Luego me tocó la mano y dijo: «Calma, tigre». Hice un gesto de asentimiento con la cabeza y me volví hacia el escenario con el tercer bourbon en la mano.

Daddy Longlegs gemía pegado al micro mientras giraba y giraba alrededor del pie. Tres enormes drag queens negras, Las Delicias, formaban el coro. Longlegs llevaba unos guantes negros de piel hasta los codos y un conjunto de cabaretera modificado para que pareciese un uniforme de las SS. Cuando por fin conseguí llegar al pie del escenario, Longlegs estaba haciendo su número final, inclinándose sobre el público y parodiando un acto sexual armado de un consolador del tamaño de una manguera contra incendios.

A todo esto, cantando una versión *lounge* de «Moon River».

Al terminar la canción, la gente se volvió loca y en el escenario explotaron bombas de purpurina. La estrella y sus acompañantes quedaron rociados de centelleante confeti rosa. Alguien lanzó un ramo de flores negras envuelto en alambre de espino y Longlegs lo cazó al vuelo y se llevó las flores al pecho.

Luego hizo una profunda reverencia, aprovechando para coger del suelo una botella de champán medio llena. Se incorporó, llenó los carrillos del líquido burbujeante y roció a toda la primera fila. Otra reverencia, esta vez cogido de las manos con sus coristas, y luego abandonó el escenario. Casi al momento, la muchedumbre empezó a desfilar. Iban camino del siguiente local.

Me metí por un pasillo infecto que había detrás del escenario, bajé unos escalones y encontré el camerino. En la puerta había una estrella.

En medio de la estrella se leía: «Daddy».

Se oía hablar a gente al otro lado. Cuando llamé, la conversación cesó bruscamente. Oí pasos y un momento después alguien abrió la puerta apenas un palmo.

—¿Qué hay? —dijo una de las Delicias.

Iba vestido de calle, ropa normal, y su corpachón bloqueaba la entrada.

—¿Puedo hablar con él?

—Daddy está quitándose la máscara —respondió con voz grave y tensa—. Nada de visitas ahora.

—Dile que soy Waits.

El tipo me miró raro.

—¿Y no haces honor a tu apellido?

—No —dijo una voz desde el interior—. Él no tiene que esperar. Venga, entra, Aidan.

El hombre se apartó y pude ver un camerino ordenado y limpio. Daddy Longlegs estaba sentado de espaldas a la puerta, mirándose en un espejo de tocador estilo Hollywood, con bombillas alrededor del marco. Siguió quitándose el maquillaje sin girarse.

—¿Qué quieres? ¿Un autógrafo o un poco de carmín en el cuello de la camisa?

Yo alcé las manos.

Hice sonar las esposas.

—Se me ha ocurrido que, para librarme de estas cosas, nadie mejor que tú. —

Vi que fruncía el entrecejo. Luego se volvió hacia mí con cara de genuina sorpresa—. Necesito un favor —dije.

—Lewis —dijo Longlegs en tono monocorde, sin apartar los ojos de mí—, ¿nos dejas un minuto a solas?

Le conté la historia. La parte que yo entendía, al menos.

Se había quitado ya el maquillaje, pero seguía llevando el disfraz. Sentado delante de mí con las piernas cruzadas, hizo girar las esposas con el dedo índice. Resultó que dentro del bolso llevaba una llave especial para abrirlas.

Terminé de hablar, pero él siguió jugueteando con las esposas hasta que se fijó bien en ellas. Entonces meneó la cabeza.

—Marca Hiatts... —Las miró torciendo el gesto—. 2103s. ¿Qué ha sido de la artesanía?

—¿Estabas escuchando lo que te decía?

Longlegs me miró con odio. No supe si estaba actuando o si la mirada era sincera.

—¿Por qué tendría que ayudarte, Aidan?

—Puedo conseguirte dinero.

—Yo también puedo. ¿Por qué tendría que ayudarte?

—Pensaba que ese joven de Sycamore Way era tu amigo...

—Mi compañero —dijo él, con una sonrisa que se apagó enseguida—. No me dejaron verle, antes de que se...

—Lo siento.

—Lo cual no quiere decir nada, viniendo de ti. Desde que eras un crío no has hecho más que repetir «lo siento». Lo llevas de fábrica. Deberían abrirte el coco con un destornillador y hacerte un buen apaño.

—Otro día, si acaso.

—Pero sigues sin decirme por qué tengo que ayudarte yo, precisamente.

—No tengo a donde ir —dijo. Y era verdad—. Yo no me creo toda esta

mierda, ¿sabes?, este número que te montas. Hace tiempo cuidaste de mí. —Él no dijo nada—. Podrías llamar ahora mismo a la policía y entregarme. Sería una manera de poner fin a todo esto.

—¿Y la otra?

—Hay narcotraficantes implicados. Policía. Políticos. —Cerré los ojos—. Si me ayudas, conseguiríamos joder a mucha gente.

Cuando levanté la vista, él me estaba mirando, totalmente inexpresivo. Luego vi moverse una de las comisuras de su boca.

Acto seguido, la otra.

De repente estalló en una risa histérica y alegre. Se inclinó hacia delante, me tocó una rodilla y sonrió afectuosamente. Luego meneó la cabeza, la ladeó hacia un lado y se retrepó de nuevo en la silla.

—Tú siempre sabes qué decir.

Condujo él. Sin el disfraz de Daddy Longlegs, vestido de calle, volvía a ser el Bicho. Yo iba hundido en el asiento del copiloto. Recorrimos calles secundarias y callejuelas en dirección al trastero donde yo había guardado las cosas de mi vida anterior. Donde había dejado las cinco mil libras que me dio Zain Carver. Intenté convencerme de que haber acudido al Bicho era una decisión inteligente. Un paso imprevisible, ajeno a los radares. Lo cierto es que, sin él, no sé qué habría hecho. Tenía tan pocos amigos en mi nueva vida como en la de antes.

Desconocía hasta qué punto me estaban buscando o si la búsqueda había empezado siquiera. Laskey necesitaba como el aire que yo saliera del edificio de jefatura mientras él ocultaba o tergiversaba lo que estaba pasando. Me habían llevado por la fuerza y a horas intempestivas. Oficialmente no estaba detenido. Por tanto, desde el punto de vista legal, era libre para marcharme cuando lo deseara.

La agresión cambiaba las cosas, pero cómo la explicaría Laskey, y a quién, era pura conjetura. Yo me olía que iba a hacer cuanto estuviera en su mano por mantenerlo entre él y Riggs hasta que pudiera borrar todas las pistas que lo relacionaban con Carver, o hasta que Riggs se fuera de la lengua.

Con suerte, eso me daría a mí unas veinticuatro horas.

—¿Falta mucho? —dijo el Bicho.

—Gira por esta a la izquierda.

Le había pedido prestado el coche a Lewis. Era un utilitario oscuro que petardeaba. El del Bicho era un Cadillac blanco, y pensamos que llamaría demasiado la atención. La diferencia más palpable entre su personaje de ahora y el de cabaret era la cantidad de tics y espasmos que sacudían todo su cuerpo. No

paraba, literalmente, de fumar porque:

—Daddy odia el tabaco.

En cuanto se quitó las prendas de cuero y se puso un elegante y arrugado traje negro de estilo informal, la perspectiva de ayudarme le había agriado inmediatamente el humor. Tuve que recordarle lo del dinero. Más allá de un cierto punto, todos estos compromisos parecían tener un valor equivalente. ¿Cuál sería el próximo?, me pregunté.

—Háblame de Neil, el barman —dije por decir algo.

El Bicho siguió conduciendo.

—¿Que te hable de quién? ¿El qué?

—Neil. Hasta hace poco era el barman del Rubik's.

—Yo no me tomaría nada en ese sitio ni que sirvieran sangre de Zain Carver a presión.

—Neil iba a menudo por el Wiggle Room.

—Bueno, Aidan, hasta un empleado de la Franquicia puede tener buen gusto.

—Te aseguro que él no lo tiene.

—Puedo afirmar categóricamente que no conozco a ningún empleado de la Franquicia que se llame Neil.

—También se hacía llamar Glen...

—Ah, eso ya es otra historia —dijo divertido, contento de poder explayarse—. Glen y yo nos conocemos de hace mucho, ¿sabes? Tenemos algunas cosas en común. —Pensé en la absolución del exbarman, y supongo que se me notó en la cara—. Oh, no me refería a eso. Qué mente calenturienta la tuya. Él me cortaba algún que otro trocito de ladrillo de la Franquicia.

—Espera un momento... —De hecho, me llegué a reír—. ¿Le robabas a Zain Carver?

—Esa es buena, ¿eh?

—No está mal. ¿Y cómo os lo montabais?

—Todo pasaba a través de Glen, o Neil, o como se haga llamar ahora. Cuando entregaban el Ocho en el Rubik's, él cortaba un trocito y me lo pasaba

haciéndome una bonita rebaja.

Pensé en Glen. Neil. El barman.

Su mirada calculadora. Por lo visto, estaba en el centro de muchas cosas. Laskey había saboteado un juicio contra él. Glen había tenido algún tipo de relación con Isabelle Rossiter. Tal vez le suministraba drogas. Había sido el punto de apoyo de Carver en toda la operación Franquicia. Luego lo había traicionado en beneficio de los *burnsiders*, que a su vez lo habían traicionado a él. Sabía dónde había estado escondido el cuerpo de Joanna Greenlaw todo este tiempo. Y ahora resultaba que había estado engañando a todo el mundo, vendiéndole al Bicho fragmentos de ladrillo robados.

Me acordé una vez más de cuando tiré su droga al váter.

Obligándolo a esconderse.

Pensé en el día que se presentó en mi bloque, blandiendo un cuchillo. El mismo cuchillo con que me había pinchado la noche en que Cath desapareció. ¿Por qué había vuelto? ¿De dónde había sacado la idea de que el cuerpo de Joanna Greenlaw estaba escondido debajo de la bañera? ¿Y por qué me la transmitió a mí?

—¿Cuándo le viste por última vez? —dije.

—Pues ahora que lo mencionas, puede que se pasara por el Wiggle Room.

—¿Hablasteis?

—Nos comunicamos. Las cosas no iban bien.

—¿Te pidió dinero?

—No es que quisiera dinero, sino lo que podía comprar con él...

—¿Ocho? —Le miré. Él siguió conduciendo, con sus tics, con su cigarrillo, impasible. Asintió con la cabeza—. ¿Y tú qué le dijiste?

—Hombre, él era mi proveedor. Le dije que se había hecho la picha un lío. A ver —añadió—, en mi vida personal me gustan esos líos. Pero los negocios son otra cosa.

—Dices que las cosas no iban bien. ¿Por qué?

—Glen estaba nervioso. Mirando todo el rato hacia atrás. A ver, en mi vida

personal me gusta que un chico mire hacia atrás. Pero los negocios son otra cosa.

—¿Qué aspecto le viste?

El Bicho se rio.

—Aspecto de tener mal sabor de boca. A ver, en mi vida personal...

—Vale...

—Ojeras hasta los pies, la barba hecha una pena. Pensé que la única razón por la que Glen podía querer más Ocho era para volar hasta el mismísimo cielo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Vino al Wiggle la semana después de lo de Sycamore Way.

Sí, encajaba con los recibos que había encontrado en su piso.

—¿Le has vuelto a ver?

—Solo una vez...

—¿En el Wiggle Room?

El Bicho se removió en su asiento.

—No, me llamó —dijo.

—¿Fuiste a verle?

—Sí. Estaba ingresado en el Royal Infirmary y necesitaba que alguien fuera a buscarlo.

La noche en que Cath desapareció. El barman y su pierna rota.

—¿Adónde lo llevaste?

—Ya te lo enseñaré.

—Ahora.

—Cuando tú... —murmuró algo por lo bajo.

—Cuando yo ¿qué?

Echó la cabeza hacia atrás y exclamó:

—¡ENSÉÑAME LA PASTA! —Apartó las manos del volante, soltó un grito bestial y pisó a fondo. El coche derrapó hacia la izquierda y yo alargué el brazo para enderezarlo. El Bicho dejó que yo sostuviera un segundo el volante y luego, aclarándose la voz, volvió a cogerlo—. Perdona, chico, lo siento.

Cuando llegamos al trastero, le dije que esperara fuera. Era un espacio oscuro y húmedo con unas cuantas cajas apiladas. Había empezado ya a moverlas cuando advertí que él estaba en el umbral, observándome.

—¿Aquí es donde guardas tus cosas? —dijo.

—Sí.

Puso cara de pena, casi como si me tuviera lástima.

—¿Y el resto?

Hice caso omiso. Encontré la pequeña mochila donde había metido el dinero de Carver, se la entregué y el Bicho pasó un dedo por los fajos de billetes. Satisfecho con la inspección, se echó la bolsa al hombro e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Adónde llevaste al barman? —dije.

—Hicimos una ruta bastante completa. Vamos y te lo enseñaré.

Volvimos al centro de la ciudad. Eran más de las tres de la madrugada y apenas había tráfico. Me extrañó cuando llegamos al Royal Infirmary, pero luego entendí que íbamos a recrear el trayecto que había hecho con el barman.

—Llego aquí y me lo encuentro cojeando, con una pierna rota y los dos ojos a la funerata.

—¿Te dijo lo que le había ocurrido?

—Que la había cagado con los *burnsiders*. Con Sheldon White en concreto.

—Él estaba con una chica que desapareció esa misma noche: Cath. ¿Te dijo algo de ella?

—No. No mencionó a ninguna Cath. —Sentí que el alma se me caía a los pies —. En cambio, soltó alguna perla sobre ti...

—¿Por ejemplo?

—Que tú habías matado a Isabelle Rossiter.

Continuamos en silencio durante cosa de un minuto.

—¿Te dijo algo más?

—¿Es verdad?

—No —dije.

Solo de oír que alguien decía eso me entraron ganas de darme una ducha.

—Es lo que yo le dije. No, no me contó nada más. Estaba hecho polvo. Con dolores fuertes. Le costaba hablar.

—¿Adónde fuisteis?

Un nuevo espasmo.

—Te lo mostraré —dijo.

Por la dirección que llevábamos y por la prueba que yo había encontrado en el cuarto de invitados, deduje que seguramente íbamos a la casa de Joanna Greenlaw. El Bicho se arrimó al bordillo y apagó las luces.

Había coches patrulla más adelante.

Una tienda de campaña blanca, de las que utilizan los forenses, frente a la puerta principal.

—Glen tenía ahí sus cosas. Insistió en que entrara con él porque algo le daba miedo. No tenía más que una bolsa de viaje. Entramos a buscarla y luego volvimos en el coche a mi casa. Le dejé pasar la noche allí.

—¿Qué ocurrió luego?

El Bicho reprimió un bostezo.

—A la mañana siguiente oímos en las noticias que habían arrestado a Zain Carver. Eso le dio una idea.

—¿Sobre qué?

—Un sitio donde esconderse.

—¿En Fairview?

El Bicho negó con la cabeza.

—En otro piso, propiedad de Carver. Parece ser que instalaba allí a sus chicas. Glen dijo que con la Franquicia de capa caída, con Carver en la cárcel y sus chicas muertas o desaparecidas, aquel piso quizá le vendría bien para restablecerse.

—¿El piso está en Fog Lane?

—¿Lo conoces?

Era donde Isabelle Rossiter había muerto.

—Lo conozco. ¿Glen sigue allí?

El Bicho resopló.

—Muy lejos no habrá podido ir, a la pata coja.

Arrancó otra vez. Divisé el edificio desde mucha distancia. Aquel bloque de hormigón agrietado, estilo brutalista. Al torcer por Fog Lane, el Bicho volvió a parar y apagó las luces.

También había coches patrulla.

¿Estaban allí de casualidad, haciendo la ronda porque era una zona de mucha actividad relacionada con drogas, o le habría pasado algo al barman? Necesitaba hablar con él, pero no pude discutir con el Bicho cuando arrancó otra vez, dio media vuelta y se alejó de allí.

—Mejor otra noche —dijo.

Volvíamos a su casa, la iglesia reformada junto a Alexandra Park, y me dijo que podía instalarme en un cuarto de invitados. Me zumbaban los oídos a resultas de los diversos golpes que había recibido en las últimas veinticuatro horas, y la cabeza me daba vueltas pensando en todo lo que había descubierto. Y en lo que no.

Dormí como los muertos.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Dormir parecía haber librado al Bicho de algunos de sus tics y sacudidas, y yo me sentí mejor también. Me duché para quitarme el sudor seco y la sangre apelmazada del pelo, y las marcas de las esposas en mis muñecas casi habían desaparecido. Al mirarme en el espejo, me pregunté por un instante si todo aquello había pasado en realidad.

Volvimos en coche a Fog Lane. Yo no sabía qué esperar, y me alivió ver que esta vez no había coches de policía delante. Pero aún no eran las nueve, de modo que podían estar cerca.

—Espera aquí —dije, y me apeé del coche.

El Bicho suspiró e hizo una reverencia teatral. Crucé la calle hasta el edificio gris con revoque de guijarros y entré en el portal coronado por aquella pintada:

FERMEZ LA PUTA BOUCHE.

Tres tramos de escalera. Voces detrás de puertas. Bombillas de poca potencia zumbando. Crucé el descansillo y me detuve. A la escucha. Pánico. Si el barman estaba dentro, no hacía el menor ruido. Me pregunté si también estaría muerto. Me quedé con la mano en la puerta, no sabía si llamar o no. Luego pensé en Isabelle la víspera de su muerte.

Me eché hacia atrás y di una patada a la puerta. Era de madera barata y ligera y cedió al primer intento. Entré y cerré.

El piso estaba en penumbra. Claridad invernal a través de los visillos. Encendí una luz (era la bombilla desnuda en mitad del techo) y pude confirmar lo que creía haber visto.

Glen Smithson. Neil. El barman.

Inconsciente en el sofá. Le había crecido mucho la barba y ahora le cubría casi

toda la cara y el cuello. Sus cejas casi se juntaban sobre la nariz. Tenía la pierna derecha escayolada, el yeso de un color blancuzco, un tono idéntico al del moho. El piso estaba todo patas arriba, me recordó a cuando encontré a Zain Carver en un estado parecido.

Periódicos, envoltorios de comida, libretas.

El barman no se movió cuando me acerqué a él. Vi la pequeña caja de madera que Carver debía de haber dejado allí. Había una jeringuilla junto a él, pero el Ocho debía de ser bueno. El aspecto del barman no era el de Isabelle ni el de los chavales de Sycamore Way. Eso me alivió.

Le toqué el hombro y no hubo reacción. Decidí darle un par de bofetadas y entonces murmuró algo. Lo levanté en vilo y lo llevé hasta el cuarto de baño. Lo metí en el plato de ducha de forma que el agua le diera en la cabeza y el torso, y abrí el grifo.

Estaba helada.

Se incorporó de golpe y boqueó como si estuviera resucitando. Dejé correr el agua varios segundos más y luego cerré el grifo. Sus ojillos calculadores recorrieron rápidamente el cuarto y luego se posaron en mí, asustados, confusos.

—¿Qué coño...?

—Tengo que hacerte algunas preguntas —dije.

—¿Dónde estoy?

—En el piso de Zain Carver, en Fog Lane. —Eso pareció asustarlo e intentó incorporarse, pero resbaló sobre las baldosas mojadas—. No, él no está. Lo detuvieron. He visto que estabas grogui y por eso te he traído a la ducha. —Vi que miraba hacia fuera—. He venido solo, tranquilo.

—Pues saca el culo de aquí de la misma manera que has venido.

—No puedo irme hasta que contestes unas preguntas.

—No tengo una puta mierda que decir.

Me agaché para estar a su altura.

—Pero tienes mierda en las venas, Glen. Tienes unos amigos de mierda y mucha mierda que contar. Puedes cambiar todo eso si quieres.

—¿Y tú, precisamente, vienes aquí y me sueltas un rollo motivacional? Me jodiste la puta vida. —Se había echado a llorar y tiritaba de frío—. Me partieron la pierna...

—Lo siento —dije, y me puse de pie otra vez.

Era verdad que lo sentía, viéndole así.

Fui a la habitación de al lado a buscar una toalla mientras él seguía llorando.

—Toma —le dije.

Miró ceñudo la toalla como si pensara que era un truco, pero luego la cogió y empezó a secarse. Mientras tanto, yo me fijé en la escayola. Un color nuevo, entre amarillo, marrón y gris. Apestaba. Él vio que me fijaba y empezó a secársela, avergonzado.

—Deberías hacerte mirar eso.

—Ya, pero no puedo asomar la nariz, ya sabes.

—¿Por qué?

—Porque White me mataría.

—Si quisiera verte muerto, ya lo habría hecho.

Me miró.

—No eres tan importante —dije, y me senté en el suelo—. No te ofendas, Glen. Yo tampoco lo soy. Tú y yo somos los únicos que quedamos. Isabelle ha muerto. Carver está en la cárcel. Sarah Jane se ha ido de la ciudad y Cath está desaparecida.

—¿Y Grip?

—Grip está muerto. Lo mató White, la misma noche en que te partieron la pierna. Si hubiera querido liquidarte a ti también...

El poco color que le quedaba en la cara desapareció. Pero, al final, asintió con la cabeza.

—¿Y desde cuándo...? —Frunció el entrecejo—. ¿Desde cuándo no nos veíamos tú y yo?

—Desde hace varias semanas.

—Pareces más viejo —dijo, como si yo tratara de engañarlo.

Asentí. Más viejo era como me sentía.

—Te propongo un trato. Contéstame unas cuantas preguntas, extraoficialmente, y ayúdame a aclarar todo este lío. Ahí terminará tu papel en esto. Después te traeré algo para comer. Te llevaré a un hospital. Allí te curarán esa pierna y te pondrás bien otra vez, si es lo que deseas.

Glen cerró los ojos con fuerza. Un inesperado alarde de bondad puede ser más eficaz que las amenazas o los gritos. Puede hacer que una persona se rinda después de estar demasiado tiempo aguantando la misma pose. Lloró un poco más, la cara tapada por la toalla, y luego levantó la vista y me miró. Asustado.

—¿Mataste a Isabelle? —dijo.

—No. Y sé que esa noche tú estabas con Mel. —Me levanté del suelo y le tendí una mano para ayudarlo—. Venga, hablemos de quién lo hizo.

Lo ayudé a sentarse en el sofá, en aquel caos de habitación.

Empecé preguntándole por su relación con Isabelle Rossiter. Glen me dijo que se habían conocido en el Rubik's hacía unos meses. Eso concordaba con lo que Sarah Jane me había dicho, que Isabelle ya rondaba por los bares de la Franquicia antes de marcharse de casa. Glen había visto enseguida que Isabelle era menor de edad y no quiso servirle en el bar. Pero se había cuidado mucho de no echarla de allí.

—Parecía que no tenía adónde ir.

Sorbió por la nariz y se pasó una mano por la cara para disimular alguna emoción. Supuse que el barman conocía ese sentimiento.

—¿Os acostabais? —dije. Él apartó la vista—. No te estoy juzgando, Glen, pero necesito saberlo.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres saberlo?

—A Isabelle la violaban, o la habían violado. Si se acostaba contigo, tú podrías saber algo... aunque te parezca que no.

—¿Saber algo como qué?

—Pues, por ejemplo, lo que le gustaba y lo que no, qué tal era hacerlo con ella...

—Oye, ¿me estás haciendo la cama?

—No.

—No me estarás echando a mí la culpa, ¿verdad?

—Yo no le echo la culpa de nada a nadie. Fue alguien de su familia. Solo pensaba que igual tú sabías algo, ya que intimaste con ella.

—¿Alguien de la familia? —Se pasó una mano por la cara, visiblemente

abatido—. Dios... Mira, a mí me gustaba Isabelle. Tanto por la pasta como por la pinta. Nos besamos una vez, pero no hubo más. Ella...

—Ella ¿qué?

—Empezó a respirar rápido. A llorar...

—¿Tuvo un ataque de pánico?

—No sé, a lo mejor —dijo, distraídamente.

—¿Te dijo por qué le pasaba eso?

—No le pregunté. Estaba acojonado. ¿Quién de su familia? —Yo no respondí

—. ¿Su padre?

—¿Alguna vez te habló de él?

—No —dijo Glen, sin duda pensando en otra cosa—. Pero un día le pregunté por qué se había ido de casa.

—¿Y...?

—Dijo que en realidad no se había ido.

—¿Cómo? Explícate.

—Me dijo: «Él sabe dónde estoy, desde luego que lo sabe».

Le pregunté por el trato que tenía con el Bicho y Glen me confirmó lo que el otro me había dicho. Vendía en sus ratos libres. Pensó que la víspera de la muerte de Isabelle yo intentaba emborracharla, cuando me lanzó a la cara aquella caja con vasos y luego yo tiré al váter toda la droga que Glen tenía escondida.

Después de aquello había puesto pies en polvorosa.

Primero estuvo en casa de Mel, luego acudió a los *burnsiders*, y finalmente al Bicho, después de que Sheldon White le rompiera la pierna.

—Hablemos de aquella noche —dije—. ¿Qué pasó cuando yo me fui del Rubik's?

—White me acogió. Al principio, todo bien, pero luego empezó a presionarme para que le contara cosas de la Franquicia. Cómo funcionaba todo. Yo ya sabía que meterme allí significaba que tendría que dar algo a cambio, pero aquello no se acababa nunca. Cada vez era más duro. Me tuvieron días seguidos sin dormir, en el Burnside. Me hacían beber y meterme rayas a todas horas. —Se quedó

callado un buen rato. Luego tragó saliva—. Les conté todo.

»El último día me metieron en una furgoneta y arrancaron. Al ver que no paraban, me entró miedo. No me quedaba nada más que decirles, así que ¿de qué les servía ya? Respiré cuando vi que parábamos frente al Rubik's. White quería que le enseñara el sitio y tal, una experiencia de primera mano. Teníamos allí a un observador, y entonces te vi en el reservado donde solía sentarse Cath. Me llevé a Sheldon aparte y le conté lo que sabía de ti. —Glen me miró—. Joder, Waits, yo te odiaba. Entonces me invita a un trago y nos sentamos en el otro extremo de la sala, donde podemos verte por detrás, y me dice que vamos a darte un susto. En ningún momento pensé que Sheldon acabaría haciéndole daño a Cath...

—¿Y qué le pasó a ella después de que me fuera del bar?

—Yo estaba borracho. Colocado. No me acuerdo muy bien. —Continuó en voz más baja—: Sé que discutieron.

Me vino la imagen de ella llevándose una mano al vientre al decir que confiaba ciegamente en mí.

—¿Le pegó, Glen?

Vi que se concentraba, intentando hacer memoria.

—Estaban hablando de Joanna Greenlaw, la novia de Zain en otro tiempo.

—¿Qué decían?

—No sé, solo me acuerdo de que salió su nombre varias veces. Al final, me parece que Cath dijo que sí, que se iba con él. No sé adónde. Yo ya estaba que me caía y salí con ellos, y entonces White va y me dice: «Hasta otra, Glen».

»Fui respetuoso, coño si lo fui, pero le dije que si no pensaba que me debía algo. Por toda la ayuda que le había prestado y tal. —Se tocó la pierna rota—. Esto es lo que conseguí.

Sheldon White le había dado una paliza en medio de la calle. Y luego le había roto la pierna descargando todo su peso, repetidas veces, sobre la rodilla.

—Me tenía agarrado por el cuello y noté que se me iba la cabeza, pero entonces Cath... —Estaba temblando de miedo al recordar aquel momento—.

¿Hay alguien ahí fuera? —dijo intentando mirar a mi espalda.

Yo volví la cabeza.

—Fuera no hay nadie, te lo prometo.

—Me ha parecido oír algo...

—No hay nadie. Continúa.

—Bueno, pues Cath consiguió calmarlo. Le puso la mano en el brazo y empezó a acariciarlo. Y le habló al oído. Se le insinuó, y entonces White me dejó ir.

«Se le insinuó.»

—¿Adónde se fue?

—¿Cath? Con él. Visto y no visto.

—Pero debieron de mencionar algo, algún sitio.

—No.

—¿En qué dirección se marcharon?

—No lo vi...

Era inútil. Como si no me hubiera contado nada. Intenté pensar.

—Greenlaw —dije—. ¿Cómo averiguaste dónde estaba su cadáver?

—¿Qué?

—Joanna Greenlaw, la ex de Zain. Le diste una nota a Mel, la australiana del Rubik's.

—No, eso fue Cath.

—¿Cómo?

—Cuando White me soltó, ella me puso la carta en la mano disimuladamente y me dijo que te la hiciera llegar. Yo pensé en quedármela, pero no sabía qué quería decir aquello. Y cuando me enteré de que Cath no había vuelto a aparecer, me sentí mal. Pensé que igual serviría de algo. —Me miró esperanzado, deseoso de haber hecho al menos una cosa bien—. ¿Te sirvió de ayuda...?

—Sí, más o menos —dije—. Glen, ¿sabes adónde pudieron ir?

—Supongo que al Burnside. Yo siempre estaba metido en la furgoneta cuando íbamos a un lado o a otro. ¿Crees que ella...?

—¿Algún otro sitio al que pudieran ir, Glen?

—¿Como por ejemplo?

—Cualquier sitio. ¿Ella mencionó algo? ¿Amigos? ¿Parientes?

—A mí no.

—¿Y los otros sitios de Carver?

—¿Qué sitios?

—Él tiene una casa, Fairview... Probablemente habrá más.

—No, que yo sepa.

Me lo quedé mirando.

Se oyó toser a alguien detrás de la puerta. Glen intentó levantarse, pero apoyó el peso en la pierna mala y tuvo que sentarse otra vez. Entró el Bicho, libre de tics y espasmos. Cuando le habló al barman, lo hizo en voz grave y firme.

—Eso no es lo que me contaste a mí, Glen.

Glen me miró, aterrado.

—Habías dicho que estábamos solos.

—¿De qué está hablando, Glen?

El barman se había echado a llorar. El Bicho se acercó a él y le tomó la cabeza entre las manos.

—Vamos, tranquilo, tienes que soltarlo. Dile a Aidan lo que me contaste.

Smithson sorbió por la nariz. Se pasó la mano por la cara.

—Cath me dio una llave y...

—¿Una llave de qué? —dije. No respondió—. ¿Una llave de qué?

—De un piso de Londres —dijo el Bicho—. Propiedad de Carver. Un piso franco, creo, para cuando la cosa se pusiera jodida. Cath le dio también una dirección. Le dijo que te la dijera a ti.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Es que...

—Glen quería ver si todavía podía sacarte algo a cambio —dijo el Bicho.

Ni siquiera pude cabrearme con él. Era una pista. Un hilo de esperanza.

—La llave y la dirección —dije—. Ahora mismo.

Entre el Bicho y yo ayudamos a Smithson a ponerse de pie, bajar las escaleras y llegar al coche. Nadie dijo palabra mientras íbamos al Royal Infirmary. El Bicho paró todo lo cerca de la entrada que le fue posible y luego se volvió hacia Glen.

—No te preocupes. Estarás bien.

Glen asintió, como si esa afirmación le proporcionara cierto consuelo.

—Espero que la encuentres —me dijo antes de bajarse del coche.

El Bicho suspiró viéndolo alejarse cojeando, sacó la dirección que había guardado en un bolsillo de su chaqueta y la puso a la luz.

—Oye, ¿y quién es esa Catherine? —dijo. En vista de que yo no respondía, se guardó la nota, sonrió para sí y puso el motor en marcha—. Ha sido gracioso oírte hablar hace un rato. Cualquiera diría que esa chica te importa un poco...

El Bicho entró en la M56 sin decir nada más. Continuó hasta la M6 y siguió adelante. Stoke. Birmingham. Milton Keynes. Docenas de lugares sin nombre. Mantuvo la marcha ligeramente por encima del límite permitido de velocidad y yo lo agradecí. Estaba cansado pero expectante. Empujando mentalmente el coche a través de cielos grises, calles grises y gente gris. Era un viaje de cuatro horas, y ni él ni yo dijimos absolutamente nada durante la primera. Me di cuenta de que agradecía toda la locura de antes. Sin ella, los recuerdos se hinchaban, se abrían, florecían, y entonces me parecía llevarlos impresos en la cara como un ojo morado. Miré por la ventanilla.

Gris Bretaña.

No pude evitar preguntarme qué encontraríamos en el piso londinense de Carver. En parte, esperaba que no fuese a Catherine. Cobarde de mí, la imaginaba feliz en el otro extremo del mundo. Pensé en Grip, torturado, aterrorizado, asesinado. Cobarde de mí, esperaba no ver nunca más a Catherine.

—Bueno, dime, entre esa chica y tú, ¿hay algo o no?

Vi un rótulo que anunciaba una estación de servicio:

EL CANSANCIO MATA.

—¿Podemos parar ahí?

—Mmm... Tú mandas.

Puso el intermitente para girar. Yo necesitaba contactar con el superintendente Parrs. Un móvil era una estupidez. Una llamada desde un fijo de la ciudad habría sido fácil de localizar. Una gasolinera de la autopista le complicaría las cosas a quien intentara averiguar la procedencia de la llamada.

Aún era temprano. Poco más de las diez de la mañana. Jueves. El Bicho

agarró una peluca rosa del asiento de atrás y fue hacia la cantina.

—Qué pasa, voy a darles un susto a los heteros —dijo.

Esperé un poco, fui hasta la hilera de teléfonos que había en la entrada de la estación de servicio y marqué el número. Sonó dos veces nada más.

Clic.

—Al habla Parrs.

—Soy yo.

—Waits —dijo—. ¿Dónde está?

—El hombre que buscamos es Laskey.

Le oí tomar aire.

—Tiene que venir ahora mismo.

—No puedo.

—Ha estado jugando a dos bandas, muchacho. Me cuentan que lo encontraron anoche en casa de Joanna Greenlaw. Que agredió a Laskey. Que huyó a la carrera...

—Eso no es lo que pasó.

—Es lo que cree que pasó su puta alteza la comisaria jefe Chase. —Bajó la voz—. Tiene suerte de haberme encontrado. Estaba recogiendo mis cosas.

Aparté el auricular de mi oído, pensando en colgar.

—Riggs puede respaldarme, si le presiona un poco —dije por fin—. Laskey le hizo creer que recibían órdenes de usted. Quiero pensar que es mentira. Un sencillo embuste para así tenerlo agarrado.

Parrs no dijo nada.

—Ayer me tuvieron en jefatura hasta pasada la medianoche. Casi me revientan la cabeza.

—¿En Central Park? Habrá un registro de eso.

—No me ficharon, pero si Laskey no ha conseguido las cintas todavía, creo que será interesante echarles un vistazo.

—Suponiendo que le crea, ¿qué quería Laskey?

—Averiguar lo que yo sabía, me parece.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Glen Smithson —dije—. Ha ingresado esta mañana en el Royal Infirmary con una pierna rota. Allí le encontrará.

—¿Tengo que saber quién es?

—Hace unos años le juzgaron por violación, pero alguien hizo desaparecer pruebas. Fue cosa de Laskey.

—¿Por qué?

—Smithson era entonces el barman de un local de la Franquicia. Ha tenido problemas con ellos. Bueno, los ha tenido con todo el mundo. Él probablemente se lo explicará todo, suponiendo que no se lo carguen antes.

Parrs no dijo nada.

—Tiene que apartar a Laskey del servicio. Ahora. Mientras hablamos, seguro que está haciendo limpieza.

Parrs esperó. Unos cinco segundos o así, para ver si yo le contaba más.

—No, muchacho. Yo tengo que irme a casa y usted tiene que entregarse. Me armé de valor. Miré brevemente a mi espalda.

—¿Qué relación tenía usted con Joanna Greenlaw? —dije.

—¿Perdón?

—Encontré su cadáver debajo de una bañera. Contesté de una puta vez.

No te alteres, pensé.

—No es lo que piensa, muchacho.

—Dígame qué es lo que pienso.

—Creo que ha tenido una noche movidita.

—Usted le hizo la foto que luego salió en la prensa con el llamamiento recabando información.

—¿Por qué dice eso?

—A ella se la ve en el piso franco, así que la hizo usted o bien otro policía. Pero da la impresión de que ella está con alguien en quien confía. Parece a punto de reír o de fruncir el ceño.

—Aidan Waits hablándome a mí sobre la gente...

Esperé.

—Sí, yo hice la foto.

—¿Se acostaba con Joanna?

—¿Si me acostaba con ella? Por Dios... No me sea tan remilgado, joder.

—¿La mató usted?

—No.

—¿Filtró información para permitir que la Franquicia o los *burnsiders* la encontraran? —Le oí respirar rápido—. Joanna había accedido a testificar contra Carver. Llevaba varios años trabajando contra Sheldon White. Compartía secretos con usted...

—Yo la mantenía a salvo —dijo Parrs, con un inusitado deje de emoción en la voz.

—¿Cómo no fue capaz de encontrarla, metida como estaba debajo de una bañera?

—¿Y usted cómo la encontró?

—Ahora no estamos hablando de mí.

—No, muchacho, nunca hablamos de usted.

—¿Tuvo algo que ver con la desaparición de Joanna Greenlaw? —La voz me sonó crispada, ida.

—No.

—Hable con vigilancia de Central Park. Interrogue a Smithson.

—Aún no hemos terminado, Waits. Dígame dónde está.

—No puedo fiarme de usted.

—¿De quién, entonces?

El Bicho estaba saliendo de la estación de servicio, la peluca rosa en una mano y una bolsa en la otra. Una familia de cuatro se detuvo y le vio pasar, el hijo pequeño escondiéndose detrás de su madre. El Bicho pasó de largo, pero luego se volvió y gritó:

—¡Uuuh!

Los cuatro pegaron un salto; él siguió andando hacia el coche, riendo para sí.

—Tengo que irme —dije, y colgué.

West Kensington. Llegamos hacia las dos de la tarde. Fue como entrar en otro mundo. Los edificios eran de un blanco reluciente, pulidos con chorro de arena, y la gente estaba delgada y bronceada. Gente feliz. Las señas que nos dio el barman hicieron que nos desviásemos de North End Road hacia una manzana de mansiones victorianas que respondía al nombre de Fitzgerald Avenue. El Bicho aparcó el coche y echó un vistazo a la nota con la dirección. Había una verja de un metro ochenta de alto que funcionaba mediante un sistema electrónico. Entre la verja y el recargado edificio había un bien cuidado jardín y un camino particular del tamaño de una pista de tenis.

Examiné las llaves que me había dado Smithson. El mando del llavero.

—¿Vienes?

El Bicho dio una de sus sacudidas.

—Arruinar vidas me pone, Aidan, pero con respecto a la mía tengo mis límites.

—Bien. No apagues el motor —dije.

Bajé del coche, crucé la calle y acerqué el mando a la almohadilla táctil de la verja. La cerradura se abrió de golpe. Avancé por el patio hasta la entrada de la casa. La llave más grande abrió la puerta principal. Me encontré en un vestíbulo pulcro y silencioso.

Subí las escaleras hasta el primer piso y llegué al 1C. La dirección que el barman me había dado. Inspiré hondo y abrí con la otra llave. Dentro, todo era silencio y quietud. Miré a mi alrededor. Estaba en un pequeño pasillo que daba a un salón de respetables dimensiones. Lo crucé y vi que había dos dormitorios. Vacíos ambos. Parecía que no hubiera venido nadie en mucho tiempo. Regresé al

salón y me fijé en la única cosa que desentonaba.

Sobre la mesita baja había un teléfono móvil.

Era el móvil de Isabelle Rossiter.

Lo cogí, un tanto desconcertado, y entonces me quedé quieto.

Había una nota debajo. Letra clara y curvada.

«Lo siento», decía la nota.

No pude moverme durante un segundo. Luego salí y cerré la puerta sin hacer ruido.

El Bicho arrancó suavemente y nos alejamos de allí. Estuvo conduciendo un rato hasta que aparcó en una anónima hilera de coches familiares.

—¿Qué había? —dijo apagando el motor.

Saqué el móvil de Isabelle, sin acabar de creérmelo.

—¿Y bien?

—Era de Isabelle Rossiter. Desapareció de su piso la noche en que ella murió.

Si el Bicho hubiese tenido cejas, se le habrían levantado.

Yo estaba temblando. Examiné el teléfono. Lo encendí. Inmediatamente empezó a vibrar: llamadas perdidas, mensajes de texto, mensajes de voz. Decidí mirar primero los de texto. Elementos enviados. Busqué el mensaje que ella me había mandado aquella noche, una de las primeras veces que hablamos.

Zain lo sabe.

Lo borré.

Volví a la carpeta de enviados. Fui del más antiguo al más reciente. Los primeros eran triviales. Cuándo esto y dónde aquello.

Llegué a los mensajes de la noche de su muerte. Había habido unos cuantos, entrantes y salientes, después de marcharme yo del piso. Dejaban algunas cosas bastante claras. Los fui leyendo y releendo. Cada vez más deprimido. Paré de leer.

Pasé a la carpeta de imágenes. Yo ya había visto que había varias. Material desechable, rollo nocturno. Todas las instantáneas en que aparecían Glen, Catherine, Sarah Jane, Zain y Grip habían sido metódicamente borradas. Solo

quedaba un archivo de vídeo. Grabado después de que yo me marchara del piso. El domingo 15 de noviembre.

La fecha de su muerte.

Abrí el archivo. La duración podía verse al pie de la pantalla: veintitrés minutos. Apareció una imagen borrosa y en movimiento del piso de Isabelle.

Y luego ella.

Respirando agitadamente, dejaba el móvil sobre una superficie. Me pareció que era el sofá. Después lo movía para que la cámara captase la otra parte de la habitación.

La mesa.

Entonces se oía un ruido en la puerta. Isabelle, descorriendo el cerrojo. A continuación iba hasta la mesa, vestida todavía con la ropa de la noche anterior. Tiritaba. No supe si de frío o de miedo. Quizá de ambas cosas.

Luego se ponía a esperar.

Habían pasado dos minutos de vídeo. Sonaron tres pitidos y la pantalla quedó en blanco. Se había agotado la batería del móvil. Oí al Bicho a mi lado, casi jadeando.

—¿Y ahora qué? —dijo. Viendo que yo no contestaba, añadió—: Necesitas un cargador, tienes que...

—Podemos conseguir uno por el camino.

—Pero ¿adónde quieres ir?

—Nos volvemos —dije.

Al norte.

Milton Keynes. Birmingham. Stoke. Encontramos bastante tráfico en los alrededores de la ciudad. Gente que salía del trabajo, hecha polvo tras cuatro días laborables. Y luego la lenta tortura, la gota malaya del trayecto, los atascos. A mí personalmente, para variar, me vino bien tener que estar sentado esperando. Por primera vez en mucho tiempo, pude poner en orden mis ideas.

Miré a mi alrededor, contemplé el mundo, vi cosas y me olvidé de mí mismo.

Había oscurecido hacía un par de horas. Cuando nuestros faros penetraban el tenebroso interior de los coches que nos rodeaban, aparecían como en estampas todo tipo de personajes. Unos nos devolvían la mirada con gesto inexpresivo, preguntándose qué clase de pareja formábamos el Bicho y yo. Otros miraban fijo al frente. Sentí algo acechando en mi interior cuando arrancamos de nuevo. En parte, desearía haberme quedado allí quieto para siempre. El final, pensé. Solo es el final.

Dentro ya de la ciudad, hicimos la primera parada. Compré un cargador de móvil, busqué una dirección y volví a subir al coche.

La segunda parada fue más complicada. El Bicho hizo una mueca cuando le di las señas. Nos dirigimos al extrarradio, siempre con aquella tensión soterrada. En el camino particular solo había un coche.

—Pase lo que pase, tú no entres —le dije—. Y esta vez va en serio.

El Bicho asintió sin saber muy bien lo que pasaba.

Enfilé el sendero, tranquilo, frío, y llamé al timbre. A mi alrededor todo era noche silenciosa y envolvente. Me abrió la chica. Era muy guapa. Y muy joven. Me recordó a Isabelle, y tuve que contenerme para no preguntar por ella. La

chica, al ver que yo no decía nada, ladeó la cabeza esbozando una sonrisa. No sentía nada por mí, ni bueno ni malo. Simplemente estaba nerviosa. Le pregunté si podía hablar con su madre.

—¿Sobre qué?

—Me temo que traigo malas noticias.

La chica dio un paso atrás, dudó un momento, llamó a su madre.

—Pase —dijo.

Entré en la casa y cerré la puerta.

Cuando volví a salir, había pasado casi una hora. Recorrí el sendero, ahora deprimido, sombrío. Tenía un nudo en la garganta que parecía un tumor.

Subí al coche.

—¿Todo bien? —me preguntó el Bicho, mirándome de arriba abajo.

—A Beetham Tower —dije.

Asintió con la cabeza y arrancó.

Me llevé una mano al pecho y sentí los latidos de mi corazón. Luego noté el bulto del teléfono de Isabelle en el bolsillo de mi chaqueta. Seguí palpando hasta dar con lo que buscaba: el suave y firme contorno del anillo de boda.

El inspector Alan Kernick había empezado su carrera como agente de a pie. Después de pasar por varios departamentos —Delitos Graves, Homicidios, Antivicio— entró como escoltas en lo que entonces se llamaba Sección Especial y ahora se conoce popularmente como Alto Mando Antiterrorista. Es una labor a medio camino entre el servicio de seguridad y el trabajo policial. Aunque sus agentes no forman parte de la Brigada de Investigación Criminal, están autorizados a anteponer el término «inspector», cosa que hacen muchos de ellos.

Yo estaba seguro de que Kernick no era un simple peón, sino un hombre con criterio y un tipo duro de pelar. Gracias a su trabajo, había entrado en contacto con toda una serie de personajes importantes, políticos y demás, amén de sus respectivas familias y amistades.

David Rossiter era uno de ellos.

Por desgracia para él, yo necesitaba explotar esa relación a toda costa. Tenía que entrar otra vez en la suite de Rossiter en la planta cuarenta y cinco del rascacielos.

El inspector Kernick caminó con paso vivo hacia el BMW. Todo negro reluciente y cromados. El mismo coche que me había recogido de la calle un mes antes para transportarme a Beetham.

Salir de la sartén para caer en el fuego...

Una vez junto al coche, Kernick pulsó el botón de apertura automática de su llave, abrió la puerta y se sentó con un suspiro de satisfacción. Yo esperé un poco, pasé ambas manos por encima de su cabeza y le ceñí el cuello con una cuerda.

Apreté fuerte.

Kernick pegó un salto. Forcejeó apenas un segundo y luego, presa del pánico, empezó a dar manotazos en el salpicadero.

—Quieto —dije, aflojando un poco la cuerda. Él se llevó las manos al cuello intentando pasar los dedos por debajo del lazo—. Quieto —repetí—. Las manos en el volante. —Al momento las retiró y las levantó en un gesto de rendición—. He dicho que las pongas en el volante.

Kernick así lo hizo.

Yo aflojé un poquito. Para que respirara.

—¿Qué quieres? —dijo boqueando.

—Tengo que ver a David Rossiter.

—¿Waits? —Pensó un momento mientras recobraba la respiración—. Hijo de la gran puta.

Yo me eché hacia atrás, apreté la cuerda y conté hasta cinco.

Forcejeó de nuevo, primero tratando de aflojar la cuerda, luego lanzando las manos al aire suplicándome que dejara de apretar.

Aflojé un poco.

—Cada vez iré sumando cinco segundos más.

—Hijo de p...

Me eché hacia atrás, tiré de la cuerda y conté hasta diez. Kernick emitió una especie de grito ronco y ahogado desde la glotis, desperdiciando aire. Después pareció que se derrumbaba. Aflojé un poco y entonces empezó a toser, una tos seca y débil. Le di un minuto para que recuperara el aliento.

—Tengo que ver a David Rossiter —dije.

—Pero yo no puedo...

—Inspira hondo, Alan.

Me eché hacia atrás, tiré con fuerza. Al cabo de unos cinco segundos empezó a jadear, a atragantarse. Intentando decir:

Vale. Vale. Vale.

Conté hasta quince. Cuando aflojé otra vez la presión, él también se aflojó. Luego tomó aire con fuerza, exhaló, inspiró, exhaló. Entonces le entraron

arcadas y olí a vómito. Aflojé para que no se ahogara.

—Tengo que ver a David Rossiter —dije. Y añadí en voz baja—: La próxima serán veinte segundos, Alan.

Tardó un par de minutos en decir algo.

Ganando tiempo mientras recuperaba el resuello. Pensando en qué podía hacer. La verdad es que no podía hacer nada. Incluso si conseguía soltarse, Kernick estaba tan débil que a mí no me costaría nada dominarlo. Carraspeó. Apenas podía hablar.

—Vale —dijo por fin—. De acuerdo... —Otro minuto para meter aire en los pulmones—. Sea lo que sea, podemos hablarlo...

Me eché hacia atrás, apreté de nuevo y conté hasta veinte.

Esta vez aporreó el salpicadero y la ventanilla como un histérico. Finalmente apoyó ambas manos en el centro del volante para hacer sonar el claxon.

Buena señal.

Debió de entender que era su única oportunidad de dar la alarma, y en el aparcamiento subterráneo el claxon sonó a un volumen ensordecedor. Si recurría a eso ahora, quería decir que estaba contra las cuerdas.

Ya éramos dos.

Volví a apretar con todas mis fuerzas, a punto de estrangularlo. Él retiró las manos del volante y emitió un sonido escalofriante, a medio camino entre gorgoteo y chillido.

Tras el esfuerzo, todo él se aflojó. Terminé de contar y disminuí de nuevo la presión. Le entró otro ataque de tos, pero cuando se le hubo pasado siguió agitándose. Estaba llorando.

—Tengo que ver a David Rossiter —dije.

Esta vez se limitó a asentir con la cabeza entre dos sollozos. Le temblaban las manos y el coche apestaba a meado, a vómito y a miedo. Nada más apropiado.

Para no cruzar el vestíbulo del edificio, subimos cuatro tramos de una mugrienta escalera de parking hasta una entrada de ascensores diferente. Yo le había cogido la llave electrónica a Kernick, quien seguía esforzándose por respirar y caminaba pesadamente. Había lágrimas en sus ojos.

—Búscate un puto trabajo para esto —graznó.

—¿Y qué trabajo sería? —Él no contestó—. Mira, tú verás, puedes subir o no, pero te aseguro que lo que tengo que decir te va a interesar.

—¿De qué va, si se puede saber?

—De Isabelle.

—Joder, si la acaban de enterrar.

—De Zain Carver —dije.

Kernick frunció el entrecejo.

—Estoy en un aprieto. Me tengo que largar. Creo que puedo cargarle a Carver el mochuelo y poner punto final a toda esta historia. Pero antes tengo que ver a Rossiter. Necesito asegurarme de que me libro de toda responsabilidad.

—¿Y por qué no me lo has pedido simplemente? —dijo Kernick con una mirada asesina.

—Te habrías negado. Si dentro de una hora todavía hay un problema entre tú y yo, puedes hacer lo que te venga en gana. Yo estaré acabado.

Utilicé la llave electrónica para llamar al ascensor y esperamos en silencio. No había nadie dentro cuando llegó. Entramos. Pulsé para subir a la planta cuarenta y cinco. Kernick se apoyó en el pasamanos sin quitarme los ojos de encima.

Sus pupilas habían absorbido el iris casi por completo, y ahora parecía que tuviese los ojos morados y estuviera muy alerta. No le miré directamente, sino

reflejado en los espejos del ascensor y en el acero reflectante. El trayecto se me hizo eterno.

—Tú primero —dije cuando llegamos a la planta.

Kernick salió del ascensor y echó a andar por el pasillo. Cuando pasó a la altura de la última puerta antes de la suite de Rossiter, la aporreó en un intento de dar la alarma.

Le empujé de cara contra la pared.

La nariz le empezó a sangrar.

Miró asustado y lloroso a su alrededor. Le di dos bofetadas y lo empujé hacia la suite de su jefe. Kernick se irguió y yo di un paso atrás.

—Ojo —dije—. Con el día que llevo, soy capaz de todo.

Kernick se limpió la nariz y volvió a encogerse. Me adelanté para introducir la llave electrónica y abrí la puerta. Kernick entró delante de mí. Rossiter estaba sentado en un sillón sin otra luz que la lámpara de lectura sobre la mesita baja. La vista casi panorámica y el resplandor de la ciudad afuera me hicieron sentir como si estuviera flotando en una nube.

—¿Has olvidado alg...? —dijo, pero entonces me vio a mí al lado de Kernick.

—Sírvenos una copa, David. Tenemos que hablar.

—¿Qué significa esto?

—Ponnos una copa, David —repetí—. Tenemos que hablar.

Rossiter miró brevemente a Kernick, fijándose en su estado.

—Está bien —dijo. Se puso de pie, fue hasta el mueble bar y preparó tres tragos fuertes. Aprovechando la oportunidad para retomar el control del espacio y de la situación, se nos acercó con paso confiado y nos pasó sendos vasos a Kernick y a mí. Volvió a su butaca. La lámpara iluminó su rostro, convirtiéndolo en el foco de atención de la estancia en penumbra—. ¿Queréis sentaros? —dijo, aparentando que no se inmutaba por nada.

—Ya le has oído.

Empujé a Kernick. Se sentó de espaldas a mí y de cara a su jefe. Rossiter miró bien a su amigo por primera vez, y luego a mí.

—¿Has perdido el juicio, Waits?

Asentí.

—Y también he averiguado unas cuantas cosas sobre tu hija.

—Con varias semanas de retraso —dijo él, frío como un témpano. Intentaba disimular su interés—. Venga, pues. Sácalo de una vez.

Kernick carraspeó, ansioso también por recuperar parte del terreno perdido.

—Waits dice que el responsable es Zain Carver. Y que puede demostrarlo.

Los ojos de Rossiter se movieron rápidamente hacia mí.

—¿Es eso cierto? —dijo.

—No.

Kernick se volvió a medias.

—Pero tú me has dicho...

Mantuve la vista fija en David Rossiter.

—Sé lo que he dicho. Pero ahora estoy diciendo otra cosa.

Rossiter se me quedó mirando hasta que su ego dejó que un esbozo de sonrisa amarga aflorase a su cara. No pudo evitarlo. Luego soltó una risotada sarcástica y le dijo a Kernick:

—¿No lo ves, Alan? La mató su padre. Es a lo que intentas llegar, ¿verdad, Waits?

—Dígame usted, señor Rossiter.

—Te diré dos cosas, Aidan. Y como sé que tienes problemas para escuchar, presta mucha atención. Lo primero es que yo no tuve nada que ver con la muerte de mi hija. Lo segundo es un consejo que te doy.

Esperé.

—No quiero verte nunca más. Lárgate de aquí. Sal de este edificio. —Había ido subiendo el tono de voz y continuó, puro veneno en sus palabras—: Márchate de esta ciudad. Y luego vete al quinto infierno, lejos de esta isla, y no vuelvas más. Estás acabado.

—No —dije.

—¿Quién te has creído que eres? Ir por ahí apalizando gente, entrando en mi

casa por la fuerza. Acusándome a mí... Tú, nada menos. ¿Acusarme a mí de haber hecho daño a mi hija? —Se puso de pie—. Vete. Ahora mismo. No te lo pediré otra vez.

—Aquí no hay cámaras. No me hace falta tanto teatro.

—Te aseguro que...

—Siéntate un momento y escucha lo que tengo que decir. Así podremos irnos todos de aquí tranquilamente. Si quieres pelea, por mí vale. Si ninguno de los tres sale de aquí, me da lo mismo. —Rossiter me miró como si viera a una persona distinta. Luego frunció el ceño, fue al mueble bar y se sirvió otra copa. Era el coñac que Sarah Jane le había comprado. Levantó el vaso como brindando por mí y tomó asiento—. Cuando Isabelle se marchó de casa, no informaste de ello hasta un mes más tarde. ¿Por qué?

—Dudo que lo entendieras.

—Prueba a ver.

—Una situación delicada, como ya te dije. Mi esposa es una mujer enferma. Desequilibrada. Isabelle hacía un tiempo que se había marchado cuando nos dimos cuenta.

—Cuando vi a tu mujer, me pareció que estaba bien.

—¿Cuándo fue eso?

—En el funeral. De los dos, solo uno me pareció desequilibrado.

—Piensa lo que te venga en gana.

—Kernick —dije—. Tu trabajo consiste en proteger a tu jefe. Y, por extensión, a su familia. ¿Dónde estuviste todo aquel mes?

—Como ha dicho él, Alexa ni se inmutó hasta que Isabelle llevaba bastante tiempo fuera de casa.

—Entonces ¿no tuvo nada que ver con Sarah Jane?

El semblante de Rossiter se endureció. Sus ojos se desviaron sutilmente hacia Kernick, que seguía sentado de espaldas a mí. Me pareció que intentaban cuadrar sus versiones mediante telepatía. Pasaron unos segundos, y luego ambos hablaron a la vez.

—Eso no...

—Yo no creo que...

—Empecemos por el principio. La noche en que nos conocimos todos nosotros...

Kernick estiró el cuello y se irguió en la silla.

—¿Quieres decir la noche en que te encontré borracho, tirado en la calle?

—Cuando subí a tu coche, noté un olor a vainilla. Perfume de diseño. No encajaba contigo ni con tu compañero.

Se quedó callado.

—Más tarde conocí a la chica que usaba ese perfume. Al principio fui incapaz de atar cabos. Era la novia de Zain Carver. —Miré a Rossiter—. Por alguna razón, no os veía a vosotros dos juntos.

—Perfume —dijo Rossiter—. Es patético.

—Luego, cuando vine aquí la primera vez y me diste la mano, te noté la piel caliente. Pero el anillo de boda estaba helado. Acababas de ponértelo.

—Oye, no tengo tiempo para tonterías.

—Presta atención. —Me hizo caso, y continué—: La primera vez que fui a Fairview lo hice por mandato tuyo. Pero te cuidaste mucho de utilizar canales extraoficiales para que nadie pudiera relacionarte con ello. ¿Por qué?

Rossiter no movió un músculo.

—Una vez que estuve en Fairview, hiciste que me tomaran fotos comprometedoras. —Siguió sin mover un músculo—. Imagínate, yo realmente pensaba que lo que querías era proteger a tu hija...

—¿Qué insinúas?

—Que a quien estabas protegiendo era a ti mismo. Sabías que no podías demorar por más tiempo el dar parte de su desaparición. Si se enteraba la prensa no te iba a tratar muy bien. Pero te daba miedo lo que la policía pudiera descubrir, así que me enviaste a mí. Las fotos eran por si tu hija y yo intimábamos demasiado; por si ella me contaba lo que no debía contar. Kernick, tú lo expresaste la mar de bien antes de mi reunión con Parrs aquel día. Él no

tiene que saberlo, dijiste. Creí que estabas preocupado por el procedimiento. Una investigación en la sombra y, por lo tanto, ilegal. Pero, de hecho, no tenías claro lo que yo sabía. Lo que podría decirle a él.

—Solo intentaba hacerte un favor —dijo Kernick.

—¿Qué era lo que no querías que ella dijese?

Los dos guardaron silencio.

—¿Que el parlamentario David Rossiter mantenía una relación con una escort? ¿Que tenía descabelladas fantasías de juego de roles? ¿Que su escolta de la Sección Especial hacía de taxista de la chica?

Ambos guardaron silencio.

—Tú le dijiste a Sarah Jane que me hiciera fotos, David. Para chantajearme. Y lo mejor de todo —miré a Rossiter—, la untaste a ella también.

Rossiter echó un trago y se aclaró la voz.

—Yo no hice tal cosa.

—No, enviaste a tu hombre para que lo hiciera. Da igual, lo captó una cámara de vigilancia en un aparcamiento de varias plantas. Yo estaba allí, David, así que no mareemos la perdiz.

Rossiter me miró con odio.

—Tú te entendías con Sarah Jane —dije.

Agachó la cabeza. Hizo girar los cubitos y los oyó entrechocar.

—Le pagabas a cambio de sexo.

Ahora levantó la vista.

—Sabías que Isabelle y ella se habían conocido. —Avancé un paso—. Esperaste un mes antes de informar de la desaparición de tu hija porque ella estaba relacionada con la escort que tú te llevabas a la cama, y tenías miedo de lo que pudiera salir a la luz.

Rossiter hizo una mueca y miró al frente. Un momento después, asintió con la cabeza.

—Bien, hablemos de algunas de las consecuencias de esa decisión —dije. Él se removió en la butaca, pero no puso objeción—. Como no informaste de su

desaparición, y como insististe en que no la llevaran de vuelta a casa contra su voluntad, Isabelle acabó liándose con Glen Smithson.

—¿Le conozco?

—Un camello de la Franquicia. Empezó su carrera vendiendo Rohypnol en clubes nocturnos. —Rossiter tragó visiblemente saliva. Se puso de pie, se preparó otra copa y volvió a sentarse. Yo esperé—. ¿Sabías que Sarah Jane vivía con Zain Carver cuando empezaste esa relación? —Rossiter miró brevemente a Kernick, así que dirigí la voz hacia la nuca de este—. Estoy esperando.

Kernick se volvió en su silla.

—Yo la había seguido, sí. Y qué. La chica participaba en fiestas con un delincuente de altos vuelos.

—Estabas arriesgando su vida —dije mirando a Rossiter—. Y la tuya propia. Y la de tu hija.

—Eh, un momento...

—¿Tú qué crees que hace un tío como Carver cuando su chica se acuesta con otro?

Me había dado cuenta de que Isabelle era su punto débil. De Sarah Jane podía desembarazarse en cualquier momento, y recuperó cierta confianza en sí mismo.

—Proporcionarle a la zorra un buen escondite, diría yo.

—Y algo más. ¿Te suena de algo Joanna Greenlaw?

Rossiter se puso tenso.

—Ese llamamiento de la policía, ¿no? Una mujer que desapareció...

—La mujer cuyo cadáver encontré hace dos días, incrustado debajo de una bañera. La ex de Carver. Que cometió el error de abandonarlo.

Eso le afectó visiblemente, como si por primera vez entendiera con quién había dejado a su hija.

—Bueno, Sarah Jane es una gran chica. Ella toma sus propias decisiones.

—Isabelle me dijo eso de sí misma.

—No hay punto de comparación.

—¿No? ¿Por qué?

—Isabelle tenía una vida. Un futuro. Sarah Jane no era...

—¿No era nada?

—Yo no he dicho eso.

Le miré.

—Oh, vaya —prosiguió—. Ella es una chica estupenda y yo un monstruo, etcétera, etcétera. —Tenía lágrimas en los ojos—. No creo en la supuesta igualdad de las personas. Es una filosofía que solo se oye en boca de los débiles. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Sabías que tu hija se autolesionaba? —Rossiter asintió de mala gana—. Cortes limpios, líneas rectas en la cara interior del muslo.

Le enfureció la idea de que yo hubiera visto aquello. Fue la primera reacción de padre que le veía esa noche.

—Llevaba la cuenta —dijo—. Empezó hace cosa de dos o tres años, cuando llegó a la pubertad. El médico dijo que quizá tenían que ver con reglas especialmente dolorosas.

—No, yo creo que era una marca por cada vez que habían abusado sexualmente de ella. Cuando murió tenía dieciocho o diecinueve.

—Fuera de aquí —dijo Rossiter.

Kernick se puso de pie, se volvió, pero no dijo nada. Tenía el rostro desencajado. Desprovisto de vida, salvo por la sangre en la nariz.

—Enseguida termino —dije mirando a Rossiter—. La noche antes de su muerte, Isabelle tuvo un ataque de ansiedad porque pensó que yo trabajaba para ti. Me dijo que la acechabas. Que interrogabas a sus novios. Que luego le ponías las cintas para chantajearla. Intimidación. Acoso...

Rossiter estaba ceñudo, sudando, negaba con la cabeza.

—No es verdad...

Kernick vino hacia mí y me empujó hacia la puerta.

—Si ya has terminado, Waits...

—No, todavía no —dije. Y me dirigí a Rossiter—: ¿Cómo conseguiste su número de teléfono, David?

Él estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Qué? Sarah Jane me lo... —Hizo una pausa, se corrigió—. Hice que Sarah Jane me lo diera.

—¿Por qué no le diste el número a la policía después de que tu hija muriera?

—Porque entonces habrían descubierto lo mío con Sarah Jane —dijo.

—Me habrías evitado muchos problemas —dije—. Y a ti también.

Kernick volvió a empujarme, diciendo:

—Todo esto ya sobra.

—Encontré el teléfono —dije.

Ahí se detuvo todo.

El fulgor de la ciudad, rodeándonos, tragándonos a todos. No había nada más. Kernick retrocedió y Rossiter permaneció donde estaba. Me miró como si estuviera viendo algo más allá.

—Eso me estaba sacando de quicio. Yo la había visto con él la víspera de su muerte, pero cuando la encontré muerta el teléfono había desaparecido del piso.

Me lo saqué del bolsillo y continué:

—Estaba convencido de que el asesino tenía que habérselo llevado. Porque dentro había algo que podía incriminarlo. En realidad, fue otra persona quien lo cogió. Un miembro de la Franquicia que no quería que la organización saliera a relucir en un caso de drogas.

—¿Qué hay en el teléfono? —dijo Rossiter.

—Te lo voy a enseñar.

—No le haga caso —dijo Kernick—. Se lo está inventando sobre la marcha.

—¿Qué hay en ese teléfono? —repitió Rossiter.

Fulminé a Kernick con la mirada hasta que se apartó de mi camino y me planté delante de Rossiter. Una vez más, fui consciente de la intensa presencia física de aquel hombre. En el teléfono de Isabelle, busqué el vídeo y pulsé play.

Le tendí el aparato a su padre.

Apareció una imagen borrosa y en movimiento del piso de Isabelle. Y luego ella. Respirando agitadamente, dejaba el móvil sobre una superficie. Me pareció

que era el sofá. Después lo movía para que la cámara captase la otra parte de la habitación. La mesa. Entonces se oía un ruido en la puerta. Isabelle, descorriendo el cerrojo. A continuación iba hasta la mesa, vestida todavía con la ropa de la noche anterior.

Se ponía a esperar.

Unos minutos después se oía algo. Isabelle se sobresaltaba. La puerta se abría y se cerraba. Isabelle apartaba la vista, miraba hacia la pared. Se oían pasos y un hombre entraba en el encuadre. Iba hacia ella, le pasaba una mano por los cabellos. El cuerpo de Isabelle se ponía rígido. Entonces el hombre la besaba. Primero acariciándole el cuello, luego a lo largo de la mandíbula. Besaba sus labios cerrados hasta que, finalmente, ella le devolvía el beso. Me quedé al lado de Rossiter, pero no quise mirar más. En un momento dado, él apartó la vista.

—Adelanta hasta el minuto trece.

Aturdido, Rossiter pulsó para buscar el minuto trece. Isabelle cruzaba la estancia en dirección a la cámara. La cogía y se la llevaba al cuarto de baño. La colocaba mirando al espejo. Al mensaje que el hombre había escrito utilizando lápiz de labios rojo.

NADIE TIENE QUE SABERLO.

Luego la imagen se volvía borrosa. El teléfono caía al suelo al golpear ella contra algo. Se oía ruido de cristales rotos y luego la voz de Isabelle, temblorosa: «Yo tenía quince años la primera vez que pasó...».

Rossiter bajó la mano con que sostenía el teléfono.

Miró a Kernick.

Kernick no se movió.

—¡Tú!

Kernick continuó inmóvil.

Rossiter se abalanzó hacia él. Kernick reaccionó instintivamente, aprovechando el impulso de Rossiter para mandarlo contra la pared. Rossiter se levantó, conmocionado y tambaleante.

—No, por favor —dijo Kernick.

Rossiter le cruzó la cara, con fuerza, y el otro no se movió.

—Basta —dije.

Ambos se quedaron quietos, sudando y temblorosos, incapaces de mirarse. El teléfono había quedado en el suelo entre los dos. Kernick se pasó la mano por los ojos y luego dio un fuerte empujón a Rossiter, mandándolo de nuevo contra la pared. De un rápido movimiento, recogió el móvil, pasó por encima de su jefe y fue hacia la puerta. Rossiter jadeaba, sentado en el suelo. Kernick abrió la puerta con violencia y luego se volvió para mirar atrás, con un aspecto miserable.

Rossiter se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

—¿Adónde vas? —le dije a Kernick.

Me miró por primera vez en muchos minutos, como si acabara de recordar que yo estaba allí también.

—No es como intentas pintarlo —dijo.

—En el vídeo ella lo deja bastante claro, Alan. Oye, ¿adónde vas?

Kernick respiraba por la boca mientras hacía girar el móvil en la palma de su mano.

—A casa.

—Me temo que...

—¿Qué? No tienes nada —dijo, sosteniendo el móvil en alto.

—Tú tampoco.

Su cabeza se movió hacia un lado.

—Hace tres horas les he enseñado este vídeo a tu mujer y a tu hija. —Por un momento, las piernas le fallaron—. Me parece que ahora mismo no tienen muchas ganas de verte.

—Eres un... —Sonrió, meneó la cabeza y se echó a reír—. No dices más que chorradas. Siempre largando tonterías...

—¿No te has preguntado cómo entré en tu coche? Kris me dio las llaves de repuesto. —Kernick cerró los ojos y yo me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta—. Me pidió que te entregara esto.

—¿Qué es? —dijo él, mirándome ahora.

—Toma.

Adelanté mi mano un poco más.

Él negó con la cabeza.

—No, tío.

—Vamos, mira. —Vi que perdía fuelle. La adrenalina le estaba abandonando —. Así lo verás más claro.

Kernick se apartó del umbral y volvió hacia donde yo estaba. No dejó de observarme con sus ojillos negros, siempre vigilantes.

Abrí la mano. Le mostré el anillo de boda de su mujer.

—Se dio mucha prisa en quitárselo —dije. Él lo cogió y, después de mirarlo, se quedó sin fuerzas—. Es más que probable que no vuelvas a verlas —dije.

—¿Qué?

—Te pudrirás en la cárcel, Alan. Lo sabes muy bien. Hay agentes de policía en todas las salidas del edificio. Si huyes, solo conseguirás morir antes.

Se quedó allí de pie, la cabeza gacha. Le cogí el teléfono, me acerqué a Rossiter y le ayudé a levantarse. Él miró a Kernick primero, después a mí.

—¿Su familia? —dijo—. ¿Era necesario?

—Supongo que no, pero la gente puede pensar muchas cosas hasta que no te presentas en su casa. —Rossiter dio un paso atrás, verdaderamente horrorizado —. Yo nunca olvidaré dónde vives, David.

Volví a donde estaba Kernick y lo conduje hacia la puerta. Ninguno de los dos miró atrás. Lo agarré del brazo y lo llevé por el pasillo hasta el ascensor. Cuando este llegó, Kernick entró sin oponer resistencia. Pulsé para ir a la planta baja y la puerta se cerró. Me fijé en que él tenía el puño derecho cerrado, pero cuando abrió la mano un minuto más tarde pude ver que todavía tenía el anillo de boda de su mujer. Hasta más o menos la mitad del descenso no pareció darse cuenta de mi presencia. Entonces recordó, sobresaltado, lo que iba a hacer. Se pasó el antebrazo por la cara e intentó sonreír.

—Claro que... Yo tengo dinero...

Me lo quedé mirando. Agarré el pasamanos con todas mis fuerzas hasta que él

giró la cara hacia la pared. Vi su reflejo en el acero del ascensor. Kernick cerró los ojos para no verse a sí mismo. Cuando llegamos abajo, se volvió, recobró la compostura y se situó en el centro del ascensor, de cara a la puerta. Listo para huir corriendo. Yo me limité a observarle. Agarrado al pasamanos. Cuando por fin se abrió la puerta, lo primero que vimos fue a una decena de agentes de policía esperando que saliéramos. Kernick se vino abajo.

Lo conduje hasta el primero de los agentes, y este dio un paso al frente.

—Inspector Alan Kernick —dijo—: Queda usted arrestado por agresión sexual a Isabelle Rossiter. Puede guardar silencio, pero su defensa podría verse afectada si se niega a responder algo que luego quiera utilizar durante el juicio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

Kernick asintió vagamente.

—Llévenselo —dije.

El agente condujo a Kernick hacia la puerta principal del edificio. La gente elegante y peripuesta que entraba y salía en ese momento se detuvo para verlos pasar. Una vez que el último policía hubo salido, todo el mundo siguió a lo suyo y se olvidó sin más. El superintendente Parrs estaba esperando en un lado del vestíbulo y lentamente se dejó ver, como humo flotando en el aire.

Le entregué el móvil de Isabelle.

—Está todo ahí.

Parrs me observó detenidamente durante un segundo y luego miró el teléfono.

—Buen trabajo con lo de Laskey —dijo enseñando su sonrisa de tiburón—.  
Por fin.

Luego se despidió con un gesto de cabeza y dio media vuelta.

No volví a ver a la chica hasta unas semanas después. Era mediodía, laborable, aunque no recuerdo qué día exactamente. Yo llevaba un rato paseando, intentando vaciar mi cabeza. Había pasado muy malas noches desde lo de Beetham Tower, con sueños tediosos y agobiantes.

En esos sueños yo vivía solo, y varias personas que conocía habían muerto. Aprendí a dormirme con la radio puesta. Un programa informativo muy serio que me arrullaba. Con la práctica, empecé a soñar con asuntos de actualidad.

Guerra. Hambrunas. Política.

Cualquier cosa menos las chicas.

Los días planteaban un reto diferente. Al principio me dediqué a conducir por la ciudad a las peores horas. En pleno atasco, me limitaba a observar. Pero la cosa no fue tan apacible como aquella primera vez, de modo que volví a los paseos a pie. Ese día no tenía nada en mente, y cometí los doce o quince errores que pueden llevarlo a uno por Market Street a finales de diciembre.

Había estado pensando seriamente en ir a buscar a Sarah Jane. Sin llegar a decidirme. Ni siquiera sabía adónde había ido a parar. Me preguntaba si no debería seguir su ejemplo.

Hacer la maleta y tomar un tren. Marcharme definitivamente de la ciudad.

Notaba cómo iba adentrándome sin poder evitarlo en el flujo de la calle e intenté desviarme. Pero, cada vez que lo hacía, la multitud me empujaba para seguir hacia donde yo no quería. Finalmente me dejé llevar por el río de gente, ajeno a la vida que me rodeaba.

Al principio casi no la reconocí. Era un rostro en medio de la muchedumbre, y estaba muy cambiada respecto a como la había visto aquella vez. Venía en

dirección contraria. Pálida, enferma, flaca.

Transformada.

Apenas si nos fijamos el uno en el otro al cruzarnos. Yo solo capté un vislumbre. Un destello del blanco del ojo, y ya había pasado de largo. Me volví, empecé a buscarla.

Me detuve.

Ella había hecho otro tanto, pero cientos de personas nos separaban cada vez más. Con gran esfuerzo, logré mantenerme donde estaba durante unos segundos y entonces la vi, bregando contra la marea humana para no verse arrastrada. Había un gran alboroto a nuestro alrededor, era inútil alzar la voz, pero sus ojos parecían mirarme a mí.

Tratando de ubicarme.

Un hombre se abrió paso a empujones y entonces vi la manga del abrigo de ella, subida y prendida a la altura del hombro. Era Lydia Hargreaves. La chica a quien había visto en Sycamore Way. Primero mirándose reflejada en la luna de la ventana; después caminando sobre cristales rotos. Le habían amputado el brazo. Ella era la única superviviente.

Quizá era eso lo que teníamos en común.

Nuestras expresiones de estupor, ni felices ni tristes. Vi que la marea la distanciaba un poco más. Intenté acercarme, pero la perdí de vista y, al final, me dejé arrastrar. Una parte del desfile. Los ojos de Lydia habían expresado sorpresa al reconocermme, pero yo había sentido alegría al verla.

La corriente humana era muy impetuosa y es probable que por eso no me diera cuenta antes. Entre tanto empujón, no registré enseguida la mano en mi hombro, otra en el brazo. Solo al llegar a un pequeño claro y notar que me seguían empujando, me molesté en mirar.

Y vi a Billy a un lado.

Y a su amigo al otro.

Dos de los jóvenes *burnsiders*. Quise zafarme, pero ellos me sujetaron con fuerza y me condujeron hacia una furgoneta que esperaba en una travesía.

Intenté escapar. Uno me agarró del brazo y me lo retorció detrás de la espalda. La puerta corredera se abrió. Desde dentro, alguien me agarró la pierna derecha.

—No —dije—. ¡No! ¡No!

Corrieron la puerta sobre mi pierna estirada.

Oí un crujido atroz, un grito. Me metieron dentro sin tiempo a reaccionar. Montaron ellos también y la puerta volvió a cerrarse.

Estaba oscuro. Me encontraba medio tumbado en un suelo sucio que apestaba a gasoil, rodeado por tres, no, cuatro personas. Formas y olores de hombres. Todo pareció ralentizarse. Todo hiperreal. En la oscuridad no podía verme la pierna, pero la sentía separada de rodilla para abajo. Noté que estaba sobre algo caliente y húmedo. Oí la orina que se encharcaba debajo de mí.

Apreté las mandíbulas, tragué bilis. Me invadió el pánico. Uno de ellos se movió. Fue a la parte delantera del vehículo.

La furgoneta arrancó.

El tipo conducía de forma agresiva, dando giros bruscos a cada momento, y yo patinaba por el suelo y me golpeaba contra los lados. Finalmente se encendió una luz.

—Hola, Aidan.

—Zain...

—Pareces sorprendido, amigo. —Yo no dije nada. La furgoneta dio otro giro brusco y yo me retrepé en la pared—. Ya conoces a Billy y a Alex, creo.

Asentí con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando para ti?

—No mucho. Desde luego, no antes de aquella excursioncita que hicimos al Burnside. —Se rio un poco—. Palabra de honor.

—¿Qué pasa con Sheldon White?

—Qué va a pasar. Que lo cazaron tus colegas. Porque son tus colegas, ¿no es así, Aidan?

Ya no tenía sentido mentir.

—Lo eran la primera vez que entré en contacto contigo —dije.

—Me colaste no sé qué rollo de tender una trampa...

—Esa era la trampa. —Me sentí profundamente desgraciado—. Se trataba de descubrir a Laskey.

Y había funcionado.

Después de llamar a Parrs, este había contactado enseguida con Riggs. Le había instado a trabajar para desenmascarar a su compañero. Cuando lo pillaron, Laskey estaba preparando una bolsa. Había dinero dentro que no pudo justificar. Había también un pasaporte con su fotografía y el nombre de otra persona. Smithson fue la puntilla.

Laskey estaba acabado.

—Sería interesante oír lo que sabe —dije.

Intenté buscar el equilibrio en el suelo del vehículo, salvar la pierna.

Carver se encogió de hombros.

—Sería interesante saber cuánto tiempo aguantará con vida ahí dentro. —Continuó, ahora por fin serio—: Háblame de Isabelle.

Todo empezaba a dar vueltas, incandescentes manchas solares en mis ojos.

—Abusaban sexualmente de ella —dije—. El escolta de su padre, un miembro de la Sección Especial. De muy joven, Isabelle intentó suicidarse. Más tarde se marchó de casa. Pero el tipo la encontró. La tenía vigilada. Iba a verla cuando estaba sola...

—Entonces —dijo Carver— ¿fue él quien le dio el Ocho?

—No lo sé. Puede que el tipo solo la empujara a utilizarlo por desesperación. Supongo que ella robó el ladrillo para sacarse un dinero y así poder huir más lejos.

—¿Por qué?

—Fue por mí —dije. Tragué saliva. Por primera vez, bajé la vista y me miré la pierna ensangrentada—. La noche antes de su muerte yo la llevé a casa. Isabelle pensó que trabajaba para Kernick, y yo no la convencí de lo contrario. Debí de vender el ladrillo en el Burnside y quedarse un poco para ella. Y cuando Kernick fue a verla al día siguiente, ella debió de pensar que se trataba de una traición

más. Ya eran demasiadas. Seguramente pensaría que, después de todo, pincharse no era tan mala idea. —Hice una pausa. Reflexioné—. Ni siquiera volvió a vestirse.

La furgoneta seguía su camino hacia un destino desconocido para mí, y en la parte de atrás nos balanceábamos un poco. Yo intentaba anticiparme al movimiento. Mantenerme erguido.

—Pero ¿por qué a mí? —dijo Carver—. ¿Por qué vino huyendo a mí?

Sarah Jane. Su lío sexual con Rossiter. Yo la había amenazado con pasarle esa información a Carver, confiando en que Sarah Jane no volviese a la ciudad. Confiando en que no se acercara a él durante el resto de su vida. Pero yo no tenía la menor intención de ponerla en peligro. Que Carver atara cabos por sí solo o que no lo supiera nunca...

—Fue inteligente por su parte, si lo piensas bien. Fairview era el único sitio donde ella estaba a salvo de Kernick. Y lo siguió estando hasta que le dijiste que se mudara a aquel piso.

—¿Y Cath? ¿Y Sarah?

—No sé. White me dijo que si tú no aceptabas su oferta sobre el Rubik's antes de las diez de aquella noche, sería como si Cath no hubiera existido nunca. No conseguí dar contigo a tiempo, ¿verdad? —Señalé con la cabeza a los *burnsiders*, que estaban de pie, uno a cada lado de mí—. Seguro que estos sabrán mejor que yo lo que le pasó a Catherine.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Carver tradujo sus inexpresivas miradas.

—Ellos dicen que Catherine dejó a White por voluntad propia.

Tragué saliva.

—Me gustaría que fuera así.

La furgoneta pasó sobre un bache y sentí un dolor indescriptible en la pierna. Pensé en Joanna Greenlaw, embutida en aquel espacio húmedo durante diez largos años.

Intenté que Carver siguiera hablando.

—Has dicho que arrestaron a White. ¿De qué lo acusan?

—De asesinar a Grip —dijo Carver—. Parece que encontraron el cadáver embadurnado de pintura blanca y negra. Las huellas y ADN de White por todas partes.

—Muy oportuno.

Carver sonrió.

—Pues sí.

—Y metido en el maletero de su coche frente a mi piso, para que a la policía no le pasara desapercibido...

—No me digas. Yo ni siquiera sé dónde vives.

—¿Cómo se podría conseguir ADN de Sheldon White? —Miré a los dos *burnsiders*—. Vaya pregunta tonta... —Carver no movió un músculo—. Doblemente oportuno que tú estuvieras detenido justo entonces, porque así no podías hacerlo tú. A propósito, ¿qué agente fue el que te arrestó, Zain?

—Un tal inspector Laskey, me parece —dijo Carver—. Vaya, sí, muy oportuno. No creerás que yo tuve algo que ver, ¿verdad, amigo mío?

Grip había perdido toda ilusión por el negocio al mismo tiempo que Sheldon White salía de la cárcel. Carver había aprovechado un problema para resolver el otro, cargándole a White el asesinato de Grip.

—Lo sé seguro —dije.

La furgoneta se detuvo bruscamente y el que conducía apagó el motor.

Pensé que había llegado mi hora y dije lo que pensaba, sin más:

—¿Esto es lo que le pasó también a Joanna Greenlaw?

—De ese asunto no sé nada.

La puerta corredera se abrió y los *burnsiders* me levantaron en vilo y me arrojaron al asfalto. El dolor que me recorrió la pierna, lo que quedaba de ella, fue atroz. Carver se apeó y, sin agacharse, me dijo:

—Pero te voy a regalar una información: ella te salvó la vida.

—¿Qué? —dije. Sentía que todos mis poros estaban exudando sudor—. ¿Quién?

—Cath. —Carver señaló hacia la furgoneta—. Los chicos dicen que White

estaba dispuesto a matarte aquella noche. Por lo visto, ella se brindó a follárselos a todos si te dejaban en paz.

Billy me lanzó una mirada lasciva.

Intenté incorporarme.

Volví a caer y Carver se rio de mí.

—Hasta la vista, Aid.

Montó de nuevo en la furgoneta. Oí cerrarse la puerta corredera y el motor al arrancar. No me atreví a mirar hasta que se hubieron alejado.

La calle me sonaba.

Era donde había estado viviendo los últimos meses. Me tumbé en el suelo y miré hacia arriba. El cielo se movía. Primero en dirección de las agujas del reloj, pero luego fue calmándose hasta quedar quieto. Empezó a girar, esta vez hacia el otro lado, cada vez más rápido. Cerré los ojos, apoyé la cabeza sobre la acera y me tapé la cara con las manos. Lloré y lloré hasta que me dolió todo el cuerpo.

VI

PERMANENTE

Después de aquello volví al turno de noche. Ya no se fiaban de darme un trabajo de día. Me pasaba el rato atendiendo llamadas de emergencia a las cuatro de la madrugada, subiendo y bajando escaleras mecánicas inmóviles e intentando no pensar. En otro tiempo se me daba bastante bien. Casi no pude creérmelo cuando, unos meses después, vi que mi aliento humeaba en el aire: noviembre otra vez.

El superintendente Parrs salvó su puesto de trabajo con los arrestos de Laskey y Kernick. Mi nombre, sin embargo, tuvo que mantenerse al margen. Me reasignaron, otra vez el turno de noche, otra vez ante mi última oportunidad. Atado con grilletes a mi viejo compañero, el inspector Peter Sutcliffe, a quien mi estatus inferior causaba un placer sádico. Cuando me enseñó la noticia, que habían encontrado el cadáver de la chica, Sutcliffe llegó incluso a sonreír.

Había pasado el tiempo. Primero despacio, y luego de forma repentina. Transcurrieron semanas, meses, y cada vez me parecía todo menos real. Había tenido que hacer mucha rehabilitación. La rotura había sido fea. «Devastadora», según el primer fisioterapeuta. Y mi pierna no volvería a ser la misma.

Yo bebía, pero ya no como un demente. Sin quererlo, Carver me había hecho un favor. No tenía motivos para engañarme diciendo que Catherine me había salvado la vida, lo cual, en cierto modo, era un valor añadido; ella se merecía algo mejor que un tipo como yo, que siempre volvería a meter la pata. Llevaba casi un año sin levantar cabeza cuando un día sonó el teléfono.

—Sí —dije, sorprendido—. Estaré allí en menos de una hora.

Aunque me lo había dicho en un tono de urgencia, el Bicho se presentó casi media hora tarde. Le vi por el ventanal de la cafetería mientras fumaba un pitillo

hasta el filtro. Entró vestido con traje y chaleco y aspecto de hetero como el que más... salvo por la rígida peluca con raya al lado. Era de color turquesa.

—Mi tono natural —dijo al sentarse, y pidió una combinación imposible de dos extravagantes cafés.

Yo me reí, y el Bicho me preguntó qué tal estaba.

—Como siempre —dije.

—Tienes que cuidarte.

—Ojalá lo hubiera hecho cuando debía.

—Un poli, un padre y un violador entran en un bar. «Buenas noches, Allan», dice el barman. —El Bicho bajó la vista—. No es tan sencillo, ¿verdad?

—No puedo dejar de pensar en ello —dije. Él soltó un bufido—. No todos podemos tener dos personalidades.

El Bicho me miró, asombrado pero divertido.

—Te equivocas —dijo.

Deslizó un papel por encima de la mesa, me hizo un guiño y se levantó para marcharse.

—¿Qué es esto?

—Bueno, es que cinco mil libras me pareció demasiado por ir hasta Londres y volver. ¿Y si repitieras la excursión?

Un minuto después de que se marchara llegó el complicadísimo café de diseño que él había pedido.

—Gracias —le dije al camarero, tomando un sorbo para que no pensase que su esfuerzo había sido en vano.

En el papel había una dirección: 28B West Square, Londres. Busqué en Google. Era un piso en la primera planta de una casa de vecindad de estilo georgiano. El primer resultado me informó de que estaba en venta. Sin pensármelo demasiado, llamé a la inmobiliaria y quedé para ver el piso esa misma noche. Era un largo trayecto, ida y vuelta, pero disponía de tiempo. Con un poco de suerte, quizá me retrasaba y Suttu tenía que empezar el turno sin mí.

Llegué con tiempo, encontré aparcamiento en la esquina y fui hasta la plaza a pie. Cuatro manzanas de casas georgianas alrededor de media hectárea de idílica zona ajardinada. Había un grupo de niños de una escuela cercana sentados en corro en plena clase de ciencias naturales. Yo no sabía qué estaba haciendo allí. Me encaminé despacio, dando un rodeo, hacia el número 28.

El agente inmobiliario estaba esperando fuera, inconfundible con su traje, corbata rosa y un tupé que desafiaba la fuerza de la gravedad. Después de darnos la mano, me dijo que se llamaba Marcus. Enseguida vi que era bueno en su trabajo, más aún cuando me caló con una sola mirada. Mi traje negro y gastado, al igual que la camisa. Unas ojeras que no conseguía eliminar a base de horas de sueño. La idea de que yo pensara en la posibilidad de comprar un piso en aquella calle, en aquella ciudad, debió de parecerle ridícula.

Subimos un corto tramo de escalones de piedra mientras él me hablaba sobre los vecinos, la historia de la plaza, las características arquitectónicas. Yo apenas si atendía. Estaba observando el interfono de la entrada. El 28B correspondía a «Cat G».

Al ver que yo dudaba, el tipo me puso una mano amistosa en el hombro y llamó al timbre.

—Para que sepan que estamos aquí —dijo, buscando la llave en el bolsillo de su chaqueta.

La sacó, abrió la puerta y pasamos a un vestíbulo bien iluminado y repleto de libros de leyes. Parecía sacado del National Trust.

—Soy Marcus, de Harvey Street —dijo en voz alta.

Arriba se oyó movimiento.

Una voz alegre, cantarina:

—Enseguida bajo.

Y apareció ella.

Viva. Radiante de salud. Lozana. De abajo arriba: sandalias de tiras, piel, vestido fino de color crema. Cuando mis ojos encontraron los suyos fue como un milagro. Ella se detuvo en la escalera, dio medio paso atrás. Como si mi presencia, el hecho de franquear aquel umbral, la hubiera impactado como un puñetazo.

Marcus lo captó al momento. Se miró el reloj.

—No es demasiado temprano, ¿verdad? —dijo.

—No, no —dijo ella, sin dejar de mirarme.

—¿Se conocen?

El agente inmobiliario no dejaba de mirarnos alternativamente.

—De hace mucho tiempo —dije—. Catherine Greenlaw, ¿verdad?

Ella me miró con la expresión acorralada que yo le había visto en el piso de Isabelle Rossiter. La misma que le vi en el Rubik's.

—Así es —dijo Cath.

Yo había pensado mucho en ese momento, pero ahora no sabía qué más decir. Cómo llenarlo. Se produjo un silencio y Marcus salió al quite.

—Y este es el señor Aidan...

—Waits —dijo ella—. Sí, me acuerdo.

—Ah —dijo Marcus—. ¿Quieres enseñarnos el piso tú misma?

—No, es que estoy un poco liada. —Ya estaba retrocediendo escalera arriba—. Si necesitáis algo, me avisáis.

—Gracias, Cat —dijo Marcus.

La visita no duró mucho. Era un edificio de cuatro plantas, sin incluir el sótano, y el 28B estaba en el primer piso. Era de dos dormitorios. Mobiliario y decoración minimalistas. Todo de buen gusto. Discreto.

Cuando entramos en la cocina, Catherine alzó la cabeza. Estaba distraída mirando por una ventana el pequeño jardín de la parte posterior de la casa.

—Perfecto para los niños —dijo Marcus, siguiendo la dirección de su mirada. Yo me dirigí a Catherine.

—¿Tiene usted hijos, señorita...?

—Greenlaw —dijo, dando la espalda a la ventana. Mostrando la misma actitud retadora con que se había enfrentado a Sheldon White. La luz invernal que se colaba del exterior iluminó sus rasgos a la perfección. Más que una camello, parecía una estudiante de bellas artes. Me pregunté cómo no me había fijado hasta ese momento—. Hablémonos de tú, por favor. Llámame Cat.

Esperé. Ella no dijo más.

—Te preguntaba si tienes hijos, Cat.

En el silencio que siguió, incluso la sonrisa profesional de Marcus empezó a extinguirse.

—No —respondió ella por fin.

Nos dedicó a ambos una sonrisa mecánica y salió de la cocina.

Marcus me llevó en la dirección contraria para continuar la visita. No volvimos a ver a Cat, y casi sin darme cuenta estábamos de nuevo en la puerta principal. Cuando nos marchábamos, Marcus le gritó algo y un momento después, ya en la calle, fue como si nada hubiera ocurrido. El agente me decía algo y yo asentía distraído, deseando librarme de él cuanto antes.

—Señor Waits.

Hizo un gesto con la cabeza y me estrechó la mano. Yo fui andando hacia la plaza y él hacia donde tenía aparcado el coche. Le oí ponerlo en marcha cuando yo me disponía a doblar la esquina. El coche rodeó toda la plaza siguiendo la calle de una sola dirección y se perdió de vista por el otro extremo.

En la calle no se oía otra cosa que las voces de los niños que jugaban. Regresé a la casa, subí los escalones y levanté el brazo para pulsar el interfono. En ese momento la puerta se abrió un poco y allí estaba ella.

—Entra —dijo Catherine.

Cruzó el vestíbulo en dirección a la escalera y yo la seguí. Al principio pensé que intentaba ganar tiempo, que estaba repasando mentalmente la versión de los hechos que me iba a dar. Pero el automatismo de sus movimientos me trajo a la memoria personas a cuya puerta yo había llamado para notificar una defunción. Catherine estaba en estado de shock.

Llegados al primer piso, se desvió hacia su vivienda. Vi que había una maleta rígida junto a la puerta, que antes no estaba allí. Fue hacia la cocina, todavía en piloto automático, y dijo lo mismo que suelen decir los que acaban de perder a un ser querido.

—¿Quieres tomar algo? Té, café...

—Pensé que habías muerto —le dije a su espalda.

Catherine se volvió.

—Es lo que yo quería que pensases.

—¿Por qué?

—Deseaba estar muerta —dijo encogiéndose de hombros.

—Entonces ¿qué pasó?

Vi que intentaba formular una respuesta, algo inofensivo que decir.

—Cuando te marchaste del Rubik's...

—¿Y el bebé? —dije.

—Ah. —Se entretuvo con el hervidor, los tazones—. Nunca hubo tal bebé. —

Tenía la impronta de la actriz auténtica, sabía dar a cada papel la dosis suficiente de verdad para hacerlo convincente. Incluso cuando cambiaba de personaje en mitad de una frase, el uno no traicionaba al otro. Dio media vuelta. Me miró—. Tenía miedo. La policía estaba al llegar. Yo lo único que quería era salir de allí.

Encontré la prueba de embarazo en el piso de Isabelle. —Yo cerré los ojos—.  
¿Ella estaba...?

Asentí con la cabeza.

—¿De quién?

—No lo sé. Neil dice que ellos dos nunca llegaron tan lejos. Lo más probable es que fuera de Alan Kernick. —A Catherine no pareció sonarle el nombre—. Era el escolta de su padre.

—¿El hombre del vídeo?

Asentí otra vez.

Ella empezó a arrancar hojas secas de una planta que tenía en una maceta.

—¿Izzy se marchó de casa por eso?

—Más o menos. ¿Dónde encontraste el móvil?

—En su piso, el día que la encontramos muerta, cuando fui a vomitar al baño.  
—Hizo una pausa—. Me acordé de que ella a veces guardaba cosas en la cisterna del retrete.

—¿Cosas como qué?

—María, farlopa... Nada duro. Pensé en tirarlo todo para que la policía no encontrara droga cuando registraran el piso.

—¿Y qué había?

—Dinero. Un montón de dinero, y debajo algunas drogas. En el fondo de todo había una bolsa de plástico hermética con el móvil dentro. Como sabía que habría mensajes y fotos, lo cogí. El test de embarazo también estaba allí metido.  
—Se detuvo para tomar aire—. En cuanto estuve fuera, examiné el teléfono y vi que había aquel vídeo. Quería decírtelo, explicártelo todo esa noche en el Rubik's. Pero entonces pasó lo de Sheldon White y tuve que improvisar. ¿Sirvió de alguna cosa?

Hice caso omiso de la pregunta.

—Joanna Greenlaw era tu madre.

Catherine negó con la cabeza.

—No exactamente. Se deshizo de mí siendo yo muy pequeña. Yo me crie bajo

tutela. —Me traspasó con la mirada—. No puedes imaginar lo que es aquello, sobre todo para una niña. Aprendes a actuar. A falsear las cosas. Vives tanto tiempo entre mentiras que al final se convierten en recuerdos. Y empiezas a creer que todo aquello pasó de verdad.

—Lo siento —dije.

—La legislación cambió en un momento dado. Me concedieron el derecho a localizar a mi madre. Yo apenas había pensado en ella hasta entonces, pero me afectó mucho saber que estaba desaparecida. No acudí a Zain en busca de venganza. Fue otra cosa lo que me empujó a ir. Y resulta que le gusté. —Se rio—. Zain pensó que era buena. Hice un buen trabajo en la Franquicia. Creo que le recordaba a mi madre. —Hizo una pausa—. Yo intuía que ella debía de estar muerta, pero el hecho de averiguar dónde estaba, quiero decir físicamente, se convirtió en algo importante para mí.

Esperé a que continuara.

Ahora estaba totalmente de espaldas a mí.

—Solo tenía una idea en la cabeza: joderle la vida. Traicionarle. Decirle que iría a la policía, para ver cómo reaccionaba. Para estar segura de lo que le había hecho a mi madre. Muchas veces soñaba que Zain intentaba estrangularme, y la verdad es que me despertaba contenta, porque así al menos lo sabría.

—¿Y cambiaste de opinión?

—Ojalá no lo hubiera hecho. Zain y Grip hacían pruebas de pinchar y probar. Tomaban cantidades pequeñas de lo que cocinaban para ver si el resultado era muy fuerte o no.

—Entonces decidiste adulterar la droga...

—Es increíble lo que puedes encontrar en internet —dijo—. Píldoras de cianuro, esticnina, pesticidas ilegales...

Pensé en la pobre Isabelle.

—¿Es eso lo que metiste?

—Al final fue un cóctel de todo lo que pude comprar —dijo con indiferencia. Pero luego una chispa de vida iluminó sus ojos—. Me arrepentí en cuanto vi a

Grip. Y Zain no llegó a tocar la mezcla siquiera. Yo no sabía que pensaba guardarla. Después apareció Isabelle, robó aquel ladrillo y se inyectó. Colocó una parte. A aquellos chavales —dijo—. Los adolescentes de Sycamore Way...

—Tú no podías saber que lo haría. ¿La pintura blanca y negra en la entrada de Fairview la dejaste tú?

—Claro. Quería que se acordaran de mi madre.

—¿Cómo averiguaste dónde estaba Joanna?

—Me lo dijo Grip. Sin venir a cuento, un día, después de salir del coma. Zain la localizó, tras averiguar que estaba dispuesta a testificar en su contra.

—Y después de aquella noche en el Rubik's, ¿te marchaste de la ciudad?

Catherine asintió y bajó la vista. Pensé en lo que me había dicho Zain. «Ella te salvó la vida.»

—Intenté dar contigo —dije.

—No deberías haberlo hecho. —Levantó la vista—. Lo siento, pero es así. Te lo pedí, ¿recuerdas? Te dije que no intentarás conocerme. Supongo que no llegaste a conocerme de verdad. ¿La policía está ahí fuera, Aidan?

—Por supuesto que no. Pero tendrías que marcharte ya, lo más lejos posible. Si yo he podido encontrarte, él también...

—Pero... —Me miró—. No lo entiendo.

—Tienes que irte. Cuanto antes. Y no me digas adónde. Si el piso es tuyo, puedes cerrar el trato aunque no estés aquí.

Ladeó la cabeza y se quedó quieta durante un segundo. Luego se acercó a mí, buscando en mis ojos el punto de crueldad. La mentira.

—¿Por qué no te lo puedo decir?

—Nunca se sabe quién podría preguntarlo. —Sentí una punzada de dolor en la pierna—. Ni de qué manera te lo van a preguntar.

Ella levantó una mano y apoyó la palma en mi rostro, como un ciego cuando quiere memorizar las facciones de alguien. Pensé que en ese momento mi vida podía cambiar. Avanzó un paso más y me dio un suave beso en la mejilla. Yo me moví para que estuviéramos frente a frente, pero eso fue todo. Ni ella ni yo nos

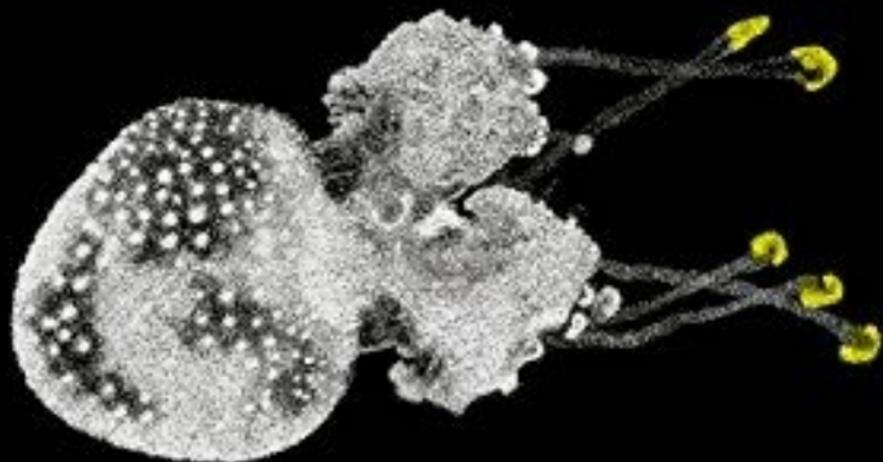
atrevimos a ir más allá. Fue apenas un momento. Luego Cath se alejó hacia la puerta. Oí cómo la cerraba al salir. Su fragancia permaneció conmigo durante unos minutos. Me acerqué a la ventana y esperé. Anochecía.

Tal como Zain había pronosticado, Laskey no vivió lo suficiente para que pudieran juzgarlo. El inspector Alan Kernick fue declarado culpable, entre otras cosas, de mantener relaciones sexuales con una menor. Lo condenaron a cadena perpetua, pero la muerte también le sobrevino bastante pronto. La autopsia demostró que Grip —Danny Gripe— había muerto ahogado con pintura blanca y negra antes de que los efectos letales del Ocho adulterado pudieran acabar con él. No me quedó claro si aquello había sido bueno o no. Fui la única persona que asistió a su incineración. Sheldon White fue condenado por el asesinato de Grip, y Zain Carver volvió a manejar el cotarro como en otros tiempos.

Sarah Jane volvió a ejercer la prostitución.

Yo no me enteré hasta un año después de hacerla subir al tren, cuando Suttly me enseñó el reportaje. La encontraron asfixiada, apretujada dentro de una maleta en la triste población industrial donde había nacido. Aquella guapa chica a la que conocí.

Observé a Catherine desde la ventana, la palma de la mano pegada al cristal, presionando con fuerza. Debería haber un término para describir esa extremidad fantasma que le sale a uno del pecho tratando de alcanzar cosas que jamás llegará a tener. La vi cruzar la calle a largas y encantadoras zancadas. Siempre me pregunto qué fue de su vida después de aquello. El último resto de sol se reflejó en sus cabellos al doblar la esquina, como el comienzo de una cosa y el final de otra. El crepúsculo propiamente dicho. No volví a verla nunca más.

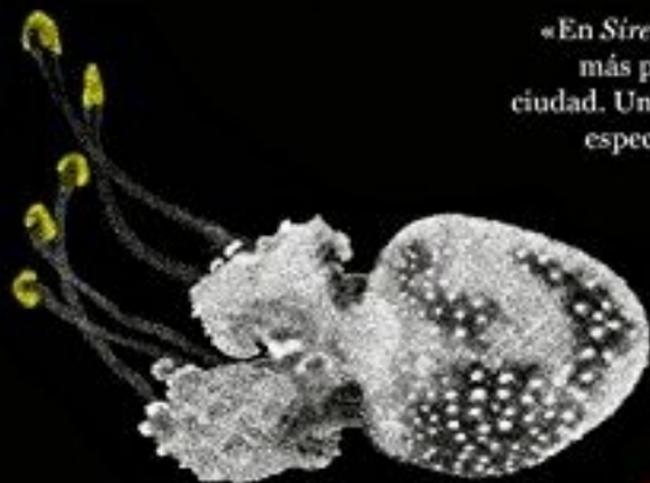


# SIRENAS

## JOSEPH KNOX

«En *Sirenas*, el objeto más punzante es la ciudad. Una novela muy especial, de veras»

LEE CHILD



D.J.57

Roja Es Negra



















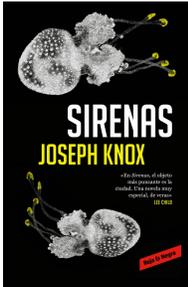






**«Te sacaré de tu zona de confort y  
te abriré las puertas de un mundo sórdido.»**

*Esquire*



### **Una misión suicida**

Infiltrarse en el círculo del hermético Zain Carver, el señor de la droga de Manchester, es un asunto peligroso. Pero hacerlo y a la vez rescatar de sus garras a Isabelle Rossiter, la hija de un influyente político que ha escapado de casa, es directamente imposible. Por eso Aidan Waits es perfecto para este trabajo: un agente caído en desgracia y emocionalmente inestable.

### **Crean que es un peón prescindible**

Pero Waits logra abrirse paso en los ambientes nocturnos, hasta llegar al mismísimo Carver. Por el camino, cualquier vicio cuenta. Y, en paralelo, siguen muriendo bellas jóvenes tratadas como una mercancía más. ¿Será Isabelle la siguiente? En cuanto Aidan cruza todas las líneas rojas y sucumbe a los cantos de sirena, deja de recibir apoyo policial.

### **¿Cómo salvará a la chica si ni puede salvarse a sí mismo?**

*Sirenas* es una novela negra como la pez, preparada para intoxicar. Presentamos una nueva voz que fascinará a los lectores de Ian Rankin, Tana French, Don Winslow y Dennis Lehane.

**«En *Sirenas*, el objeto  
más punzante es la  
ciudad. Una novela muy  
especial, de veras.»**

LEE CHILD

**«Léanla y estarán de acuerdo conmigo: la editorial  
no engaña si insiste en que una novela  
tan excepcional y redonda como esta es una  
opera prima.»**

PACO CAMARASA

**«Knox describe la atmósfera turbia de Manchester  
con una fuerza inusitada. Es el nuevo  
Ian Rankin.»**

*The Guardian*

**«Un descarnado y desolador viaje por la corrupción,  
la crueldad, el sufrimiento, la enajenación  
y las devastadoras realidades del tráfico  
de drogas.»**

*Lancashire Evening Post*

**«Knox es un puro generador de ambientes criminales.  
Logra pintar Manchester con la más  
oscura de las paletas.»**

VAL M DERMID

**JOSEPH KNOX** nació y se crio a caballo entre Stoke y Manchester, donde trabajó en bares y librerías antes de mudarse a Londres. Corre, escribe y lee de manera compulsiva. *Sirenas* es su primera novela.

Título original: *Sirens*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2017, Joseph Knox

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Luis Murillo Fort, por la traducción

«Heart and Soul», letra y música de Ian Curtis, Peter Hook, Bernard Sumner y Stephen Morris

© 1980, Universal Music Publishing Limited. Todos los derechos reservados.

Copyright Internacional Asegurado. Utilizado con permiso de Music Sales Limited

Diseño de portada: Marc Cubillas

Fotografía de la portada: © MattGrove / Getty Images

Fotografía del autor: © Jay Brooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16709-95-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Sirenas

## I. Placeres desconocidos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

## II. Sustancia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

### III. Más cerca

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

#### IV. Calma

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

#### V. Control

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

VI. Permanente

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Sobre este libro

Sobre Joseph Knox

Créditos